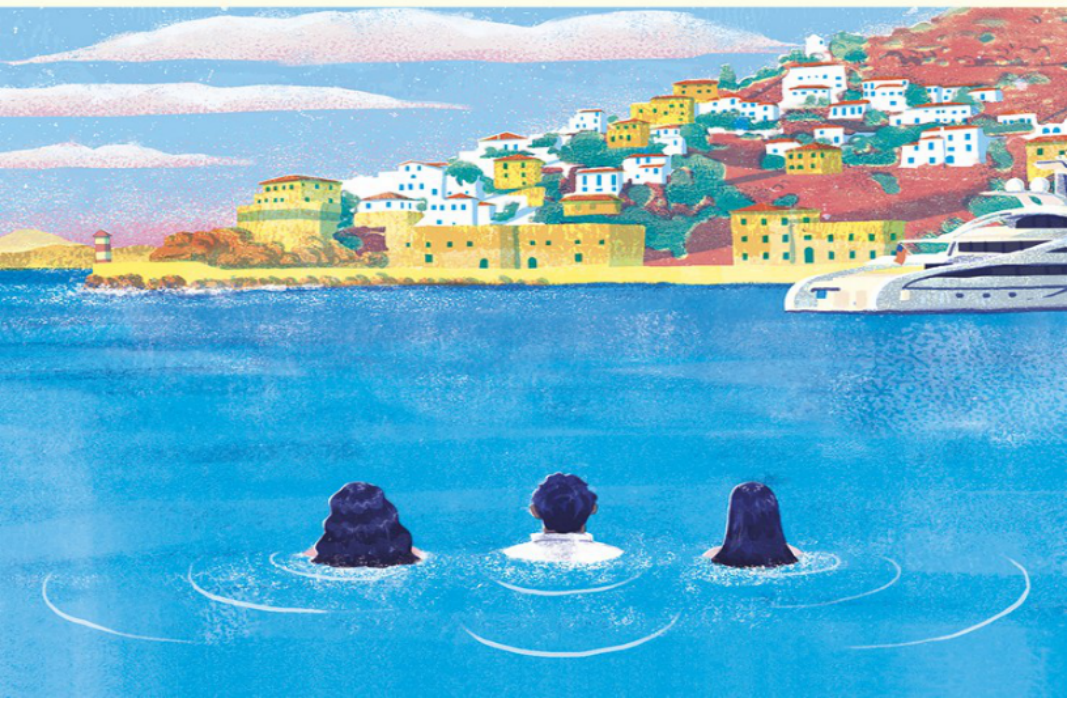
Perversas criaturas

LAWRENCE OSBORNE

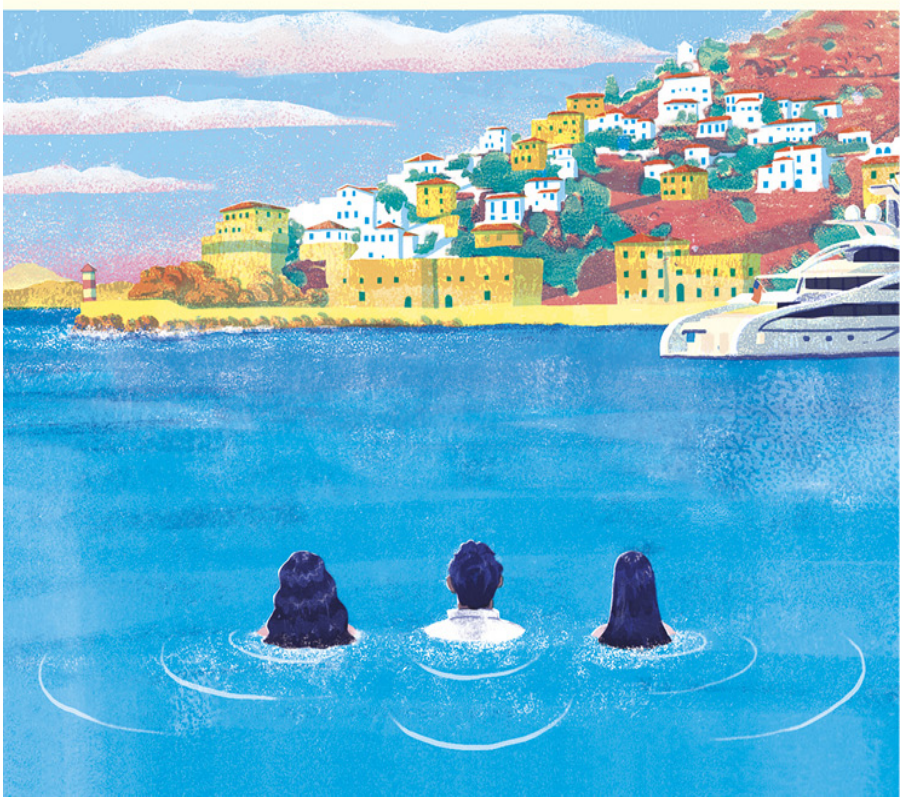
gatopardo ediciones



Perversas criaturas

LAWRENCE OSBORNE

gatopardo ediciones



Perversas criaturas

Perversas criaturas

LAWRENCE OSBORNE

Traducción de Magdalena Palmer

gatopardo ediciones

Título original: *Beautiful Animals*

Copyright © Lawrence Osborne, 2017
© de la traducción: Magdalena Palmer, 2020
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: abril de 2021

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: ©Luke Waller, «Migrants or Holiday»
Imagen de la solapa: © by Chris Wise

eISBN: 978-84-122364-8-4
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

Presentación

hidra
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

el viaje nocturno
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

daimonia
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

los millonarios
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Lawrence Osborne

Otros títulos publicados en Gatopardo

Para Kelley

No hay barco para ti, no hay camino.
Al arruinar tu vida en este pequeño rincón
la has destruido en toda la tierra.

Cavafis

HIDRA

Capítulo 1

En lo alto de la ladera que dominaba el puerto, durante las secas mañanas de junio, los Codrington dormían en su casa a la sombra de los cipreses y de los toldos desplegados sobre las puertas. Yacían en espléndidos pijamas entre sus iconos bizantinos y sus pinturas de capitanes de barco hidriotas sin saber que su hija Naomi, que solía levantarse temprano para ir a nadar, se estaba vistiendo en su fresca habitación, una hora antes de que saliera el sol. Reflejándose parcialmente en el espejo del tocador, se puso una camisa de batista de puño doble y una gargantilla de cuero, se echó una bolsa vaquera de playa al hombro y bajó la escalera encalada que había detrás de la casa paterna. Se dirigió al puerto bajando por estrechos peldaños en espiral, entre rellanos protegidos por verjas de hierro y vistas repentinas del mar donde los arcos de piedra conservaban el frescor nocturno, terrenos con sus carteles de «*Poleitai*» y dormitorios conyugales ahora abiertos al cielo, repletos de mariposas inmóviles.

Ya en el pueblo, Naomi pasó ante el hotel Miranda, su ancla encadenada a la pared y su puerta que se abría a un jardín secreto bañado en el resplandor azul de los plumbagos. Había un sacerdote sentado en la escalera, como si esperara algo, y la saludó con un gesto de la cabeza. Se conocían, pero no sabían sus nombres. La inalterable barba sagrada, la chica que un verano tras otro andaba con pasos silenciosos, ajena a lo que ocurría a su alrededor. En el pequeño puerto, pasó entre los yates de precios desorbitados sin detenerse en los cafés. Ascendió por el puerto turístico y llegó a un sendero sobre el mar. Al principio siguió andando en silencio, calzada con sus alpargatas, pero luego empezó a cantar y a contar sus pasos. Dejó atrás un muro con una hilera de cañones encastrados, el monumento a Antonios Kriezis, y las pitas rasgadas por el viento que se alzaban como tótems en la ladera. Resiguió la costa hacia el norte por un sendero que llevaba a la pequeña bahía de Mandraki, un lugar cuyas aguas nunca se movían, según su madrastra griega. No había conseguido averiguar por qué había montones de maquinaria oxidada a un lado del sendero;

calderas, vigas y hormigoneras abandonadas entre las flores desde hacía mucho tiempo. En lo alto de la colina que domina Mandraki se alzaban varias casas imponentes rodeadas por largos muros, con aldabas torneadas como cabezas de Atenea. Abajo, en la bahía, estaba el Mira Mare, un resort destartalado a cuya playa habían arrastrado un pequeño hidroavión de ventanillas cubiertas con parasoles. Detrás de la playa habían plantado hileras desordenadas de sombrillas sin la cubierta de paja; pero después de Mandraki el camino seguía sin contaminar. Serpenteaba hacia Zourva entre laderas cubiertas de matorrales y grandes campos de rocas que descendían al mar entre un viento abrasador. Antes de que el sol saliera para iluminarla, el agua era casi negra. Y allí nadaba siempre Naomi, a veces casi esperando morir, hasta que se le entumecían los dedos y tenía demasiado frío para continuar.

Sus padres no sabían nada de sus zambullidas matutinas, ni falta que hacía. ¿Qué le habrían dicho? Para ellos, la soledad carecía de valor. No habrían entendido que todas las mañanas ella sintiera la misma expectación apática e imprecisa, la misma insatisfacción con el ritmo del mundo tal como ella lo conocía. A veces pensaba que había internalizado aquella decepción perpetua desde la infancia, aunque no pudiese identificar sus motivos inconscientes. O quizá fuese la isla. Los veranos interminables, las tardes demasiado calurosas para emprender actividades puramente animales. Y, peor aún, los viejos bohemios con los que se relacionaban su padre y su madrastra. La asombrosa vacuidad ni siquiera la aburría; hacía que se sintiera superior al hedonismo de la isla, pero sin llegar a sugerirle ninguna alternativa.

Después se secaba en las rocas, entre las avispas, y escribía en su pequeño diario mientras al otro lado de los estrechos se insinuaba la prometedora sombra del continente. Argólida y el muelle de Metochi en la otra orilla de la bruma, demasiado lejanos para la vista. A eso de las ocho solía regresar al resort de Mandraki para tomarse un café. Por encima de la bahía, un santuario blanco resplandecía con los primeros rayos del sol en las laderas desnudas. Cuando era niña se imaginaba que allí vivían santos, ermitaños zarandeados por los vientos, pero nunca habían aparecido. Los chicos que colocaban las sombrillas y las correspondientes tumbonas en la arena la conocían y ya habían dejado de coquetear con ella; ahora la observaban con hosco escepticismo porque, cientos de veces, había rechazado sus insinuaciones.

Contempló las hileras de toallas azul marino extendidas sobre las tumbonas. Aquel era un lugar cutre, pero solitario; a veces lo primero era el precio que se debía pagar por lo segundo. La bahía era tan pequeña que, comparado con la angosta playa, el mar poseía una amplia inmensidad. Y a la playa ya habían llegado dos mujeres que bajaban por el sendero con la prudente agilidad de los escarabajos, con

sus bolsas de playa y sus temblorosos sombreros de paja.

Las mujeres se echaron en dos tumbonas y los camareros les sirvieron agua con hielo. Era evidente que iban a diario y que el personal las conocía muy bien. Probablemente desayunaban y almorzaban con abundantes bebidas alcohólicas de por medio, porque los griegos las trataban con familiaridad. Aquel complejo turístico agonizaba y los clientes que no se hospedaban allí eran tan esenciales como los huéspedes. Se trataba de una mujer mayor y otra joven, quizá madre e hija. Pero Naomi no las reconocía de las interminables fiestas a las que invitaban a su padre y a su madrastra, y a las que ella también asistía porque en la isla no había nada más que hacer. Por tanto, no eran famosas, no formaban parte de la «gente guapa», y probablemente ni Jimmie ni Phaine las conocían. Y sin embargo ahí estaban, tomando café en unas grandes tazas azules mientras ahuyentaban las moscas con nada menos que un par de espantamoscas tropicales. La joven era muy guapa, esbelta, de cabellos dorados y demasiado blanca para aquel sol, que confería a sus ojos una expresión más desesperada y ávida si cabe. Cuando les daba la luz, emitían el brillo inhumano de las gemas azules. Los espantamoscas eran divertidos y Naomi los aprobó para sí, incluso cuando alcanzó a oír su acento y resultaron ser americanas. Ahí estaban, y antes de terminarse el café ambas miraron con franca curiosidad a la joven británica que se servía miel en el yogur con una cuchara de madera. «¿Tú también aquí, en Mandraki?»

La mitad femenina de la familia Haldane había descubierto aquella cala el primer día de su llegada en barco desde el Pireo. Habían salido a pasear por la isla sin el señor Haldane. Muy a su pesar, Amy tenía que admitir que siempre hacía sus mejores descubrimientos cuando su marido no estaba cerca para estropearlos.

—Fue Samantha quien la encontró; preguntó a la criada de nuestra casa, algo muy inteligente por su parte. Pero creo que tú la conocías mucho antes que nosotras.

—Hace años que vengo aquí —dijo Naomi con deliberado hartazgo.

—Así que conoces...

La otra chica era más joven que Naomi, quizá de diecinueve o veinte años frente a los veinticuatro de ella, y tenía una mirada firme y distante; quizá también fuese una observadora de los seres humanos y sus calamidades.

—¿Vives aquí? —preguntó tranquilamente, interrumpiendo a su madre.

—Mi padre tiene una casa. Desde los años ochenta.

—Dios, hemos dado con una experta —dijo la madre—. ¿Tu padre lleva aquí tanto tiempo? Te habrás criado en la isla.

—Veraneamos aquí.

—Veranos en la isla. Nosotros veraneamos en una isla de Maine casi tan bonita como esta. Pero somos de Nueva York. Quizá conozcamos a tu padre.

Parecía entusiasmada y Naomi tuvo que serenarla.

—No lo creo. Mi padre y mi madrastra no son muy sociables.

—Mi marido se está recuperando de una lesión. Ha venido aquí para curarse, lo que nos pareció una buena idea. Yo diría que está casi restablecido, ¿no te parece, Sam?

—Ya anda con el pie malo.

Naomi se trasladó a una tumbona más cercana. Se desperezó de una forma que llamaba claramente la atención. Una narcisista, pensó la madre.

—Hablo griego —dijo Naomi, sonriendo—. Puedo pediros lo que queráis. Tienen muchas cosas fuera de la carta.

La madre dirigió la vista a los camareros de la barra y su boca vaciló.

—¿Qué tal yogur? —murmuró, señalando el desayuno abandonado de Naomi—. Me gustaría tomar yogur.

—*Yaourti* —gritó Naomi a los camareros—. *Me meli*.

El calor les subió por la nuca, y cuando se acomodó detrás de las orejas se negó a soltarlas. En lo alto de la ladera, dos árboles se recortaban en su propia luz gris. Intuyeron, sin llegar a verlos, que unos perros dormían bajo su sombra, y Naomi preguntó qué le pasaba al señor Haldane.

—Entró en una jaula de varanos en el zoo y uno le mordió el pie —respondió la joven, con expresión neutra—. Le cortó los tendones, y además la saliva de los varanos tiene muchas bacterias.

—Sam, por favor.

La verdad era que se había caído de una escalera mientras pintaba un invernadero cerca de Blue Hill.

—Es bochornoso. ¡Jeffrey es tan torpe con las escaleras! Pero se rompió la cadera y además el pie.

—¿Sin varanos?

Amy se volvió hacia su hija.

—No creo que participase ninguno.

—Estuvo un mes en silla de ruedas —dijo Samantha— y ahora está en una isla donde no hay coches ni motos. Dijo que esa era la ventaja, que así se vería obligado a caminar. Pero ahora que estamos aquí…

—Se pasa el día sentado en su silla, pintando.

—No es fácil hacer mucho más —dijo Naomi, alzando la vista al cielo—. Eso es lo que hago yo.

Era mentira, pero le pareció que las dos mujeres no lo notaban, y aunque lo notasen no le importaba.

Hablaron un buen rato. Fue una conversación entre personas de la misma clase social, sutilmente divididas por una lengua común. Las sobrevolaban las aves marinas y no había música. Todavía no habían sacado el buzuki para los turistas. Solo se oía el agua que lamía las rocas y el canto de las primeras cigarras mientras el sol invadía la ladera. El calor despertaba a todos los seres vivos. Finalmente, Amy se tumbó a tomar el sol como si estuviera en coma y las dos jóvenes decidieron nadar hasta las rocas más alejadas de la cala. Avanzaron hacia el mar, bajo un sol que ahora les quemaba la cara, y se zambulleron juntas. Nadaron despacio, y mientras deslizaban las manos bajo la superficie Naomi tuvo la impresión de que, desde el primer momento, de forma inconsciente, se había creado un vínculo entre ellas. A saber por qué, Samantha —a quien llamaría Sam, como hacía su madre— le parecía fresca y diferente, y para Naomi resultaba toda una novedad. Samantha era la hija mayor de un padre adinerado que, además de la fortuna familiar, era periodista jubilado. El hermano de quince años también se había quedado en la casa, jugando al ajedrez con el señor Haldane. Sam admitió que al principio ella no quería ir de vacaciones con su familia pero que su madre había insistido, para variar. Habían encontrado la casa perfecta gracias a unos amigos de Nueva York.

—Está cerca de Vlychos, supongo que la conoces. Tiene un burro en el jardín. Eso mola.

—¿Un burro?

—Bueno, va y viene.

—Creo que sé cuál es; la casa de Michael Gladstone.

—Exacto. Hace años que la tiene. Papá dice que es la mejor casa que ha visto en su vida. Pero yo creo que en realidad quiere decir que es la mejor casa en la que ha estado inválido. ¿Dónde vives tú?

—Arriba, por encima del puerto. Mis padres la compraron cuando eran jóvenes y Leonard Cohen todavía vivía aquí.

—Muy inteligente por su parte.

—Lo calcularon —repuso Naomi—. Mi familia es así.

Dejaron atrás un embarcadero ladeado sobre el agua, rodeado de restos flotantes: postes de hierro con complejas molduras, redes de pesca y rejillas metálicas. Era como si aquel invierno un violento vendaval hubiese asolado aldeas enteras y hubiera esparcido los escombros a lo largo de la costa. Cuando el sendero doblaba la primera curva, vieron montones de chatarra. Salieron allí, se echaron en unas rocas y contemplaron la playa. Las hileras de tristes tumbonas parecían juguetes rechazados o chatarra similar a los escombros que se acumulaban a su espalda. Resultaba curioso, como si aquel lugar estuviera a punto de ser abandonado para siempre. Los postes derribados, las manchas anaranjadas de la superficie de las rocas,

incluso el fuerte reconstruido algo más arriba —si eso es lo que era—, tenían el aspecto de algo dejado a merced del viento. Y sin embargo, en lo alto, en la blanca morada de los santos, resplandecía al sol.

Por fin uno de los empleados se había acercado a la madre de Sam, que le hablaba con sonrisas innecesarias. Con las madres nunca se sabe. La de Naomi había muerto hacía mucho tiempo y la mujer que ahora dormía en brazos de su padre, montaña arriba, no era lo mismo. Pero al principio Amy había parecido normal y ahora ahí estaba, coqueteando con los chicos del delantal encargados de las tumbonas. ¿Era porque aquel verano su marido estaba lisiado?

Se volvió hacia Sam.

—Te llevas bien con tu madre, qué envidia. La mía es una madrastra. No está mal, pero no es mi madre. A veces tratar con ella es un rollo.

Después del «lo siento» de rigor por parte de Sam, Naomi le contó brevemente la historia. Su padre era coleccionista de arte y filántropo. Conocía a mucha gente, compraba mucho arte y era el frenético centro de atención de muchas personas. Su madrastra era griega de Kifisiá, Atenas, aunque la familia Kyriakou siempre había residido en el acomodado barrio londinense de South Kensington.

—Es más joven que la tuya y viene de un ilustre linaje de militares fascistas. Me gusta tu madre. Dice lo que piensa.

—¿Y eso es bueno?

—Digamos que no es malo. Hay cosas peores. ¿Tú dices lo que piensas?

—No siempre. ¿Los militares fascistas no dicen lo que piensan?

Naomi era de sonrisa fácil, pero nunca la mostraba del todo. La controlaba igual que un niño maneja su cometa.

Sam alzó la vista al cielo uniforme. Allí podía oírse hasta el ruido más insignificante y lejano. El movimiento de una cigarra en el resquicio de un muro a un kilómetro de distancia, el eco de las olas en una cala invisible. Pero cuando empezaba a soplar, el viento acababa con todo y solo se oía el rumor melancólico de la hierba que cubría las laderas, temblando como si tuviera miedo. Los Haldane se quedarían en la isla todo el verano y, hasta entonces, Sam contaría los minutos, y también las puestas de sol. Quizá hasta encontrara novio, una aventura de verano. O también, si su amistad con Naomi no prosperaba, podía estar sola y leer cien novelas en su pequeña habitación blanca de Kamini. Aquella posibilidad no le importaba. Cualquier cosa era mejor que pasar un verano en la ciudad o visitar a los abuelos en Montauk, esa deriva ociosa del día a día en las bibliotecas. En la ciudad no hacía nuevas amistades y ya estaba harta de las antiguas. Nunca encontraría a nadie interesante en Nueva York. Las chicas de su edad eran todas iguales, productos en cadena elaborados según paradigmas concretos

en una fábrica del centro del país. Pero de pronto había encontrado a alguien distinto.

Finalmente se levantaron y volvieron al café con su techado de paja, en cuya sombra aguardaba una mesa con una botella de vino de Santorini y una ensalada de tomate con olivas negras. La madre de Sam lo había organizado. De nuevo el viento confería a todo un aura levemente siniestra. Sam rechazó el pan con aspavientos. Dijo que era intolerante al gluten.

—*Eviva* —brindó Amy, alzando su copa—. Lo aprendí ayer en el puerto. Significa «salud», ¿verdad?

—*Eviva* —dijo Naomi, brindando con ella y luego con Sam—. Hay otro brindis que debería aprender. *Na pethanei o charos*. Que muera la muerte. ¡Muerte a la muerte!

Comieron *baklava* con el café y luego acordaron volver andando juntas al puerto. Las sombras entre los cipreses habían empezado a desplazarse, y cuando emprendieron la marcha no hablaron hasta que al doblar una esquina vieron las primeras casas de Hidra.

Capítulo 2

—Esta vista nunca ha acabado de convencerme —decía Jimmie Codrington a su esposa cuando la criada salió a la terraza con sus gin-tonics y un cuenco de olivas de Kalamata en aceite. Nunca la oían hasta el último momento y entonces su encanto aparecía de pronto, como por casualidad, y era imposible no verla—. ¿Crees que ha empeorado con los años? No sé por qué, pero ahora me parece más pequeña y miserable.

—Quizá nosotros seamos ahora más grandes y magníficos.

A Jimmie le gustó la idea, pero no era verdad. El puerto seguía allí, el mismo de su pasado en común; el mar seguía resplandeciendo hasta Thermisia, las mansiones de los capitanes con sus palmeras, sus cañoncitos y sus armarios pintados seguían perteneciendo a los ricos y famosos, y las campanas de las iglesias en lo alto de las calles perturbaban con su música las plazas donde los gatos decrépitos se reunían al atardecer.

—O quizá también nosotros nos hayamos vuelto más pequeños y miserables. Pero lo había pensado. Sí, ya lo había pensado. Puede que tengas algo de razón.

Phaine habló con la criada en griego.

—¿Cocinarás algo esta noche, o salimos a cenar?

—Como desee, señora. Puedo preparar *psarosoupa*.

—Oh, no. Otra vez, no. Cenaremos fuera, Carissa. Puedes marcharte después de retirar las bebidas.

—Muy bien, señora.

Phaine habló a su marido mientras la chica se alejaba: su uniforme negro dibujó una pincelada sexual en la blancura de la terraza.

—¿Bajamos al puerto a comer pulpo? Me apetece.

—Me ha llamado Nobbins. —Era el apodo de su hija—. Dice que vayamos a conocer a unos americanos en el Sunset. Tiene una nueva amiga.

—¿Ah, sí?

—Un periodista y su familia. Nunca he oído hablar de él.

—Qué aburrimiento. ¿Les decimos que tenemos insolación?

—No, creo que debemos ir. Estoy harto de hacer enfadar a Nobbins. Creo que debemos esforzarnos en mostrar más alegría, en comportarnos como una familia. Además, me parece bien que haga nuevos amigos.

—*Hacer nuevos amigos* nunca ha sido su problema, Jimmie.

—No todo es siempre una cuestión de «problemas». Aunque haya tenido unos cuantos, no es la única. Todos tenemos problemas.

—Eso es como decir que todos tenemos jaquecas.

Una vieja conversación, repetida infinidad de veces, que lo exasperaba por su evidente futilidad.

—No seas tan dura con ella —protestó Jimmie—. Lo ha pasado mal. Supongo que a esa edad no es fácil llevar bien la muerte de su madre. Pero ya basta de todo esto. Vamos a cenar.

Ella accedió, pero con suma irritación.

—De acuerdo. ¿Puedo emborracharme?

—Ni hablar, bruja. Pórtate bien, te lo ruego. Cuando pregunten cómo te llamas les diré «Funny», a ver cómo reaccionan. Su respuesta será muy reveladora.

—No me importa. Pienso acostarme temprano.

Él soltó un resoplido y cogió una aceituna. El antiguo dueño de las aerolíneas Belle Air sabía qué era capaz de hacer su tempestuosa mujer al final de una velada, y dormir era lo último de un amplio menú de posibilidades. Teniéndolo muy presente, propuso su brindis habitual:

—¿Quién es mejor que nosotros, Funny?

—¡Nadie!

La criada se demoró en el centro de la amplia terraza, semiinvisible, aguardando una señal. Solo ella oía el trino de los vencejos que volaban entre las columnas de piedra y delimitaban su perímetro exterior. Allí, en las montañas, estaban prácticamente solos, la última casa del puerto en lo alto de un vertiginoso tramo de escaleras, aislada con elegante énfasis del resto mediante muros, puertas antiguas cerradas con candado y verjas de hierro. Desde allí, el mar parecía más cercano y real que en las casas de abajo. La única vivienda cercana, al otro lado del barranco, estaba cerrada; los dueños griegos se habían arruinado con la crisis financiera. Jardineros contratados cuidaban de los cipreses y olivos del jardín, pero, por lo demás, era una mansión fantasma. En la isla, los extranjeros eran prácticamente los únicos que habían mantenido la solvencia; solo ellos regresaban en verano y mantenían las puertas bien pintadas. Carissa era una autóctona que los había visto evolucionar a lo largo de su vida. Primero los poetas y escritores que alquilaban casas de pescadores por diez dólares al mes. Luego los prósperos urbanitas de mediana edad, después emprendedores de aerolíneas aficionados al arte. Ella los

consideraba a todos unos intrusos y unos bárbaros.

Codrington había llamado a su casa Belle Air, que además de mal escrito era una gracia sin demasiada gracia (pero «Bel Air» no habría evocado el nombre de su aerolínea), y la había llenado de obras de arte creadas por personas que, con los años, se habían convertido en sus amigos. La criada no entendía por qué Codrington valoraba esos objetos que invadían todas las habitaciones. En la sala había un busto de cerámica de Hitler fumando un cigarrillo que siempre los hacía reír. Una obra famosa por su ironía. Pero ¿dónde estaba la gracia? El padre de Carissa era un comunista que siempre le decía que los británicos no eran de fiar.

—Pese a todo, este verano no está tan mal —dijo Codrington, sosteniendo la mano de su mujer—. Ojalá Naomi pudiese disfrutarlo más.

—¿Adónde va todas las mañanas? Se levanta al amanecer y desaparece. Le he preguntado a Carissa, pero dice que no lo sabe.

Se volvió de nuevo hacia la criada y volvió a hablarle en griego.

—¿Adónde va Naomi por las mañanas? ¿Le preparas el café?

—Sí, señora.

—¿Y no lo dice?

—No, señora.

Phaine volvió al inglés.

—De todos modos, solo está aquí porque tiene casa gratis. ¿Qué pasó en Londres?

Jimmie le confesó que no estaba del todo seguro.

—Dejó Fletcher & Harris, solo me ha dicho que por un desacuerdo. No me cuenta nada. No me cuenta nada desde que tenía quince años.

Era la hora de las golondrinas. Codrington siempre se ponía melancólico cuando pensaba en su hija. Quizá fuese porque Naomi conservaba algunos rasgos bonitos de su primera mujer. Mientras Naomi siguiese viva, Helen no moriría. La hija conservaba vestigios de la madre. Pero un hogar roto destruye la continuidad en modos que él no había previsto, que nadie puede prever. Naomi era una adolescente cuando su madre murió de cáncer, y nunca se había recuperado. El adolescente roto nunca se recupera. Estudiar Derecho había sido una mala decisión por parte de su hija; no encajaba con su temperamento. Codrington sospechaba que litigar para un gran bufete había sido para Naomi una suerte de interpretación, una suplantación de identidad. Pero ¿podemos hacer que nuestros hijos sean auténticos en contra de su voluntad? A fin de cuentas, no estaba claro por qué los jóvenes adoptaban posiciones liberales o izquierdistas que no solo no casaban con sus propias condiciones materiales, sino que las contradecían o socavaban por completo. Al principio, podía achacarse a la juventud en sí. Si a los veinte años no eras socialista, no tenías corazón... Pero ¿y si

ahora una generación se dirigía a la treintena sin que nadie merecedor de su respeto cuestionase esa desquiciada visión del mundo? No porque esas personas no existieran —eran fáciles de encontrar—, sino porque la influencia de sus coetáneos y el conformismo las habían borrado de su conciencia. Eso se debía, según Codrington, a que era una generación malcriada y blanda que, para empezar, no había experimentado nada en el mundo real. Su conciencia la habían creado los medios de comunicación, no la vida.

Los Codrington bajaron por la empinada escalera que llevaba al puerto. A Jimmie le fascinaba el crepúsculo. Todas las casas tenían muros altos, reliquias de una época en que las disputas familiares y las *vendettas* estaban a la orden del día, e incluso en pleno mediodía las plazas encaladas estaban vacías y amuralladas, como en tiempos de la peste. Las fucsias, las cigarras y el encalado cegador, los burros que subían los escalones de piedra entre el tintineo de sus campanillas, parecían seguir en el mundo moderno por una simple cuestión de obstinación nostálgica.

Avanzaban despacio debido a la edad de Jimmie, que rozaba los setenta y no era tan estable como antes. Se cruzaron con otro exiliado, un viejo estadounidense que subía en dirección contraria.

—Mira —murmuró Phaine—, ¡es el viejo *beatnik*!

—Buenas noches, Jeremy —le saludó Codrington mientras cruzaban una plaza blanca al mismo tiempo. El americano levantó la mano y no hicieron falta más palabras. Te limitabas a levantar la mano, con eso ya era suficiente. El lenguaje de la isla.

Llegaron al puerto cuando el último transbordador zarpaba hacia el continente. Unos pocos soldados merodeaban con las armas al hombro, inactivos y mudos, la vista fija en el barco griego lleno de luces y música para entretener a los turistas. Empezaron a ascender la pequeña loma a la izquierda del puerto, con el bastón de Jimmie repiqueteando en los adoquines. Llegaron a la primera curva donde los acantilados se hundían en el agua y los jóvenes pululaban por las rocas como animales prehistóricos. Había terrazas con mesas y manteles de color azul oscuro y bronceadas mujeres eslavas de cabello aceitoso echadas en sofás con sus bebidas. Sobre la terraza del restaurante, un antiguo molino de viento dominaba con su altiva superioridad a los frustrados y agobiados camareros. Los pinos inclinados como bonsáis gigantescos habrían dado sombra a la terraza si hubiese brillado el sol. Los Haldane ya se habían sentado con Naomi junto al muro exterior y su hilera de cañones. Envueltos por un halo de energía agradable, frente a ellos había una espectacular selección de mariscos sobre un lecho de hielo. La rápida vista de Jimmie divisó enseguida a la joven que estaba sentada junto a su hija; una amiga perfecta, pensó de inmediato, satisfecho y asintiendo para sí.

Familias británicas y francesas ocupaban las otras mesas. Aquí y allá se veían también atenienses acomodados que escapaban de su tragedia nacional, quizá aliviados por hallarse de nuevo entre los que realmente consideraban sus iguales. También las parejas que venían todos los veranos, los hombres que amarraban sus yates un mes y luego desaparecían de nuevo. Sam se percató de que Jimmie la miraba y sintió curiosidad. Parecía el cantante decadente de un club nocturno. La madrastra de Naomi era una esnob espantosa, se veía a la legua. La típica pareja que de un solo vistazo juzgaban a los posibles amigos de su hija. Pero las cosas pronto se asentaron y siguieron su curso, porque entre los ricos la ley del verano dictaba que la estación fluyese como un río largo y encantador. El imperativo era pasárselo bien y flotar en su luminosa superficie. Estaba prohibido retroceder y mostrar debilidad. No era tan distinto del horror de los Hamptons, salvo que aquí era algo menos pretencioso y mecánico. Aquellas personas empezaban a gustarle. Al menos sentían curiosidad por los desconocidos; les hacían preguntas e insistían en que les diesen detalles de su desconcertante generación. Aquí, ser joven tenía un valor que no se limitaba a lo físico o sexual. La juventud se convertía en fuente de curiosidad para otras personas: ¿qué opinaba?, ¿qué quería hacer en el futuro?, ¿qué le parecían las personas mayores? Les divertía. Les divertía porque lo consideraban importante.

Sam no respondió a estas preguntas con absoluta sinceridad. Mientras se atrevía a beber unas copas de vino bajo la atenta mirada de su madre, ideas menos placenteras invadían sus pensamientos. Aunque todavía era joven, pensó que si pudiese revivir algún momento de su pasado, lo rechazaría. ¿Por qué? Mil veranos podían ser como aquel, cada uno tan bonito como el anterior y, sin embargo, no valía la pena vivirlos por segunda vez. Era una idea extraordinaria.

Naomi y Sam se comunicaban con la mirada. La mayor la había llevado en esa dirección, y por un instante Sam sintió que esta vez ella era la cometa. Jimmie contaba anécdotas sin cesar, no había nada peor. Naomi se volvió hacia Sam con una paralizada sonrisa de desdén. «¿No es espantoso?», decía con los ojos a su nueva amiga. «¿No era espantoso su padre?» Las dos saborearon aquel momento de desdén compartido, aunque no es que Sam se sintiera especialmente despectiva. Aquel anciano le parecía divertido y estrafalario.

«No, Naomi es como yo. Está atormentada», pensó.

Y Naomi se inclinó para susurrarle al oído:

—Puede seguir así durante horas. ¿Intervengo? Tus pobres padres…

Pero Amy no sufría, en absoluto. Fascinante, pensaba para sí. ¡Un hombre de carácter!

Después de cenar, Naomi dejó a su padre y a Phaine en el Sunset y

acompañó a los Haldane a su casa de Vlychos. Justo antes de Kamini, el sendero ascendía por una serie de tramos y escalones y pasaba ante el restaurante Kodylenia's, en cuya terraza, que seguía abierta, algunos ancianos tomaban vasos de ouzo sumidos en un aura de paciencia atemporal. Una celosía iluminada por candiles se estremecía al ritmo de viejos temas de Tsitsánis que emitían los altavoces. De día solían poner Mahler y éxitos variados de Rossini, pensó Naomi. Los ancianos griegos ni se dignaron a mirarlos, pero una adinerada familia francesa sí alzó la vista. Bajaron a Kamini y avanzaron entre las barcas varadas en la arena. En el otro extremo de la playa había un café en ruinas, color rojo sangre, con las ventanas destrozadas y un viejo cartel que rezaba «Mouragio Café-Bar» en griego. Una media luna que asomaba por la cima de la árida montaña iluminó gradualmente las siluetas de unos caballos en el campo. Estaban inmóviles, atentos al olor de los humanos que se acercaban.

La casa estaba en lo alto del sendero, a la izquierda, poco antes de llegar a Vlychos. Los campos de abajo descendían hacia traicioneros acantilados y el mar. Pero incluso allí, en aquellos peligrosos prados, los caballos seguían comiendo apaciblemente la hierba húmeda. Era la típica casa blanca con marcos y columnas pintados de azul; fuera había limoneros, y fruta hinchada y abandonada esparcida por la hierba.

—¿Quieres entrar a tomar un té? —le preguntó Amy cuando llegaron al muro de la casa y abrió la verja metálica.

Subieron a la terraza y Jeffrey cogió su pipa y una caja de cerillas. Su expresión de sorpresa no parecía ir dirigida solo a ellas. Quizá fuera su expresión por defecto, pensó Naomi. Sorpresa ante la vida misma, o quizá una encantadora incompetencia. Estaba prendiendo los candiles, pero también encendió las más eficaces lámparas eléctricas de cristal naranja. Había dos mecedoras y dos sofás de mimbre, separados por una mesilla de cristal adornada con esponjas disecadas; la isla había sido el centro del comercio griego de esponjas. Se echaron en los cojines y Naomi pensó que aquella noche acababa mucho mejor de lo que había empezado. Los Haldane estaban más relajados en su propia compañía, lejos de los intimidantes focos de Jimmie y de su seguridad abrumadora, que los había aplastado de un modo intangible y sutil del que solo eran parcialmente conscientes.

Sam se ovilló en un extremo del porche, con el cabello ondeando al viento. Mientras su padre hablaba, lo observó con una mirada prolongada y escrutadora.

—¿Es cierto que tu padre nos ha invitado a dar un paseo en su yate? —preguntó el señor Haldane, fumando—. Yo no iré, pero a Sam y Chris les encantaría.

—Sí, se ha ofrecido. Podemos dar la vuelta a la isla. Lo hacemos muy a menudo. Hay buenos sitios para nadar.

—Me encantaría —dijo Sam, pero sin aspavientos.

—¿Tú irás, Amy?

—Claro. Quiero ver el lado salvaje de la isla.

—Es imposible llegar andando hasta allí, ¿verdad?

Naomi negó con la cabeza.

—No, no se puede.

—Lo cierto es que no me van los lados salvajes de las islas —dijo Jeffrey—. Aunque me gusta hacerlo de vez en cuando. Yo me quedaré aquí regodeándome en mi pierna lisiada, pero el resto...

—Lo organizaré —dijo Naomi.

—¿Podremos pescar con arpón? —preguntó Sam.

—No veo por qué no.

Pero Sam no quería pescar con arpón, sino solo saber si era posible en aquel mar desconocido.

—Solo verás delfines, y no los puedes arponear —dijo su madre majestuosamente.

—¿Por qué no te quedas a dormir, Naomi? —sugirió finalmente Amy—. Tenemos dos habitaciones vacías, ya preparadas. El camino de vuelta a tu casa es muy largo. Llama a tu padre y le avisas.

—Me parece una buena idea —dijo Sam tranquilamente—. ¿Te quedas?

Naomi lo pensó un momento y luego cedió.

—Sí, me quedaré.

Sam la llevó a una de las habitaciones de invitados. Estaba en la parte oriental, que daba a los prados inclinados. Tenía postigos griegos de color azul oscuro, y jarros con flores secas decoraban las mesas. Los libros del propietario estaban allí: Yorgos Seferis y Kazantzakis en viejas ediciones inglesas. Había cardos dispersos sobre los tablones de madera de barco. La cama era de hierro, chirriante y alta como en los viejos tiempos, cuando la gente moría en ellas dignamente y confiando en el más allá. Vio una mesa blanca con una palangana y una jarra, y algunos limones que empezaban a pudrirse. Era la habitación donde a veces Sam leía a solas.

Se sentaron un rato en la cama, sobre sus rodillas, y chismorrearon sobre la velada. Naomi sentía curiosidad por Christopher, el malhumorado hermano de Sam que había desaparecido de su habitación. Estaba en la fase depresiva de la adolescencia y se refugiaba a menudo en sus ordenadores y sus videojuegos. A Naomi siempre la había intrigado lo de tener un hermano. A veces debía de ser fascinante, ni que fuese por la hostilidad competitiva.

—Mi hermano es demasiado bondadoso para eso. Por lo general, solo es un fastidio.

Naomi apoyó la cabeza en su brazo. Tenía una mirada lenta y sarcástica que nunca soltaba el objeto de su atención.

—¿Yo soy un fastidio?

—No he dicho que lo seas.

—Soy hija única. Los hijos únicos siempre son un poco... como peonzas. Ya lo sabes.

—¿Ah, sí?

—Tu hermano te ha salvado.

—¿De ser una peonza?

—Necesitamos a alguien que nos haga girar.

Sam levantó las rodillas y empezó a sentirse más fraternal. Le hizo preguntas sobre Phaine. ¿De verdad se llamaba Funny?

—Claro que no. Es una broma.

—¿Así que Phaine es un nombre griego?

—Evidentemente.

—Tu padre me parece divertidísimo —dijo Sam.

—La gente de la isla dice que es todo un personaje. A mí eso me parece un insulto.

Sam se apoyó sobre la espalda con los miembros relajados y sueltos, como si fuese un niño que se ha atracado de pastel de chocolate.

—Me ha gustado que llevase corbata. Mi padre nunca se la pondría.

—Pues a mí me gusta tu padre. ¿Hacemos un intercambio? No me importa que no lleve corbata. Creo que mañana deberíamos levantarnos temprano y andar hasta el extremo de la isla. Todo el camino hasta el final.

Lo dijo como si fuera un firme consejo, incluso una orden; no como una sugerencia casual. A Sam le sorprendió el tono, pero no dijo nada. Era innegable que le atraía estar con alguien que tomara las riendas del día siguiente porque eso nunca le había pasado antes. Por lo general, la gente hacía lo que ella quería y no a la inversa, y se preguntó si debía aceptar sin más o montar un numerito que pusiese en evidencia su autonomía. Sin embargo, enseguida comprendió que era su autonomía lo que la aburría. Naomi le ofrecía algo más: la sensación de saber lo que ella quería mucho antes que nadie.

—Tarde o temprano —dijo Naomi con voz sosegada— comprenderás que sé todo lo que puede hacerse en esta isla y cuáles son las cosas más divertidas. Las he hecho muchas veces, por eso lo sé. Si dejas que te guíe, te ahorraré mucho tiempo.

—Eso es muy arrogante, pero, de hecho, no me importa tener un guía.

—Los guías valen su peso en oro. Pero solo si los quieres.

Miró a Sam maliciosamente y su sonrisa fue como una soga tirando de la embocadura de un caballo.

—Claro que quiero.

—Pues trato hecho.

Después de darse las buenas noches, una vez sola, Sam no pudo dormir. Echada en la cama con las cortinas descorridas, oyó el chirriar de las bisagras oxidadas, hostigadas por el viento. Se lió un cigarrillo y lo disfrutó plácidamente junto a la ventana para que a sus padres no les llegara el olor. Habían pasado muchas cosas de forma muy repentina, pero no podía definirlas. Los Codrington ya eran un acontecimiento en sí, pero ella sabía ya entonces que nunca la invitarían a tomar el té en su mansión. Ellos no hacían cosas así. Eran planetas más próximos al sol que el suyo; se movían en órbitas distintas. Era Naomi quien bajaría al puerto para entretenerla, quien daría sentido a su interminable verano. Había en ella algo inquietante, pero quizá también Naomi se había visto súbitamente alterada —solo un poco— por el contacto con Sam. Tenemos la peonza y tenemos la chica que la pone en movimiento, pero ambas se funden en su girar.

Capítulo 3

Se levantaron temprano, renunciaron a las tortitas que les ofrecía Amy y bajaron a Vlychos para desayunar en el Four Seasons. Era un pequeño complejo turístico ubicado en la playa, a kilómetro y medio del pueblo, en un sendero solitario que llegaba hasta Palamidas. A las seis y media de la mañana, las mariposas ya revoloteaban alrededor de los postes torcidos y las laderas cubiertas de floridas uñas de gato, para después esfumarse cuando les apetecía. Las chumberas crecían como una armadura primitiva a lo largo de los muros bajos; sus palas estaban delicadamente cubiertas de diminutas telarañas. Todo, incluso las inmediaciones de las casas, estaba en silencio. Olía a heno y a café, y en la ensenada se oía el rumor espectral de las pequeñas olas.

Llevaban al hombro bolsas playeras con bañadores, toallas y crema solar. Avanzaron entre frondosas pitas hasta llegar a un lugar llamado Castello y luego subieron por encima de la playa hasta una loma, donde puertas de madera podrida, cerradas con candados, anunciaban los fantasmas en casas abandonadas. Allá donde los bajíos empezaban a ganar profundidad se veían manchas irregulares de color ópalo que parecían tiburones inmóviles, y, más a lo lejos, unas masas de color verde oscuro insinuaban una energía latente que siempre parecía contenida, sin ascender al cielo. Como un ataque de malaria, pensó sin saber por qué. Un delirio febril de esponjas y rocas sumergidas. Cerca de la orilla asomaba un islote donde se erigía una capilla blanca y también un yate quebradizo que navegaba hacia los dos montículos de Dokos, pero las olas que ondulaban el mar eran más rápidas que su estela. En Vlychos vieron la playa anodina con hileras de sombrillas de paja entre un revoltijo de cables eléctricos —el sendero estaba justo debajo— y corpulentos griegos que ya se disponían a recibir los primeros rayos de sol que se hundían en el mar. Todo el complejo estaba constreñido en aquella estrecha bahía. Cruzaron un viejo puente de piedra. Debajo, un hombre que guiaba su reata de burros ni se dignó a mirarlas; lucía un fabuloso bigote del siglo pasado, botas altas y tenía manos de estrangulador. Saludó con un *yassas* a alguien que no podían

ver.

En la terraza del Four Seasons, resguardada por árboles bajos, todavía no habían aparecido los rusos que daban fama al lugar, y el edificio principal del hotel parecía cerrado e indiferente. Sin embargo, sus puertas estaban abiertas y podía vislumbrarse un interior elegante, con antigüedades y música clásica. Las sombrillas de paja estaban ya montadas, a diferencia de las de Mandraki, y alguien había rastrillado la arena. Se sentaron a una mesa de la playa, a la sombra, y pidieron café solo, un *sketos* amargo para Naomi y un *metrios* más dulce para Sam. El sudor empezó a secarse en su piel, pero Sam no podía imaginar lo que sería dar aquel paseo bajo el sol del mediodía. Era la clase de tortura a la que solo podían someterse los ociosos adinerados.

Tomaron tres tazas de café cada una y luego pidieron tostadas con mermelada y cuencos de yogur griego con nueces. Sam declaró, con absoluta sinceridad, que era la mejor mermelada que había probado en su vida. Naomi dijo que también podían fumar un poco, que nadie lo notaría. Un poco de maría por la mañana sentaba de perlas. Lió un porro y fumaron por turnos. «Conque tiene maría y sabe dónde conseguirla —pensó Sam tranquilamente—. Se las sabe todas.»

Como si le leyera el pensamiento, Naomi se explicó.

—Se la compro a una chica de aquí que la vende por toda la isla. Vendrá después al sitio donde vamos.

—¿Lo dices en serio?

—Es un secreto que solo saben los de aquí. La trae de Turquía. No se la vende a los turistas, salvo si vienen recomendados. No se lo digas a Christopher.

Se colocaron un poco, pero sin llegar a atolondrarse. Al cabo de una hora subieron la colina, enfrentándose al calor. El camino serpenteaba entre laderas empinadas y el mar batía al pie de los acantilados. El camino a Palamidas. Un tendido eléctrico de postes desvencijados y torcidos lo recorría en lo alto.

Antes de llegar a Palamidas bajaron por un barranco alfombrado de iris. Era una estrecha zona rocosa donde tendieron las toallas, se desnudaron y se pusieron el biquini. Se tumbaron a esperar. Era como esperar la inspiración. Empezaron a charlar porque el silencio lo fomentaba. Naomi preguntó a Sam por su intolerancia al pan. ¿Hacía mucho que no lo probaba? Unos años, respondió Sam. Descubrió que era intolerante cuando empezó a tener la regla. Por suerte se trataba de un problema muy conocido hoy en día: todos lo habían entendido, incluso su madre. Curiosamente Hidra estaba muy bien surtida de productos sin gluten. Era por los ingleses, dijo Naomi con aspereza. Los habían traído ellos y ahora los griegos también habían descubierto que eran intolerantes al gluten, aunque lo hubiesen ignorado durante tres mil años, lo que demostraba lo cabezotas que eran.

Sam captó el sarcasmo, pero decidió pasarlo por alto y cambiar de tema. Preguntó a Naomi si salía con alguien, en la isla o en Inglaterra.

—¿Te refieres a un novio?

—Como quieras llamarlo.

—Ahora estoy en un interregno —admitió Naomi.

—¿Un qué?

—Una pausa entre novios. Probablemente entre dos novios nada interesantes.

Sam se atrevió a preguntar:

—¿Quizá es mejor la pausa que los novios?

—Sí, en cierto modo. Depende de ellos. Ahora llevo sola una temporada y me gusta. Pero no puedo decir por qué.

—Te entiendo muy bien. No es que yo haya tenido muchos novios, pero a veces creo que pensar en ellos es mejor que tenerlos. Es mejor que *hacerlo*, ¿verdad?

—Yo tampoco diría eso.

—Casi, quiero decir.

—Ni así.

Naomi sonrió al cielo, y a Sam le pareció que su piel era una máscara inglesa perfectamente modelada para parecerse a un rostro humano, y la sonrisa no perturbó su lisa superficie. Sin embargo, percibía las tensiones que se desplazaban por debajo, ideas y ánimos que vagaban de una habitación vacía a otra. Habría sido fácil confundirlo con aburrimiento, pero era más electrizante. Como una niña que busca un ciempiés para matarlo.

—¿Y qué me dices de la señorita Sam?

—Hay un chico que me gusta; veranea en México. Tampoco quería invitarlo aquí. A mi padre no le cae bien.

—¿Y él no quería acompañarte?

—No quería estar con mi familia. Es comprensible, dado cómo se comporta mi familia. Somos un poco… aburridos.

—Eso no es muy leal por su parte.

—Es que yo tampoco lo soy. No pienso en él. No soy del tipo leal.

—Conozco esa sensación.

—Esperaba que habría por aquí. Chicos, quiero decir. Dicen que Grecia es el sitio perfecto, ¿verdad?

—Sí, claro.

Al cabo de una hora oyeron el batir de unos remos en el agua y apareció un bote con una joven de la edad de Naomi. Ellas se acodaron en las toallas y la recién llegada las miró con expresión hosca por debajo del ala ancha de su sombrero de paja, que se quitó mientras el bote se acercaba flotando.

Vestía un bañador y una camisa anaranjada de lino, y llevaba el cabello enmarañado, largo hasta la cintura. Se acercó a la orilla, levantó

los remos y gritó un familiar *yassou* a Naomi. Cuando el bote se acercó a las rocas, se levantó, cogió unas alforjas, las abrió y sacó un paquetito. Naomi, a su vez, había sacado unos billetes de euro enrollados que arrojó al bote. La joven le lanzó el paquete. La chica volvió a sentarse, levantó los remos de nuevo y observó a la joven americana. No había amabilidad en su mirada; no tenían nada en común.

—¿Quién es? —preguntó a Naomi.

—No te preocupes —respondió Naomi en griego—. Es una amiga.

La joven volvió a ponerse el sombrero de paja y se alejó canturreando en el bote. Naomi esperó a que hubiese desaparecido para liar un porro. Se lo fumaron tumbadas de espaldas, y luego, ya descansadas, subieron a Palamidas, entre nubes de polvo, hasta un punto donde ya no podían continuar. La iglesia de Episkopos estaba en una pendiente demasiado empinada, y volvieron atrás.

Naomi la acompañó hasta la puerta de su casa y luego dijo que volvía a la suya. Su padre y Phaine la esperaban para cenar, y aquella noche tenía que ser puntual o se enfadarían.

—Jimmie acaba de enviarme un mensaje. Mañana tenemos que estar a las siete en el puerto para salir en el yate. ¿Podréis?

—Allí estaremos. ¿Qué llevamos?

—Nada. Nos sirven los mayordomos.

—¿Mayordomos?

—Bueno, no van vestidos de mayordomos.

Sam parecía vacilar. Luego dijo, arrastrando las palabras:

—De acuerdo. ¿Seguro que puedo quedarme la maría?

—La he comprado para ti —dijo Naomi alegremente.

—Guay. Pero no la llevaré mañana.

Naomi la tomó de la mano, que meció como si fuese una comba.

—No llegues tarde, señorita Sam. Odio a las chicas impuntuales.

—Allí estaré a las siete en punto.

Naomi bajó al puerto. Temía la hora de la cena, pero no le quedaba otra que pasar por el aro. Las golondrinas llenaban el cielo con un aire enajenado de loca poesía. Se tomó una copa rápida en el Pirate Cove para templar los nervios y luego subió la escalera rodeada de plumbagos que conducía a su casa. Cuando llegó a Belle Air fue Carissa quien le abrió la puerta. Tenía una expresión sombría. La criada iba maquillada de un modo casi profesional.

—La señora está de mal humor.

Permanecieron unos instantes en el frescor cerrado del vestíbulo, entre viejas espadas turcas, mientras Carissa le transmitía sus observaciones del día. Hablaban en griego y el humor fluía fácilmente entre ellas en esa lengua. Se conocían bien. Más aún, existía entre ellas una sosegada telepatía. Se conocían desde hacía años, cuando Naomi

empezaba la adolescencia y Carissa no era mucho mayor. Aquella noche la señora había dicho que su hijastra era un parásito.

—Ya sabía que pensaba eso de mí —dijo Naomi con voz lúgubre—. ¿Qué más?

—Tu padre te defendió. Se pelearon.

—Esa cabrona. Qué haría yo sin ti, Carissa.

—También dijo que debías volver a Londres y buscar trabajo.

—¿Eso dijo?

—Sí.

«Y ¿por qué tengo que ser yo la que vuelva a Londres?», pensó Naomi.

—No importa. Me arreglaré para la cena.

Subió a su habitación, cerró la puerta y pasó una hora debajo de la ducha. Aquella era su habitación de la infancia, mucho más antigua que el afecto que albergaba el corazón de su padre por Phaine, lo que le producía una reconfortante sensación de propiedad. Su cama, sus antiguos libros y las cosas de su niñez se descomponían con el salitre. En el resto de las habitaciones la intrusa había eliminado meticulosamente cualquier rastro de su difunta madre y había reemplazado su antigua sensación cálida y acogedora por sus propios gustos gélidos.

Naomi se sentó ante el tocador y se maquilló un poco. Su padre siempre apreciaba ese esfuerzo en las cenas familiares; sus ojos brillaban fugazmente y pronunciaba un tácito cumplido. Se puso un vestido sencillo, se recogió el pelo y luego bajó tranquilamente a la terraza, donde Carissa había puesto la mesa con un toque de magnificencia: asfódelos en el jarrón de plata de Nottingham. Jimmie y Phaine ya estaban allí; en el salón, Frank Sinatra cantaba a todo volumen y «Fly me to the Moon» acallaba a las cigarras. Jimmie fumaba un espléndido habano mientras leía el *Wall Street Journal*; Phaine bebía un vodka con tónica. Cuando vio a Naomi tensó el cuerpo y exclamó despreocupadamente:

—¡Aquí estás!

Jimmie levantó la vista por encima de las gafas y sonrió al ver a su única hija, que emanaba una elegancia sutil e indescriptiblemente contrita. Dejó el periódico y dio unos golpecitos en su copa con la cuchara, como si fuese a anunciar un brindis.

—Que Carissa saque el paté —dijo Phaine—. Ha preparado paté de aceitunas negras; una receta antigua, ya sabes.

Pero la criada ya lo llevaba a la mesa. Jimmie sirvió el Bandol y se interesó brevemente por los Haldane. El hombre era un poco tieso, ¿verdad? Pero la mujer no estaba mal. Atractiva y ágil. El chico, en cambio, tenía una mirada escurridiza.

—¿Y qué me dices de la hija? —preguntó Naomi.

—Ah, sí. Se me había olvidado. Tú la conoces más, ¿es simpática?

—Claro que sí.

—¿Oyes eso, Funny? Es simpática. Pero no la recuerdo.

—Reconócelo, Jimmie, solo recuerdas lo que te interesa recordar.

Puesto que aquello era innegable, Jimmie contuvo la lengua unos instantes antes de contraatacar con otro argumento.

—Pero no es propio de mí olvidar a una persona simpática. Debía de haber en ella algo vulgar. O algo muy antipático. O quizá no me cayó bien.

Era la habitual cena *à trois* en la mansión Codrington, con chismorreos constantes sobre los vecinos, los nuevos comercios del puerto (mal recibidos) y los platos que preparaba Carissa en la amplia cocina y que servía en diferentes vajillas antiguas. Aquella noche sirvió un espléndido pescado al horno con limón y olivas, acompañado de aceitosas patatas asadas, aderezadas con sal marina y hojas de tomillo largas como pestañas.

—Estamos encantados de ir a navegar con tus amigos mañana —dijo Phaine—, pero Jimmie y yo creemos que deberíamos hablar primero de tu situación. Es decir, de tu situación laboral. Me parece que no has sido muy comunicativa sobre lo que ha pasado ni sobre los motivos de que hayas dejado el bufete. Sabes perfectamente bien que tu padre se esforzó mucho para ayudarte a conseguir ese puesto, que ahora se ha evaporado de un día para otro sin la menor explicación por tu parte.

Empezó a pinchar las patatas con el tenedor, un interludio que sirvió de invitación para que Naomi la refutara.

—Eso es injusto —dijo débilmente—. Yo…

—Te has presentado aquí diciendo que habías perdido el trabajo, esperando que lo aceptáramos sin más. Es incomprensible. Aparte de todo lo demás, si nos hablaras con sinceridad y explicaras exactamente lo que ha pasado podríamos ayudarte. No estamos diciendo que haya sido culpa tuya, porque no sabemos nada. No podemos saber nada a menos que nos lo cuentes y dejes de ser tan evasiva al respecto.

—Ya no trabajo allí. Creo que eso es todo lo que necesitáis saber.

—Que te hayas quedado sin trabajo no es el fin del mundo, es algo que ocurre continuamente. Pero lo que no puedes hacer es actuar como si nada hubiese pasado y esperar que no te hagamos preguntas. Tenemos todo el derecho del mundo a planteártelas.

—Y yo no he dicho que no.

—Cariño —dijo Jimmie a su hija—, me gustaría saber por qué te han despedido, si es que te han despedido. ¿Te han despedido?

Naomi dejó el tenedor y se le tensó todo el cuerpo.

—Es un asunto privado —balbució—. Me parece que era evidente por qué…

—Pero si quieres que te ayude…

—No quiero. Solo necesito un sitio donde pensar.

—Eso lo tienes y siempre lo tendrás. Pero si no sabemos qué ha pasado no podemos ayudarte, ¿no crees? Phaine dice que la sinceridad es el mejor principio, algo con lo que yo coincido.

—Puedes contárnoslo —insistió Phaine con vehemencia—. No podemos quedarnos al margen de algo así.

—Sabemos que tenías problemas con tu jefe…

—No fue eso, no fue eso. Es más complicado.

Naomi sintió que se desmoronaba. Quería taparse los oídos y gritar hasta dejar de oírlos, a ellos y a Sinatra.

—¿Fue por el caso Weaver? —insistió Jimmie—. Me hablaste del tema y lo consulté en Google.

—¿Y qué, si lo fue? Lo único que importa es que me despidieron. O sea que sí, me han despedido.

—Vaya —dijo Phaine, triunfante.

—¿De veras?

—Sí, papá.

—Qué despreciables. ¿Y cuál fue el motivo?

—No estoy segura de saberlo.

—Entonces que te hayan despedido es despreciable por su parte.

—¿Hay algo que no le cuentas a tu padre? —insistió Phaine.

—¿Te refieres al motivo? —preguntó Jimmie.

—¿Quieres que lo diga yo, Naomi? —dijo Phaine.

—Puedo hacerlo yo. Aunque no hay mucho que contar. Dijeron que había manipulado pruebas para ayudar a mi defendido.

Acabó cediendo y les contó los detalles de la crisis que le había costado el puesto. Se había ofrecido para defender al propietario de un restaurante turco de Dalston que durante un intento de robo había golpeado a dos hombres con la culata de una escopeta. Obviamente los denunciantes eran esos dos hombres, y había dos testigos que habían presenciado el ataque —o defensa propia— desde la calle. Los colegas del bufete le habían dicho que era un caso políticamente sensible y que preferían rechazarlo. Pero ella asumió la defensa del hombre utilizando a los dos testigos de forma muy eficaz, y el turco fue absuelto. Pero uno de los hombres a los que había golpeado sufría daños cerebrales permanentes. Se montó un escándalo. La atención se centró en los dos testigos. Un periodista descubrió que eran amigos del acusado y luego afirmó que ella lo sabía de antemano. Naomi le aseguró a su padre que lo desconocía, pero en realidad sí que lo había sabido. Los socios del bufete recibieron pruebas irrefutables al respecto. Había sido algo instintivo por parte de ella: quería defender a un musulmán de sus torturadores. No había nada innoble en aquello. Que los tres hombres fuesen amigos no significaba que el testimonio de los que estaban en la

calle fuese falso. Fue un montaje para utilizarla como cabeza de turco, concluyó.

—La verdad es que en los despachos de abogados siempre hay errores y malentendidos —dijo Jimmie, intentando mantener un tono neutro y contener la indignación—. Y tú te equivocaste de buena fe. Eso es un asunto de la fiscalía pública, o como se llame. Pero no puedo entender por qué tu propio bufete se te puso en contra, ni por qué se tomó en serio semejantes acusaciones. ¿Temían otra investigación?

—Decidieron que yo había transgredido sus reglas...

—¿Y fue así?

Naomi respondió con una evasiva:

—Según su interpretación.

—Pero esto es increíble. ¡No podemos tolerarlo!

Jimmie arrojó la servilleta con dramatismo y se quedó mirando a su esposa como si esta fuese a recoger el testigo de su indignación. Pero Phaine se recostó en la silla, se mordió el labio y negó con la cabeza.

—Cálmate, Jimmie. Tómate una copa y tranquilízate. Me alegro de que finalmente nos hayas contado la verdad. Sabía que se trataba de algo más grave de lo que dejabas entrever.

Pero Naomi ya no volvió a abrir la boca y se limitó a beber vino. Finalmente, su padre empezó a relajarse y se enjugó el sudor de la frente; la noche era cálida. Luego volvió a su pescado con patatas y dejó el tema.

Jimmie pensaba. ¿Qué haría su hija ahora que ya no tenía nada a lo que regresar? La situación era más grave de lo que él se había imaginado. ¿Cómo se había puesto Naomi en una situación tan estúpida? Tenía un don para complicarse la vida, eso había que reconocerlo. Era, se temía Jimmie, algo peor que un desliz o un choque de personalidades. Naomi se había equivocado y no quería admitir la responsabilidad. Aquel secretismo tan suyo era lo peor de su hija. Estaba seguro de que Naomi había utilizado ese talento para manejar casos controvertidos. Pero en esta ocasión no se había salido con la suya y, la verdad, lo había pagado. Aquello no dejaba en buen lugar la reputación de los Codrington.

Cuando terminaron, Carissa volvió a aparecer con tres pudines de coco que había preparado siguiendo las recetas de un libro de cocina asiática que le había dado Phaine. Las lámparas se mecían en el viento, que también zarandeaba los toldos de otras casas y los cables del tendido eléctrico. En el sendero de lo alto de la montaña, una linterna alumbró de pronto la oscuridad.

—¿Has visto eso? —preguntó Jimmie a su mujer—. ¿Están cazando zorros ahí arriba?

Abrió de nuevo su caja de puros. Llamó a la criada y le pidió que pusiera algo de Theodorakis. Había una canción titulada «El único

pecado imperdonable» que quería oír antes de acostarse. Y entonces, como si de pronto hubiese recordado que tenía cita con el dentista, pensó que a la mañana siguiente tenía que irse de crucero con los americanos. Maldijo en silencio. Pero luego le vino la inspiración.

—Nobbins, ¿es necesario que Phaine y yo os acompañemos a dar la vuelta a la isla? Puedes llevarte el barco y la tripulación y divertirte con tus amigos. No hace falta que vayamos nosotros. Lo has hecho cientos de veces, así que no me preocupa. Pero no acabes en Turquía.

Naomi contuvo una exclamación de alivio y se limitó a asentir. Pero Phaine y ella intercambiaron una mirada hostil.

—¿Estás seguro? —dijo Phaine a su marido.

Naomi aceptó un vaso de ouzo antes de acostarse. Las estrellas habían salido hacía tiempo, pero no se había dado cuenta. Su frío glamur las vinculaba a siglos olvidados. Sin embargo, lo que atrajo su atención fue la silueta de la montaña donde había visto el haz de luz. Por un momento algo se movió en la oscuridad, una figura que trepaba hacia la pequeña iglesia que había en la cima como una cucaracha gigante. Apuró su ouzo, contuvo las lágrimas que amenazaban con inundar sus ojos y se mantuvo firme hasta que transcurrió un tiempo prudencial para el segundo vaso. Tras una breve protesta por parte de su madrastra, padre e hija se tomaron el segundo ouzo y cerraron las heridas de la velada. Con los años, Naomi había descubierto que los mejores momentos entre ellos se daban cuando bebían ouzo juntos. Aquel licor insípido y de doble filo era su tácita tregua, su mutuo anonimato.

Capítulo 4

Los hermanos Haldane llegaron al puerto solo con su padre y se encontraron con Naomi en el Pirate Cove para tomar café antes de embarcar. Amy había preferido quedarse en casa para pintar y cocinar, y parecía que Jeffrey solo estaba allí por la insistencia de sus hijos. Pero puso al mal tiempo buena cara y se tomó una taza de *sketos* tras otra.

Los tres miembros de la tripulación del *Black Orchid* también estaban allí, y se sentaron juntos. Los tres griegos parecían muy interesados en la belleza explosiva de la chica americana y Jeffrey fue sintiéndose cada vez más protector y molesto mientras la cafeína se le subía a la cabeza. Naomi observaba. Los hombres Haldane iban vestidos casi iguales, con pantalón corto militar, zapatillas de deporte negras, sudaderas de la Universidad de Pittsburgh y las mismas gorras de béisbol. Una familia cuyos hombres iban de uniforme. Era fantástico —había visto cosas así en las películas— y eso los volvía más fáciles de manejar. El chico estaba de buen humor, pero no hablaba. Era evidente que no era necesario. Aquel día haría exactamente lo que quería hacer.

—Es un yate de verdad —le dijo finalmente a Naomi, con una resplandeciente mirada de apreciación—. ¿Pescáis? Podríais pescar atunes.

Naomi miró a Sam de reojo y ambas rieron en silencio. Al embarcar intercambiaron un *yassou* privado y Naomi vio que Sam estaba radiante, más incluso que el día anterior. Quizá el anodino uniforme de los hombres jugara a favor suyo. Y el sol también le había dado algo de color.

En cuanto subió a bordo, el chico se lanzó a inspeccionarlo todo entre guturales exclamaciones de asombro.

—¡Hay un dormitorio ahí abajo! —gritó a su padre—. ¡Encima de la cama hay un cartel que pone «Vergüenza»!

—Es una obra de arte —explicó Naomi.

Se dirigió con Sam a la cubierta de popa y se sentaron. Daba el sol y la tripulación les instaló un toldo. En la mesa había una cubitera, una neverita, vasos y platos de porcelana. Sam alzó la vista hacia las secas

colinas y se emocionó. Era como Oriente Medio, como un rincón del Líbano o de Siria muchos siglos atrás. Esclavos y mulos enjaezados desplazándose entre las cuevas sobre las rocas deslumbrantes. Resultaba enigmático, y no era en absoluto lo que se había esperado. Mientras navegaban hacia mar abierto, la montaña, que recibía su nombre de Eros, dominaba la diminuta ciudad de cafés y tiendas de submarinismo. Vio gente que caminaba por el sendero de encima del Sunset y a los bañistas madrugadores en las rocas planas que había justo debajo. La pantomima colectiva de las vacaciones. Entonces la tripulación arrancó los motores y navegaron a lo largo de la costa, pasando Vlychos y la casa de los Haldane. Y allí estaba Amy, que los saludó con energía, como una figura solitaria en un cuadro de Andrew Wyeth; el yate respondió haciendo sonar su sirena. Pasaron Molos y los cabos más remotos, Bisti, la isla de Tsigri y Agios Konstantinos. Luego giraron para seguir el extremo de la isla que llevaba al cabo de Agios Ioannis. Allí no había casas ni caminos, las playas estaban cercadas por espectaculares acantilados y formaciones rocosas, y el mar parecía más oscuro e impredecible. Cuando echaron el ancla para la primera parada, las olas golpearon con dureza un lado del yate, que se bamboleó suavemente. Sirvieron al grupo, bajo el toldo, zumo y café, cruasanes y *tulumba*. Pusieron música —calipso, explicó Naomi— y Louis Armstrong en la banda sonora de *Alta sociedad*. A su padre le encantaba. Naomi se llevó a Sam abajo, al dormitorio, y se pusieron el bañador. Esta vio que, en efecto, encima de la cama había un tubo de neón con la palabra «Vergüenza».

—Es de enfermos, ¿verdad? —susurró Naomi—. Le costó veinte mil dólares.

Sam observó el desordenado batiburrillo de arte, las lámparas de noche de cristal macizo y los paneles de Keith Haring incrustados en las paredes. Podría haber sido guay, pero no lo era.

Subieron a cubierta, donde la tripulación había bajado la escalerilla al agua. Jeffrey y el chico contemplaban un banco de lucios que atravesaban el mar como si fueran agujas animadas. La costa estaba a unos cien metros de distancia, un trayecto agradable a nado. Ahora, desde el barco podía verse el resplandor cobrizo del fondo arenoso. Sam y Naomi se pusieron aletas de goma y máscaras, pero decidieron pasar de los tubos. Bajaron al agua y se alejaron lentamente del calipso, de la reluciente cubertería de plata y de la ansiosa mirada paterna. Jeffrey no las tenía todas consigo respecto a aquella joven británica tan segura de sí misma. Había alejado un poco a su hija de ellos, algo de lo que su mujer y él eran muy conscientes. Pero pensó que Naomi no lo había hecho deliberadamente, sino que era una de esas personas que influía de forma inconsciente en otras y no se la podía responsabilizar de sus efectos. Era un tropismo, no una conspiración.

Lo que, claro está, la hacía más peligrosa. Además, a la personalidad íntegra y formal de Jeffrey le perturbaban las maneras informales y relajadas de Naomi; le parecían la prueba de una superioridad que él tendría que minimizar para sobrevivir.

Llegaron a la orilla en cuestión de minutos, subieron a unas rocas y se tumbaron de cara al yate. Todavía les llegaba la música de Louis Armstrong y los ritmos del calipso. La tripulación había descorchado una botella de champán, probablemente tanto para ellos como para sus invitados desconocidos y nada importantes. La espuma refulgió un instante antes de derramarse en el agua. *Eviva!* Naomi sacudió el cabello mojado y volvió a recostarse. Otra vez aquella aristocrática espontaneidad de movimiento y de gesto, y Sam la imitó estirando los dedos de los pies con su pintura escarlata de guerra. Se los había pintado la noche anterior. Oyó el corretear de unos lagartos por las rocas y se volvió, pero eran más rápidos que su vista.

Poco después se levantaron y escalaron una empinada pendiente hasta llegar a una plataforma desde donde veían el barco y los Haldane bajo el toldo, inclinados sobre el tablero de ajedrez. Sam pensó que aquella separación de su familia, sentirse lejos de las disputas y banalidades domésticas, era todo un respiro. Un miembro de la tripulación nadaba en los alrededores y su voz les llegó con absoluta claridad. *«To nero einai gamo kryo!»* La ausencia de cualquiera que hablase griego les había soltado la lengua.

A su espalda, la colina proyectaba en el agua una sombra lejana que cortaba la popa del yate y oscurecía la banderita griega que allí ondeaba. Otra pendiente conducía a una ensenada repleta de rocas y piedras, un lugar invisible desde la embarcación. Aquel lugar, sin senderos y rodeado de cactus, tenía algo tentador. Se levantaron. Cuando perdieron de vista la embarcación, Jeffrey levantó la mirada y sintió un instante de desazón; de pronto, una pequeña sombra había cruzado su mundo. Pero la tripulación no lo notó y, además, los griegos sabían que Naomi conocía la isla. En realidad, las chicas estaban eufóricas. La pureza opalescente del cielo, la ausencia de nubes y contaminación, les daba seguridad. Bajaron saltando entre las rocas hacia la segunda ensenada con la cara congestionada por el calor.

Sam se sintió más libre en cuanto perdió a su padre de vista. Recordó la advertencia de su madre sobre el sol. A la mierda, pensó. A la mierda con esa marca de familia. A su piel le gustaba la ferocidad solar.

—¿Qué significa *skatofatsa*? —preguntó mientras seguía a su guía.

Naomi se volvió y respondió:

—Caramierda.

—¿Es una palabra útil?

—Yo la utilizo mucho, a diario.

—*Skata-fatso*. Fantástico.

—*Fatsa*. La puedes usar en Estados Unidos.

Volvieron a sentarse en el extremo de la ensenada para recobrar el aliento. El yate había desaparecido detrás de la costa, pero oían la música de *Alta sociedad*. Sin embargo, en cuanto empezó a soplar el viento, la música desapareció y solo se oía el volar del polvo y la arena.

—¿Continuamos? —preguntó Sam—. Quizá nos sigan y puedan recogernos más adelante.

—No he cogido el móvil. Tendremos que hacerles señas desde donde estemos.

—Pues ya les haremos señas.

Subieron las laderas siguientes hasta que volvieron a ver el yate. Movieron los brazos en alto, pero nadie las vio. «Ya nos han olvidado», pensó Sam, divertida y, en parte, satisfecha. Gritaron y solo respondió el eco. Se preguntaron qué podían hacer. Desde su posición elevada veían barrancos, calas y arbustos que resplandecían bajo una luz azulada. Todo aquel silencio y tranquilidad despertó en ella el deseo infantil de alterarlo, de restarle pureza. Sin siquiera hablarlo siguieron avanzando y bajaron hacia el mar por segunda vez, cantando «Paperback Writer» mientras se abrían paso entre las chumberas.

«Somos unos animales soberbios —pensó Sam—. Soberbios como panteras.» Cuando alcanzaron las rocas blancas de la orilla vieron dos manchas rojas. Sangre, pensó Sam de inmediato. Se detuvo, se agachó para examinarlas y su rostro reflejó su desconcierto. En efecto, eran dos manchas de sangre seca, como algo diminuto que alguien hubiese perdido. Sintió una súbita emoción cuyo origen le resultaba desconocido.

—Es imposible —dijo Naomi.

—¿Hay animales cerca? —se preguntó Sam en voz alta.

—Nadie caza por aquí.

En el interior de Sam se tensó algo que despertó su instinto. Tocó una de las manchas.

—No hay solo dos manchas, es un goteo constante. Viene de arriba.

—Eso parece —dijo Naomi.

—Tienen que ser de una persona. ¿Algún excursionista?

La gente, como ellas, se acercaba hasta allí con sus yates. Naomi se mostró escéptica.

—No hemos visto ninguna embarcación por aquí.

—Habrán llegado andando por la montaña.

—No.

Se levantaron y miraron a su alrededor, pero no vieron nada. Llenas de dudas que no pronunciaron en voz alta, se limitaron a seguir

andando y escalaron hasta lo alto de una ladera cubierta de resplandecientes cardos. Allí, las rocas se curvaban y las olas espumaban abajo, en la costa oculta. Al principio no vieron nada, pero luego descubrieron una figura tumbada entre el tomillo a pleno sol, un hombre que dormía de costado en una maraña de harapos, con una botella de plástico al lado.

Solo vestía un pantalón de chándal y unas chanclas. En unos cactus, a escasa distancia, un suéter andrajoso parecía secarse al sol. Se trataba de un hombre joven, de cabello largo, con barba crecida y descuidada. Un exhausto vagabundo del mar. Naomi vio que no era griego; lo supo por el aspecto de la ropa, por su cansancio supremo. Pero Sam pensaba en otra cosa. Observó la costa y no vio nada, ni un bote precario, ni un remo abandonado. Como buena hija de periodista era una ávida lectora de noticias y ya se le había ocurrido algo, y aunque quizá hubiese llegado a la misma conclusión que Naomi, era menos moralista al respecto. No podían fingir que no lo habían visto, ni tampoco volver al yate como si nada. Sintió una fugaz curiosidad, pero luego le intrigó más la concentración extrema del rostro de Naomi.

La sensación de alarma había abandonado gradualmente a la joven inglesa, y solo Sam seguía tensa y quería volver de inmediato. Naomi la tranquilizó con un gesto de la mano. Aquel hombre dormido no suponía ninguna amenaza; era un desgraciado abandonado a su suerte, que hasta se había abandonado a sí mismo. La sangre era suya. Un corte en la mano o un corte en el pie: la expresión de su desgracia. Era evidente que venía del mar y no del puerto, porque dormía por necesidad, no por ocio. De pronto, un movimiento en el cielo les hizo alzar la vista. Dos aves los sobrevolaban lentamente en círculos, observando a los tres humanos como si hubiese algo indescifrable en su posición. Se aproximaron despacio, perdiendo altura. El hombre también se volvió despacio sobre la espalda y abrió la boca. Su torso desnudo estaba cubierto de verdugones y rasguños, y la piel había empezado a oscurecerse. Ellas regresaron a la plataforma rocosa del inicio, paso a paso, sin mover ni un solo guijarro.

—No se está muriendo —dijo Naomi—. Solo duerme. El mar lo ha arrastrado hasta aquí.

Sam preguntó si debían volver y hablar con él. Regresar sin hacer nada, sin mantener el menor contacto, le parecía una cobardía.

Naomi sonrió.

—¿Qué clase de contacto?

—Nada del otro mundo, solo bajar a ver quién es. Está sangrando.

—Hoy no. En otra ocasión.

Tras un gesto de Naomi volvieron sobre sus pasos, pero esta vez más apresuradamente.

Cuando llegaron al punto de la costa que habían alcanzado a nado,

Naomi dijo:

—No le cuentes nada a tu padre. Nada. ¿Entendido?

—Nada.

—Seguro que reaccionaría exageradamente, que enseguida iría a la policía. Porque cree que eso es lo que hay que hacer.

Naomi la sujetó suavemente de la muñeca de manera que la chica más joven se vio obligada a levantar la vista y mirarla a los ojos, de un azul metálico. En sus pupilas vibraba una leve amenaza.

—Es un árabe, ¿verdad? —espetó Sam.

Siguió un largo silencio mientras regresaban al punto donde podrían verlas desde el yate, que a fin de cuentas no había ido a buscarlas. Cuando escalaron la primera colina de su itinerario saludaron con los brazos en alto, igual que antes, y la tripulación, que ya estaría preocupada por su ausencia, respondió como si fueran ellos los que se hubiesen extraviado.

Ya de vuelta en el puerto, Naomi y Sam se escabulleron a una taberna oculta entre el laberinto de calles. Anochecía y el aire refrescaba por primera vez desde hacía muchas horas. Bebieron una jarra de Moschofilero en una mesa al aire libre. Alrededor del anfiteatro del puerto se alzaban las antiguas mansiones de los capitanes, y los estorninos cantaban cada vez más alto en los árboles de las plazas. «Aves en el cable», pensaba siempre Naomi, en honor a la canción de Cohen. A Sam le temblaban las manos; parecía a punto de estallar. Pero ¿por qué? «No le he pedido que haga nada inaceptable —pensó Naomi —. No la he obligado a hacer nada ilegal.» No la había obligado.

Pero a Sam no le preocupaba eso. Muy al contrario, sentía una trepidación eufórica que expresaba con timidez y silencio. Tenía la sensación de que Naomi pensaba tan rápido que le sería imposible seguirle el ritmo; que tenía una idea sobre qué hacer, pero por razones muy suyas.

—No te preocupes —le dijo Naomi—. Esto solo nos concierne a nosotras. Tú y yo. Podemos hacer lo que queramos. No implica ningún peligro, Sam. Debemos ayudarle.

—¿Aunque no sepamos quién es?

—¿Eso importa?

—Sí. Importa.

Naomi suspiró.

—No importa. Las personas como él vienen aquí flotando sobre pedazos de madera. ¿No te parece lamentable?

—Claro que sí. Pero ¿y qué?

—Que se nos ha presentado la oportunidad de ayudarle. Soy abogada; eso es lo que hacemos.

Sam se encogió de hombros, y su tono, de pronto, se volvió

despectivo.

—¿De veras? No creo que lo hagas por eso. Creo que tienes ganas de aventura.

—Si fuera así, tampoco es ningún crimen.

—No, no es ningún crimen; pero me hablas a mí como abogada, cuando en el fondo ni siquiera sabes quién es.

Con más suavidad, Naomi admitió que no lo sabía. «De acuerdo, quizá lo haga para compensar que vengo de una familia con una fortuna que no he amasado yo. Pero ¿qué tiene de malo?», pensó. Bajó la voz e intentó ser más persuasiva.

—Ayudar al necesitado no tiene nada de extraño, y si quieres que me explique te diría que quiero aportar mi grano de arena. No es solo una aventura. Y, de serlo, es una aventura con un buen propósito.

—Y una mierda.

Sam apretó los labios y palideció. No había querido decir eso y ahora comprendía que lo que había expresado un momento antes sonaba a cobardía. Y, para ocultarlo, redobló sus argumentos.

—Nos hemos puesto en una situación estúpida. Ahora tengo que ocultarle algo a mi padre, y nunca le he escondido nada.

—¿Nunca le has escondido nada?

—No.

—Increíble. En cualquier caso, tampoco tiene tanta importancia. ¿Qué va a hacer si se lo dices?

—Simplemente me parece de mal gusto.

—Tenemos que esperar y pensar un poco antes de actuar —la tranquilizó Naomi—. Sé que te interesa ver qué pasa y que estarás a la altura si decidimos ayudar a un migrante, pero no será algo verdaderamente nuestro si tu padre lo sabe, ¡admítelo!

—Entonces deja que lo piense. No tiene nada que ver con mi padre.

—Va, bebamos un *tsipouro* y vayámonos a casa.

Pero Sam había sentido el aguijón de Naomi y la herida sangraba. Sin embargo, el *tsipouro* le ayudó a recobrar los ánimos. Naomi le dio un curso acelerado sobre aquel licor griego menos conocido. Existía el *tsipouro* anisado y el normal. El Tsililis y el Kosteas, el Idoniko sin anís y el Babatzim anisado. A diferencia del ouzo, el *tsipouro* se elaboraba con el orujo de la uva y se podía saborear el hollejo. Y aquí el anís era afrutado; Naomi le enseñó la palabra que utilizaban en griego: *glykaniso*. El *tsipouro* también tenía una altísima graduación alcohólica: desgarraba la mente del espíritu. Olvidaron al árabe del otro extremo de la isla y empezaron a hablar sobre las próximas fiestas. Naomi le explicó cuál era el ambiente en verano: las familias que volvían todos los años, los artistas famosos que se instalaban en sus estudios entre junio y septiembre, la afluencia de periodistas, becarios y parásitos que

convertían las fiestas en impredecibles y divertidas. Bebieron tres rondas de ouzo. Había anochecido sin que se percataran y los blancos muros refulgían en los callejones. Las casas abrieron sus ventanas y de las plantas superiores les llegó música de piano, *Tosca* y heavy metal griego. El aire fue impregnándose de un tenue aroma a alcohol. Los restaurantes empezaron a llenarse. Las luces brillaron con mayor intensidad. Llegaron viajeros y trotamundos en busca de amigos y desconocidos «interesantes», lo que significaba «atractivos», claro está. Todo aquello despertó la curiosidad de Sam. Le parecía imposible que en una isla tan pequeña existiera semejante vida social. Muchas de aquellas personas conocían a Naomi. Se acercaban, la abrazaban, miraban con una sonrisa a su joven acompañante y se quedaban a tomar un par de copas. También había varios jóvenes americanos, chicos más cínicos y mundanos que nadie que Sam hubiese conocido, y le intrigó el efecto que producían en ella. Ni siquiera los neoyorquinos que veraneaban en la isla pertenecían al mundo de Sam, no se asemejaban a los jóvenes que solía tratar. Quizá se debiera a que en Hidra estaban fuera de su elemento y, por tanto, más desatados. Sus miradas insinuaban una crueldad y una libertad diferentes. Sus universidades y sus padres estaban lejos, olvidados, y eran libres para hacer lo que les viniese en gana: en las casas de conocidos, en las fiestas de las terrazas con vistas al puerto o en los yates que amarraban allí durante la noche. Para eso estaban los veranos. Pronto se las llevaron a una de esas fiestas como si fuese lo más normal del mundo.

Se celebraba en la mansión de un viejo pintor americano cuyo nombre Sam tendría que haber conocido. La casa estaba rodeada por los típicos muros altos de la isla, y en el jardín trasero vio unas tortugas que avanzaban lentamente por la hierba que estaba salpicada de grandes limones caídos. Pero ¿por qué, se preguntó, tenían velas soldadas a los caparazones? Aquel era el mundo de Naomi y nada en él resultaba evidente. Sin embargo, se respiraba un ambiente de locura y diversión que probablemente se prolongaría toda la noche, y sin pretenderlo ella había ido a parar allí en el momento adecuado.

El pintor Ed Milne estaba con su mujer, los dos viejísimos y requemados como una estupenda patata frita después de treinta imprudentes veranos; en las paredes colgaban sus creaciones, pequeñas pinturas abstractas ovaladas en tonos grises y azules, con títulos en griego que ella no entendía, como *Oinopa Ponton*. Deambuló por las habitaciones otomanas —un oficial turco había construido la mansión a finales del siglo XVIII— con su copa en la mano. Pronto perdió de vista a Naomi y se encontró entre desconocidos, inocente y guapa, como muy bien sabía. Se trataba de una ventaja que quizá durase una sola noche, pero era inmensa... Aunque no todos los desconocidos disfrutasen de aquel privilegio. Pensó en el joven del

acantilado, durmiendo solo a la intemperie, y se preguntó si para él también sería una ventaja que nadie lo conociese. Sam no lo sabía, porque no eran la misma clase de desconocidos. Por el momento, él era poco más que un producto de su imaginación.

Capítulo 5

Los días siguientes hablaron de lo que harían mientras nadaban y tomaban el sol en playas lejanas. Poco a poco Naomi se fue imponiendo, y Sam coincidió en que lo más humanitario sería volver y llevarle al náufrago una cesta con comida y algunos productos básicos. Se trataba de algo sencillo y ético, y que fuese sencillo y ético ponía las cosas más fáciles. Fácil, sencillo y ético; pero tenía que planearse. Todas las noches Naomi comprobaba en las noticias griegas si la policía había arrestado a su protegido, pero no aparecía en los medios, ni nadie lo mencionaba en los incesantes cotilleos de la isla a los que ella siempre estaba atenta. El náufrago seguía invisible, y cuanto más tiempo transcurría así, con mayor intensidad sentía la importancia de su misión. No creía en señales, pero sin duda aquí las había: en su opinión, ella era la persona de la isla más sensibilizada con aquellos temas. No habría podido involucrar a nadie, excepto a Sam, en aquella operación de salvamento. Necesitaba a Sam a su lado, cómplice, voluntariosa y dócilmente dispuesta a seguir el proyecto que se traía entre manos. Para Naomi no podía ser una misión solitaria. Necesitaba a una amante platónica en su órbita.

Una mañana a las nueve, cuando en teoría estaban buceando en la cala de Mandraki, alquilaron un bote con motor fuera borda, lo cargaron con dos bolsas de víveres y regresaron al otro extremo de la isla.

Esta vez fue distinto. Cuando volvieron a la zona donde lo habían descubierto, lo vieron de inmediato lavándose en la ensenada, usando las manos como si fueran un pequeño cubo. No era tan atractivo como Sam recordaba, pero su mirada relajada y su lenguaje corporal, su resignación y su indiferencia, jugaban a su favor. Las dos mujeres se detuvieron, dejaron las bolsas en el suelo y lo saludaron con la mano en un gesto de nerviosa banalidad. El hombre salió del mar, se secó y se sentó donde había dormido. Se vistió sin prisas mientras Naomi hablaba con Sam para atajar sus dudas.

—¿Lo ves? Está solo. No hay de qué preocuparse. Y nosotras somos

dos.

Finalmente, el hombre se volvió y les devolvió el saludo, una señal que las animó a bajar a la playa con toda la calma de la que fueron capaces.

El hombre se había puesto calcetines, zapatillas de deporte y una camiseta azul oscuro, que a aquellas alturas estaba hecha jirones y se hallaba al borde de la desintegración. A su lado había lo que parecía su bien más preciado: una pastilla de jabón envuelta en papel. Una escena de apacible destrucción en cuyo centro había un hombre no destruido. Incluso se había peinado y alisado con los dedos el largo cabello y la barba. «Tiene la misma edad de Naomi», pensó Sam. Quizá algo mayor. De pronto le atenazó la duda, pero tenían que hablar, y en cuanto lo hicieron la duda se disipó y solo quedaron inquietudes humanas que requerían su atención. En cualquier caso, fue Naomi quien le preguntó si hablaba inglés, francés o incluso griego, a lo que él respondió: «Las dos primeras» en inglés. Naomi mantenía una distancia de dos metros y su sombra se proyectaba en el rostro del desconocido, tal como había sido su intención. Le habló con el tono más tranquilizador posible, porque aunque las preguntas eran inevitables, podían plantearse sin inquietud.

—¿De dónde vienes?

Él señaló el mar, pero con una falta de vehemencia que no resultó convincente.

—¿Has venido nadando desde una barca?

—Sí.

—¿Y dónde está esa barca?

Él se protegió los ojos con la mano para verla mejor. No era una mirada calculadora ni especialmente inquisitiva. «Tierra —pensó Naomi—. Tiene ojos de tierra.» Su voz era suave, educada, de ritmo lento y sin apenas acento. Hablaba un inglés excelente, pero eso no resultaba extraño en la actualidad; evidentemente, su dominio de la lengua denotaba que había ido a un colegio caro.

—No está; solo quedo yo.

—¿Y los otros? —preguntó Sam.

Él movió la mano. No había ningún otro.

Sam no le creyó, pero guardó silencio.

Dejaron las bolsas en el suelo y las abrieron, y cuando él vio los melocotones dio palmas y gritó:

—*Merci!*

—Te vimos el otro día —dijo de pronto Naomi.

Había que explicarlo, a fin de cuentas.

Se produjo un momento forzado cuando ella le ofreció la navajita que había traído para cortar los melocotones y los tomates. Él la cogió y la miró a los ojos; algo chirrió entre ellos.

—Yo también os vi —dijo el joven, mirando el melocotón que tenía en la mano—. Pero luego os fuisteis corriendo.

—Vinimos en un yate, ¿te acuerdas?

—Lo vi. Pero estabais con unos griegos.

—¿Y yo no soy griega? —dijo Naomi.

Él respondió que se veía a la lengua que era inglesa.

—¿Y yo? —preguntó Sam, desafiante.

—Australiana.

Naomi se volvió hacia Sam.

—Se llama Sam. No es australiana. Es americana. Yo soy Naomi.

—Y yo Faoud.

Solo entonces Sam recordó que la primera vez que lo había visto él llevaba pantalón de chándal y chanclas. Se le ocurrió la fantástica idea de que no era la misma persona. «No lo sabemos. Naomi no lo sabe más que yo. Las dos andamos a ciegas», pensó.

La ceguera tampoco estaba tan mal. Se sentaron a su lado y los tres cortaron el pan y colocaron lonchas de queso feta en las rebanadas, con tomate sazonado con sal gruesa. Era como si acabasen de conocerse en un parque londinense y fuesen desconocidos que intercambiaban nombres y melocotones. Faoud no parecía desconfiado ni distante; era como si hubiese tomado la medida de las intrusas y las hubiese juzgado según su propia visión del mundo. Las había estado esperando; había estado esperando a alguien. Les dijo que se había planteado escalar la montaña y llegar a la zona donde soplaba el viento, pero que no sabía qué iba a encontrar allí. Un pueblo, una ciudad. Siempre, tarde o temprano, había un pueblo. Siempre había casas, lugares donde pedir agua o ayuda. Pero en las islas más remotas acercarse a una casa era arriesgado, como le habían advertido en Turquía. Le preguntó a Naomi cómo se llamaba la isla. Cuando ella se lo dijo, repitió la palabra y se quedó pensativo. *Hidra*. No significaba nada para él. Les preguntó cómo era el lugar donde soplaba el viento, al otro lado de la isla.

—Hay un puerto, muchas casas, es un mundo distinto —respondió Naomi.

—Entonces he tenido suerte —dijo él, bajando la vista.

—¿Has venido cruzando Turquía?

Así era, pero no les habló de su pasado. Como si fuera superfluo comentar algo tan rudimentario.

«Vale, él no quiere entrar en eso», pensó Naomi.

—¿Cuándo has comido por última vez? —le preguntó Sam.

—Hace muchos días.

—Es aberrante —dijo Naomi, con el tono de su padre.

Al cabo de una semana mueres de inanición, pensó fríamente Sam.

Había algo en aquel joven que no acababa de aceptar. Una calma

que le resultaba incomprensible. Había aspectos misteriosos de los hombres que le parecían aceptables, pero otros auguraban desenlaces funestos.

—Cómete el queso —le dijo Naomi a Faoud—. Tiene proteína. Te traeré algo mejor esta noche.

—*Merci*.

En el horizonte se había formado una línea de nubes vaporosas. A medida que se extendían y se transformaban en plata caliente, una nueva oleada de calor les golpeó el rostro. El verano maduraba hasta alcanzar su pleno delirio. El mar se enturbiaba y perdía su lustre frío y metálico. Al vislumbrarlo ahora, al final de una callejuela o desde lo alto de una escalera, mostraba una febril profundidad de color que les hacía olvidar que estaban en Europa. Expuestas todo el día al sol y a un brutal cielo despejado, las dos mujeres empezaron a soltarse, su conciencia se debilitó deliciosamente y pensaron en las agradables comodidades del puerto, en los cafés bajo los toldos del mediodía, en las cervezas frías y las siestas que seguirían. Pero nada de aquello incluía a Faoud, por lo que inevitablemente meditaron su siguiente acto de caridad. Naomi recordó las casas abandonadas de Episkopi. Le dijo a Faoud que no podía quedarse en la playa y que era mejor que se trasladase a una de aquellas casas. Él inclinó la cabeza y no dijo nada.

—Tienes que trasladarte hoy —continuó Naomi—. Esta noche. Volveré esta noche y te llevaré allí.

—¿Lo dices en serio? —espetó Sam.

Se sentía incómoda y también molesta por la presión a la que se veía sometida. Pero Naomi estaba entusiasmada.

—No hay otra solución, aquí fuera se morirá. En Episkopi solo hay unos pocos pastores que usan las casas para cobijar a los animales. Es el mejor sitio para esconderlo.

Por un momento Sam se planteó pasar de la caridad y volver con su familia y sus juegos vespertinos de ajedrez y backgammon. Sería mucho más fácil que todo aquel esfuerzo absurdo. De pronto le fastidió tanto su propia pasividad como la inquebrantable pasión caritativa de su amiga, una pasión que no acababa de creerse. El pícaro cinismo de Naomi, que era lo que más le había atraído de ella, se había esfumado desconcertantemente de un día para otro. Podía entender la lógica de aquello, pero ¿a qué venía esa determinación de convertir a un desconocido en una causa moral? Se puede ayudar a un desconocido sin convertirlo en una causa. Podían informar a personas que sí estuviesen preparadas para prestar ayuda. Según las noticias, los griegos acogían a los refugiados procedentes de Turquía. Pero entonces recordó a los nuevos policías que habían aparecido por el puerto, y también supuso que Naomi conocía mejor el país y, por tanto, estaba más al corriente del actual clima de miedo y paranoia. Tuvo que

admitir que las dos opciones eran posibles. Pero en cualquier caso le habían impuesto un dilema en el que ella no se había prestado a participar.

Observó al hombre con la boca llena de pan y olivas y, por supuesto, se compadeció de él. Había pasado días flotando en el mar, agarrado a un madero con solo una botella de agua. Había huido de la guerra y del caos de Siria, como había leído mil veces en los periódicos europeos. Conocía las imágenes. Pero también era cierto que respondía con vaguedad a las preguntas de Naomi. La vergüenza les impedía preguntarle directamente, pero no había motivos para no indagar un poco más. Sam quería preguntarle de dónde procedía exactamente, quién era su familia y por qué había acabado en aquella isla y no en otra más próxima a Turquía. Sin embargo, una vez más algo le impidió actuar.

Naomi volvió a mirarla con una expresión más indulgente si cabe; sabía que Sam la seguiría, que le interesaba más aquello que las fiestas estúpidas.

—Volvamos —dijo—. Necesito una cerveza, y tenemos que pensar. ¿No crees?

Se levantaron, protegiéndose los ojos del sol. El joven alzó tímidamente la mirada y lo entendió todo; no había nada que explicarle. Al menos era inteligente, la mirada receptiva y atenta al pulso humano.

—¿Volveréis esta noche? —preguntó.

—Volveremos cuando haya anochecido y te llevaremos a Episkopi si podemos encontrar una casa allí. Ahora iremos a Episkopi a echar un vistazo.

—Es un gran favor. No sé cómo agradecéroslo.

Naomi se preguntó entonces si él tendría otro plan. Volvieron andando al bote.

Cuando el joven ya no podía oírlas, Sam le expresó sus dudas.

—No pienses tanto —dijo Naomi—. Viene de una historia complicada, ¿y qué? ¿Cómo no iba a tener una historia complicada?

Pero no era solo complicada, objetó Sam. Era imprecisa, llena de evasivas.

—A mí no me lo parece. ¿Qué tiene de evasivo?

—¿Crees que es cristiano o musulmán? —le preguntó Sam.

Naomi soltó una carcajada.

—¿Qué?

—Te he preguntado si crees que es cristiano.

—No me importa lo que sea. ¿Tendría que haberle preguntado? No hago esto por motivos religiosos.

—¿Y si es musulmán?

—Yo sería más amable incluso.

—¿Cambia las cosas que sea musulmán? —dijo Sam—. La amabilidad no es la cuestión.

Desde el muelle de Palamidas escalaron durante una hora en dirección a Episkopi, hasta que se vieron rodeadas de barrancos y campos desiguales donde solo sobrevivían los ciclámenes. Se sentaron en un muro de piedra y bajaron la vista al mar, a las islas compactas y desnudas, a la sombra de Dokos y, detrás, la pálida masa de la Argólida. Las colinas descendían hasta una costa escarpada que se encontraba con un agua del color de la crisocola, sus laderas empinadas salpicadas de roca gris y salvia temblorosa. Unos góticos agaves solitarios despuntaban de forma inesperada, sus cabezas inclinadas por el viento, rodeados de antiguas alambradas para los burros, dispersas como los restos de un naufragio y remendadas con camas abandonadas y puertas viejas. Parecía una tierra que se toma su tiempo para morir, para retroceder a su prehistoria. Pero la ventaja era que allí abundaban las casas solitarias en ruinas, y, gracias a que Naomi hablaba griego, quizá podría negociar un precio si encontraba al propietario.

Las emociones de las dos horas previas ya se habían disipado. El viento salado las había erosionado y sus mentes guardaban silencio. Deambularon por los alrededores por si veían a alguien. Ascendieron a un punto más elevado y se toparon con unos rebaños de cabras y una fila de caballos. Había dos hombres tumbados en la hierba que claramente llevaban un buen rato observándolas. Naomi siempre había creído que conocía a todos los habitantes de la isla, pero aquellos hombres eran desconocidos, pastores de sesenta años con ásperas camisas remendadas y tirantes, que la observaban con ojos vivos y discretos bajo una mata de pelo cano. Les habló y ellos respondieron con educación. Naomi debía medir sus palabras. Bastaba decirles que buscaba una cabaña de verano para ella y sus amigos, pues les gustaba nadar desde allí a la cercana península de Nisiza. Les ofrecería un precio absurdo que ellos no rechazarían jamás.

Miraron a la bronceada joven americana y algo en su interior se ablandó. Era aquel aire de insolencia inocente. Uno de los hombres tenía dos cabañas que usaba para los animales; estaban más arriba, pero eran de fácil acceso. Señaló una de las construcciones, una estructura cuadrada situada a unos cien metros, cerca del sendero que llevaba hasta el puerto. Podía ser suya si la quería, aunque no tenía agua ni electricidad. Había un camastro que el pastor usaba para dormir y algunas herramientas, un cubo y una hoz. Si la quería, podía pagársela más tarde ese mismo día, y trato hecho.

—De acuerdo. Me parece bien.

Se acercaron juntas a la cabaña y miraron en su interior. La puerta no tenía cerradura. Pese al calor, era fresca y seca. No había arañas ni

corrientes de aire; serviría. Naomi aceptó de inmediato. El hombre se llevó una agradable sorpresa y bailó de puntillas. Naomi le explicó sus condiciones con sumo cuidado. Nadie debía acercarse allí después de que ella hubiese tomado posesión de la cabaña, ni él tampoco podía contarle a nadie que la había alquilado. Por razones sociales, le dijo. Su padre no lo aprobaría y ella no quería que se enterase. Le dejó un billete de cincuenta euros como paga y señal y emprendió con Sam el camino de vuelta a Palamidas. Los dos hombres siguieron observándolas con expresión desconcertada. Pero pronto las chicas se perdieron de vista y el mundo regresó de nuevo a su habitual estado de letargo, calor y aburrimiento que les satisfacía plenamente, pues no ofrecía expectativas, pero sí aquel divino, y por consiguiente inexplicable, dinero caído del cielo.

En Palamidas aguardaron a la sombra de una colina, cerca del mar. Era un lugar desolado, aunque iluminado por las fantásticas aguas. Igual que en Mandraki, las mismas piezas de maquinaria oxidada ensuciaban, también allí, el muelle desvencijado. Había una pequeña lámpara con un panel solar y escolleras con neumáticos atados a los lados. La playa estaba cubierta de astillas, como si una casa de madera hubiese estallado en mil pedazos. Era un lugar ensimismado en sus propias cuitas.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Sam.

—Solo hemos hablado de dinero. Instalaré a Faoud en esa barraca que el dueño me alquilará durante el verano. Servirá hasta que se me ocurra algo mejor.

—Seguro que él se espera un hotel boutique.

—¿Faoud?

—Parece un poco consentido.

—Ese no es el término adecuado, ¿no crees? No te cae bien, ¿verdad?

Sam se encogió de hombros y cruzó los pies. Agradecía estar protegida del sol abrasador. Su impresión de Faoud era física, instintiva, irracional.

—Me es indiferente —se sintió obligada a declarar.

—No te creo. Te ha caído mal, lo he notado.

—Pero a ti te gusta.

—¿Conque el problema soy yo? —preguntó Naomi.

—Lo colmabas de atenciones.

—Y tú no le quitabas los ojos de encima. No me engañas.

—Vamos, eso no es verdad.

—Lo he visto. Pero no me importa, puede gustarte quien te plazca.

Sam apartó fugazmente la vista. Tenía que decidir si era sincera o se inventaba una patraña. Vio de soslayo el movimiento artrítico de dos

ancianas con negros ropajes decimonónicos que avanzaban protegidas por una sombrilla de color rosa oscuro. Cuando envejecen, los humanos son como arañas que, inagotables, se desplazan de una sombra a la siguiente bajo el sol cegador. Ella nunca acabaría así aunque se quedase en aquella isla el resto de su vida, algo que evidentemente no iba a ocurrir. En Nueva York no envejecería de esa forma. Se rebelaría. Y entonces decidió no responder a Naomi ni de una forma ni de otra: sí, Faoud era guapo, pero no veía ningún motivo para explicar su interés. Era asunto suyo, su debilidad —si es que lo era—, una crisis puramente privada. Todo lo hermoso avasalla. Aquello no le concernía a nadie más, era un misterio reservado a una única devota. Volvieron navegando al puerto de Hidra en silencio, lo que agradó a Sam. Cuando llegaron a Kamini desembarcó, besó a Naomi en la mejilla y se dirigió a la casa de su familia por el largo sendero de Vlychos. Naomi volvió a Belle Air y durmió toda la tarde.

Aquella noche los Haldane cenaron en casa. La sirvienta preparó sopa de limón y musaka, que comieron en el patio mientras los relámpagos resplandecían en el horizonte del mar nocturno. Después llegaron los truenos, distantes y suaves, y se levantó el viento. Las llamas de las velas parpadearon.

—¿Va a llover? —preguntó su madre, mientras la observaba para intentar averiguar dónde había pasado tantas horas ese día. Cuando terminaron de cenar y quitaron la mesa, Sam se tumbó en el sofá del patio y comió un trozo de *galaktoboureko* acompañado de un té Lipton con limón. La familia se reunió en torno a la mesa de centro mientras sonaba jazz en el equipo de música. Las ráfagas de viento hacían volar pedazos de papel por el patio. Su padre, con el periódico abierto —el *Tribune* del día anterior—, movía el pie al ritmo de Louis Jordan mientras fumaba en pipa.

—Por cierto —dijo con la pipa en la boca—, nos ha parado la policía a tu madre y a mí al volver del puerto. ¿Te imaginas? Tipos con automáticas. Casi hemos tenido bronca.

—No he sido yo la que se ha impacientado —señaló Amy de inmediato.

—Nos han parado y nos han pedido los pasaportes. Evidentemente no los llevábamos encima.

Bajó el periódico y miró a su hija, que estaba al otro lado de la mesa.

—¿Alguna vez te ha pasado eso a ti, Sam?

—Nunca.

—¿Lo ves, Amy? Paran a parejas maduras a plena luz del día, pero no a los chicos que se pasan toda la noche por ahí. Son tan estúpidos como entrometidos.

Sam sugirió que lo hacían porque en verano había más droga, pero Jeffrey insistió en la «deriva a la derecha» de la que hablaban en el *Tribune*. ¿Habían visto lo que ocurría en Hungría y Polonia?

Sam bostezó, tumbada de costado, y decidió que no permitiría que aquella perorata perturbase su paz interior. Estaba al corriente de la presencia de policía armada en la isla; sabía más que su padre al respecto, era fácil atar cabos. Curiosamente no se sumó a la indignación paterna por la deriva a la derecha, por la exigencia de los pasaportes, por la situación de Hungría. Llevaba toda la vida escuchando su indignación por la falta de justicia social y gradualmente había dejado de surtir efecto en ella. ¿Qué significaba la palabra «fascista» después de todos esos años, después de tanto uso y abuso? La había oído continuamente en la facultad y esa noche la ignoró. Se acercaba a los veintiún años y empezaba a comprender que sabía más del mundo que su informadísimo padre, precisamente porque todo lo que él sabía procedía de lecturas y no podía contradecirse con ninguna experiencia real, pues no la tenía. La indignación de su padre le resultaba ingenua, de ratón de biblioteca. Pero lo escuchó un rato antes de levantarse y anunciar que se iba a acostar. Era una forma de no ser brusca ni desconsiderada. Él asintió, sin embargo, con perplejidad. ¿Qué le pasaba a su hija?

Sam besó la mejilla caliente de su madre y dijo que estaba cansada. Empezó a llover. Se acostó en su cama con las ventanas abiertas, escuchando la lluvia que caía quedamente sobre los pinos y dejó vagar sus pensamientos hasta que llegó un mensaje de Naomi: *Naufragio concluido*.

Sam respondió: *Bien hecho, valiente*.

Al cabo de diez minutos recibió otro mensaje de texto:

Estoy agotada, dormiré 24 horas seguidas.

Yo también, respondió ella, y luego los mensajes enmudecieron durante toda la noche. Sin embargo, aunque era cierto que estaba agotada, Sam no pudo dormir. Pensó en Faoud, en la cabaña del otro extremo de la isla y en los rostros de los dos pastores, que le habían parecido, al menos a ella, ambiguos y falsos. Pero quizá se equivocaba. «Cosas de mi imaginación», pensó para apartar aquella idea de su cabeza. Aunque no acababa de creérselo. Como tampoco acababa de creerse su desinterés por Faoud. Y no solo eso: se preguntó si aquel joven acostado a oscuras en el camastro pensaba a su vez en ella y, sin dudarlo, se dijo que sí.

Capítulo 6

Carissa estaba sola en la casa cuando Naomi volvió pasada la medianoche. Enseguida supo que Naomi había bebido mucho porque la chica dio un portazo y arrojó las botas al otro extremo del vestíbulo antes de subir vacilante a su habitación. Los Codrington llevaban mucho tiempo dormidos, ayudados por la bebida y los somníferos. Sus ronquidos se oían en toda la casa, hasta en la minúscula habitación que Carissa tenía en el sótano, bajo los gruesos suelos de la vivienda. Era un sonido desagradable, proporcional a la bestialidad de sus patrones, y ella solía ponerse tapones en los oídos para acallarlos cuando se iba a dormir.

Aquella noche roncaban a todo trapo, como gordas e inmensas ranas tropicales. Carissa salió al pasillo y subió la escalera de piedra que conducía a la planta baja. Estaba intrigada. Las tensiones de aquella familia le resultaban misteriosas, casi mágicas, y las observaba siempre que podía. En cuanto comprendió que todos dormían, se dirigió al vestíbulo y recogió las botas que Naomi había arrojado con tanta insolencia. A veces le sorprendía la falta de respeto de Naomi hacia su padre, pero también sentía solidaridad por la atormentada muchacha oprimida por su arrogante madrastra. Colocó las botas a un lado de la pared y vio que estaban cubiertas de barro. De modo que Naomi había dado un largo paseo bajo la lluvia, y no por el puerto. Había subido a las colinas. Era un detalle curioso. Carissa se sentó en una de las butacas de la sala, que le estaban prohibidas durante sus horas de trabajo, y se apropió de un traguito de brandy de una de las licoreras que llenaban el carrito de bebidas. Lo hacía a menudo cuando sus patrones dormían. Era su pequeña venganza.

Se detuvo junto a las fotografías familiares que había en la gran mesa de la sala y contempló la cara de Naomi a los doce, a los quince y a los veinte años. Su mirada revelaba dificultades evidentes. Subió unos escalones para cerciorarse de si oía algún ruido en la habitación de la chica, pero al parecer se había dormido enseguida, y, a diferencia de sus mayores, su sueño era siempre silencioso. Carissa volvió a su

habitación algo achispada y decidió que se levantaría al amanecer. De eso sí que era capaz.

Seguía cayendo una silenciosa llovizna cuando se puso a cocinar con la primera luz del día. Preparó una torta de patata, que a Jimmie le encantaba para desayunar, y horneó un hojaldre con miel y huevo. Los señores siempre se levantaban temprano y hambrientos. Primero, a las seis y media, bajó el señor, en bata y con el cabello mojado y peinado hacia atrás. La encontró en la cocina y le dio una alegre palmadita en el trasero, algo a lo que ella ya se había habituado. Carissa le daba falsas esperanzas para que las propinas fuesen más sustanciosas. Mientras le servía el café, él preguntó:

—Carissa, ¿has visto a mi hija?

—Anoche volvió tarde.

Le preguntó adónde había ido Naomi y ella respondió que no tenía ni idea.

—Menudo fastidio —murmuró, antes de acometer el desayuno con placentera decisión. Aquel era el mejor modo de evitar problemas domésticos.

Carissa volvió a la cocina, pero se demoró en la puerta para escuchar. El señor hablaba por teléfono con uno de sus esbirros de Londres. Se llamaba Rockhold y era una especie de detective privado. El inglés de Carissa era ahora lo bastante bueno parar entender casi todo lo que decían y creyó que le pedía al tal Rockhold que comprobase los documentos y cuentas bancarias de Naomi en Inglaterra e Italia. La familia también tenía una mansión al norte de Roma que Naomi frecuentaba. Los negocios del señor eran complejos y no podía manejarlos solo. Pronto llegó la señora, el señor concluyó bruscamente la llamada y Carissa salió a servirle el café. Como siempre, Phaine inspeccionó la comida y pronunció algunas críticas ácidas. La tostada estaba algo quemada; los huevos, un poco secos. Carissa se inclinó, dijo «Sí, señora» y se disculpó. Era un ritual sin mucha sustancia, una forma cómoda de mantenerla en su sitio y a raya. Como las palmaditas en el trasero, Carissa también se había acostumbrado a aquello.

—Y... Carissa —añadió entonces Phaine—, nunca hiervas el café dos veces. Sé que lo haces de vez en cuando porque eres perezosa. Pues no. Tú crees que no noto la diferencia, pero me doy perfecta cuenta.

—Sí, señora.

Fue un día mustio. Naomi bajó al mediodía para tomar café y se lo bebió mientras Carissa le hacía tortitas. La chica parecía inquieta y preocupada. Cuando salió el sol, se llevó el café a la terraza y se lo bebió con las rodillas levantadas hasta la barbilla. La notaba muy tensa. Los Codrington habían salido a comer y Carissa aprovechó para hablar con ella. Eso era posible porque Naomi la trataba como la única persona de la casa en quien podía confiar.

—Ayer fueron a Atenas —le contó la criada—. Creo que Phaine quería comprar ropa de verano.

—¿Te ha dicho algo mi padre?

—No. Ha llamado a Londres. Algo sobre un detective. No he oído nada más.

Naomi se llevó las manos a la cara y Carissa vio que tenía las uñas sucias y rotas.

—Dios, nunca aflojan, ¿verdad?

—No, señorita.

—Anoche no podía dormir. Recuerdo que una vez me hablaste de unas hierbas que los isleños usan como somnífero. ¿Sabes dónde conseguirlas?

—Las encontraré.

—Quizá algo de cicuta. Sé que crece por aquí. Mis amigos la mencionaban continuamente. Estaban convencidos de que asesinaron a la viuda Mialou con cicuta.

Rieron. La historia de la viuda Mialou era famosa.

—Es cierto —dijo la criada.

—Es una especialidad griega. Sócrates y demás.

—Sí, señorita.

—Pero con melisa bastará. Para relajarme un poco.

—Conozco a una mujer que vende de todo.

—*Na pethanei o charos!*

—Sí, señorita. Subiré a la montaña esta tarde y la encontraré. Lo prometo.

Naomi se levantó y la besó en la mejilla.

—Eres mi salvadora en este manicomio. Si no fuera por ti, yo también habría enloquecido.

«Puede que ya lo hayas hecho. Es posible», pensó la criada.

—Y... Carissa, necesito antibióticos y vendas. ¿Puedes conseguirlos?

—Sí.

—Me hice unos rasguños durante la excursión.

Carissa le dirigió una mirada taimada.

—Puedo conseguir todo lo que quieras. Solo tienes que pedírmelo.

Finalmente, Carissa salió de la terraza para acabar sus tareas en la cocina. Una hora después, la casa estaba vacía. Había vuelto el calor y el sol se cebaba en las chumberas que crecían junto a los muros. Cerró el portón de la vivienda como siempre hacía y bajó por la larga escalera que llevaba al pueblo. Después, ya por la tarde, volvió con las medicinas y las hierbas. La curandera estaba en casa y le había comprado todo un surtido de plantas, hojas, raíces y flores. También un saquito con hojas y raíz de cicuta porque con una cantidad diminuta podía preparar un sedante para tratar la ansiedad y las obsesiones. Le iría bien a la chica,

por lo que veía. La calmaría y le devolvería el equilibrio. *Konio:* significaba torbellino en griego, pero su efecto podía ser el opuesto. Preparó conejo para cenar y luego se fue a dormir una hora a su habitación.

Cuando despertó, oyó a los Codrington deambulando por el salón, poniendo discos y trasteando con el mueble bar. Sonó la campanilla del servicio. Se puso el uniforme apresuradamente y subió corriendo para encontrarlos repantigados en sus tumbonas, con unos vodkas con tónica que se habían preparado personalmente. Aquello era una indirecta, pero Phaine no hizo ningún comentario de los suyos y se limitó a pedirle con voz cansada unos sándwiches ensartados en palillos de cóctel. La pareja parecía relajada después de su excursión a Atenas. Llegó el crepúsculo con sus golondrinas, sirenas de barcos y el lejano canto de las cigarras. Les visitó un vecino, uno de los viejos americanos que vivían en las colinas como cangrejos ermitaños. Se rieron un rato y luego el anciano se fue. Cuando anocheció, los Codrington estaban achispados y alegres. A las ocho se sirvió la cena. Naomi llevaba un vestido blanco, como una penitente de la alta sociedad; se había enrollado el cabello y se lo había recogido en lo alto con una horquilla de madera.

—Tráenos una botella de Santorini, por favor —le dijo Jimmie a Carissa.

Ella regresó a la cocina y esperó nuevas órdenes. La cena se prolongó y oyó que hablaban acaloradamente. De vez en cuando, una palabra destacaba por su intensidad; entonces ella salía, les servía vino y la familia se comportaba en su presencia. A Phaine, gracias a Dios, le horrorizaba hacer una escena delante del servicio. Sin embargo, poco después Jimmie y Naomi iniciaron una discusión en toda regla. Hablaban en un inglés tan rápido y confuso que Carissa no entendió ni una palabra. La chica empezó a llorar y luego insultó a Jimmie y a Phaine. Después se calmó solo para estallar por segunda vez. En esta ocasión estrelló un vaso contra la pared antes de marcharse hecha una furia. Jimmie corrió tras ella, furibundo, y le gritó algo desagradable mientras Naomi se calzaba las botas. Consiguió que no saliera, pero Naomi tampoco volvió a la mesa.

—¡Por el amor de Dios! —gritaba Jimmie sin cesar mientras recorría la terraza de extremo a extremo, hasta que se cansó y volvió a la mesa, donde Phaine guardaba un silencio sepulcral.

Naomi subió a su habitación y Carissa sirvió el café. Phaine le habló de inmediato.

—No contarás ni una palabra de lo ocurrido a nadie fuera de esta casa, ¿entendido?

—Sí, señora.

—Si me entero de que has hablado, te despediré inmediatamente.

Pero a Carissa aquella discusión no le parecía tan mal; de hecho, tendría que haber ocurrido hacía mucho tiempo. La mañana siguiente, mientras preparaba el primer café del día, Naomi reapareció descansada por un sueño prolongado, con una bolsa playera al hombro llena de agua embotellada y latas de atún. Iba a dar otra larga caminata por las colinas.

—Espero que anoche no te asustáramos —le dijo a Carissa, apretándole las manos unos instantes.

—Claro que no.

—Muy amable por tu parte, decir eso. Dile a mi padre que no volveré para cenar. Comeré sola en el pueblo. Creo que necesito pasar veinticuatro horas sin verlos y, probablemente, ellos sientan lo mismo. Tú aguanta aquí, Carissa. Al final me ocuparé de que las cosas te vayan bien. En serio. Tenemos que apoyarnos.

Pero Carissa no supo a quién se refería con ese «nos». Era posible que, en última instancia, no la incluyese a ella.

Capítulo 7

Naomi bajó al puerto para encontrarse con Sam y alquiló el mismo bote de la última vez. A las nueve estaban en Palamidas, entre aguas tranquilas y embarcaciones llenas de desvencijados aparejos. Tardaron menos de una hora en subir a Episkopi.

El pastor que les había alquilado la cabaña debió de verlas, porque cuando las jóvenes llegaron a las primeras casas las estaba esperando con una escopeta al hombro y un perro amenazador a sus pies. Pero se mostró cordial con Naomi. La llamó *despinis*, señorita.

—Ese amigo tuyo —dijo, mirándola a los ojos con una desdeñosa superioridad que no flaqueó en ningún momento— es todo un personaje, ¿verdad? No dijiste nada de que aquí dormiría un hombre solo.

Naomi se lo quitó de encima.

—Es un favor que le hago. ¿Acaso ha causado algún problema?

El hombre negó lentamente con la cabeza.

—No, que yo sepa. Pero estoy seguro de que no es legal que duerma aquí. El alquiler que os cobro es una miseria.

Era evidente adónde quería llegar, y Naomi tuvo que controlar su indignación.

—De acuerdo —murmuró—. ¿Cuánto debería ser, entonces?

—Es un árabe.

Usó el término *arapis*. *Einai arapis*.

Naomi disimuló su sorpresa; era una palabra antigua, muy despectiva.

—No importa lo que sea.

—Yo no tengo nada en contra de ellos. Pero es ilegal. Si es árabe, todo cambia.

Y esta segunda vez, como si hubiese notado el desagrado de Naomi, usó un término más normal, *aravas*.

—¿Cien euros? —tanteó ella.

Era un soborno por todo lo alto, y por un momento él pareció no creer su suerte. Quizá debería subirlo un poco más.

—Tengo cincuenta —dijo Naomi—. Te daré los otros cincuenta mañana.

El pastor cogió los billetes y luego se apartó un poco.

—Deberían ser cincuenta más a la semana por el riesgo que asumo.

—No corres ningún riesgo.

Naomi quería responderle algo mucho peor, pero aquello no la llevaría a ninguna parte y ambos lo sabían. El pastor se guardó el dinero y apoyó la escopeta en su brazo doblado.

—Si tu chico roba algo, tú lo pagarás —le dijo mientras Naomi se alejaba—. Sé dónde encontrarte.

«Así que sabes quién soy», pensó ella.

El pastor no le quitó la vista de encima mientras Naomi subía a la cabaña.

—¡No lo olvides! Ni que sea un huevo —le gritó. Y luego añadió—: *¿Goustareis araves?*

¿Le gustaban los árabes?

La puerta de la cabaña estaba abierta. Faoud se había sentado al sol en el extremo más alejado, para que el pastor no lo viese. Estaba lavándose la cara en un cuenco de agua mientras sus calcetines se secaban en una piedra plana. Esta vez Naomi le había traído maquinillas y espuma de afeitar, y también un espejito que había comprado en la farmacia. Él no se lo había pedido, pero a Naomi le parecía la forma más expeditiva de que no llamase la atención y pareciese un griego más. El pastor dio media vuelta y se alejó, seguido de su perro.

Al parecer, Faoud había entendido el motivo de la discusión.

—Creo que deberías afeitarte —le dijo Naomi—. Tienes pinta de caníbal. Es casi deprimente.

Él coincidió, como si le resultara divertido; les dijo que las personas mayores que vivían allí le tenían miedo. ¿No era eso de lo que habían estado hablando? Pero entonces cruzó una mirada con Sam y guardó silencio.

—No exactamente. Pero tienes mejor aspecto aseado.

También habían traído unas tijeras y Sam se ofreció a cortarle el pelo. Se sentó detrás de él y le cortó el exceso de cabello enmarañado mientras él se afeitaba ante la expresión inmóvil de su cara en el espejo. A Sam le gustó, nunca había hecho nada igual. Faoud tenía una nuca femenina y su piel parecía como untada de miel.

Cuando terminó, le sacudió el pelo de los hombros y lo miró de perfil. Una mejora notable. Naomi preguntó a Faoud si quería ir a nadar; un sendero remoto que nadie utilizaba descendía de Episkopi al extremo más alejado de la isla.

—Lo conozco. Pero creo que es mejor que me quede aquí. Alguien

podría vernos.

—Eso no sería el fin del mundo. Ahora eres respetable. Vamos.

Él vaciló y finalmente acabó por ceder. Nadar con dos chicas.

—¿Qué les habéis dicho a los pastores?

—Que eres un amigo.

—No se lo creerán. No parezco un amigo y ellos lo saben.

—Quizá no les importe. Te he traído unas camisetas y un jersey. No me lo agradezcas; eran baratos.

Se puso una de las camisetas y de pronto pareció pulcro, austero y, curiosamente, de clase acomodada. Necesitaba una ducha, pero eso tendría que esperar.

—Te asearemos y después te conseguiré una habitación en el puerto.

Había traído una caja de huevos y Sam los sacó para que se los pudiera comer crudos, uno tras otro.

Luego él se echó en la hierba. Saciar el apetito lo había relajado.

—No eres una buena griega —le dijo a Naomi—. Te quemas al sol como una irlandesa. ¿Eres irlandesa?

—¿Y qué sabes tú de las irlandesas?

Y él empezó a contarles:

—He viajado. Cuando era pequeño fui a París y a Londres. Mi padre me llevó. Me dijo que en realidad allí todos eran irlandeses. Me compró una corbata en Old England. ¿Conoces esa tienda?

Naomi negó con la cabeza. Incrédula, le había sobresaltado comprobar que él era más burgués que ella.

—Es una tienda en París, está cerca de la Ópera. A mi padre le encantaba, compraba todas sus corbatas allí. Todavía las conservaba cuando murió. Las habría heredado yo, si me hubiese quedado.

«Vaya, así que vienes de una familia rica —pensó Sam lentamente —. Sabes qué son las corbatas de Old England, y tu padre era un hombre acomodado.»

—No nos has dicho de dónde vienes —dijo en voz alta—. Nos parecía desconsiderado preguntar..., por lo que no te lo estoy preguntando.

—No me importa que me lo preguntes, porque no te lo diré.

Sam sacó las fresas que habían traído. Y el yogur. Postre.

—*Mais tu me gâtes!* —exclamó él, y juró que las invitaría a cenar cuando volviese a tener dinero. De pronto, al abalanzarse sobre la fruta, sus dedos se volvieron elegantes y selectivos.

—Eso ya lo veremos —repuso Sam.

No le parecía probable. Le había desagradado que él empleara una frase en francés, aunque sabía que era injusto por su parte, y además había algo en la inesperada seguridad de Faoud que le resultaba menos inocente de lo que Naomi estaba dispuesta a creer. Cuando la miraba a

los ojos, los de él no mostraban la menor vacilación ni deferencia. Parecían saber qué estaban mirando, y ese conocimiento no era benévolo. Con su orgullo herido, a Sam se le ocurrieron unas cuantas cosas que le diría más tarde, cuando se presentara la ocasión. Aquello superaba la insolencia masculina habitual.

Comieron el yogur con cucharillas de plástico y se arrojaron las fresas entre sí. Quizá el pastor de la escopeta oyese sus risas tontas, pensó Naomi. En las islas las habladurías corrían como la pólvora, pero ya era demasiado tarde para preocuparse.

Naomi se planteó llevarlo al puerto e inscribirlo en un hotel sin pasaporte, o utilizar el suyo. Sería un modo de devolverlo a la civilización. También podía comprarle un billete para que fuese en ferri al continente. Sin embargo, una vez allí no podría seguir con su plan, sino solo darle dinero y que él se apañase. Sí, eso funcionaría. Él aceptaría el dinero, agradecido, y seguiría adelante, o eso se figuraba ella. Pero le parecía un gesto despreocupado y cruel, además de que así desperdiciaba una oportunidad. Y es que le parecía que había algo mágico en aquella súbita aparición de otro ser humano; sin duda era una señal, como había pensado antes. Podía sobornar a alguien en el puerto para que se lo llevase. Pero entonces perdería la influencia que tenía sobre él, y eso no le parecía bien. Ella era la salvadora, y le gustaba ese papel. La volvía imprescindible. Salvar a otra persona, ¡eso era nada! No se trataba exactamente de una hazaña, pero sí aportaba un granito de arena a favor de los débiles en la balanza del poder. Esas aportaciones eran la sustancia de la vida moral de cualquiera; hacían tolerable lo intolerable. Recordó lo que Sam había dicho sobre la expiación y comprendió que ella sentía esa necesidad. Reparaba los errores que ella misma había cometido, aunque racionalmente hablando no estuvieran relacionados. Una idiotez, pero qué se le iba a hacer. En Dalston, durante meses se había obsesionado con aquel turco víctima de una injusticia y, con el tiempo, había arraigado en su interior. Que fuese un fracaso menor o mayor era indiferente; su ineptitud y su cobardía habían provocado una reacción en cadena que seguiría dándole problemas, por muy invisibles y distantes que fuesen, mientras esa persona viviera. Aquellas cosas no acababan cuando se perdía el interés en ellas; sus consecuencias se prolongaban, aunque ella no las viviese. Lo ético consistía en prestar atención a la reacción en cadena sin provocar otra. Alimentaba con fresas a un hombre desconocido en una colina próxima a Episkopi, y eso le gustaba. Y a él también parecía gustarle. Faltaría más, pensó con satisfacción.

Luego, por diversión, sacó otro paquetito de hierba que le había comprado a la chica del bote, aunque no estaba segura de cómo reaccionaría él. Pero Faoud lo captó enseguida y no lo rechazó. Los regalos de Naomi eran todo un éxito.

Bajaron por el sendero en dirección al mar y la playa de Nisiza. Ahora Sam parecía sentirse más a gusto. Se rezagó un poco y observó a los dos desde atrás. Naomi le había dicho que llevara bañador, por lo que sabía de antemano que harían esa excursión, pero bajo aquel cielo deslumbrante no cabían sospechas ni pequeñez de espíritu. Al poco de echar a andar bajo el calor ya habían empezado a reírse juntos, en sincronía, y ninguna ambigüedad podía estropear el momento. El recelo seguía allí, pero podía dejarlo temporalmente de lado. El sendero era escarpado y les llevó un rato alcanzar la orilla. Sam se preguntó, no por primera vez, si los pastores los habrían seguido o si los estaban espiando desde algún sitio. El sendero se hundió en la sombra y los condujo a la pequeña iglesia de Agios Ioannis, con el mar abajo, al fondo del acantilado.

Se sentaron, se apoyaron en un muro y bebieron de sus cantimploras. La playa estaba junto a un islote, a unos cien metros de distancia, un promontorio desierto rodeado de aguas poco profundas. Un trayecto breve, pero difícil.

—Conoces muchos sitios secretos —dijo Faoud a Naomi—. ¿Cómo encontraste este?

—Venía aquí sola, cuando era niña.

—¿Vive alguien en ese islote?

Naomi negó con la cabeza. Sam se quitó las gafas de sol y dejó que el mar la cegara. Estaban rodeados de olivos marchitos y de tierra color chocolate claro. El viento se alzaba del agua encrespada y corría por el acantilado. Entendió lo sutil que había sido Naomi al llevarlos allí, lejos del mundo. Normalizaba las cosas. También le serenaba estar a la sombra de aquella iglesia erosionada por el mar, aislada en su promontorio a la deriva de los siglos. Supuso que aquel era el lugar de culto de los habitantes de Episkopi. Finalmente se levantaron y descendieron por la escabrosa pendiente hasta la playa que unía el islote con la tierra. Se quedaron en bañador, Faoud en pantalón corto, y se adentraron en el agua hasta que les llegó al pecho. Entonces se zambulleron y nadaron alrededor del islote. Sam nadaba más despacio y se rezagó un poco. El viento que azotaba el agua la ensordeció y no pudo oír de qué hablaban los dos. Cuando llegaron al extremo del islote, Naomi y Faoud salieron del agua y se sentaron en las rocas. Cuando Sam se reunió con ellos, estaban conversando animadamente. Parecían llevarse bien y sintió una punzada de celos. «Ridículo», se corrigió. No tenía derecho a estar celosa de nadie, pero de algún modo le molestaba que Naomi le llevara cierta ventaja en lo que concernía al extranjero. Se encaramó a su lado y le complació comprobar la leve superioridad de su cuerpo, que atrajo involuntariamente la mirada de Faoud. Así que su poder no había menguado del todo pese al magnetismo de su rival. Naomi tendría otras cualidades, pero al menos

no aquella. Se tumbaron un rato en silencio, empapándose de sol y de viento salado. Pero Faoud no dejaba de mirar el mar. «La policía tiene lanchas y él lo sabe», pensó Sam.

—¿Y si aquí solo estuviésemos los tres? —preguntó—. Sería bonito, ¿verdad?

—Lo mismo estaba pensando yo —dijo Faoud—. Bonito, pero imposible.

—Quizá al final del primer día ya nos odiaríamos a muerte —dijo Naomi.

«Eso era exactamente lo que pasaría», pensó Sam.

—¿Y vuestros padres? —preguntó él de inmediato a las dos.

—Los míos tendrían que irse a vivir a otra parte —dijo Naomi—. Esa isla es demasiado pequeña para ellos. Son agobiantes. Si se marcharan, no lo sentiría en absoluto. Me pondría loca de alegría.

Él sonrió, con una tímida expresión de desconcierto.

—¿Son desagradables?

—Son lo que son. No debería seguir hablando de ellos. Sam, en cambio, tiene unos padres de lo más agradables. Podemos dejar que se queden.

Sam decidió no responder.

—Comprendo —murmuró Faoud—. Siempre es mejor estar solo, ¿verdad?

—Sueño con eso constantemente —dijo Naomi.

Las dos mujeres lo soñaban, sin que la otra lo supiera.

Sam pensó en *Battle Royale*, una película japonesa que había visto el invierno anterior. En ella, se selecciona a una serie de alumnos de colegios para jóvenes problemáticos y los envían a una isla donde se les obliga a participar en un concurso televisado. Les ofrecen diferentes armas, les colocan collares explosivos en el cuello para controlarlos y les obligan a matarse entre sí, uno a uno, hasta que solo quede un único concursante con vida. Las chicas parecen ser unas asesinas más crueles y eficaces. Los vínculos sociales, amorosos y platónicos van desmoronándose a medida que la muerte se acerca. La isla japonesa incluso se parecía a Hidra; solo le faltaban las sirenas, los cañones, los búnkeres militares en ruinas para ocultarse.

Se volvió de costado y dejó que las rocas le calentasen las piernas. Se preguntó si aquella era una idea interesante: una isla como terreno de caza del que es imposible escapar. ¿Qué arma elegiría ella? ¿Una guadaña, un mazo, un arco?

Naomi se levantó, estiró los brazos y sin mediar palabra se zambulló en el agua y se alejó nadando.

Faoud se volvió hacia Sam. Sus ojos tenían el color de la olivada negra.

—Podría ser tu hermana mayor. ¿Te da órdenes?

—No, pero no me importaría si lo hiciese.

Él también se levantó y le dirigió, desde lo alto, una mirada escéptica.

—¿Vienes?

—No, me quedaré un rato más.

Finalmente volvió andando sola por el islote hasta la playa. Mientras se acercaba entre los arbustos oyó voces indolentes y divertidas, de una energía sexual inconfundible. Se detuvo para no ser vista y los observó tumbados de costado bajo el sol abrasador. Se les veía despreocupados, apenas separados por unos centímetros de distancia, sus voces moduladas para complementarse, la ancestral danza de las palabras. Se agachó e intentó oír lo que decían, pero sus palabras se las llevó el viento. Lo único audible fueron los latidos de su propio corazón, cuya celeridad delataba odio.

Las jóvenes volvieron andando a Palamidas sin cruzarse con nadie. Faoud las vio empequeñecerse en la distancia, con el telón de fondo del mar. Naomi lo intrigaba. No parecía tener otros motivos ocultos, más allá de la simple atracción. Pero reconocía que ese último motivo solía bastar para explicar prácticamente cualquier conducta humana. Siempre podía surgir una atracción inesperada entre dos personas de más o menos la misma edad que coincidían en el mismo lugar y en el mismo momento. Pensó que Naomi volvería a diario y que algo sucedería entre ellos. Sam era otra historia. Era bellísima, pero demasiado tímida. Sin embargo, también planteaba una cuestión más espinosa, porque parecía descifrarlo mejor que Naomi, y algo la enojaba. Las chicas se detuvieron, dieron media vuelta y lo saludaron con un gesto, al que él respondió alzando la mano. Algo imprudente por su parte, pero no pudo contenerse.

Luego volvió a la cabaña, vació el cuenco de agua con espuma de afeitar y se encaminó a lo alto del sendero que bajaba a la costa rocosa donde había llegado. Todo era distinto. El afeitado, la camiseta, el yogur y las fresas, el refrescante baño junto al islote..., se había despejado la oscuridad. Bajó un poco por el sendero y se lió un porro, lo encendió y se sentó entre las rocas a fumar. Aquel inesperado golpe de suerte no era fácil de entender. Pero ¿no le decía siempre Omer en Estambul que todo ocurría porque así debía ocurrir? Le había costado creer que era voluntad de Dios. Sin embargo, los acontecimientos de las últimas setenta y dos horas empezaban a confirmarlo. Ahora le parecía imposible que todo aquello hubiese ocurrido porque sí; no del todo. Tenía que obedecer a un plan.

Se protegió los ojos con las manos y contempló el mar. Hoy no traía nada, ni pateras luchando a contracorriente ni chalecos salvavidas arrastrados por las olas hasta la costa. No había horror. Se había

encargado de borrar eficazmente sus huellas, y la lancha de la policía que circundaba la isla a diario no encontraría nada. Incluso él, un vagabundo, había encontrado un hogar desde donde podía observar a la policía mientras Dios lo observaba a él. De pronto la idea de Dios había renacido, sorprendentemente, por el simple acto de una desconocida que le había regalado una cajita de fresas.

La noche siguiente, Sam y Naomi se encontraron en el Sunset. Las dos estaban animadas. La joven norteamericana había pasado el día de excursión con su hermano y su padre y después había ido a nadar sola a Kamini, absorta en sus pensamientos. Naomi pidió una botella de vino blanco, *souvlaki* con pan y aceite y un plato con rodajas de limón. Un festín de asesinos.

—De modo que somos amigas del refugiado —dijo Sam—. Curiosamente parece normal, pero no sé por qué. Mi padre dice…

Sin embargo, Naomi ignoró la evocación de Jeffrey Haldane. A fin de cuentas le parecía lo que Sam había dicho: aburrido.

—Lo de «amigas» quizá sea excesivo, pero como Faoud procede de una familia acomodada, no me sorprende que nos llevemos bien. Es culto y laico.

—¿Allí? ¿De dónde?

—Siria. Pero su familia puede ser de muchos sitios.

—Mi padre dice…

—Mantengamos a tu padre fuera de esto, ¿vale? No habla ni una palabra de griego. Los habitantes de la isla llevan meses comentando el tema. Es un secreto a voces. Creo que ha habido otros antes que Faoud, que los vecinos de la isla les han ayudado a llegar ilegalmente al continente y que probablemente lo siguen haciendo. Pero ahora la policía está aquí.

«Es una lástima que tu padre y su mujer se lleven tan mal contigo. Podrían haber ayudado», pensó Sam.

—Creo que nosotras podemos apañárnoslas para conseguirlo, solo que todavía no sé cómo —siguió Naomi.

—¿Meterlo en el ferri? —preguntó Sam.

—Con eso no basta. Quizá deberíamos ir con él.

—Y si lo atrapan…

—Nosotras también seríamos cómplices del delito. No me importa. Sabría qué decir para librarme. Pero tú…, no estoy tan segura. Ojalá Jimmie y Phaine se largasen, podría invitarlo a mi casa y esconderlo allí. Eso lo resolvería todo.

A Sam le molestaba algo. De pronto se le envenenó la voz:

—¿Por qué no les sugieres que se vayan de viaje? Podrían marcharse una semana al Peloponeso.

—Phaine nunca aceptaría. Se vuelve paranoica con solo pensar

que yo me quedo sola en la casa. No parece aceptar que un día será mía, le guste o no. Y no accederá a marcharse una semana si soy yo quien lo sugiere. Sospechará de inmediato.

—Pues está claro que tendrás que matarlos.

Naomi se echó a reír y los camareros se volvieron para mirarla, sorprendidos por la carcajada. Admitió que era una idea original, la única que hasta entonces se le había ocurrido a Sam. Pero sería difícil explicárselo a la familia. Sam también se echó a reír, sobre todo porque le confundía la cantidad de absurdidades que se le ocurrían. Al igual que existía la escritura automática, también parecía existir el discurso automático.

—Depende de quién lo haga —añadió.

—¿Tú piensas en matar a tus padres, Sam?

Brindaron con un «muerte a la muerte» popular entre los griegos, con tal fuerza que las copas casi se rompieron.

—No habitualmente.

—Pues yo sí —dijo Naomi—. No sé por qué.

—¿De veras?

—Más cuando era joven. Ahora me preocuparían los pleitos.

Sam percibió una brecha y se volvió más insolente.

—Pero a Phaine podrías matarla, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

Sam bebió un sorbo. La mirada que asomó por el borde de la copa era rebelde y turbulenta.

—No sé. Es evidente que la odias.

—No es un desagrado sutil, lo reconozco. ¿Tus padres también lo han notado? En tal caso, lo siento. Parecemos incapaces de contener nuestra enemistad, o al menos disimularla. Es lamentable.

—Para serte sincera, no se lo he preguntado.

Naomi dijo que algo no funcionaba entre ellas. Ni tampoco entre ella y su padre. Nunca se habían llevado bien. Su verdadera madre le decía que era porque se parecían mucho.

—Sé que vas a decir que mi padre me malcría, pero solo lo hace porque en el fondo me odia. Me odia en *cierto* modo. Un desagrado visceral. Los padres no pueden aborrecer a sus hijos, nos han lavado el cerebro para que lo consideremos inconcebible. Si, por ejemplo, yo muriese en un accidente náutico, Jimmie lo lamentaría, pero se repondría rápidamente. Créeme. Sé lo que me digo.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Notaba que Sam empezaba a creerla y que las dos comenzaban a sentirse atraídas hacia la órbita de una idea calamitosa.

—Tú crees que existe el amor incondicional, pero no es así. Las condiciones lo son todo.

El mar se había oscurecido; los cañones encastrados en el muro del restaurante apuntaban a un vacío que no humanizaban las iluminadas barcas de pesca. Las olas se disolvían con violencia abajo, en las rocas. El Egeo era un mar peligroso y traicionero, que sufría malévolos cambios de humor. Nada que ver con el mar de la leyenda turística. Todos los años se ahogaban muchas personas y el fondo del mar no era más que un cementerio de barcos y huesos. Naomi recordó las noches que había pasado allí desde mucho tiempo atrás. Las amargas noches solitarias, pero también las más tiernas en fiestas con drogas y caras bonitas. Las noches que había pasado en aquel mismo sitio durante las vacaciones, cuando todavía estudiaba en Inglaterra y fracasaba en todo lo académico hasta que decidió darle la vuelta y sacarse una carrera. El Sunset había sido un refugio crucial. Pero las personas con las que solía salir se habían dispersado por el mundo. «Solo hay mar, solo hay estaciones.» Recordó una cita que conservaba involuntariamente y se preguntó cómo sería estar sola en el mundo con todo el dinero que le hiciese falta, sin la necesidad de trabajar ni de soportar a un jefe. Como su padre la había enviado a un colegio muy caro, se había acostumbrado a guardar distancias con la raza humana y, además, también con él. Pero ser distante con su padre no equivalía a ser huérfana. Se imaginaba perfectamente viviendo sola en la casa de la colina de Hidra, viviendo sola en la casa de Londres y pasando meses sola en la mansión italiana de Sorano. ¿Quién notaría que ya no la acompañaba la molesta presencia de un padre y una madrastra? Aunque la gente tampoco podía desaparecer de la faz de la tierra sin más, pero eso ya era otra cuestión.

—Solía fantasear con que estaba sola y podía elegir un nombre distinto todos los días. Pero lo malo era que... mis padres tenían que morir en una guerra nuclear o en una epidemia. Los contras superaban a los pros.

—Desde luego.

Pidieron otra botella, pues no se notaban ebrias.

—Me pregunto si a Faoud le quedará familia —dijo Sam—. Probablemente habrán muerto todos, si las cosas están tan mal como dicen.

Otras dos horas perdidas en divagaciones. Los murciélagos las sobrevolaban dibujando parábolas sobre las luces del restaurante, enloquecidos por algo que ellas no lograban identificar. Naomi siguió hablando. Le dijo que ese día había comprendido cuál era el problema de su vida. Una persona que no tiene nada, que vive como un animal rodeado de hombres con escopetas..., ¿qué tiene que ver conmigo?, se había preguntado. Un observador podría decir que todo en ella era frívolo, que era un producto de la frivolidad. La frivolidad la había criado, la había convertido en lo que era. Todo resultaba inútil o casi

inútil. Al principio costaba creer que toda su experiencia vital, el modo en que vivía, pensaba y sentía, era inútil de principio a fin. Es imposible pensar así. Pero aquella tarde lo había visto y ya no había vuelta atrás. Sabía que era cierto por la forma en que Faoud la miraba. La había traspasado con la mirada sin el menor esfuerzo, como si la atravesara limpiamente con un cuchillo. Nadie la había mirado así. Nadie se había atrevido. Era como si Faoud hubiese contemplado una mierda y le hubiera asombrado su complejidad, le hubiese maravillado que aquella mierda existiese sin que se diera cuenta de lo que era. Y ella había estado pensando: ¿por qué? ¿Cómo había ocurrido? ¿Había algo que pudiese cambiar?

—Yo no diría que eres una mierda —dijo Sam.

—Ni él tampoco, pero esa no es la cuestión. Es una percepción, un instante de revelación. No es algo que pueda planearse. Simplemente pasa, y luego ya no hay vuelta atrás. Estás destruida.

—Entonces ve adelante —murmuró Sam.

—Claro, adelante. Pero ¿qué significa? ¿Adelante adónde? Si tu pasado es mierda, ¿adónde vas?

Cuando acabaron la segunda botella, levantaron la vista y vieron que el restaurante estaba vacío. Naomi se hizo cargo de la cuenta. Ascendieron vacilantes por el sendero hacia la torre de lo alto y decidieron dar por finalizada la velada. Se besaron y se abrazaron; la risa atolondrada del principio de la noche seguía en su interior. Se habían convertido oficialmente en una sociedad secreta de dos, con un tercer miembro honorífico que aún no sabía que pertenecía a ella. Naomi acarició el cabello espeso y enredado de su amiga y se produjo entre ellas un acuerdo sensual, demasiado reticente para romper la superficie de los gestos. Cuando estaban juntas se sentían superiores a todo lo que las rodeaba, sin importarles quién estuviera presente.

—Duerme hasta tarde mañana. Quizá demos un paseo vespertino en barco con el salvaje.

Una vez sola, Naomi volvió andando lentamente al puerto y echó un vistazo al Pirate Cove por si quedaba algún noctámbulo agradable que pudiese invitarla a una copa. Como no encontró a nadie, fue a un cajero y sacó trescientos euros. Con una tarjeta extranjera se podían sobrepasar los límites impuestos a los griegos por su propio Gobierno. Subió a la casa en el silencio de la noche cerrada, ahuyentando con su presencia a los gatos que encontraba a su paso. En la mansión todos dormían, lo que fue un alivio. Se preparó té en la cocina y se sentó en la terraza a contemplar las nubes que corrían por el cielo estrellado mientras inventariaba mentalmente todo lo que había en la casa. Su vanidosa y posesiva madrastra había acumulado un buen alijo de joyas. También estaban las tarjetas de crédito que Jimmie guardaba en su abultada cartera. Carissa le había dicho que tenían efectivo en su

dormitorio, en una caja sin llave del armario, un gesto sorprendentemente audaz por su parte. Asimismo había pinturas y obras de arte, difíciles de trasladar, pero de valor considerable. Y ropa cara, algunas camisas que costaban miles de euros, la colección de vinos y los puros. En cualquier caso, todo aquello le pertenecía, pensó.

Era su herencia, pero si Jimmie sufría un accidente inesperado, la *salope* se lo quitaría todo. Había una forma de impedirlo. Hizo números y se tomó el té hasta que todo se aclaró. No era tan complicado, visto desde arriba. Empezaba a concebir una idea tan extrema que solo podía avanzar hacia delante. Pero en la escala más amplia del sufrimiento humano, no era tan extrema como había supuesto al principio. En un sentido moral, era clara y simple.

Capítulo 8

Por la mañana, Naomi fue sola a Vlychos, reservó una habitación en el Four Seasons y luego subió a Palamidas. No había nadie en Episkopi, pero se sintió observada por unos ojos minerales, los ancianos con sus perros y sus barbas plateadas que nunca se afeitaban del todo ni tampoco las dejaban crecer. Fue a la cabaña atravesando un fuerte viento marino para buscar a Faoud y explicárselo todo. Bajaría con ella al resort y cogería la llave de la habitación que ella había pagado y que estaba reservada a nombre de Naomi. Nadie le haría preguntas. Faoud no la creía, pero ella lo serenó. Tenía que caminar tranquilamente a su lado, como si fuese su amigo. Se pondrían en marcha de inmediato. Fue agradable alejarse del ambiente claustrofóbico y desconfiado de la cabaña y andar entre las flores estivales con el mar abrasando sus sentidos. Faoud estaba alegre y animado. Habría dormido bien, supuso Naomi. Le dijo que se había pasado toda la noche oyendo los cencerros de los burros y las cabras, y que había soñado con Beirut.

—Estudié en la Universidad Americana de Beirut —añadió con su tono suave y despreocupado—. Fue hace años, pero sueño con ella a menudo. ¿Tú has ido a la universidad?

—En Londres. Era mala estudiante.

—No te creo. Hablas muy bien.

Mientras llegaban al embarcadero y al sendero que torcía en dirección a Molos, Naomi le dio más detalles de su situación familiar. Una descripción minuciosa de su padre, las casas, la madrastra, las discusiones, las miserias. No solía hablar con franqueza de esos asuntos, pero se sintió muy cómoda confesándoselo a Faoud, si es que era una confesión. Faoud la escuchó mientras ella se presentaba como la heroína de sus dramas familiares. Era egoísta por parte de Naomi, pero ahora que había empezado no podía parar. Quería que él supiera cuánto le avergonzaba ser rica. Eso era lo importante, aunque olvidase que él también procedía de una familia adinerada.

—No sé cómo agradecértelo —dijo él por fin, pero sin mirarla—. Todo. La comida, el hotel. No sé por qué lo haces. Debes de ser una

persona pura.

—Eso es lo último que soy.

—Lo eres para mí. De lo contrario, no tiene sentido. Hay muy pocas personas así…

—Soy una persona de lo más impura. Pero puedes pensar lo que quieras.

—Eso haré.

Llegaron al resort. Los rusos almorzaban a la sombra en el restaurante del hotel y nadie reparó en que subían a la habitación. En los pasillos reinaba el silencioso sopor del mediodía. Entraron en la habitación, sorprendentemente fresca, cuyas ventanas estaban abiertas al aire marino. Naomi cerró la puerta con llave y, algo aturdidos, se echaron en la cama para recuperarse del caluroso paseo. Los dos ventiladores les secaron el sudor. Luego él durmió mientras Naomi preparaba unos sándwiches con las cosas que había comprado y que sirvió con encurtidos en los platos del hotel. Después se echó a su lado y esperó a que se despertara, pero Faoud siguió durmiendo. Ella no podía imaginarse el cansancio de Faoud. Era una inmensa fatiga inherente a la persecución, al hecho de ser cazado y odiado. Era curioso que su proximidad y su mínima distancia física en una habitación de hotel no la incomodaran. Naomi supuso que ella llevaba días preparándose mentalmente para aquello e imaginó que así era como evolucionaba la gente: gravitando hacia la idea más agradable y peligrosa.

Pasó la tarde. Naomi escuchó el molesto bullicio de los bañistas en la playa y el rumor de los motores en el mar. Las olas rompían en la orilla como pequeñas detonaciones separadas por inquietantes treguas. La luz se fue apagando y finalmente ella también se durmió. Cuando despertó, vio unas moscas que volaban alrededor de la lámpara del techo. Faoud dormía de costado y le había pasado un brazo por encima. Si ella quería apartarlo, aquel era el momento para hacerlo, pero lo dejó donde estaba. Cuando él despertó, estaban abrazados. Era lo que ella quería. Sus miradas soñolientas se cruzaron y en ellas ya vieron la certeza y la resignación. Conque así son las cosas, pensó ella. Le quitó la camisa, se quitó la suya y permanecieron acostados tranquilamente, mientras el atardecer teñía las paredes de naranja. Luego ella se volvió hacia Faoud y empezó a besarlo. Ocurrió despacio, y mientras se sumían en la confusión, el habitual hilo de pensamiento de Naomi, que no cesaba ni cuando dormía, se interrumpió por fin, y solo percibió el anochecer y el renovado canto de las cigarras en los árboles cercanos.

Después, mientras Faoud seguía durmiendo, ella se dio una ducha, se puso la bata del hotel y salió al balcón. Era un resort tan remoto que lo sofocaba una oscuridad ancestral. Solo las luces del restaurante

exterior y del edificio principal resplandecían débilmente en los acantilados. Naomi recobró la serenidad y dejó que se le secara el pelo. Luego volvió a entrar en la habitación, se vistió sin hacer ruido y bajó sola al restaurante. Se sentó a una mesa, pidió una extravagante cantidad de comida y un vaso de retsina. Después de comerse unos pinchos de kebab y apurar el vino, le pidió a la camarera que envolviera el resto porque se lo llevaba a su habitación. Entretanto, fumó y se tranquilizó. Le temblaban las manos. Era emoción y agresividad, no miedo ni ansiedad. Ni siquiera sabía por qué había hecho el amor; se trataba de un impulso, que se repetiría. Aquellos actos nunca la turbaban. Pero también le gustaba Faoud. Sus infortunios le daban carisma y, por tanto, atractivo. Sin embargo, cuando reflexionaba, a Naomi le parecía absurdo sentirse así.

Los rusos la observaban con una sonrisa ingenua. Evitó sus miradas y volvió a la habitación. Dio unos golpecitos en la puerta para avisar a Faoud de que iba a entrar. Acababa de despertarse y estaba acostado a oscuras, fumando un cigarrillo de Naomi. A su expresión neutra le faltaba toda la ingenuidad que había visto en los rusos. Sin encender la luz, Naomi dejó en la cama, junto a los sándwiches, los restos de la comida del restaurante, y esperó a que él comiese tanto como quisiera. Luego dijo, dando un tono práctico a su voz:

—Voy a darte dinero. Para que puedas irte al continente sin problemas.

—¿Dinero?

—Es lo único que puedo darte.

—Es complicado, el dinero.

—No en una emergencia. Y esto es una cuestión de vida o muerte.

Sonó melodramática, pero el melodrama era parte del momento.

—¿Quién ha dicho que sea una cuestión de vida o muerte? —preguntó él.

—Eres educado, pero sabes que es así.

—¿Y qué? No es tu vida ni tu muerte.

—Sí.

—No, solo estás siendo educada. Necesito el dinero, pero no lo quiero.

La necesidad, insistió Naomi, siempre se imponía a nuestros deseos.

—¿Así que irás a un cajero automático? —protestó él.

—No. Tengo otra idea. Lo del cajero no bastaría. Y mi padre se daría cuenta.

Le dijo que lo había estado pensando toda la noche.

Jimmie y Phaine vivían aposentados en esa mansión, rodeados de una infinidad de posesiones materiales que nunca utilizaban. Su actitud era reprochable —no, era una vileza— cuando a menos de diez

kilómetros tanta gente pasaba hambre. Durante un tiempo había lidiado con su indignación en Inglaterra, mediante su trabajo, sin ser capaz de resolver nada, sintiéndose cada vez más sucia por los privilegios de su familia. Pero ahora podían girar las tornas. La dulzura de una traición necesaria. ¿Lo entendía él? Pero la traición era un acto que él nunca se habría planteado hacia los suyos. «No confíes en ella», pensó. Naomi continuó. Era pan comido; Faoud podía robar en la casa mientras ellos dormían.

—¿Lo harías? —preguntó Naomi—. ¿Lo harías si supieras que nadie iba a salir herido y que todo lo que te llevaras está asegurado?

—No lo sé.

—Piénsalo. Es un delito sin importancia, sin víctimas. Insignificante. Ni siquiera tendrás que forzar nada para entrar.

La criada podía dejarle la puerta abierta; Naomi le diría que cooperase. Él podía llevarse todo lo que encontrara, lo que le apeteciese. En cuestión de media hora saldría con dinero suficiente para ir a cualquier país de Europa. Suficiente para vivir durante años, si iba con cuidado. Era su vía de escape, su salvación.

—Escúchame —insistió Naomi.

—No pienso escucharte. Me cogerán. ¿Y entonces, qué? ¿Tienes otro plan?

—No te cogerán. Eres invisible, no existes oficialmente. No podrán atraparte. No pueden detener a una persona que no existe.

Naomi entró en detalles, hablando tan apresuradamente que las frases empezaron a agolparse. Era absurdo, pero tampoco tanto. Faoud la escuchaba con una actitud cada vez más receptiva y su lógica empezó a tentarle. Podía pedirle que le adelantase algo de dinero y ponerse en camino, pero estaba seguro de que la cantidad no le bastaría. Sería dinero honrado, pero no suficiente para salvarlo. No suficiente para iniciar una nueva vida. Naomi tenía razón: necesitaba más de lo que ella pudiese sacar de un cajero automático. Y lo había calculado todo, hasta el último detalle. Faoud podía huir en el ferri, coger el coche que el padre de Naomi tenía aparcado en Metochi y salir de Grecia por vía marítima a algún puerto de Italia. En las rutas marítimas apenas había control de pasaportes porque Italia pertenecía al espacio Schengen. Si se desplazaba al norte por su cuenta se toparía con la frontera macedonia, la peor para cruzar sin papeles. Además, si conducía un coche caro nadie le haría preguntas en Patras. Se movería como si fuese invisible. Jimmie no controlaba el coche desde la isla, por lo que probablemente tardaría cuarenta y ocho horas en notificar la desaparición, y para entonces Faoud ya habría salido del país. Podría incluso vender el coche en Italia, la documentación del vehículo estaba en la guantera, y en el sur del país era fácil vender vehículos robados. Y, además, aquel valía miles de euros. O podía conservarlo y usarlo para

desplazarse allá donde quisiera. Tendría muchas opciones. Hasta los tickets del ferri estaban ya pagados, también en la guantera. Su padre era demasiado confiado en lo que concernía a esas cosas. Un pasaje gratis a cambio de un riesgo mínimo, fácil en comparación con cualquier otra alternativa.

—En otras palabras —repuso él, casi de inmediato—. Seré un ladrón. Un ladrón subordinado a la hija de otro hombre.

Pero Naomi se mantuvo firme.

—Mi padre ha robado todo lo que posee, es un ladrón de primera. Robarás a un ladrón, y además lo tiene todo asegurado. A él le darán un coche nuevo y se quedará tan ancho. Tú solo tendrás que cambiar la matrícula. En Italia podrás hacerlo a cambio de un soborno. Esa es la parte fácil.

—Me estás contratando como ladrón —sonrió Faoud—. Pero no te llevas parte de los beneficios.

—No quiero su sucio dinero. Prefiero redistribuirlo. Y él nunca sabrá que yo he tenido algo que ver. Seré la actriz perfecta.

—Eso es imposible, al menos con el propio padre.

—Es posible. Sé exactamente lo que tengo que hacer. A él nunca se le ocurrirá pensar algo así de su hija. Será un robo más. Aquí roban continuamente en las casas de los ricos. La policía ni se inmutará, créeme —y añadió, con súbita vehemencia—: Si eres listo aceptarás mi plan, Faoud. Te estoy ofreciendo una nueva vida. Así de fácil.

Faoud reflexionó. No conocía esas rutas con tanto detalle como ella, pero imaginaba que Naomi lo había planeado a conciencia. La forma más fácil de salir del país era por mar a Italia, eso ya lo sabía. Todo se reducía a una cuestión de suerte y rapidez. Con ambas lo conseguiría sin que nadie saliera perjudicado. Aquella era una forma de escapar pacíficamente y de que la vida siguiese su curso. Mirándolo así, era tentador aceptar.

—Lo pensaré —le dijo, para mantenerla a raya—. Lo pensaré esta noche.

—No hay mucho en que pensar.

—Discrepo. Te lo diré mañana.

—¿Por qué no me lo dices ahora? Así sería más fácil. Pero si no puedes, no pasa nada. Te llamaré mañana y lo hablamos.

—No tengas pesadillas —le dijo él cuando Naomi se preparaba para irse—. No quiero que tengas pesadillas por mi culpa.

Naomi volvió andando sola. En el sendero, la luna proyectaba una sombra tan oscura en los olivos que perdió el hilo de su pensamiento al atravesarlos. Los ancianos bebían ouzo en sus jardines, herméticos como contrabandistas. Los jardines de la isla y el aleteo de sus polillas. Los ancianos siempre levantaban la vista: pasaba una desconocida. Inofensiva, pero igualmente desconocida. Naomi pensó en Faoud.

Sabía que aceptaría su propuesta, y cuando llegó a Hidra se sintió eufórica por haberlo convencido. Se preguntó cuánto tiempo hacía que él no se había acostado con una mujer. Semanas, quizá meses. Era imposible saberlo, pero quizá mucho más.

Ya en el puerto fue a tomar una copa sola, se puso los auriculares y escuchó música *rebetiko* para aislarse. Bebió Aperol Spritzs acompañado de cacahuetes salados, su método ancestral para alcanzar la dicha suprema. Pensó en Sam, dormida en su blanca habitación con los iconos y la cama de hierro. ¿Qué quería de aquella joven atractiva e impresionable? Ni la propia Naomi lo sabía. Era solo atracción, lo mismo que sentía por Faoud. La ley de la gravedad. Y también le resultaba atractivo tener influencia sobre ellos, que pese a algunas reticencias fueran tan maleables. No entendía que hubiese personas así.

Cuando volvió a casa, su padre seguía levantado. Fumaba su puro de antes de acostarse con una infusión enorme, un somnífero que sospechaba que Carissa preparaba con una pizca de cicuta. Estaba solo en la terraza, escuchando a Dean Martin con los pies en alto enfundados en unas zapatillas de piel. Naomi se acercó para darle un beso de buenas noches, y él la tomó de la mano y le preguntó si quería ir a una fiesta de artistas la noche siguiente. Les haría bien a los dos, ¿verdad?

—Creo que no iré, papá. Ya no las aguanto, la verdad. ¿Qué te parece si cenamos en Manolis? Como en los viejos tiempos.

—De acuerdo —dijo él sin gran entusiasmo, pero demasiado cansado para disentir—. No soporto Manolis, pero lo haré por ti. Ya es hora de que tengamos un *tête-à-tête*, tú y yo. Sin Funny, quiero decir.

—A mí también me gustaría, papá. Muchísimo.

Entonces Jimmie apagó el puro y expulsó la última bocanada de humo. Su voz sonaba algo tensa.

—¿Hoy has visto a los Haldane?

Ella negó con un gesto y le soltó la mano.

—Los veré mañana.

—¿Y entonces dónde has estado todo el día? Funny dice que traficas con droga. Yo le he respondido que me parecía improbable..., pero solo un poco.

—He ido a nadar un buen rato a un sitio precioso.

—Comprendo. Pero eso en realidad no quiere decir nada, ¿verdad?

Sonrieron, y el hielo prolongado que los separaba se rompió de pronto.

—No, papá. No quiere decir nada. Pero tú sabes lo que quiero decir.

—Supongo que sí. A mí también me gusta nadar un buen rato. Por

eso tengo una casa aquí.

Ella se inclinó y le plantó un beso en la pendenciera frente. Su padre olía cada vez más a perfume. ¿Algo iba mal?

—Así te mantienes en forma —dijo ella.

El resto de la parte consciente de la noche transcurrió en una seca tristeza. Naomi llamó a Sam y le contó todo lo que había pasado en el hotel, la parte sexual incluida, aunque sin darle detalles. La americana guardó silencio. Luego Naomi le contó lo que le había dicho a Faoud y le preguntó a Sam si quería ayudarlos.

—Es por una buena causa —repitió varias veces.

—Me parece una estupidez increíble —dijo Sam, malhumorada.

—No lo es.

—Estúpido y peligroso. No lo hagas, ni te lo plantees siquiera.

Pero Naomi había llegado a un punto en que nada podía discutirse, ni mucho menos refutarse.

—Yo solo te pregunto; puedes negarte —respondió, impaciente—. Sé que no tiene nada que ver contigo, pero será un acto a favor de la justicia. ¿Cómo puedes rechazar hacer algo así por él? Si no le ayudas, te sentirás como una criminal.

—Ya me siento como una criminal. ¿Es eso lo que querías? Creo que sí.

Capítulo 9

Dieciocho horas después, Jimmie se vestía ante su espejo de cuerpo entero —traje color crema, flor en el ojal, camisa Borelli de cuadros rosa— y se dirigía en solitario a la casa de Spiro Mistakidis, un próspero marchante de arte que también veraneaba en una de las mansiones en lo alto del puerto. Phaine había ido a cenar con otras amistades y él estaba libre durante unas horas. No lo bastante libre ni durante las horas suficientes, pero al menos le serviría para coquetear un poco y hablar sin reservas con sus antiguos amigos. Aquellas colinas desnudas que se elevaban al delicado atardecer siempre le llenaban de una vaga nostalgia. Tenía un verso bien ensayado de Homero para ilustrarlo, una frase que le rondaba la cabeza desde hacía años; la añoranza de Telémaco por Ítaca: «Tierra de cabras, no de caballos, pero lo es todo para mí».

Bajó los peldaños ayudado de su bastón de palisandro, deteniéndose de vez en cuando para escuchar los estorninos y contemplar los muros blancos iluminados por el crepúsculo. Nunca había dejado de amar aquella islita, y se enorgullecía de su lealtad hacia ella. Pero eran otros tiempos. En realidad, se estaba planteando vender la casa y trasladar su contenido a la mansión italiana. Aquí la vida social era extenuante. Aquella noche, en casa de Mistakidis, había cincuenta personas y él las conocía prácticamente a todas. Tenía que discurrir entre ellas, mantener conversaciones, y acababa derrochando sus preciados momentos de libertad en aquellas charlas vacías. Le presentaron a unos coleccionistas turcos y de pronto se vio en la terraza iluminada por la luna con una copa ridícula en la mano, mientras un incontrolable torrente de palabras absurdas le manaba de la boca. A saber por qué. La cena con su hija demostró ser una propuesta más atractiva, sobre todo porque llegó a Manolis con tiempo y se tomó una copa de vino a solas, con el bastón apoyado en las piernas y la camisa desabrochada. El calor y la cháchara lo habían agotado, pero se recompuso. En conjunto, las cosas le habían ido bastante bien; aquel año había ganado varios millones con ventas de obras de arte en

Moscú y Taipéi, además de con su cartera de acciones. Eran los problemas familiares los que se multiplicaban y se volvían intratables.

Naomi llegó comportándose con impecable educación, y eso le gustó. Pidieron una botella de vino y pescado *skorpina*. ¿Cuántos de sus problemas no se habrían resuelto al instante con una simple cena en Manolis?, pensó. Él se había portado como un bobo testarudo, y ahora era casi demasiado tarde.

—Estás espectacular —le dijo con absoluta sinceridad mientras Naomi se sentaba—. Esas largas sesiones de natación te sientan muy bien. Has recuperado el color.

Ella le dijo que últimamente se sentía mejor. El calor le sentaba bien, se le pasaba el malhumor.

—Ah, perder el malhumor siempre sienta bien —dijo él, enarcando las cejas y bajando la vista a su copa de vino frío.

—He estado explorando el otro extremo de la isla —dijo Naomi—. ¿Recuerdas cuando íbamos allí con los Saplamidese? A lo mejor estoy nostálgica.

—Sí, a tu madre le encantaba.

—Hace unos días encontré un chaleco salvavidas. ¿Qué crees que significa? Sé lo que se rumorea en la isla.

Jimmie tuvo la sensación —molesta, como la corriente de aire de una puerta mal cerrada— de que su hija lo estaba poniendo a prueba. Naomi quería sondear su moralidad sobre uno de los temas candentes del momento. Le parecía infantil, pero si eso quería ella, él no iba a echarse atrás.

—¿Crees que están llegando hasta aquí? —dijo él—. Digamos que sí. Pues en tal caso habría que ponerse en contacto con la policía y dejar que se encargara del asunto. Claro que no se puede permitir que la gente se ahogue...

—No vi a nadie —añadió ella despacio—, pero quería saber qué opinabas al respecto. ¿Crees que tenemos la obligación de acogerlos..., como cristianos que somos?

—Yo no soy exactamente cristiano, Naomi. Y tú eres atea. No hay obligaciones, ni en un caso ni en otro.

—¿Así que los deportarías de vuelta a Turquía?

—Tengo la impresión de que allí están seguros y a salvo. Les dan ropa, comida, alojamiento. Nadie amenaza sus vidas. Al parecer, se echan al mar por otros motivos. Parece que les gusta lo que tenemos. Pero ¿qué es lo que tenemos que les gusta tanto?

—No creo que sea por eso. Es una simple cuestión de supervivencia.

—No, no es supervivencia. No hace falta ir a Suecia para sobrevivir. Sobreviven en Turquía, como acabo de decir.

—A duras penas.

—Bueno, así son los turcos. Es curioso que no les importe tratar como cucarachas o cerrar las fronteras a sus hermanos musulmanes. Eso es lo que hacen, pero nosotros debemos ser cristianos, sea lo que sea eso. He oído que *frau* Merkel también es una cristiana devota. Personalmente...

—No es un asunto personal —protestó Naomi.

—Quizá no, pero personalmente creo que no nos cuentan la verdad. Todo es un melodrama. Un montaje deliberado del que nosotros somos las tontas víctimas ingenuas. La pregunta es si los europeos se han vuelto demasiado estúpidos para sobrevivir. Parece que no entendemos lo evidente que tenemos ante las narices.

—¿Y qué es eso tan evidente?

—Que ellos se hunden como el *Titanic*. Que se hunden y van a arrastrarnos con ellos. Así de claro. O quizá haya algo más que no esté tan claro. Los traficantes que los envían aquí tienen sus razones, ¿no crees? No se limitan a llegar sin más, como nos hacen creer los medios...

—¿Y cuáles son esas razones? Me interesa saber qué piensas.

Jimmie se arrellanó un poco y todo su cuerpo se desplazó en un ángulo extraño mientras su ira fluctuaba. Así que tenían que disentir, tenían que discutir. ¿Era eso?

—Creo que el problema es más que evidente —dijo, furioso—. Si no los dejamos entrar, los destruimos; si los dejamos entrar, nos destruyen. ¿Tenemos agallas para enfrentarnos a ese dilema?

—No es eso, en absoluto. Huyen del horror. Al pensar así de ellos, los deshumanizas. No tienes ni la menor idea de cómo piensan. Te limitas a repetir lo que dice la prensa amarilla.

Jimmie dijo que no le importaba lo que pensaran. Y que ella tampoco tenía ni la menor idea. No hablaba árabe. ¿Había vivido en algún país árabe? Le parecía que no. No sabía nada de ellos, nada en absoluto. Menos que nada, lo estaba romantizando. Jimmie le dijo que las personas no podían huir de lo que eran. Que lo llevaban consigo, les gustase o no. Y que luego los demás tenían que lidiar con eso. Pero ella ni siquiera sabía de qué iba aquello, ni se lo había planteado. Solo quería ser la buena samaritana: el trabajo más fácil del mundo, perfecto para las inútiles clases medias europeas.

—No estoy diciendo que seas inútil, sino que no sabes nada de los árabes. Ni yo. Pero estoy atento.

—Por Dios...

—Vienen de un refugio seguro, deciden arriesgarse —repuso Jimmie—. Es chantaje, y son muy conscientes de ello. Pero tú, no; es una lástima.

—Están desamparados y tú lo sabes; nosotros lo sabemos.

—¿De veras?

Luego él le sirvió otra copa de vino y se relajó un poco, como si ya hubiese expuesto su principal argumento y no necesitara añadir nada más.

—¿A qué viene esto? ¿Has conocido a alguno por aquí? —le preguntó.

—No seas tonto.

—¿Algún niñito de diez años vagando por la orilla?

«Repugnante», pensó Naomi.

Aquella desdeñosa seguridad se agarraba a una pizca de verdad. Pero Naomi tuvo que ceder un poco y sosegar la animosidad entre ellos, porque solo había querido confirmar que su padre se merecía la inminente pérdida de sus propiedades.

—Ya cambiarás el discurso cuando empiecen a acosarte por la calle —dijo él—. ¿Qué dicen ahora las mujeres alemanas? Confusión. Se han cavado su propia tumba.

—Papá, si conocieses a alguno, me gustaría pensar que le darías todo lo que posees solo para demostrar que estaba equivocada.

Jimmie se echó a reír.

—Sí, claro. Solo para hacerte feliz. Pero seguramente lo pediría de vuelta al día siguiente. A saber por qué, siempre me puede la razón. La razón o la neurosis.

—Entonces yo soy tan neurótica como tú.

—Vivimos en una cultura, Nobbins, en que la neurosis es todo lo que hay. No podemos escapar de ella.

Después del postre recordaron a su madre. Naomi sospechaba desde hacía tiempo que Jimmie había empezado a ver a Phaine cuando su madre se moría de cáncer. No había esperado. En aquella época su padre era una especie de playboy, tenía algo de Porfirio Rubirosa. «Los deportes, las mujeres, las aventuras, los famosos, solo eso me importaba. La vida, en definitiva.» Y para Jimmie la vida también era eso. Las cerámicas «Disasterware» de Charles Krafft que coleccionaba no eran más que un pasatiempo para ganar dinero. En la cabecera de su cama, como broma, tenía dos obras de Krafft, una granada de mano y una pistola con dos zorzales pintados en la empuñadura.

Volvieron andando a casa, cogidos del brazo. Pararon de camino en algunos bares que seguían abiertos. Carissa les abrió la puerta y dijo que Phaine había vuelto temprano y estaba leyendo en la cama. Jimmie le preguntó si les podía preparar una infusión para dormir y subirla al dormitorio. La criada respondió que les prepararía una tisana griega que su madre solía darle. Funcionaba.

—Suena adecuadamente misteriosa y potente —dijo Jimmie antes de subir para reunirse con su mujer, dejando a las dos jóvenes en el salón.

Fueron a la cocina y Carissa empezó a preparar la infusión con los

paquetes de plantas y hierbas que le había comprado a la anciana. Incluía una pizca de cicuta, y también hierbabuena y valeriana. Charlaron mientras ponía el agua a hervir. Carissa había pasado parte de su infancia en la península de Mani y conocía algunas tradiciones curiosas. Su abuela le contaba que los bosques de las montañas seguían encantados por espíritus paganos excomulgados que los aldeanos llamaban *daimonia*. Y la abuela de su abuela le había contado a esta, cuando era niña, que veía al dios Pan en encrucijadas del interior del bosque. Los dioses seguían viviendo allí sin que nadie se enterase. Estos espíritus paganos podían hechizar y poseer a los humanos.

La infusión había adquirido un pálido tono verde dorado. Naomi vaciló unos instantes, pero finalmente abandonó sus reservas y empezó a contarle a Carissa su plan para el robo. Lo expuso despacio, con calma, para resultar convincente en cuanto a sus motivos éticos y su sangre fría. Estaba segura de que la criada lo entendería. Carissa, por su parte, escuchó atentamente con los brazos cruzados hasta comprender qué le estaba pidiendo.

—No puedo hacerlo sin ti —dijo Naomi—. No te pasará nada, todo seguirá como antes.

Lo único que tenía que hacer era servir a Jimmie y Phaine una infusión y no cerrar la puerta de la casa con llave antes de acostarse. Luego debía quedarse en su habitación y dormir tranquilamente. Si oía ruidos, debía ignorarlos y seguir durmiendo. Quizá le preguntasen por qué no había cerrado la puerta con llave, pero a Naomi ya se le ocurriría algo. O bien Carissa podía subir después para cerrarla. Aún no lo sabía. En cuanto a ella, esa noche iría a dormir a casa de los Haldane.

—¿Y todo esto para ayudar a un inmigrante? —dijo la criada.

—También te ayudaría a ti, si pudiese. Creo que eso ya lo sabes muy bien. Nunca te he ocultado nada. Sabes que te ayudo siempre que puedo.

—Sí, pero me conoces. Me conoces desde hace años. ¿Y ahora haces esto por un desconocido?

—No puedo explicarlo, pero para mí no lo es. Lo siento como mi responsabilidad. Sé que es difícil de entender.

Carissa se indignó.

—Exacto, no lo entiendo. Es la mayor tontería que he oído en mi vida. ¿Y si tu padre lo descubre? Será el fin para ti.

—Lo sé.

—No, será el fin. Te desheredará.

—Carissa, no es nada racional. Y no me importa que no lo sea. ¿No lo entiendes? Es algo emocional. ¿Tengo que explicártelo de rodillas?

—¡A lo mejor así no parecería una locura!

—Parecería una locura de todos modos. Quiero hacerlo porque es una locura.

—¿Y los demás no importamos?

—Quizá podría ofrecerte algo para agradecerte tu ayuda. —Naomi se detuvo, insegura de si ese era el camino a seguir. Pero comprendió que resultaba inevitable—. Ya sabes a qué me refiero. No te avergüences. Lo entiendo y creo que es justo. ¿Qué te parece cinco mil euros?

—Veinte.

—Veo que lo has pensado bien. De acuerdo, quince.

Carissa vaciló unos instantes y luego dijo:

—Lo haré si eso es todo lo que tengo que hacer. ¿Estás segura?

—Muy segura.

—¿Y ese hombre? ¿Seguro que es de fiar?

—Del todo. Él no quería hacerlo, y creo que una parte de él sigue sin querer.

—Supongo que eso es buena señal.

Carissa preparó la bandeja con la infusión y unas galletas de limón. Cuando terminó, se abrazaron. Subió a la penumbra del primer piso y dejó la bandeja en el rellano para llamar a la puerta del dormitorio de sus señores. Phaine ya dormía en su lado y Jimmie leía en la cama, con el pijama de seda puesto. Carissa dejó la bandeja junto a él, Jimmie le guiñó el ojo y le dijo que ya podía acostarse. Cuando bajó de nuevo a la cocina, Naomi había desaparecido.

Sola, como todas las noches, Carissa se sirvió un vasito de brandy en el salón y salió a la terraza para pensar en la propuesta de Naomi. Quince mil euros era mucho dinero, demasiado para rechazarlo a cambio de algo tan sencillo como no cerrar una puerta. No quería lastimar a los Codrington, pero era una innegable cuestión de justicia que donaran parte de su riqueza a un itinerante desamparado. Naomi le había dicho que iban a esperar un par de noches porque Jimmie y Phaine asistirían a un cóctel y probablemente volverían borrachos y soñolientos. Con una dosis de su infusión casera, dormirían toda la noche de un tirón. Carissa consideró las probabilidades de que todo sucediera así. Jimmie se despertaba a menudo por sus problemas de próstata, pero se tambaleaba hasta el baño adormecido y solo en contadísimas ocasiones bajaba a la sala. Les prepararía una infusión bastante fuerte —un poco más de lo habitual— para asegurarse, y luego se encerraría en su habitación hasta la mañana siguiente. Con quince mil euros podría renovar su ropero, pagar algunas de las facturas médicas de su madre o quizá ambas cosas. Si Jimmie le hubiese pagado un buen sueldo, ella no habría tenido que participar en aquello.

Se sirvió un segundo vaso de brandy y notó la acidez del alcohol en el estómago. Eran un par de asquerosos tacaños, esos dos, salvo para sus iguales, con quienes eran muy generosos. Pero Carissa tampoco

percibía que fuesen sinceros. Lo único que veía era su hipocresía y su frugalidad entre bastidores, una frugalidad de la que ella era ejecutora y víctima. «Os lo tenéis bien merecido», pensó con rencor. Estaba convencida de que ella y Naomi lo habían comprendido simultáneamente, sin discordancias. En cualquier caso, su padre siempre le había dicho que desconfiase de la clase capitalista…, aunque era mucho mejor robarle a escondidas.

EL VIAJE NOCTURNO

Capítulo 10

Los tres días que Faoud pasó escondido en aquel cuarto de hotel transcurrieron en una bruma, entre servicio de habitaciones, televisión y evitar determinados pensamientos. Sin embargo, la espera de la última noche fue larga y aburrida. El parloteo del restaurante del hotel fluctuaba como la música de una radio cuyo volumen subiese y bajara. A las once volvió la calma. Salió a hurtadillas de la habitación, dejó la llave en la puerta y se dirigió sin ser visto al sendero de la costa, siguiendo las instrucciones de Naomi. Una luna torcida iluminaba la primera curva, donde aguardó. Pasó una hora y Naomi seguía sin aparecer, aunque le había prometido que se encontrarían allí. Faoud se sentó en un muro y consideró la posibilidad de que aquello fuese una trampa. En tal caso, no sabía qué hacer. ¿Correr hasta el mar y arrojarse al agua? Sería un final sórdido y dramático para una vida antes tan prometedora. Al final comprendió que no le quedaba más remedio que confiar en ella, aunque fuese porque no había nadie más en quien confiar. Un refrán decía que una amiga de buen corazón equivalía a una hermana. Por fin, Naomi apareció a las doce y media. Le había indicado previamente que la siguiera a una distancia prudencial; no iban a hablarse ni a saludarse. Vestida de negro, en cuanto lo vio dio media vuelta y empezó a andar por donde había venido. Él la siguió, obedeciendo sus indicaciones.

Fue una larga caminata. El mundo de los griegos era algo nuevo: doméstico, tranquilo y autónomo. Su antigüedad le daba frescura en lugar de degradación. En aquella isla no había coches ni motos, todo se hacía a pie. En el mar vio rodajas de tierra, luces aisladas. Una hora después pasaron por encima del Sunset, donde algunas parejas seguían en las mesas. Luego el sendero se curvó hacia abajo, hasta el puerto y su entramado de terrazas y yates de lujo, pero la gente ya se dispersaba. Era una noche entre semana y los bares ya habían cerrado.

Atravesaron el pueblo y empezaron a ascender los peldaños. Naomi se volvió solo una vez y con un gesto le dio ánimos. Faoud sabía que lo guiaba a casa de su padre, y sentía curiosidad por cómo sería

aquel lugar. Vio que estaba en lo alto, la última casa antes de que empezara el bosque, y que en las inmediaciones solo había otra vivienda de aproximadamente el mismo tamaño, rodeada también por un muro blanco. La chica llegó a la sombría puerta de madera y se detuvo unos instantes. Había dos faroles a ambos lados de la entrada, pero el resto de la casa estaba a oscuras. Entonces Naomi volvió a bajar la escalera, y en cuanto estuvieron cara a cara, iluminados por el resplandor de las luces, se llevó un dedo a los labios. Le susurró al oído «Buena suerte», le dio un beso en la mejilla y luego se volvió hacia la puerta, que no estaba abierta.

—Adelante —le dijo Naomi—. No mires atrás.

Y dicho esto, le deslizó algo en la mano. Era calderilla para que a la mañana siguiente pudiese comprar el pasaje a Metochi y también las llaves de un coche. Él quiso añadir algo, pero antes de que pudiera ella se apartó y empezó a bajar los peldaños saltando, como si fuera al puerto a tomarse una copa. Ojalá hubiese podido acompañarla.

Pero en lugar de eso, Faoud subió los peldaños que lo separaban de la puerta y se detuvo, sin saber quién la abriría. Naomi desapareció en cuestión de segundos, la puerta se abrió y se asomó Carissa. Era joven, Faoud le puso unos veinticinco años. En un primer momento pareció sorprenderse al verlo, pero luego se apartó para dejarlo entrar, antes de cerrar la puerta silenciosamente de nuevo.

En la planta baja de la casa solo había una tenue luz encendida en la sala principal. Carissa le indicó que se quitara las sandalias y ambos entraron descalzos en el salón, entre las alfombras del suelo y la lámpara de araña del techo. Había una gran bolsa abierta y ella se la señaló. Era la que tenía que llenar. Siguió una extraña explicación con gestos. Faoud vio que la criada ya había metido en la bolsa algunas cosas que probablemente procedían del dormitorio de la primera planta. Dinero, documentos y las llaves de la casa de Italia que Naomi le había animado a utilizar. El dinero era lo más reconfortante. Le ahorraría tiempo, y así no se arriesgaba a meter la pata en la planta de arriba. Luego Carissa le mostró el pasaporte de Jimmie Codrington, que dejó en la bolsa junto con un papelito donde habían anotado el PIN de las tarjetas de crédito de Jimmie.

Carissa tardó un minuto en hacer todo aquello; luego lo observó con recelo y retrocedió a la escalera que bajaba a su habitación. Una vez solo, Faoud recorrió rápidamente la sala en busca de objetos pequeños, fáciles de transportar. Encontró cubiertos de plata y una daga ceremonial de la Guerra de la Independencia que podría vender por un buen precio. Pero llevarse aquellas cosas hacía que se sintiera impuro. Le pareció mejor dejarlas allí; eran talismanes que no comprendía y que le traerían mala suerte. El robo ya era malo de por sí. Cerró la bolsa y aguzó el oído. Probablemente la criada se había acostado enseguida,

como había prometido. Se incorporó y se echó al hombro la bolsa casi vacía.

Entonces oyó un ruido en lo alto de la escalera. Él estaba a solo un par de pasos de la puerta, pero ya era demasiado tarde. Una voz había gritado unas palabras en griego que él no comprendía y unos pies bajaban lenta y pesadamente; el miedo era palpable. Jimmie se había despertado de un sueño ebrio y había oído ruido en la planta baja. Como el temor era algo natural en él, cogió la granada de mano y la pistola de cerámica y bajó la escalera en pijama. No estaba preparado para enfrentarse a nada, pero la confusión, el miedo y la rabia lo habían obnubilado y empuñó la pistola de cerámica como si tuviera importancia en el mundo de los ladrones reales. Lo único que alcanzó a ver sin gafas fue a un hombre con una bolsa al hombro que se dirigía a la puerta.

Capítulo 11

Después de dejar a Faoud en la puerta, Naomi fue a casa de los Haldane. Sam la esperaba en el porche con un candil y una tetera de infusión de menta. Su inquietud había aumentado con el paso de las horas, y cuando por fin vio a Naomi cogió el candil, que dispersó pequeños rectángulos de luz a su alrededor, y se acercó a los escalones para iluminarlos. Allí, cerca de Vlychos, soplaba más el viento, y el sendero estaba sumido en la más absoluta oscuridad.

—¿Qué ha pasado? —susurró la americana mientras Naomi subía la escalera.

—Nada. Vamos dentro.

—He avisado a mis padres de que dormirías aquí. Les diré que has llegado hace una hora. Ellos ya duermen.

Subieron al porche y se echaron juntas en el largo sofá con sus numerosos cojines de algodón. La infusión se conservaba caliente y las hojas de menta flotaban en la superficie. Naomi le contó todo lo que había pasado. Sam pensó que parecía muy satisfecha de sí misma. ¿Cómo podía haber salido tan bien? Le dijo que quién le aseguraba que Faoud había seguido sus instrucciones.

—Si algo hubiese ido mal, Jimmie me habría llamado. Así que todo ha salido bien. Me quedaré levantada una hora más, por si acaso.

Se quedaron echadas escuchando el mar, preguntándose de diferentes maneras si, a la hora de la verdad, su coartada se sostendría. Naomi estaba segura; Sam no tanto, aunque se ceñiría al plan.

—Es increíble pensar… —empezó a decir.

—Que él está en mi casa —terminó Naomi por ella.

—¿No quieres ir a verlo después?

—¿Y cómo iba a encontrarlo? Él tendría que encontrarme a mí, y no lo hará. Si tiene sentido común, no lo hará.

—Quizá deberías volver a Londres. Esto será un rollo cuando todo salga a la luz. No harán más que hablar del asunto durante semanas. Creo que ni yo podré soportarlo.

Naomi le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Reconozco que has sido muy valiente al ayudarme con el plan. Gracias. Guardar un secreto ha sido un acto valeroso y lleno de generosidad.

—¿Ah, sí?

—Sí. Por una vez, se ha hecho el bien sin hacer daño a nadie.

Sam dejó que el sofisma penetrara hasta lo más profundo de su corazón. Pero no pudo tomarse en serio aquella frase de Naomi, compuesta por una fusión de falsedades. Un robo era algo perjudicial que lastimaba a la gente. ¿Por qué Naomi se mostraba tan despreocupada? Hablaba de aquello como si fuese una partida de ajedrez que puede jugarse una y otra vez sin consecuencias. Parecía ajena a los efectos evidentes y a sus motivos igualmente evidentes, que no reconocía.

Cuando Naomi despertó todavía estaba oscuro. Nadie la había llamado. Se quedó un rato despierta en la cama, fascinada por las campanas de viento, ese sonido tan absurdamente californiano en aquel hábitat griego. Después volvió a dormirse. Soñó que sobrevolaba un desierto y observaba una caravana larga y desorganizada que lo atravesaba. Era de noche, pero el horizonte lejano estaba iluminado por lo que parecía un fuego de artillería. Sam la despertó a las siete y enseguida vio la cafetera, los pastelitos griegos y un cuenco con terrones de azúcar. El resto de la familia no estaba.

—Han ido al pueblo a tomar café —dijo Sam sin más, y se echó a su lado—. Les he dicho que has pasado aquí toda la noche.

—Estupendo.

—¿Has dormido bien?

—Sí. Pero creía que estaba en otra parte.

—Eso me pasa continuamente.

Sam sirvió el café y compartieron la única taza, turnándose para beber, disfrutando de su intimidad. El mar se había convertido en un espejo solar y los olivos que rodeaban la casa ardían en su eterno resplandor gris. ¿A qué mundo había regresado desde el desierto?, pensó. Una hora antes, Faoud había zarpado en ese mismo mar y se había desvanecido, había desaparecido para siempre. Recordó la pregunta de Sam la noche anterior —¿quería encontrarlo?— y se cuestionó si su respuesta había sido sincera. No. Ya lo echaba de menos, pero quizá se debía a la certeza de que sus caminos no volverían a cruzarse por segunda vez. Era lo mejor, pensó con tristeza. Luego devoraron los pasteles. Las dos llevaban, como mínimo, doce horas sin comer. Se preguntaron si debían ir a nadar o a visitar otras islas. Lo que fuese, con tal de alejarse de sus familias. Finalmente abandonaron la idea del barco y fueron andando a la antigua casa de Nikos Ghika, en lo alto de Kamini. Era allí donde el artista ateniense había alojado a Lawrence Durrell y a Henry Miller en la década de 1940, pero la villa se

había incendiado unos años después. En la isla se rumoreaba que le había prendido fuego un criado descontento. Las ruinas, con sus majestuosas arcadas y sus columnas solitarias, se habían deteriorado desde su última visita, cuando Naomi tenía veinte años. Ambas saltaron la desvencijada cerca y deambularon por las cavernosas habitaciones. Agradablemente aisladas del mundo exterior, se liaron un porro con los restos que les quedaban y fumaron en la última hora fresca del día. Regresaron poco después de las doce.

Los Haldane estaban almorzando en el porche. Amy les dijo que se sentaran a comer la musaka que había cocinado la criada, el mismo plato que Jimmie había sugerido que les preparasen. Debían de tener una expresión sospechosamente aturdida, porque Christopher se las quedó mirando. Jeffrey se quitó las gafas, aunque no estaba claro por qué las llevaba puestas, y apartó una silla para Naomi.

—Tu teléfono lleva diez minutos sonando —le dijo, entregándoselo. Naomi bajó la vista a las nueve llamadas, todas del mismo número. Era Carissa.

—Oh…

—Íbamos a responder, pero a Amy no le ha parecido bien. Si es urgente, no te preocupes por nosotros. Adelante, responde a la llamada.

Naomi se había sonrojado. Se levantó educadamente de la silla y dijo:

—Llamaré desde allí, para no molestaros.

Se alejó unos cincuenta metros, para que no la oyesen, temblando bajo el sol letal. Carissa respondió de inmediato. Tenía la voz entrecortada y débil, como si le faltara aire. Ya había pasado el mediodía y sin duda la criada llevaba levantada desde las seis o las siete. No podía haber pasado nada en ese intervalo de tiempo, y cuando Carissa le dijo que las cosas no habían salido según el plan, al principio no acabó de creérselo. Se quedó estupefacta, pero se negó a dejarse llevar por la emoción. Aunque tampoco sintió lo que había esperado sentir. Era más bien un vacío. Regresó junto a los Haldane con una excusa.

—Lo siento, la criada tiene un problema doméstico y debo volver enseguida. Ya sabéis cómo son estas cosas.

—Te acompaño —dijo Sam de inmediato.

—No hace falta, la verdad es que no sé en qué podemos ayudar, ninguna de las dos. Seguramente querrá dinero, y no encuentra ni a Jimmy ni a Phaine.

Su sangre fría resultaba increíble.

Pero tuvo que apartar la vista al ver la expresión de pánico de Sam. La chica se empeñaba en acompañarla, y si Naomi adoptaba la misma actitud resultaría sospechoso; tenía que mostrarse despreocupada y

relajada. Lamentablemente Sam ya se había levantado de la mesa y su decisión de acompañar a Naomi despertó cierta alarma en los padres, que no entendían por qué su hija tenía que ir.

—¿Ocurre algo? —preguntó Amy.

—No. De verdad, no os preocupéis. Pasa continuamente con nuestra criada. No hace falta que me acompañes, Sam.

—Voy contigo. No te preocupes, mamá. Volveré enseguida.

—¿Por qué no nos llamas cuando llegues allí? —dijo su madre.

Se pusieron en marcha de mal humor. Naomi se lo explicó todo en frases cansadas y breves. Era difícil de creer. Carissa había encontrado los cuerpos por la mañana, eso era todo. El plan había salido mal, no sabía cómo ni por qué, y ahora ya nada podía hacerse al respecto.

—¿Qué es lo que ha salido mal? —preguntaba Sam sin cesar, demasiado atónita para que se le ocurriera otra cosa.

—Quizá esté mintiendo —dijo Naomi, confundida.

Se detuvieron unos instantes ante la puerta de la casa para recobrar el aliento. Naomi observó a su alrededor con una mirada vacua, como si hubiese perdido la orientación y la razón. Las gotas de sudor le caían de los nudillos y dibujaban manchas negras a sus pies. Abrió la puerta con su llave, se volvió para mirar de una forma extraña a Sam y luego entraron.

Naomi llamó a Carissa en voz baja. Ya en el vestíbulo comprobaron que la casa estaba sumida en una oscuridad extraña y que el ventanal de la terraza tenía las persianas bajadas hasta el suelo. Se intuía una vaga sensación de desorden que sus ojos todavía no alcanzaban a distinguir. El salón estaba infestado de moscas y allí encontraron a Carissa, sentada en una de las butacas coloniales de Jimmie, con el teléfono en una mano y la mirada vuelta silenciosamente hacia el vestíbulo y las dos chicas. Los cuerpos seguían donde se habían desplomado aquella noche, compuestos y serenos, y las moscas revoloteaban a su alrededor y entre unos muebles que quizá nunca volverían a usarse. Sin embargo, lo más curioso era que Carissa no estaba histérica; simplemente parecía sorprendida de ver allí a la joven americana, como si aquella fuese la verdadera calamidad.

Capítulo 12

Unos pocos turistas jóvenes ya estaban en el puerto cuando Faoud llegó a las cinco de la mañana. Uno de los cafés abría lentamente para atenderlos. Pidió café y se sentó discretamente entre la gente hasta que la oscuridad empezó a disiparse en el mar y se abrieron las puertas del ferri. La espera duraría una hora. Entretanto escuchó la charla de los viajeros mientras observaba el muelle por si aparecía la policía. La mayor parte de los turistas, según lo que alcanzaba a oír, se dirigía al aeropuerto de Atenas. Escuchaba, pero sus pensamientos giraban en fracciones que seguían las leyes de la desintegración. Su padre siempre le había advertido que fuese discreto y no hablase con la gente a la ligera, algo que ahora, más que nunca, le parecía un buen consejo, y también sugería que su padre conocía el mundo mucho mejor de lo que Faoud había llegado a ver. Así que no habló con nadie y contó los minutos mientras intentaba olvidar lo que acababa de suceder, los diez o quince segundos de violencia que nunca habría previsto, tan inesperados que cuando terminaron lo único que pudo hacer fue cerrar la puerta y huir.

De modo que se había desencadenado el desastre. Pero lo había dejado frío, con una calma letárgica. El terror vendría después, pensó. Recordó unas palabras de la sura Al-Isra, aunque no supo por qué le parecían importantes ni por qué las recordaba precisamente ahora. Trataban del viaje del Profeta desde la Kaaba, donde se había quedado dormido, hasta Jerusalén, donde rezó con los otros profetas y vislumbró el Loto del Límite. Fue entonces cuando el Profeta recibió los principios de la fe. Era el ángel Gabriel quien lo condujo a Jerusalén y luego de vuelta a La Meca, alzándolo por encima del espacio y del tiempo. Y también vio el Jardín del Refugio, rodeando el Loto.

A las seis y media llegó el pequeño transbordador de Metochi. Solo subió él. Cuando zarpaban de Hidra, Faoud se volvió una única vez y contempló a los otros pasajeros del muelle que esperaban el ferri más grande de Atenas. Pero todo se desenvolvía con normalidad y nadie, al parecer, había reparado en él. Aquello se debía tanto al destino como a

la voluntad de Alá, y resultaba absurdo opinar sobre ninguno de ellos.

Las calas y ensenadas de Metochi aparecían parcialmente iluminadas por los primeros rayos del sol. Había cañaverales rodeados de aguas luminosas. Los pasajeros esperaban en el embarcadero, figuras solitarias en lo que parecía campo abierto. Faoud descendió por la pasarela al muelle y vio de inmediato que en aquel lugar solitario no había guardias de seguridad y que el aparcamiento de pago estaba a escasa distancia a pie del ferri. Se dirigió hacia allí sin apresurarse ni llamar la atención y recorrió las hileras de coches hasta encontrar el Peugeot azul marino con un parasol en la luna posterior. Las taquillas para comprar pasajes a Hidra seguían cerradas y los arrullos de las tórtolas resonaban en los campos. Un perfecto cielo azul.

Pulsó el botón del llavero para abrir el coche, las luces parpadearon y las puertas se desbloquearon con un sonido apagado. Abrió la puerta trasera, arrojó la bolsa al interior, pero luego se lo pensó mejor y la guardó en el maletero, que estaba casi vacío a excepción de la caja de herramientas y la rueda de recambio.

La confusión hacía que le ardieran las sienes y tenía la boca seca y pegajosa. Pero no se dejó llevar por el pánico y mantuvo la calma que sus mayores siempre habían admirado en él, incluso cuando era niño. Sin embargo, tardó un rato en serenarse y en decidirse a abrir la guantera. No hacía calor dentro del vehículo, pero sus dedos resbalaban sudorosos. Encontró mapas de carreteras y el pasaje del ferri a Patras para dos personas y el coche. También un cuaderno con instrucciones en caso de emergencia, impresas en una página insertada en la libreta. Lo leería después. También el recibo del aparcamiento, que era de prepago.

Primero abrió el mapa y observó las carreteras que se extendían por toda Grecia. Localizó Patras y comprobó que, una vez en el istmo, la carretera desde Corinto discurría prácticamente en línea recta. Calculó que le llevaría unas tres horas, quizá cuatro. Tenía que avanzar, segundo a segundo, minuto a minuto. Apartó el pánico de sus pensamientos y se obligó a pensar de nuevo en las distancias: ¿cuánto tiempo le llevaría? Con los mapas nunca se sabe, y él iba a conducir lo más despacio posible. Sin exuberancias; no quería que lo detuviesen los agentes de tráfico. La carretera de Metochi ascendía a Ermioni y, desde allí, seguía hacia el interior hasta Epidavros. Pasaba por aldeas apacibles, y en Nea Epidavros volvía a tocar el mar. No era una ruta difícil.

Se dirigió a Thermisia por la carretera que bordeaba el mar. Era muy diferente de Hidra. Pocas tabernas, solo granjas y tranquilos huertos. Junto a la carretera vio unos carteles rojos de algo llamado Silk Oil. Pasó las flechas que indicaban el desvío a Ermioni y vislumbró

fugazmente los tejados planos de la aldea marinera dispersos por la colina. Poco después, la carretera empezó a ascender abruptamente y el mar quedó a sus pies cuando se detuvo para serenarse entre la fragante vegetación y el tintineo de los cencerros de las cabras en los acantilados. Era un paisaje de laderas escalonadas, árboles torcidos y la sutil presencia de un mar que desde allí se mostraba invisible. Bajo los árboles se oía el amenazador zumbido de las abejas. Después la tierra se volvió más seca y extensa. Tan solo una hora después, el horror al que súbitamente se había visto expuesto ya no era reciente. En aquella sinuosa carretera parecía más distante de lo que era en realidad, y empezó a sentir una entumecida falta de miedo.

Después de una hora y media, la carretera se acercó a otro mar, pero desde su altura le pareció muy lejano. Los carteles con caracteres latinos decían «Nea Epidavros» y, al bajar la vista, vio un arco de tejas rojas y blancas alrededor de una bahía. Cuando llegó a un bar de montaña llamado Stork, cuyas amplias terrazas tenían vistas al pueblo y a las penínsulas boscosas que lo rodeaban, el sol ya estaba lo bastante alto para iluminarlo todo. Era un establecimiento moderno y elegante; un lugar para los vecinos adinerados. Se sentó a una mesa al aire libre, pidió café y zumo de naranja, y esperó que algo en su interior se impregnase de la luminosidad que lo rodeaba. Mientras tomaba el zumo, dos sacerdotes negros como cuervos con sombrero alto se sentaron en una mesa alejada de la suya. Hombres acicalados de barbas refinadas. Faoud apartó la vista, pero los sacerdotes habían reparado en su presencia y parecían desdeñosos. Unos pajarillos empezaron a revolotear a su alrededor.

Por muy improbable que pareciese, finalmente sintió que había entrado en el torrente sanguíneo de Europa y que podía moverse por sus arterias y venas como un corpúsculo más. Aquello significaba que su camino estaba predestinado. Lo había hecho posible un poder superior a quien estaba agradecido. No obstante, mientras sorbía el zumo con su pajita recordó la pesadilla de la noche anterior y le costó mantener las manos en la mesa. «No fue culpa mía», se repitió una y otra vez. Aquel viejo loco le había obligado. El viejo a quien Naomi había tildado varias veces de fascista. Pues eso debía de ser. No resultaba tan grave si era un fascista.

El sofisma no funcionaba, pero lo sacaría del apuro hasta que llegasen la conmoción y la expiación. Y era la expiación lo que temía, más que la inminente conmoción.

En Patras la oficina del ferri estaba vacía, y también las embarcaciones; le llevaría unos minutos reservar una plaza para el siguiente barco de las cinco de la tarde. Era una travesía de dieciséis horas con la naviera

Grimaldi, que llegaba a Brindisi a las nueve de la mañana siguiente, y naturalmente, los Codrington habían reservado un camarote privado en primera clase. ¿Su mujer le acompañaría en aquel tramo del viaje? No, estaba indispuesta. No le hicieron más preguntas y le entregaron sus tickets para el *Euroferry Olympia*.

Era una larga espera, de modo que volvió al coche, se echó en el asiento trasero y durmió. Cuando despertó, ya estaban embarcando los vehículos. El tiempo había pasado rápidamente, alabado sea Dios. Cuando embarcaba, un hombre uniformado le pidió el pasaje y después, inesperadamente, el pasaporte. Faoud no estaba preparado para aquello y forcejeó para sacar el pasaporte de Codrington, que lo delataría en cuanto lo abriese. Pero aquello no era un control de pasaportes. En cuanto el hombre vio la cubierta del documento británico, le indicó que pasara y se acabó el mal trago. Faoud cerró el coche, sacó la pesada bolsa del maletero y entró en el deteriorado *Olympia*.

Se encontró en un vestíbulo con un sofá circular y una estatua de bronce en el centro, máquinas tragaperras a un lado y un deprimente restaurante de mesas blancas de plástico y temas náuticos. No valía la pena desviarse. De nuevo agotado, fue directamente a su camarote, cerró la puerta y corrió las cortinas de la única ventana. Por primera vez desde hacía días se sintió razonablemente a salvo. Se desnudó y pasó un buen rato bajo la ducha, horrorizado al pensar que su piel estaba manchada con sangre seca de otro hombre. Debía purificarse de la cabeza a los pies, como un hombre que volviese a casa del matadero.

Luego se echó en una de las dos camas, pasivo y con la mente en blanco. Apagó las luces y esperó que el ferri empezara a moverse a las cinco. Solo cuando vio el chispeante ocaso en altamar volvió a descorrer las cortinas y permitió que la luz penetrara en el camarote. Se aseó ante el espejo, se afeitó con la maquinilla que regalaban con otros objetos de aseo y se peinó con el peine de plástico. Se probó diferentes camisas y americanas que había robado del dormitorio de Jimmie —lo mejorcito de Savile Row— hasta encontrar una combinación que le gustaba, y luego se puso un pantalón blanco que no era de su talla, pero que valdría. Sacó dos billetes de cien euros de la bolsa y fue al restaurante a cenar.

Había anochecido y el comedor se mecía suavemente de lado a lado. Pidió cinco platos, pues estaba hambriento, y también una cerveza Peroni, pero cuando llegó cambió de idea y la rechazó. Eran precisamente esos pequeños pecados los que solía descuidar, y había llegado el momento de enmendarse. Agua y dos limones partidos. Comió con fruición y recobró el ánimo. Tomó helado y café y luego paseó por el barco para observar a los otros pasajeros.

Por lo que veía, eran principalmente parejas italianas con algún

hijo solitario aquí y allá, y alguna que otra mujer sola encerrada en sí misma. Le pareció un grupo extravagante para volver de unas vacaciones griegas. Quizá ya no fuese un destino turístico tan popular como en tiempos de su padre, cuando los jóvenes ricos de Beirut veraneaban de isla en isla con sus yates. Grecia era más segura que Beirut y había más chicas *roumi*. Pero las malas épocas les llegan a todos. Ahora los parásitos de Beirut iban a Dubái o a Bangkok. Salió a cubierta y contempló el mar parcialmente iluminado por la luna, sin rastro de tierra ni de otros barcos. Dios lo había visto, lo había librado de su desgracia y le había indicado el camino; era, si quería verlo así, una llamada a las armas, un renacimiento. Estaba seguro de que su difunto padre había intervenido en todo aquello.

Sin embargo, mientras estaba en la proa, encarado al viento, notó que alguien lo miraba. Se volvió rápidamente y junto a una de las chimeneas vio a un niño moreno de unos doce años, vestido con camiseta y pantalón corto. El chiquillo había aparecido de la nada y no iba acompañado. Se apoyó en la chimenea y observó al desconocido de la americana azul de lino como si lo conociese. Una voz llegó flotando desde un punto lejano de la cubierta: «¡Giorgio!». Faoud estaba seguro de haberlo visto antes. Giorgio sonrió y se llevó un dedo a los labios, como si se escondiera de su exasperada madre, y Faoud hizo lo mismo. Luego el niño se marchó.

¿Dónde lo había visto antes? En Damasco, en Beirut, en Estambul..., sus tres ciudades, donde miles de esos chiquillos oscurecían sus calles. Resultaba sorprendente que todos los niños de esa edad tuviesen la misma mirada. Eran como mensajeros de otro mundo. Sin duda otra señal que le había sido enviada; debía darle las gracias a Dios. Pero entonces se le ocurrió otra cosa. El niño era el alma del viejo Codrington, que se le había aparecido en su forma infantil. Era el padre de Naomi cuando era un muchacho, mirando a su asesino.

El mar se calmó y el barco dejó de inclinarse. Hay momentos para las palabras y hay momentos para dormir. De modo que durmió once horas sin soñar y el Adriático le reconfortó. ¡Cuántos lo habían navegado antes que él! ¡Cuántos habían naufragado a lo largo de los siglos! Lo único que oyó en su sueño fue la tripulación que recorría los pasillos metálicos, desconsiderada a más no poder, y las cañerías que recorrían la pared, pero no consiguieron sacarlo de su placentero estado. Era extraño, pensaría después, cuando se tomaba el café en el comedor, que de todas las criaturas que poblaban la tierra ninguna fuese tan débil como la humana.

Una hora antes de desembarcar en Brindisi, Faoud se dedicó a estudiar el mapa de carreteras donde Jimmie había marcado a lápiz su ruta de ida y vuelta desde Roma. Al principio había pensado poner rumbo al

norte a toda velocidad para alcanzar la frontera francesa, pero mientras examinaba el mapa Michelin cambió de idea. Si lo de Hidra había salido a la luz, sería peligroso cruzar fronteras. Era mejor pasar un tiempo oculto en Italia. Y entonces recordó que tenía a su disposición la casa de Jimmie y Phaine al norte de Roma, tal como Naomi le había explicado cuando le expuso por primera vez su plan. Sería el último sitio donde se les ocurriría buscarlo. Durante un par de semanas o solo unos días, constituiría un buen refugio para volverse invisible. Avanzaría despacio y supervisaría los acontecimientos a distancia, lo mejor que pudiese. Un nuevo plan a diario. A menudo la mejor estrategia es desempeñar tu papel y no destacar, seguir la corriente.

Llegó a Brindisi dos horas antes de comer. En un cibercafé de una calle lúgubre tomó un café mientras consultaba las noticias de Grecia. No mencionaban ninguna tragedia en Hidra. Quizá fuese demasiado pronto para que una noticia así llegase a las redacciones. Salió a la terraza de la cafetería y se tomó dos capuchinos con tres cucharadas de azúcar por taza. Brindisi era una vieja ciudad cruzada, decadente y con un ambiente de pesimista expectación. Los hombres parecían árabes y las mujeres astutas y más griegas, en su opinión. Los cafés escasos y duros, con mucho plástico rojo y mucha parafernalia futbolística. Él iba demasiado bien vestido para la ocasión, pero tanto mejor.

Caminó por algunas calles y compró un móvil en una tienda de propietarios indios: le vendieron una tarjeta SIM que se podía activar sin necesidad de tener una dirección postal italiana. También compró maquinillas y espuma de afeitar, pan, queso y unas modernas gafas de sol que estaban rebajadas. Después salió de la ciudad hacia San Vito dei Normanni bajo un sol abrasador, por una carretera tan recta como el diseño de un ingeniero.

Cuando llegó a la curva que rodeaba la ciudad amurallada de Ostuni se detuvo, salió del coche y se sentó detrás del murete de piedra que formaba el arcén. La tierra descendía en una leve pendiente, dividida por los mismos muros bajos, y solo unos *trulli* encalados destacaban en aquella repetición horizontal. Parecía un paisaje fértil y satánico. Permaneció largo tiempo sentado, contemplando los lagartos que correteaban por los muros, y sintió remordimientos por la pareja que había matado. Seguía sin saber cómo había acabado sucediendo algo así; pánico y terror acumulado, y quizá también una pizca de odio encubierto. No había sido intencionado, pero ¿quién sabía lo que era intencionado o no? Su mente había actuado por cuenta propia. Lo lamentaba, pero de nada servía ahora. Tenía que seguir adelante, con los ojos cerrados si era preciso.

Decidió llamar al amigo de su padre que le había dado trabajo cuando vivía en el barrio de Fatih, en Estambul. Había hecho algunas

traducciones para él en el sector del material sanitario y también le había ayudado a organizar su huida de Turquía. Ahora Faoud tenía que pedirle otro favor. En Roma y Nápoles había redes clandestinas con las que necesitaba ponerse en contacto; quizá pudiesen modificar el pasaporte británico que tenía en su poder. Encendió el móvil y llamó al número de Estambul. Por lo que alcanzaba a ver, la línea estaba activa. Lo intentó tres o cuatro veces, pero nadie respondió. Pensó que quizá el hombre de negocios lo estaba evitando. Así eran en Estambul: se interesaban por ti si estabas allí, pero en cuanto te ibas dejabas de existir. Y, sin embargo, aquel hombre había sido bastante amable con él; lo había acogido como si fuese un perro callejero. Y eso seguía siendo.

En vista de que nadie respondía, colgó y se puso de nuevo al volante.

Al anochecer, después de pasar muchos carteles que anunciaban restaurantes de carretera, decidió comer en un sitio mejor y se detuvo para ponerse ropa de Jimmie. Se colocó un pañuelo en el bolsillo de la americana elegida y siguió adelante hasta divisar el cartel de un establecimiento con buen aspecto llamado Masseria Marzalossa. Era un gran complejo de turismo rural compuesto por un hotel y un restaurante que le pareció un buen sitio donde parar. Reservó una habitación para pasar la noche, pagó en efectivo y por adelantado, y cenó en el comedor del hotel. Las parejas de ancianos apenas repararon en él.

Después, en la cama, examinó las tarjetas de crédito y la ropa, y se preguntó dónde podría vender las joyas. Sin duda, sería más seguro y llamaría menos la atención si lo hacía en una gran ciudad. Roma o Nápoles, lugares que no conocía. También revisó el cuaderno y los papeles que había encontrado en la guantera del coche. Había un mapa de la región con la casa de Jimmie y las carreteras claramente marcadas. El único problema era si el espíritu vengativo del anciano estaría allí.

Por la mañana utilizó el ordenador público del hotel para consultar las noticias griegas. Nada sobre Hidra. El asesinato de unos extranjeros ricos sin duda sería noticia, pero no había ninguna mención. Entonces comprendió lo que había ocurrido. Dios había hecho que Naomi lo protegiera y, naturalmente, así ella también encubría su propia culpabilidad.

En cuanto a Codrington y su esposa, nadie tenía por qué saber de ellos. Quizá habían discutido y ella se había marchado a París, de compras. Los misterios y vanidades de los ricos eran inexplicables y, en cualquier caso, nadie les hacía rendir cuentas de sus movimientos. Eran libres para hacer lo que les viniese en gana.

Capítulo 13

—El árabe estaba muy tranquilo cuando vino —dijo Carissa sin vacilaciones mientras pronunciaba aquellas palabras increíbles. Sus ojos permanecían imperturbables, cual soldados listos para enfrentarse al combate y a la impertinente desconfianza ajena. Mientras hablaba, sentía que su propia seguridad la defendía, que con eso bastaba—. Fui a acostarme, como me dijiste. Y allí me quedé. Me dormí.

—No comprendo por qué Jimmie se despertó. —A Naomi se le quebró la voz y se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Cómo es posible?

La criada mantuvo la calma.

—Debió de oír ruido.

—Imposible.

Naomi se sentó en la alfombra con la cara entre las manos. Por fin cayeron las lágrimas, pero eran finitas. Temporales. Empezó a hablar igualmente.

—Ahora tenemos que pensar muy bien las cosas para no hacer ninguna estupidez.

—Sí —dijo la criada.

Sam se sentó, llevándose una mano a la boca para contener las náuseas.

—¿A qué hora has subido aquí? —le preguntó Naomi.

—A las siete.

—¿Y no me has llamado?

—Sí, pero no has respondido al teléfono.

—Es verdad. He sido negligente. Lo siento. Ha tenido que ser terrible para ti.

—He estado aquí sola…

—Menos mal que no has llamado a nadie más. Tenemos que pensar.

—He estado pensando —dijo Carissa.

—¿Sam?

—Estoy bien.

—Tenemos que mantener la calma —insistió Naomi.

—Estoy bien.

—Carissa, tú eres la única...

—Sí. Nadie ha llamado esta mañana.

—¿Y seguro que no has llamado a nadie más?

—No, señorita.

Hablaban en griego y Sam no las entendía, pero por los gestos y el tono suponía que no pensaban llamar a la policía. Ella protestó, pero Naomi no quiso ni oír hablar del tema. Le explicó a Sam que Jimmie se habría despertado al oír ruido y habría bajado con esa actitud agresiva tan habitual en él. Al ver en su casa a un hombre de tez no europea a las tres de la mañana, le habría dado uno de sus típicos ataques de furia. Y Faoud habría reaccionado, incitado por el pánico.

—Lo hizo con el atizador —dijo Carissa—. Mira.

La joven griega lo había dejado encima de la mesa, sin limpiarlo.

—¿Y por qué no se limitó a huir? —preguntó Sam—. No tenía que hacer esto.

—Seguramente Jimmie lo amenazó. No sabes cómo era. Seguro que perdió los nervios y fue a por él.

—Eso no lo sabemos, Naomi.

—Lo sé. Es evidente lo que pasó.

—Que la policía lo decida.

Sam lo dijo porque necesitaba saber qué había ocurrido exactamente. Eso supondría la diferencia entre ser culpable o inocente.

—No —dijo Carissa a Naomi, en griego—. No podemos hacer eso. La policía pensará que somos cómplices. Será lo primero que pensarán y descubrirán que yo abrí la puerta y que tú me pediste que la abriera. Se lo contaré si me interrogan.

Naomi se volvió hacia Sam y se lo tradujo.

—Y entonces, ¿qué? —exclamó Sam—. ¿Vamos a dejarlos así, joder? ¿Lo dices en serio?

—Voy a hablar con Carissa en griego. Ella sabe cómo funciona la policía aquí. Creo que debemos hacer lo que ella diga.

—¡Es la criada! —exclamó Sam—. ¿Vamos a hacer lo que nos diga tu criada? ¿Te has vuelto loca?

—Es la alternativa más sensata.

Naomi cambió de nuevo al griego y habló con la mayor tranquilidad posible, aunque le temblaba todo el cuerpo.

—Pongamos que no llamamos a la policía. No sé qué podemos hacer.

—Llevo toda la mañana pensando —dijo Carissa—. Sé que parece la peor idea posible, pero ¿y si los enterramos en el jardín?

A Carissa le corría el sudor por la cara. Ahuyentó a las repulsivas moscas con un gesto de la mano. De pronto se levantó, corrió a la cocina y volvió con un espray insecticida. Roció la habitación durante

un minuto entero hasta que todas tosían y después se sentó de nuevo en la misma silla mientras las moscas iban cayendo muertas a sus pies. Siguió hablando. El jardín era diminuto, pero les bastaba. Incluso sería mejor así. ¿Cuántas veces había dicho el señor que le gustaría que le enterrasen en su jardín? No había nada malo en eso. En cualquier caso, no podían volver a sus vidas de antes, tenían que enfrentarse a lo que el presente les había deparado. Enterrarlos, dijo. Era lo más sencillo y también lo único que podían hacer. Después ya tendrían tiempo de volver a pensar y, por decir lo evidente, aquella solución era mejor que ir a la cárcel. Les enseñaría cómo hacerlo.

—Qué estúpido fue Faoud —susurró Naomi—. Perdió los nervios, le venció el pánico. Lo pusimos en una situación terrible.

—Quizá no. —La voz de la criada sonó comedida y racional—. No se dejó el dinero, ¿verdad? Él tomó una decisión. Y tendrías que haber sabido que lo haría.

Ya nada pudo contener las lágrimas de Naomi. Empezaba a asimilar lo ocurrido y los primeros instantes de conmoción habían dejado paso a las emociones. Nunca había pretendido borrar a su padre de la faz de la tierra y, por tanto, no se había preparado para la súbita tristeza que implicaba la aniquilación de una presencia constante. En cuestión de segundos toda su vida se había vuelto del revés, se había destruido en un torbellino de locura y polvo. Y sin embargo, no había tiempo para la gravedad ni para el histrionismo; tenían que actuar. Al principio ni siquiera podía mirar a su padre, pero luego se acercó, tomó la cabeza entre sus manos y la acunó. Empezó a jadear.

—¿Por qué despertaste? —le susurró con los dientes apretados—. ¿Por qué no te dormiste con la infusión? ¡Tenías que levantarte!

Y entonces cayó en la cuenta de que Phaine también tuvo que bajar al oír ruido y que Faoud —sorprendido y asustado— también la había matado. Todo había ocurrido en cuestión de unos segundos demenciales, sin premeditación, de forma puramente casual.

—He medido el jardín —continuó la criada, como si aquello no estuviera ocurriendo. El tiempo apremiaba y tenían que tomar una decisión—. Podemos cavar y enterrarlos. En el cobertizo del jardín hay palas y plásticos grandes. Los enterraremos junto al olivo, bajo el muro. Nadie los encontrará.

—¿Qué dice? —preguntó Sam al oído de Naomi.

—Dice que tenemos que enterrarlos en el jardín.

Sam se levantó y vaciló, como si perdiera el equilibrio.

—Yo no. No pienso hacerlo.

Naomi se levantó y se le plantó delante, enfadada. Su voluntad superior se impuso.

—Tienes que ayudarnos. Te necesito, no hay vuelta atrás. Estás con nosotras.

—Puedo hacer lo que me dé la gana. Puedo largarme ahora mismo.

—No, no puedes.

—Si no estás con nosotras —dijo lacónicamente la criada, en griego—, no pienso cubrirte cuando venga la policía. Si me interrogan, y lo harán, diré que estabas involucrada.

Naomi se lo tradujo: la destrucción mutua estaba asegurada. Sam se sentía a punto de estallar. Se sonrojó y retrocedió un paso, pero fue Naomi quien la sujetó de la muñeca e intentó que no sucumbiera a su impulsividad.

—Piensa un poco —le dijo con suavidad—. Piénsalo bien. No tienes otra salida. Ya estás metida en esto. Lo mejor es seguir adelante.

Sam se calmó y los primeros indicios de resignación asomaron a su rostro.

—No nos llevará mucho tiempo. Y luego volveremos a la normalidad.

—¿La normalidad?

—Algo parecido. Te lo prometo.

—No veo que puedas prometer nada. La has jodido a base de bien. ¿Por qué debería creerte, precisamente a ti?

—Porque no te queda más remedio —respondió Naomi—. Y ahora cálmate.

Eran las dos de la tarde. En el jardín, la sombra que proyectaba el muro llegaba hasta el centro, donde estaba el olivo. El terreno estaba cubierto de hierba debilitada que un jardinero segaba dos veces al mes y que con la falta de lluvia había perdido el color. Debajo, la tierra estaba seca y suelta. No les costó cavar con las palas nuevas y crear un gran foso.

A las cuatro ya habían excavado la tumba y se sentaron a la sombra para recuperarse. Era un alivio que nadie las hubiese llamado por teléfono ni tampoco a la puerta.

Sam pensó en cómo pintaba su futuro. De pronto se había desintegrado ante sus ojos. Todo lo que es sólido se diluye en el aire, pensó.

Luego se miró los brazos y vio que tenía el dorso de las manos cubierto de hormigas. Gritó, asqueada, e intentó librarse de ellas. Pero entonces se arremolinaron en torno a sus pies. Empezó a pisotearlas, estremeciéndose con teatralidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Naomi.

—Están por todas partes, ¿no las ves?

Pero Naomi no veía nada.

—¡Las tengo en los brazos! —gritó Sam.

Agitó las manos en el aire para librarse de los bichos.

—Cálmate —dijo Naomi.

Sujetó las manos de Sam para que dejara de moverlas. Carissa preparó una infusión de menta para distraerlas. Entraron y bebieron, luego tendieron los cadáveres y los envolvieron con el plástico. Primero sacaron a Jimmie y lo colocaron suavemente en el fondo de la fosa. Luego pusieron a Phaine a su lado y se sentaron al borde del hoyo, sin saber qué hacer.

—¿Tengo que pronunciar unas palabras? —preguntó Naomi en griego a Carissa.

—Lo puedes decir para ti, querida.

—No se me ocurre nada —dijo Naomi—. No se me ocurre nada que pensar, ni mucho menos hablar.

—Entonces no digas nada.

«Cuanto más rápido, mejor», pensaba la joven griega.

Naomi se levantó bruscamente y cogió la pala.

—No era mi intención —dijo, todavía en griego, a Carissa—. Tú lo sabes.

—Ni tampoco era la mía —repuso Carissa.

Pero ¿qué importaban sus intenciones? Además, nadie las tomaba en serio. Naomi echó la primera palada de tierra sobre los cadáveres y luego siguió mecánicamente, indiferente a sus esfuerzos.

Tardaron una hora en volver a llenar la tumba. Cuando terminaron, el jardín estaba a pleno sol. Aplanaron la tierra y recolocaron la hierba arrancada, que habían conservado en sus terrones. El jardín tenía casi el mismo aspecto que antes, aunque no del todo. Aplastaron la tierra con el dorso de las palas y se sentaron juntas bajo el olivo.

Al atardecer, aquella parte del puerto tenía el silencio de las pequeñas montañas. El cielo se llenó de cuervos y se convirtió en una cámara de resonancia de sus graznidos, mientras en el horizonte el mar se volvía violeta. Carissa entró en la cocina y volvió con una jarra de limonada fría que bebieron directamente del recipiente, derramando líquido por todas partes. El contacto de los cubitos de hielo en sus dientes las reanimó y pronto recobraron cierta sensación de paz. La criada se levantó y dijo con su simple pragmatismo:

—Tenemos que limpiar la casa. Y tenemos que limpiarla bien.

Trabajaron hasta bien entrada la noche. Fregaron los suelos y las paredes. Devolvieron a su sitio todos los objetos del salón y del dormitorio, limpiaron meticulosamente el atizador y rectificaron los pequeños desplazamientos que había causado un instante de violencia. Faltaban algunas cosas, pero nadie que no perteneciese a la familia lo notaría, a menos que las buscase específicamente. También faltaban los pasaportes y los efectos personales. La versión simple de lo que iban a contar era que Jimmie y Phaine se habían ido de viaje. Quizá hasta habían decidido regresar a Londres. Nadie lo sabía.

Pero la gente no desaparece sin más, pensaba Naomi desde hacía un buen rato. Aquel problema era tan importante como la cuestión de ocultar sus cadáveres. Ya se le ocurriría algo sobre la marcha.

A fin de cuentas, no era cierto que la gente no desaparecía. Desaparecía continuamente. Cualquier agente de una aseguradora lo corroboraría, como solían hacer si se les preguntaba.

A las nueve Sam bajó al puerto; Naomi y Carissa se quedaron en la casa. En Kamini se detuvo a tomar una cerveza en Kodylenia's, con vistas a las rocas y al mar opalescente, para serenarse y prepararse para una cena en familia. Le preguntarían dónde había estado y diría que había merodeado por las callejuelas del puerto con Naomi. Nada más. Se miró las manos y sintió asco, aunque las había restregado de tal manera que parecían más blancas de lo habitual. Se sentía tan cansada que no podría actuar de forma sospechosa, aunque los nervios la traicionasen. Cenaría deprisa y se acostaría para comprobar si aquello no era más que una pesadilla. Si su madre empezaba a hacerle preguntas, la cortaría en seco: Amy temía constantemente la alarmante posibilidad de que su hija se hubiese echado un novio griego. Sam tendría que aplacarla.

Comió un plato de sardinas fritas y pidió otra cerveza Mythos. Nadie podía resistirse a una cerveza con ese nombre. Contuvo las lágrimas y finalmente dejó de apretarse los ojos. Todo iría bien, se dijo. El tiempo lo suavizaría todo, como la hierba de sus chapuceras tumbas. Se volvió para mirar el interior del restaurante y vio que los hombres que estaban allí jugando al backgammon la observaban. Era como si ahora hubiese algo extraño en ella, un estigma que no pudiese ver. Quiso gritarles «Que os den», o al menos «*skatofatsa*». Pero lo que hizo fue levantar la mano y llamar al camarero.

—¿Puede traerme pan? ¿Tostado?

Cuando llegó, se lo comió con aceite, sin preocuparse por el gluten. Ya no le importaba, a saber por qué. A continuación, volvió a casa, envalentonada. Los Haldane estaba sentados a la mesa del porche, con John Coltrane en el estéreo, y Sam constató de inmediato que no sospechaban nada de nada.

De hecho, su padre dijo en cuanto la vio:

—Chris y yo hemos pasado todo el día pescando. No ha picado ni un solo pez.

Su madre estuvo amable con ella. Curiosamente, sus ojos maternales no mostraban su ansiedad habitual.

—¿Qué tal tu día, cariño?

Sam se sentó, cansada, y se sirvió un poco de ensalada con feta del cuenco de cerámica que había en la mesa.

—Bien, supongo. Naomi y yo hemos explorado la zona alta del

puerto. Los Codrington tienen muchos amigos por allí.

—Viejos bohemios, ¿eh? —dijo su padre.

—Sí, viejos bohemios. Pero no hemos visto a ninguno.

—Todos vinieron por Leonard Cohen y ahora se han quedado colgados.

Sam se volvió para mirar a su hermano. Era el único malpensado de su familia, y ahora su mirada era burlona e incrédula.

—¿Todo el día explorando? —dijo.

—Es mejor que pescar.

—¿Conoce el señor Codrington a Leonard Cohen?

—Seguramente. No nos lo ha dicho.

—Seguro que papá está celoso —dijo Chris.

—¿Has almorzado con la familia de Naomi? —preguntó entonces Amy.

—Su padre y su madrastra no estaban. Creo que ni siquiera están en la isla.

—Qué raro —dijo Jeffrey—. Estaba seguro de haberlos visto anoche en el puerto. Ni me acerqué a saludar porque tengo la sensación de que no les caigo bien. Pero estoy segurísimo de que los vi.

—A lo mejor se han marchado esta mañana.

—Puede. Pero anoche estaban en el Pirate, animadísimos. Sin duda eran ellos.

Sam subió a su habitación y permaneció largo rato acostada, con las luces apagadas. Dejó que las lágrimas corriesen en abundancia hasta que finalmente se secaron y recobró la lucidez. Se sentía traicionada, pero no de un modo que pudiese explicar.

Claro que era ella la que había insistido en acompañar a Naomi a su casa. Pero era Naomi quien la había arrastrado a aquella situación sin decirle por qué la necesitaba. Naomi quería un cómplice por si las cosas se ponían feas. Naomi necesitaba un complemento, aunque Sam no sabía con certeza para qué.

Ante ella se extendía el resto del verano, ahora en ruinas. A medida que avanzase tendría que fingir más y más para que no sospecharan de ella. La única solución sería largarse de la isla y volver a Nueva York, o irse a cualquier lugar lejos de Grecia. Pero sus padres habían pagado la casa por adelantado y no le permitirían, de ningún modo, que se marchara sola. Estaba acorralada y Naomi tenía las llaves de su placentera prisión al aire libre. Era lógico preguntarse si habría juzgado mal a su nueva amiga. Pero esperaría a ver qué le decía Naomi de ahora en adelante. Quizá estuviese demasiado trastornada para entender lo ocurrido en la primera noche de la catástrofe.

En cuanto Sam se marchó, Naomi y Carissa salieron a fumar de nuevo al jardín nocturno. Sin poder apartar los ojos de la tierra revuelta, un

horror al que no podían poner palabras fue creciendo silenciosamente en su interior.

—¿Y ahora qué? —dijo Carissa por fin.

—No lo sé. Esperaremos a ver qué pasa. No creo que este mes tuviesen una agenda social muy apretada.

—Me dijeron que mañana por la noche iban a tomarse unas copas a casa de los Korder. Aparte de eso...

—Maldita sea. Los llamaré mañana y diré que están indispuestos.

—¿Indispuestos? Ya sabes cómo corren los rumores por aquí.

—Diré que se han ido a pasar unos días al continente. Los Korder no le darán más vueltas.

Carissa asintió, convencida a medias porque no era una gran excusa, pero tendría que servir.

—Habrá que improvisar —añadió Naomi—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Entró en la casa y reapareció con un sobre con el dinero prometido. Le pidió a Carissa que lo contara y esta vio que había veinte mil euros en lugar de los quince mil acordados. Naomi le puso de inmediato una mano en el brazo.

—Ni una palabra, es para ti. Me siento fatal por haberte metido en esto. Acéptalos. Es lo mínimo que puedo hacer.

La joven criada guardó silencio y aceptó el regalo. Para ella era una fabulosa suma de dinero.

Entraron, prepararon unos sándwiches y se los comieron con el brandy de Jimmie. Pusieron jazz y se echaron en los sofás, fumando para frenar con profanaciones triviales cualquier amago de culpabilidad. Sin embargo, su ánimo sombrío pronto se reflejó en la cortina de humo que fue formándose alrededor de la vieja lámpara de araña que Phaine había comprado en Kifisiá hacía siglos, cuando Mitsotakis aún era primer ministro. Pero Naomi decidió que a partir de entonces solo pensaría en el futuro.

Capítulo 14

Los días siguientes la isla se marchitó bajo una ola de calor africana. Al mediodía el cielo adquiría la fría pureza del polvo de plata, pero en el crepúsculo había suficiente luz para que se vislumbrara el continente, como un inquietante país extranjero magnificado por la misma agua que los separaba de los adinerados residentes temporales de la isla. Cuando en las tardes sofocantes cesaba el viento, hasta las aldeas costeras se adormecían y sus senderos se cocían en una calma sin polvo que invitaba al sueño. La gente se sentaba lánguidamente a la sombra con los ojos muy abiertos como si esperase el alivio de la noche y nada más, y finalmente la joven americana, después de varios días ociosos, se formó la idea de que todas las telarañas que colgaban de los árboles se habían sumido, como ella, en una suerte de existencia suspendida.

Emprendió con Amy el camino a Mandraki poco después de las ocho, como habían hecho desde el primer día de su llegada, madre e hija enzarzadas en un duelo mental privado y propio, un duelo que se hacía más extenuante cada día que pasaba. Amy había llegado a la conclusión de que su hija estaba perdiendo el rumbo y la vitalidad, que estaba cayendo en una depresión estival como nunca había visto antes. Y tenía algo que ver con la hija de los Codrington. Un día, mientras pasaban ante el pequeño restaurante que dominaba la ensenada, preguntó a Sam por el padre y la madrastra de Naomi. Hacía tiempo que no los veía en el puerto.

—No sé nada de lo que hacen —respondió la joven, con tono huraño—. Naomi me ha dicho que van a fiestas en otras islas. Que hacen su vida.

—¿Otras islas? No sabía que hubiese otras islas, socialmente hablando.

El esnobismo frustrado de Amy había hecho acto de presencia.

—A lo mejor todavía no entendemos todo el ambiente social de por aquí —añadió.

—No creo que haya nada que entender, mamá. Además, ya he abandonado la idea de entender a los europeos. Es agotador. Y el hecho

de no entenderlos no cambia nada. Ellos se siguen comportando como antes, y nosotros también.

—Eso es un poco derrotista, ¿no crees?

—No creo que los Codrington pierdan ni un segundo pensando en nosotros. Ni siquiera medio segundo.

—No he dicho que lo hagan. Pero es un fastidio.

—¿Qué es un fastidio?

—Que yo no conozca esas otras islas. Tendría que haber investigado.

—¿Y por qué no lees a Tolstói? Este es un sitio perfecto para eso. Lee a Tolstói, joder.

La breve risa de Amy llegó a oídos de los camareros.

Cuando ya se habían sentado y tomaban el primer café de la mañana, Amy le preguntó si Naomi se convertiría en lo que ella llamaba una inversión a largo plazo.

—¿Como amiga, te refieres?

—O como amiga de verano. Quizá pasas demasiado tiempo con ella. Es peor que un novio griego. Ahora pienso que ojalá tuvieras uno. Un novio griego no sería tan misterioso.

—¿Y qué te parece misterioso?

—No lo sé. Vosotras dos. No te acuestas con ella, ¿verdad? Si es así, puedes contármelo. No se lo diré a tu padre.

—Claro que no me acuesto con ella.

—No tengo nada en contra de esa chica, Sam. Pero últimamente estás muy rara. ¿Por qué no vas a alguna fiesta por tu cuenta? O podrías pasarte por el Pirate Cove y conocer a algunos chicos americanos.

—Pero no quiero tener amigos americanos.

—Ya sabes a qué me refiero. Sal alguna vez sin Naomi. Quizá sea un poco demasiado inglesa para ti. Eso la vuelve algo dominante.

—Para nada.

Pero en realidad Sam solo quería estar sola. Al mediodía dejó a su madre en el hotel y fue a pasear por el promontorio. Pasó la roca donde Naomi y ella se habían tumbado aquel primer día y se adentró en los campos donde crecían los cardos. De pronto se echó a llorar sin saber por qué; a sus pies, el mar negro y revuelto ofrecía una tentadora posibilidad de aniquilación. Sería un acto de puro odio generalizado, no de odio hacia sí misma, y destruiría a todos cuantos conocía porque, quizá, merecieran ser destruidos. Una vez lejos de Mandraki se desnudó en un lugar solitario y se lanzó al mar. El agua estaba mucho más fría y la soportó diez minutos antes de volver a encaramarse a las rocas. Naomi le había comentado que nadaba sola muchas veces allí. Ahora le había dicho que no llamara la atención y que evitase el contacto con ella durante un tiempo. Tenían que esperar.

La rabia de Sam se fue disipando mientras se secaba al sol. Regresó

a Mandraki, vio que su madre ya no estaba y se dirigió lo más despacio posible al pueblo de Hidra, sumida en desagradables pensamientos. Se sentó en el Pirate con ánimo taciturno, y pronto, como su madre suponía, los jóvenes americanos se materializaron a su alrededor y, en cuestión de segundos, se vio arrastrada por su energía frenética. Tampoco le desagradó. Llevaba cuatro días sola con su familia y empezaba a sentir sus mortificantes efectos. Como Sam, aquellos chicos se quedarían allí todo el verano y aquello empezaba a resultarles encantadoramente claustrofóbico. ¿Por qué no los acompañaba a otra fiesta en otra casa? Habría porros, ouzo y gente que hablaba el mismo argot que ella. Y, sobre todo, no tendría que pasarse toda la tarde jugando al Scrabble con su padre.

Subieron en grupo por las sinuosas callejuelas y uno de los chicos la abrazó por la cintura. Sam se había bebido cuatro chupitos de ouzo, pero sus piernas seguían firmes. Llegaron a la casa familiar de uno de ellos. Una amplia terraza marinera con vistas al puerto y mesas turcas bajas donde los chicos esnifaban rayas de coca. El joven que había coqueteado con ella durante el ascenso le dijo que ya se habían visto antes, en casa del pintor, y que él conocía a la chica inglesa que la acompañaba aquella noche. Sus padres eran amigos.

—Creí que erais pareja. Me parece de coña, si es así.

—Es la segunda vez que me dicen eso hoy. No somos pareja. No salgo con nadie. No necesito salir con nadie. Y hace días que no la veo.

—Pues yo sí. La vi en un bar, hace tres noches. Estaba borrachísima.

—¿Naomi?

—Iba sola.

—Es una mujer libre, ¿no?

—No he dicho lo contrario. Corren muchos rumores sobre ella en la isla.

—No quiero oírlos. Si cae mal a la gente es problema de ellos, no mío.

—Claro, es evidente. Yo no he dicho que los crea, ni que esté de acuerdo.

«Pero te mueres por contármelo», pensó Sam.

—Los ancianos dicen que está *daimonizetai*.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Poseída. Por lo que hacía cuando era niña.

—¿Y se acuerdan, después de veinte años? Espero, por nuestro bien, que nadie recuerde lo que hacíamos nosotros hace veinte años.

—Hace veinte años..., yo tenía uno.

—Y yo. Pero ya sabes a qué me refiero.

—Algunos ancianos recuerdan a los niños de los años cincuenta, y mucho más a los de los noventa, claro. Mis padres dicen que era una

niña algo salvaje, pero no que estuviera poseída.

—Ni siquiera sé qué significa eso.

—Supongo que lo decían a la griega.

—¿Y qué es «a la griega»?

—Los griegos creen en los espíritus de forma distinta.

—Incluso ahora —dijo Sam, asintiendo.

—Saben a qué se refieren con ese término. Son muy específicos.

Él se llamaba Toby. Era muy agradable. También estaba allí veraneando, pero estudiaba en Princeton. Aquel había sido su primer año de universidad. Sam le preguntó si se había criado en Hidra. Toby le dijo que su familia veraneaba allí antes de que él tuviera uso de razón. Pero no hablaba muy bien griego. Su padre había comprado la casa al mismo tiempo que Jimmie Codrington. Se conocían por el mercado de arte.

—O de la sección local de alcohólicos —dijo Sam.

—También es posible. Todos se conocen. Pero ahora mis padres están en Londres. Tengo la casa entera para mí.

—¿Dónde vives?

Toby le señaló un revoltijo de casas apiñadas. La suya era una de las que formaban un laberinto de luces en la creciente oscuridad.

—Iré a visitarte, si me invitas.

—Está usted invitada, señorita Haldane. Pero deberías cambiarte de apellido. No mola. Podrías conservar el nombre de pila y cambiar solo el apellido. ¿Sam Smith?

—Me gusta.

—¿Samantha Smithereens?

Esnifaron unas rayas y ella recordó por qué la coca nunca le había gustado. El único efecto que sentía era irritación e hiperactividad... Y no siempre se quiere estar demasiado despierta. Los chicos tocaban la guitarra y bebían mucho. A Sam le parecían espantosamente aburridos, bronceados, pero sin sustancia. Toby era la excepción, porque la escuchaba. Tenía unos ojos rápidos, activos y nada tóxicos. Además, conocía a los Codrington, lo que podía serle útil. Resultaba desconcertante la poca información que la propia Sam tenía de ellos. Sabía más de su muerte que de su vida, pero quizá Toby podría llenar las lagunas. Su intimidad aumentaba y el sexo era una probabilidad cada vez más cercana. De hecho, facilitaría mucho las cosas.

A su madre le gustaría Toby. Un joven de Princeton, de buena familia y con mucha fuerza de voluntad. Toby era más que eso, pero no confiaba en que Amy fuese capaz de ver su potencial. Se marcharon poco después de medianoche y Sam llamó brevemente a su casa mientras subían la ladera opuesta, en dirección a la casa que él había señalado dos horas antes. De camino se detuvieron en una taberna que seguía abierta para comer *souvlaki* y beber un par de cervezas Mythos.

Toby también era adicto a aquella marca. Fue entonces cuando notó los efectos de la coca y sintió que deliraba. Hablaron de la universidad, que desde la perspectiva de Grecia y de aquel lento y tórrido verano parecía perturbadoramente trivial. Él no sabía qué quería hacer durante el resto de su etapa en Princeton; ella ya esperaba que sus años universitarios terminaran y empezara algo más. Toby le preguntó al respecto.

—Mi padre dice que debería dedicarme al periodismo. No entiende que el periodismo está acabado. Desde hace mucho tiempo.

—El mío cree que debería ser abogado. No le falta razón. Pero sabe que no lo haré.

—Quizá viaje un poco después. A lo mejor vuelvo aquí y busco trabajo en un hotel.

Su voz se apagó; no pudo evitarlo.

—¿Estás segura de que quieres subir? —preguntó él—. No pareces muy convencida.

—A veces tengo anemia. Por eso estoy tan pálida.

—No he dicho que estés pálida, sino poco convencida.

—Pero estoy convencida.

Subieron hasta la casa vacía. Dentro hacía tanto calor que era más cómodo tumbarse en la terraza, donde Toby arrastró el colchón de las noches anteriores. Y empezaron a besarse.

Fue un alivio. La tensión acumulada en su interior se liberó de pronto y Sam se dejó llevar por su ánimo anárquico. Pero habían bebido tanto que pronto se quedaron dormidos. Antes de sumirse en la inconsciencia, Sam alzó la vista y vio una media luna brillando sobre el puerto, que tanto era un portento como una advertencia. Durmió cuatro horas sin soñar. Pero mientras dormía percibió las aves marinas que los sobrevolaban y chillaban en la oscuridad. Al final la despertó el sonido de su propia voz. Se había incorporado y un fuerte grito —el suyo— había despertado también a Toby, que la abrazaba para tranquilizarla.

—¿Qué te pasa? —preguntó él como si le hablase a una niña, y al abrir los ojos Sam vio que alguien se alejaba por la terraza y se fundía en la oscuridad. Estaba empapada en sudor y amanecía. El coro había empezado. Decidieron levantarse y volver al puerto.

—¿Has tenido una pesadilla? —preguntó Toby.

Ella lo negó y dijo que había sido la coca. No tendría que haber tomado.

—Sí, pero tomaste —dijo él con malicia, y la cogió de la mano para empezar a bajar.

Era un comentario innecesario, ligeramente cruel. «Muy impropio de él», pensó Sam.

—No te arrepientes de nada, ¿verdad? —continuó Toby cuando ya

estaban en un café del puerto, esperando a que saliera el sol.

—No, claro. Es que no recuerdo nada.

La expresión de Toby se ensombreció, pero se obligó a sonreír.

—Bueno, es lo que hay.

—Me ha parecido que había alguien en la terraza.

—Eso es imposible. Habrá sido una pesadilla.

—Será eso. Pero parecía real —dijo Sam con voz vacía e indiferente, como si no estuviera convencida.

—Nadie puede allanar esas casas, son como fortalezas. Las construyeron con esa intención. Hubo un tiempo en que todas las familias estaban en guerra entre sí.

Una hora después llegó el primer ferri del continente, profusamente iluminado. Atracó y desembarcó una silenciosa multitud de recién llegados. En su mayoría eran griegos, hidriotas que probablemente volvían de visitar a amigos o familiares. Pero cuando ya se habían dispersado por el puerto en dirección a sus casas, un hombre claramente inglés salió tras ellos, cojeando y arrastrando una maleta con ruedas. Vestía un traje de verano que había pasado de moda hacía cuarenta años, pero como él rondaba los setenta le quedaba favorecedor, o al menos no llamaba la atención. Llevaba gafas de sol, aunque todavía estaba oscuro y por un momento pareció desconcertado, una figura solitaria y desconocida cuya calva resplandecía bajo los focos del muelle. Miró a su alrededor y Sam pensó fugazmente que se acercaría a ellos para que lo orientaran. Mostraba una educación vacilante que delataba su país de procedencia.

—Parece perdido —dijo Toby, galante—. ¿Le ayudo?...

Sin esperar respuesta, se levantó y se acercó al anciano. Hablaron sin que ella pudiera oírlos y luego Toby volvió al café con actitud afable.

—El pobre tipo ha reservado en el Bratsera. Le he indicado el camino. Solo son tres minutos a pie.

—¿Quién es?

—¡Y yo qué sé! Un turista viejo. Hay muchos por aquí.

—¿Solo?

Toby hizo un gesto de indiferencia.

—Hoy en día casi todos los viejos están solos.

Pero eso no convenció a Sam. Aquel hombre tenía un aire esquivo y receloso, una ausencia de alegría turística.

Se esfumó tan rápidamente como había llegado y lo olvidaron. Sam volvió sola a casa mientras salía el sol y se acostó mucho antes de que su familia se levantara. Se pasó casi todo el día durmiendo. Al despertar vio los olivos inmóviles bajo el calor delirante; el mundo que los rodeaba estaba muerto y sus hojas resplandecían como acero en aquella luz deslumbrante, sin viento. Los efectos del alcohol y de la coca habían desaparecido, dejándola lo bastante lúcida para sentir la

repugnancia posterior. Encontró una nota en la cocina: sus padres y su hermano habían salido de excursión y volverían para cenar. Pensó que aquella excesiva actividad vacacional resultaba agobiante.

Como si se rebelara contra ellos, se dio un largo baño antes de ponerse un sencillo vestido blanco y salir a leer al porche. Gradualmente fue recobrando su capacidad de razonamiento habitual. Empezó a pensar en Naomi. La llamó por teléfono y, para su sorpresa, Naomi respondió. Sam le sugirió que se viesen en su casa para charlar a solas. Y poco después Naomi apareció en la penumbra y se acercó al portón, sendero abajo, con una actitud vacilante y paradójicamente resuelta. Hacía cinco días que no se veían.

Capítulo 15

—¿Tus padres están en casa? —preguntó Naomi en cuanto Sam bajó a abrirle y subían por el sendero del jardín.

—Volverán pronto.

—¿Quieres que suba y me comporte con normalidad delante de ellos?

—Eso estaría bien.

—De lo contrario puede que se pregunten…

Subieron al porche y se tumbaron en los sofás.

—Fui a Mandraki con mi madre y estaba pesadísima —dijo Sam.

—Mantén la calma con ellos. Ahora mismo tenemos que mantener la serenidad.

—No sospechan nada. Nunca sospecharían.

—¿Cómo estás?

Naomi se mostraba serena y solícita.

—Duermo mal —reconoció Sam.

—Yo también.

—¿Y Carissa?

—He dejado que se marche tres días a ver a su familia. Me ha parecido lo mejor.

Sam asintió.

—Te lo agradecerá.

—Francamente, no quería estar a solas con ella en casa. Estos días me he estado preguntando si realmente les dio la infusión a mis padres, como bien dijo. No insinúo que no se la diera, pero es una idea que me ronda por la cabeza.

—¿Lo dices en serio?

—No puedo demostrarlo. Pero es que no comprendo cómo mi padre pudo despertarse sin más.

—Puede que no quisiera tomársela. A lo mejor Carissa se la dio y él no se la bebió.

—Comprobé las tazas del dormitorio. Estaban vacías.

—No puedes culpar a Carissa sin más.

La frustración acumulada de Naomi empezó a revelarse, pero se contuvo.

—He tenido un día rarísimo.

Aquella noche había dormido en el salón. Se había pasado cuatro días registrando la casa en busca de indicios de violencia y caos, ordenándola hasta dejarla tan perfectamente organizada como durante sus largas ausencias en los meses invernales. Lo peor fue el dormitorio principal. Tuvo que hacer la cama, ponerse a gatas y buscar pendientes perdidos por el suelo. También había encontrado el móvil de Jimmie debajo de la cama, nada menos. Le había quitado la batería y lo había tirado a la basura. Luego había registrado el cuarto de baño y había retirado los artículos de uso cotidiano. Todo tenía que desaparecer. Todo había desaparecido. Era muy meticulosa con esas cosas, «una abogada de veras, cuando quiero serlo». La casa volvía a estar en orden, pero ella no dormía bien allí. Esa misma mañana se había levantado temprano y había ido a comprar al pueblo. Había usado un burro para subir los víveres hasta la casa y, al mediodía, se había preparado un guiso de pescado y se había bebido media botella de vino, sin que ni siquiera la achispase un poco.

Se había echado a dormir la siesta en el salón. La había despertado el timbre de la puerta; era la primera vez que alguien se acercaba a la casa desde el suceso.

Había comprobado su cara en el espejo antes de acercarse silenciosamente a la puerta y echar un vistazo por la mirilla. Era un desconocido. Después de esperar un rato, decidió no abrir. El hombre del otro lado de la puerta llamó por segunda vez y finalmente se marchó.

Al cabo de una hora Naomi se había aventurado a la terraza para examinar el estrecho sendero que subía hasta Belle Air. Suponía que habría sido uno de los amigos de copas de Jimmie, pero no sabía quién. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a ellos y contarles su versión de la ausencia de Jimmie. Tendría que perfeccionar la mentira. Al cabo de un rato volvió a sonar el timbre y esta vez era otra persona, el americano que su padre y Phaine llamaban el viejo *beatnik*. Hizo acopio de valor y abrió. No sabía cómo se llamaba aquel tipo, pero había estado antes en la casa como invitado, por lo que no la inquietaba tanto.

El anciano pronunció un pequeño «¡Ah!» cuando ella abrió la puerta y la observó a través de sus lentes azules. La conversación fue breve. Había subido a recordarle a Jimmie que lo esperaban en la ceremonia del festival de las artes que se celebraba en la cima de la montaña la semana siguiente. Los Codrington asistían todos los años, pero como llevaba unos días sin verlo había subido para recordárselo.

—¿Está Jimmie en casa?

—Se han ido de Hidra, lo siento. Creo que querían viajar unos días en coche.

—Qué raro. ¿Volverán pronto?

Ella respondió que no lo sabía, que casi nunca le comentaban esas cosas. ¿Tenían ellos su número?, preguntó el viejo *beatnik*. Claro que sí. Pareció momentáneamente confundido y luego reflexionó y le dirigió lo que ella suponía que era una sonrisa *beatnik*. Naomi le había dado un par de ideas más: quizá habían ido a ver a la familia de Phaine en Atenas. O a Mani. A Jimmie le encantaba Mani.

Con estas conjeturas se libró de él. Volvió a la terraza y lo vio tambalearse sendero abajo, sujetándose a los muros para mantener el equilibrio. Y así podría haber acabado el día, pero al cabo de dos horas el primer viejo reapareció y esta vez llamó a la puerta con más insistencia. Ella se planteó no responder, pero misteriosamente la visita del viejo *beatnik* había modificado la situación y esta vez se sentía obligada. Era un caballero inglés elegante y desaliñado, con gafas de sol y un fular ridículo, que llevaba un pañuelo desvaído, con un estampado de mariposas rosas y amarillas, asomando del bolsillo de la chaqueta.

El traje de lino, como les ocurre a todos los trajes de lino con el calor, se había ido un poco al carajo: pese a los toques dandi, parecía que aquel hombre hubiese pasado la noche en un vertedero confortable. Se quitó las gafas de sol en cuanto Naomi abrió la puerta; sus ojos eran las ostras pálidas de un anciano en caída libre y las pecas de su frente parecían haber aparecido en las últimas horas, por el primer contacto con el sol griego. Dio la impresión de que se sorprendía levemente al verla. Pero ella estaba segura de no haberlo visto nunca antes, ni en Grecia ni en ninguna otra parte. Él la saludó con familiaridad; le estrechó la mano y dijo, con una voz de otra época:

—¡Tú debes de ser Naomi!

En cuanto mencionó su nombre de forma tan espontánea e irrevocable, ella se vio obligada a abrir la puerta y sugerirle —solo con lenguaje corporal— que entrara.

—Me llamo Rockhold. Soy un buen amigo de tu padre.

—Lamento decirle que no está en casa. Pero ¿quiere entrar? Le prepararé un té.

—Será un placer. Nada como un té cuando hace calor.

El hombre sudaba a mares. No había querido simplificar su vestimenta para adaptarla al calor, un error encantador y anacrónico. Naomi también se percató de que sostenía en la mano un panamá, que se había quitado de la cabeza justo antes de que le abriese la puerta. Nada más entrar en el fresco vestíbulo pareció aliviado. Dejó el panamá en un perchero próximo a la puerta y pasó al salón, que observó como si fuera la primera vez. Y, en efecto, admitió enseguida que nunca había estado en Hidra.

—¿Mi padre nunca lo ha invitado aquí?

—No, no soy de esos. La gente se lo piensa mucho antes de invitarme.

Le dirigió una amplia sonrisa, como si aquella afirmación fuese de lo más lógica, y se sentó, claramente agotado tras el largo ascenso por los escalones hidriotas.

—Voy a preparar el té —dijo Naomi, y se fue a la cocina.

Le temblaban las manos, aunque aquel hombre parecía de lo más apacible. Pero quizá no era el amigo que afirmaba ser, sino algo más.

Volvió con la bandeja y la dejó en la mesita de cristal. Y entonces él dijo, sin aspavientos:

—Veo que hay una buena grieta en la mesa. ¿Se os ha caído algo pesado sobre el cristal?

Naomi no se había fijado. Pero allí estaba, una resquebrajadura con forma de telaraña. Intentó sonreír.

—Sí, la criada lo rompió la semana pasada. Se le caen las cosas.

—Vaya, entonces no es una gran criada, ¿eh?

—Es maravillosa en otros aspectos.

—Creo que se llama Carissa.

Naomi estaba sirviendo el té. Su mano se quedó paralizada y tuvo que serenarse antes de continuar.

—Así es. Es curioso que lo sepa, señor Rockhold.

—Puedes llamarme Samuel. Tu padre y yo somos viejos amigos. Estuvimos en el ejército. Quizá él no te lo ha mencionado. No se suele mencionar a los compañeros de armas.

Sus ojos se volvieron alegres y comprensivos.

—Nunca me ha comentado nada, señor Rockhold.

—Bueno, a tu padre le gusta mantener escondidos a unos cuantos de nosotros. Un as bajo la manga, por así decirlo. ¿Por qué iba a mencionar a su hija al pobre Samuel? Un conocido medio olvidado y demás.

Y sin embargo, pensó ella, aquí estás, justo delante de mí. Un desconocido con un ojo de cristal. Lo había notado en cuanto aquel hombre se había sentado. Era como una canica, de un azul que no se parecía al del ojo verdadero.

—¿Y dónde estuvo destinado con mi padre, señor Rockhold?

—En Gibraltar. Qué tiempos aquellos. Creíamos que no acabarían nunca, como suele decirse.

—Jimmie dice que lo pasó fatal allí.

—Ya se sabe, no todo sale siempre como nos gustaría. A Jimmie no le iba la disciplina.

—Pero ahora está usted en Hidra.

—Eso parece.

—¿De paso?

—Bueno, esa es la cuestión, ¿verdad?

Puso las manos sobre las rodillas y Naomi vio que ya se le había secado el sudor de la cara. Bajó la vista a la grieta que le había pasado por alto y se maldijo por no haberla visto, porque no encajaba con Jimmie dejar un cristal roto durante más de veinticuatro horas. El hombre le dijo que era, por así decirlo, un confidente de Jimmie más que un simple amigo, y que —ya que ella le había preguntado— estaba en la isla por un asunto relacionado con los Codrington.

—Pero no me has dicho dónde están, querida. Sería una pena que no llegara a verlos.

—Se fueron al continente la semana pasada. No me comentaron adónde iban, nunca me lo dicen. Simplemente un día deciden irse sin más, lo hacen continuamente. Creo que a mi madrastra esta isla le resulta un poco claustrofóbica.

—¿Entonces es posible que se hayan ido unos días a Atenas?

—Puede ser. Todavía no me han llamado..., pero no siempre tenemos la mejor de las relaciones. No suelen llamar.

—Eso es un fastidio. Para nosotros dos.

—No es ningún fastidio, señor Rockhold. Siempre ha sido así. No tenemos una relación paterno-filial ideal, supongo.

—Ya lo he notado.

—Siento las molestias.

Rockhold le quitó importancia con un gesto de la mano.

—En absoluto. No es para tanto, ¿verdad?

—¿Dónde se aloja?

—En un hotel precioso en el puerto. Me encanta. Un joven me lo recomendó, y por ahora no me ha decepcionado. Estoy acostumbrado a improvisar, ¿sabes? Quizá, si tienes tiempo, podríamos quedar algún día para cenar. ¿Qué te parece?

Atrapada de pronto por aquella amable invitación, Naomi tartamudeó que sería un placer. Y antes de que se le ocurriera alguna excusa, él ya la había comprometido para la noche siguiente en el Sunset.

—A menos que surja algún imprevisto —dijo ella, desesperada.

—¿Surgen muchos imprevistos en Hidra? Por cierto, tendrás que arreglar esa mesa. Puede que se rompa en pedazos la próxima vez que dejes algo encima.

Cuando acabaron el té, se levantaron y Rockhold se dirigió al vestíbulo para ponerse el sombrero. El termómetro del muro marcaba veintidós grados y aquella era la zona más fresca de la casa. Naomi lo acompañó a la puerta y ambos fueron de lo más amables, aunque ella tenía el corazón desbocado por el miedo y el resentimiento. ¿Quién era él y por qué estaba aquí? Al salir al tórrido exterior el hombre dio un respingo, pero no sin cierto humor.

—Un horno, ¿verdad? —dijo, riendo.

—Le recomiendo que coma en el Bratsera. La cocina es excelente.

—¿De veras? Curiosamente es donde me alojo.

—Si mi padre llama, se lo haré saber.

—Te lo agradezco, Naomi. De lo contrario, me preocuparé.

—Aunque creo que no me llamará.

Rockhold la miró por debajo del ala del sombrero con ojos fríos y reservados.

—Con él nunca se sabe. Es como una criatura impredecible de las profundidades.

Sam estaba a punto de contarle a Naomi que sin duda se trataba del mismo hombre que había visto con Toby esa mañana en el puerto, pero se lo pensó mejor y guardó silencio. Naomi empezaría a hacerle preguntas sobre Toby y ella quería mantenerlo al margen. Las dos pensaban lo mismo. Algo había salido mal y había ocurrido lo que más temían. «Tengo que salir de esto cuanto antes», pensó Sam. ¿Y cómo se había metido, para empezar? «Soy una idiota *skatofatsa*.» Pero sabía que era demasiado tarde. Naomi le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Todo irá bien. Le seguiré la corriente.

—¿Qué quiere?

—Ni idea. Pero no es solo un amigo. Es algo más.

Sam frunció los labios para contener la furia que se agolpaba en su interior.

—Sabía que aparecería un detective.

—Si eso es lo que es.

—Claro que sí. ¿Y la policía griega?

—Si él es detective —dijo Naomi despacio—, tengo la sensación de que mantendrá a raya a la policía griega.

—Ojalá.

—Vendrá y se irá. Si es detective, ya me ocuparé.

—¿Te ocuparás?

—Es un vejete espabilado, nada más. Estuvo con mi padre en el ejército. Es inofensivo. Solo curiosea un poco.

—Pero ¿por qué?

—Quizá esperaba una llamada de Jimmie. Tenía que pasar algo así. Debemos mantener la calma.

Sam se enfureció.

—Tendríamos que haber ido a la policía. Ahora tendremos que jugar al gato y al ratón con uno de los compañeros del ejército de tu padre. ¿Cómo sabes que no es algo más que eso?

—Como ya te he dicho, no es policía, ¿verdad? Eso es bueno.

Las dos estaban histéricas, aunque solo murmuraban, sin levantar la voz.

—Será mejor que se te ocurra algo deprisa, o estamos jodidas —dijo Sam.

Naomi le recordó que hacían aquello por Faoud, no por ellas, y que pasado un tiempo todo sería distinto.

Sam bajó la voz, por si su familia regresaba de la excursión.

—¿No se te ha ocurrido pensar que Faoud tal vez estaba utilizándote?

Naomi se quedó tan perpleja que solo parpadeó.

—¿Utilizándome?

—Tal vez no le importó matar a tus padres; solo quería el dinero.

—Pero yo se lo di.

—Porque eres una chica blanca. Claro que se lo diste. Él sabía que te sentías culpable y se aprovechó.

—Eso es absurdo, y tú lo sabes.

—No, yo no lo sé. Yo no sé nada. Lo único que tengo cla
ro es que las dos estamos atrapadas en esta isla minúscula con un viejo al que le gusta hacer preguntas. Esto empieza a acojonarme.

De pronto vieron a la familia, que volvía. Estaban bronceados y rebosantes de energía. Llevaban flores silvestres y mochilas, los Robinsones suizos, parlanchines y satisfechos. Cuando vieron que Naomi se quedaba a cenar, Amy pareció enfriarse un poco, pero Jeffrey se hizo cargo de la situación y restituyó el entusiasmo. La criada ya había preparado su famosa musaka y había descorchado el vino. En realidad, estaban demasiado felices y hambrientos para que la presencia de Naomi les importase.

Se ducharon con extraordinaria eficacia y al cabo de quince minutos ya estaban sentados a la mesa. Había anochecido y los burros en celo rebuznaban en la oscuridad, excitados por alguna novedad. Sam comió en silencio mientras los otros charlaban, algo que no se le escapó a su madre. En realidad, Amy sospechaba, de una forma imprecisa e inconsciente. Algo en el lenguaje corporal de Naomi, algo en el silencio taciturno de su hija. Pero no podía decir nada. Antes de servir el postre, consiguió verse un momento con Sam a solas en la cocina mientras preparaban el café. Amy rozó el brazo de su hija y le dijo:

—¿Va todo bien, cariño?

—Sí —respondió ella, secamente—. Solo me duele la cabeza.

—¿Adónde fuiste anoche?

—Hice lo que dijiste. Fui a una fiesta y conocí a unos americanos.

—Estupendo, cariño. Espero que te divirtieras —dijo Amy, inmensamente aliviada.

—Estuvo bien.

En la mesa, Naomi contó historias sobre la vida en Hidra —de tiempos pasados, dijo— y los Haldane escucharon hasta que Jeffrey

encendió su pomposa pipa, lo que marcó un cambio de rumbo en la conversación. Christopher y él habían estado leyendo la *Odisea* todas las noches antes de acostarse. Habían llegado al Canto V y Christopher se preguntaba si la isla de Ogigia, hogar de Calipso, no sería Hidra.

Claro que no. Pero cuando Homero describía que la isla se alzaba «como un escudo», bueno, también parecía referirse a Hidra. Jeffrey siguió fumando y dirigió a su invitada una mirada ausente de fumador.

—Pero luego Christopher me ha dicho algo precioso: ¿No es Odiseo como los refugiados de hoy en día? Aparece descrito como zarandeado por las olas borrascosas, lacerándose en el inhóspito mar. En lugar de volver a casa, la corriente lo lleva a esa isla, ¿verdad? Surcando la amplia espalda del mar..., surcando..., ¿cómo era, Chris?

El muchacho levantó la vista, obediente.

—Languideciendo en una isla en la casa de la ninfa.

—Sí, eso también. Así es como acaba. Languideciendo y llorando por volver casa, sin tener ningún sitio adonde ir. Da que pensar, ¿verdad?

—¿Sobre qué?

—Sobre que todo es siempre igual. Que nada cambia.

—Eso es algo exagerado, por decir poco.

Pero se veía a Jeffrey tan satisfecho de sí mismo que Naomi lo dejó correr. A fin de cuentas, ella era la última persona que podía discutírselo. Y aunque se lo discutiese, ¿qué cambiaría en ella o en aquel pesado?

—Todos saben que se refería a la isla de Gozo, no a esta —dijo entonces Christopher.

—En efecto. Pero ¿quién sabe si siquiera existió de verdad? —preguntó su padre.

—No existió —dijo el chico—. ¿Sabías que Calipso significa «aquella que se oculta»? —preguntó a Naomi, ajeno a las ironías que pronunciaba de forma inconsciente.

—Perdónanos, Naomi; mi hijo y yo somos unos pedantes tremendos cuando nos da por ahí. Si nos embalamos, no nos para ni el Séptimo de Caballería. Y no veo muchos caballos por aquí, ¿verdad, Sam?

—Solo cabras, como mucho —dijo su hija.

Capítulo 16

Faoud se detuvo en Fasano. La ciudad estaba dominada por una larga *piazza* rectangular llena de ancianos que tomaban el sol en mangas de camisa y multitudes de palomas agotadas. Pasó entre hombres y palomas sin llamar la atención, consciente de que podían tomarlo fácilmente por italiano. Entró en la zapatería de una calle cercana y se probó varios modelos de buenos zapatos italianos hasta dar con dos pares que le quedaban bien.

Pagar quinientos euros le pareció una obscenidad, pero unos zapatos desastrados podían delatar a un hombre, hasta para el ojo menos avezado. Era una cuestión de economía de las apariencias; el elemento esencial de la ocultación y la capacidad de mimetizarse no tenían precio. También, reconoció, necesitaba desesperadamente olvidar su papel de refugiado y adquirir una personalidad totalmente distinta. Zapatos: tan banales, y al mismo tiempo de una importancia crucial. Pagó con una de las tarjetas de crédito, sin incidentes, y salió con un par puesto de vuelta al sol, donde el cuero marrón brilló maravillosamente, y le subió la autoestima. Pasara lo que pasara, fuese cuestión de vida, muerte o prisión, iría bien calzado. Era una metamorfosis mágica.

Desde Fasano, una carretera serpenteaba al sur hacia Martina Franca. Decidió seguirla porque los Codrington la habían señalado en el mapa y él prefería no conducir por la autopista. Las carreteras secundarias eran más seguras, había menos policía. Se mantuvo al volante hasta media tarde, cuando llegó a Marina di Ginosa, que era, en toda su longitud, un carnaval caótico y espantoso de campings, pizzerías, discotecas, cañaverales y bares de carretera repletos de gente en bañador. Faoud se sorprendió. ¿Dónde estaban los italianos arrogantes de ropa exquisita que tantas veces había visto en las películas, las Sophia Loren que su padre tanto había admirado tiempo atrás? Entró en un café y tomó una *spremuta* en la barra de zinc, donde pronto oyó algunas palabras en árabe en boca de los hombres que también ocupaban la barra. No lo habían identificado como uno de los

suyos, y a Faoud le alegró que no lo incluyeran en sus filas.

El viento soplaba entre los altos cañaverales que flanqueaban la carretera, en cuyos márgenes los hombres andaban en fila india, hombres del sur que pese al creciente calor llevaban chaquetas de nailon y pañuelos baratos al cuello. Condujo en dirección a Matera y pasó por un control de carretera que acababan de desmantelar. Los *carabinieri* estaban retirando los conos y los introducían en dos furgones policiales, mientras otros aguardaban en el arcén con las armas amartilladas. Allí, en el polvo amargo, vio a dos hombres esposados, cabizbajos y abatidos. Si hubiese pasado diez minutos antes, también lo habrían parado a él.

Una vez más, Dios lo había protegido y salvado de los Infieles. Pero la próxima vez debía ser más prudente. Pasó despacio ante los policías y sus miradas se cruzaron y se apartaron fugazmente sin incidentes. Era una lástima que estuviese solo; una pareja tenía más probabilidades de no llamar la atención. No obstante, pronto llegó a Matera, cuya parte moderna era de una tristeza desafiante, igual que cualquier ciudad de provincias italiana. Aparcó el Peugeot en una calle amplia, se echó una bolsa al hombro y se adentró en el laberinto antiguo que se extendía a sus pies. Le pareció que allí, donde se aventuraban pocos coches, sería un lugar más seguro para pasar la noche.

En el otro extremo de la pequeña ciudad solo había acantilados rocosos salpicados de curvas y laderas de brezo y cardos. Vio anuncios de hoteles por todas partes. Se trataba de establecimientos construidos en las cuevas largo tiempo abandonadas donde antes los campesinos habían vivido con sus animales, como si ellos también lo fueran. Encontró un hotel modesto en lo alto de un mirador, con vistas al desfiladero, y arrojó su bolsa sobre la cama. Luego se lavó, se afeitó y se bebió el agua mineral que había en la mesita de noche.

Eran las seis de la tarde y tocaban las campanas, cuyo eco resonaba en todo el desfiladero. El otro extremo parecía un lugar donde antes hubiesen vivido santos y ermitaños.

Estaba solo en el hotel y los propietarios le mostraban una indiferencia que resultaba de lo más conveniente. Salió sin ser visto y paseó por la fresca extensión del mirador. Pronto empezó a subir por los escalones de un extremo y ascendió por túneles y pasajes hacia un destino desconocido.

Finalmente salió a una amplia plaza que se asomaba al precipicio, con una iglesia suspendida justo al borde, a un lado de la *piazza*. Estaba abierta, y también el café; en una de las mesas había un japonés solitario que fumaba un cigarrillo. Faoud miró a su alrededor, no vio nada amenazador y se acercó lentamente al muro para contemplar el oscuro precipicio. Los pájaros reunidos en el ocaso hacían tanto

alboroto que lo irritaron. Se preguntó si los musulmanes habrían llegado hasta allí siglos atrás, durante la conquista del sur de Italia, y si eran ellos quienes lo habrían designado como santuario, en recuerdo de su tierra nativa. El calor fragante y seco del ocaso que ascendía de las verdes laderas les habría complacido tanto como le complacía a él.

Las campanas habían dejado de sonar. Entró en la iglesia, donde se había congregado un pequeño grupo de ancianos, y caminó por la nave con sensaciones que nunca había experimentado antes. Había pensado que debía hacer una ofrenda a las almas de las dos personas que había matado, pero resultaba imposible dentro de los parámetros desconocidos del Infiel. Sin embargo, se sentó en los bancos y elaboró un discurso interior de arrepentimiento y penitencia. Dios, que todo lo entendía, comprendería sus razones e incluso que no tuviera más remedio que llevarlas a cabo en aquel lugar maldito, la iglesia de Pietro y Paolo, para rezar por los Codrington, que eran incluso más inocentes que él. Más inocentes, pero claramente menos favorecidos por Dios.

Su arrepentimiento en la iglesia le quitó un peso de encima y se sintió más libre para disfrutar de una hora en el café donde estaba sentado el japonés. De modo que se detuvo bruscamente y se sentó a una mesa mientras llamaba al camarero. Casi de inmediato una joven —italiana, le pareció— había reparado en los zapatos nuevos y en los pantalones color marfil que no eran de su talla, y mientras esperaba a que él se sentara encendió un cigarrillo. El japonés se levantó lentamente y se perdió en la oscuridad. La italiana y él se quedaron solos.

—Disculpa —empezó él en inglés.

Había supuesto bien. La joven era italiana, pero hablaba bien inglés. Hoy en día es algo habitual entre las personas medianamente cultas. Se llamaba Benedetta. Tenía veintidós años, era estudiante de arte y su padre tenía una fábrica de restauración de muebles en Brescia especializada en mobiliario del siglo XVIII.

—Te he visto entrar en la iglesia —le dijo ella—. Pero no eres cristiano.

A veces los ligues empezaban así, sacando temas de los que en realidad no se quería hablar.

—Ahí dentro he sido cristiano durante cinco minutos.

Sonrió a la joven. Lo que había dicho no era cierto, pero qué importaba.

—Cinco minutos es mucho tiempo para ser cristiano —respondió ella.

Hablaron durante una hora. Él mintió con espontaneidad, y al poco empezó a pensar que ella le creía. Después pasearon juntos por la silenciosa ciudad antigua. Faoud le dijo que al día siguiente iba a Roma, que podía llevarla en coche.

—Pensaba quedarme aquí unos días —dijo ella—. Pero a lo mejor cambio de idea.

—Lo que guste, señorita Benedetta.

—*Allora ci vediamo domani*.

—¿Qué quiere decir?

—Que nos vemos mañana.

Ella le tocó la mano, pero él negó con la cabeza, entendiendo enseguida la invitación.

—Tengo que dormir —le dijo—. Anoche dormí fatal.

Luego, para compensar aquel rechazo sexual, le repitió su oferta de llevarla en coche a Roma al día siguiente.

Benedetta aceptó la oferta con la misma tranquilidad que había mostrado ante el rechazo. Luego ella volvió a su hostal mientras él yacía despierto en su modesto hotel, fumando y reflexionando. Improvisaba de día en día, lo que resultaba muy estimulante. Sin prisa pero sin pausa, aquello lo estaba purificando. No le hacían falta ni un plan ni un destino: Dios ya había decidido por él.

Faoud no durmió, y cuando ella se presentó en su hotel a las siete de la mañana ya estaba levantado, perfectamente vestido como un Jimmie más apuesto y a punto de ponerse en marcha. Tomaron café fuera, delante de su habitación. Él reparó en que Benedetta solo llevaba una pequeña mochila, nada más, y le ofreció su cesta del pan. El cielo se había nublado durante la noche y empezaron a caer algunas gotas. Los rayos resplandecieron en la distancia y bajo las nubes hostiles las laderas le parecieron más verdes y, sin embargo, también asoladas por el abandono.

Caminaron con su equipaje hasta la parte nueva de la ciudad, donde estaba el coche. Empezó a llover con mayor intensidad y tomaron la carretera de Potenza. Pasaron por aldeas encaramadas en lo alto de las colinas cuyos campanarios vigilaban el fútil paso de los siglos y los invasores que llegaban con ellos.

Las prostitutas africanas esperaban estoicamente a los clientes a la sombra de los árboles que flanqueaban la carretera. Al salir de Potenza vieron las primeras indicaciones de Éboli y después Salerno. Antes de Éboli encontraron, como Faoud esperaba, el primer control policial. Sintió una punzada de miedo y se vio obligado a aminorar la marcha, y entonces la chica lo miró unos instantes, como si de pronto se le hubiese ocurrido algo. Pero él mantuvo una calma glacial. Allí los *carabinieri* no paraban vehículos, se limitaban a echar un vistazo. Cuando vieron en el Peugeot a la joven y atractiva pareja, les indicaron que continuaran.

Ocho kilómetros después, salió de nuevo el sol, se aventuraron por una carretera secundaria, se detuvieron y se apearon del coche. Estiraron las piernas y se echaron un rato en la hierba alta salpicada de

amapolas. Parecía que el control de carreteras la había inquietado, pero no se atrevía a plantearle directamente si tenía motivos para preocuparse, aunque sí se armó de valor para preguntarle si huía de alguien.

—Qué tontería —repuso él.

Los africanos. Ahora estaban por todas partes, remontaban la península desde los centros de detención sicilianos. Habían oído hablar de ellos en Estambul. Pero no perturbaban la paz en la tierra de los *roumi;* cuando contemplabas el cielo azul acostado entre las amapolas, aquel mundo estaba fuera del tiempo. No había tiroteos ni caos, y el silencio de la tierra era lo más sorprendente, la característica más destacable de su singularidad.

Al mediodía llegaron al mar, a una población llamada Castellabate, y a lo lejos vieron una aldea encaramada sobre las aguas y el cartel de un hotel restaurante llamado Il Frantoio. Como parecía remoto y agradable al mismo tiempo, él sugirió que subiesen a echar un vistazo.

La antigua almazara transformada en hotel se agarraba al borde del acantilado y miraba al mar sin sombras que con encantadora indolencia surcaban los ferris de Salerno. Llamaron a la campanilla. Acudió un hombre gigantesco con un parche en el ojo, el propietario, que después de examinar su ropa de la cabeza a los pies (la de Faoud compensó la de Benedetta) les invitó a pasar a un gran comedor y tomar un limoncello en vasitos con forma de tulipán. El dueño habló con Benedetta, cuyo documento de identidad le pareció suficiente. Luego Faoud le entregó la tarjeta de crédito de Jimmie. El propietario era tuerto, pero su ojo activo poseía una exagerada intensidad que atravesaba con penetrante precisión a los demás.

Salieron a la terraza panorámica. El dueño se dispuso a llenarles la copa con un falanghina frío, pero Faoud cubrió la suya con la mano.

—Hoy descanso —dijo, sonriendo.

—*Fa bene* —respondió el hombre—. ¿Una o dos noches, señor Codrington? El menú de la cena le encantará.

Faoud se volvió hacia Benedetta como si fuera su mujer y necesitara consultarle el asunto.

—Probaremos una, y ya veremos —dijo ella.

Subieron a su habitación, soñolientos. Las ventanas también tenían vistas al mar y el resplandor del sol confería a las paredes una luminosidad anticuada. Ella se echó en la cama con actitud expectante, pero tranquila. Faoud se acercó a la ventana y se sumergió en la luz marina. Era uno de esos días en que la convergencia de mar y cielo en el horizonte resultaba imperceptible a simple vista. La chica se volvió de costado y lo observó. Que él no quisiera nada de ella no parecía tener más efecto que divertirla, pero también había un atisbo de perplejidad

desdeñosa que sabía ocultar. Su lenguaje corporal, la forma en que estaba acostada en la cama, era una clara invitación. Pero él no sabía si iba a aceptarla. A fin de cuentas, se trataba de un regalo de un mundo ajeno al que no tenía derecho. Tomarlo por la fuerza sería más adecuado, pero eso no era propio de un caballero. Finalmente, harto de elucubraciones, se quitó la americana, se desabrochó la camisa Abbarchi y se volvió hacia la chica, que ahora estaba boca arriba, contemplando una pequeña y polvorienta lámpara de araña. El propietario tenía unos sólidos gustos burgueses, pero sus habitaciones eran acogedoras e invitaban a relajarse. Faoud se acostó, pasó los dedos por el cabello de Benedetta y ella no dijo nada, pero tampoco los apartó.

Faoud había dejado las ventanas abiertas, y de noche los mosquitos que llegaban del bosque se lo comieron vivo. Solo se dio cuenta cuando ya era demasiado tarde y tenía el cuerpo cubierto de picaduras envenenadas. En aquella tierra invitadora y siniestra, hasta los mosquitos habían identificado su sangre hostil y se habían lanzado al ataque. Cerró las ventanas —ella seguía dormida— y la habitación se volvió sofocante. Maldiciendo, se levantó y volvió a abrirlas. Los pequeños demonios seguían allí, revoloteando fuera de su alcance. Asfixiarse o que te coman vivo: aquel era el dilema con el que Dios lo ponía a prueba.

Tendría sus razones. Se planteó salir furtivamente de la habitación con todas sus pertenencias, subir al coche y alejarse en silencio. Pero se había sentido atraído por la solicitud de la mujer nazarena cuando se besaban, sin hacer el amor. Pensó que puesto que Dios había puesto a aquella mujer en su camino, no debía rechazar tan precipitadamente su regalo. Quizá otros dos días, y luego volvería a su soledad. Pero ¿quién sabe? Sin duda, la vida era más agradable con ella a su lado. Y no parecía que aquella chica tuviese la menor intención de delatarlo. Quería algo de él, tanto como él quería algo de ella. *Jayid jiddaan thumm*. No tenía por qué desaprovecharlo.

Satisfecho sin sexo, durmió mucho mejor. Pero al despertar descubrió que era él quien estaba solo, y que Benedetta había salido de la habitación sin avisar. Tampoco la vio en el desayuno. Cuando le trajo el café, el propietario se limitó a decir:

—Nadie la ha visto. Tal vez se ha ido a nadar.

—¿A nadar?

Faoud lo comprendió poco a poco.

Fue al coche y descubrió que el dinero había desaparecido. Para su propia sorpresa, aquello no le enfureció; simplemente se alegró de que Benedetta no se hubiese llevado también el coche. Así funcionaban esos ladrones europeos. Había que encararlo con tranquila resolución y capacidad de venganza. Entró de nuevo en el hotel como si nada hubiese ocurrido, porque lo último que necesitaba era montar una

escena y tratar con la policía. Algo que ella también habría tenido en cuenta.

De modo que se sentó en la terraza con vistas al mar azurita de los romanos y se tomó el café con los cruasanes de la casa. Después paseó tranquilamente por el compacto pueblo de Castellabate, secándose el sudor de las sienes. El viento traía el calor de los olivares. Se obligó a olvidar la afrenta y mirar al futuro, a los fríos arcos de piedra de los cristianos muertos y al aroma de la pasta que hervía en ollas cercanas. En cualquier caso, aquel mundo ya no importaba: era casi una ruina.

DAIMONIA

Capítulo 17

Rockhold despertó puntualmente en una habitación llena de esponjas secas del Bratsera. Las pesadillas seguían inundando sus pensamientos cuando buscó el vaso de agua en la mesita de noche e intentó vislumbrar el sol detrás de los postigos. Llamó de inmediato a su mujer, en Inglaterra.

—¿Minnie? Que no se te olvide regar los girasoles.

—¿Has tenido una pesadilla? —preguntó la vocecilla al otro lado de la línea, sin atender a sus instrucciones.

—Me devoraban los delfines.

—Qué horror. Recuerda comerte el pomelo, querido.

Obediente, desayunó el pomelo a solas junto a la piscina del hotel. Se vistió para aquella humilde ocasión porque las costumbres militares no eran fáciles de olvidar, sobre todo si se habían adquirido durante años a costa de un considerable esfuerzo psicológico. En aquel aspecto no se parecía a Jimmie. El panamá estaba a un lado; vestía un suave lino y unos cómodos mocasines de ante. Llegaré a viejo, llegaré a viejo, era su mantra; fumaré tabaco de liar. Sus peores expectativas se habían cumplido, como siempre.

Los extranjeros ricos que se alojaban en el Bratsera se levantaban más tarde, por lo que disfrutó de una hora de soledad junto a los limoneros maduros que solo interrumpió para hablar con la camarera rusa. Leyó su correo electrónico, vació su cabeza de los sueños desagradables de la noche y repasó las notas que había escrito el día anterior, durante su cena solitaria. Pasaban los días y seguía sin noticias de Jimmie. Era una alteración sin precedentes. Se lo había contado a Minnie porque ella lo había notado inquieto e insomne por la desaparición de Jimmie. Y su mujer le había sugerido que volara a Atenas y se ocupase del asunto sobre el terreno. Era la única forma de resolver algo difícil, y él había estado de acuerdo. Su antiguo amigo le pagaba, muy generosamente, para que le guardase las espaldas y lo protegiera de los peligros, los inconvenientes y los súbitos desastres que siempre acechaban a un hombre como Jimmie Codrington. Era «la

espada», como le llamaba Jimmie, el viejo que metía a los jóvenes en cintura. Les unía un vínculo profundo y secreto, fruto de una prolongada amistad que había derivado en una suerte de protección cuando Rockhold pasó por apuros económicos. Los negocios de Jimmie eran variados y opacos; se metía en operaciones que le atraían porque eran peligrosas. Rockhold se convirtió en su guardaespaldas invisible, pues solo excepcionalmente desempeñaba funciones físicas. Era demasiado viejo para eso. «Tú eres mis ojos y mis oídos —solía decirle Jimmie para asegurarle que lo necesitaba, y añadía—: también mis intuiciones y mis corazonadas.» Hablaban casi a diario. Cuando su amigo no respondió a sus llamadas durante días, Rockhold supo que había llegado el momento de desplazarse, indagar y solucionar.

Solo había estado en Grecia una vez, hacía muchos años. Aquel era un teatro de operaciones desconocido. Decidió no precipitarse en sus conclusiones ni dejarse llevar por el pánico. Iría día a día, con una mentalidad abierta. Pero la situación era desconcertante. Para empezar, era extrañísimo que Jimmie y Funny ni siquiera estuviesen en la isla; la hija era tan fría y distante como su padre la había descrito. Pero de ahí a considerarla sospechosa... había un trecho. No era más que una actriz consumada, aunque las actrices consumadas nunca deben infravalorarse. Después de desayunar bajó al puerto y deambuló lentamente entre los yates por si podía interrogar a algún madrugador en los muelles, a los marineros de pequeñas embarcaciones, por si reconocían la fotografía de Naomi. Y eso hizo día tras día hasta encontrar al viejo griego que había alquilado su barca a Naomi para ir a Palamidas.

Se entendía que Naomi le había pagado para que guardara silencio, pero él vendió su precioso silencio por una suma levemente superior. Su inglés era precario, pero bastó. Rockhold le sonsacó la palabra «Palamidas».

Volvió al hotel y preguntó a las dos recepcionistas de mediana edad si podía contratar a un intérprete durante una semana. Una de ellas tenía un sobrino a quien le encantaría ganar unos euros y que se presentó en el hotel al cabo de una hora. Era un chico de unos dieciséis años con un inglés pasable. Volvieron juntos al puerto y alquilaron la barca; como ninguno de los dos sabía manejarla, se llevaron también al propietario.

A través del chico, Rockhold le pidió que los llevase donde había llevado a Naomi. Fue fácil. Durante el trayecto a Palamidas pasaron por un tramo de costa del que Jimmie le había hablado a menudo. Las villas, las escaleras, las secas colinas. Pero no le impresionó tanto como se esperaba. El olor a riqueza extranjera dominaba aquel paisaje. En Palamidas dejaron al barquero en la orilla mientras Rockhold y el chico ascendían por la misma ladera que, según el marinero, Naomi había

subido muchas veces. Seguro que iba a Episkopi, añadió. Y allí llegaron a eso de las diez.

A Rockhold le pareció un mundo totalmente distinto de las mansiones que salpicaban la costa. Un lugar abandonado y azotado por el viento, que le gustaba mucho más. Un sitio triste, pero triste precisamente por su belleza, y a la inversa. El sur, pensó. Llamaron a la puerta de algunas casas.

Poco después vieron a dos hombres fumando tranquilamente en pipa en una verde ladera. Los viejos pastores observaban a los recién llegados con expresión intransigente, pero sin dirigirles ninguna señal de reconocimiento ni de bienvenida. Rockhold y el chico subieron con esfuerzo hasta donde se encontraban y fue el muchacho el primero en saludar.

—Este señor está buscando a una joven —les dijo. Los pastores observaron a los desconocidos con indiferencia fría y más que evidente —. Aquí está su fotografía.

La imagen de Naomi hizo que uno de ellos soltara un bufido de desdén.

—¡Ah, esa!

El chico tradujo, pero Rockhold no mostró la menor emoción.

—¿La reconoce?

Después de que le tradujeran la pregunta, el hombre respondió:

—Venía aquí a ver a su amante. Le alquilé una cabaña.

—¿Cuál?

—Aquella de allí arriba.

El hombre señaló una barraca destartalada.

—¿Su amante? —preguntó Rockhold.

—Sí, tenía a un árabe ahí arriba. Pasó aquí unas noches. Es ilegal, pero no dije nada.

—¿Cómo se llamaba él?

—¡Y yo qué sé! No lo invité a tomar el té.

—¿Cómo sabe que era árabe?

—Se le veía a la legua. Lo vi llegar en barca. Lo dejaron aquí y luego se fueron. Eso no es habitual.

—¿Y no avisó a la policía?

Por fin el hombre apartó la vista, absorto en su pipa.

—Ella debió de pagarles —dijo el muchacho a Rockhold, en inglés.

«Conque así funcionan las cosas por aquí», pensó el inglés.

Se pagaba para que guardasen silencio y los secretos quedaban ocultos.

—¿Puedes preguntarle si ella le pagó? —insistió Rockhold.

Pero el chico negó con la cabeza. Esa clase de preguntas se consideraban de mala educación.

Rockhold preguntó si podía subir a echar un vistazo a la cabaña y

el hombre accedió con evidente desgana.

—No he tocado nada desde que se marchó —le dijo al muchacho.

El inglés subió solo. La cabaña estaba hecha un desastre, pero nada delataba la presencia de un extranjero. La registró rápidamente y luego salió de nuevo a la luz del sol. Así que Naomi tenía un amante aquí arriba. ¿Se lo había contado a Jimmie y Phaine?

Cuando bajó, los griegos reían juntos. Tuvo la sensación, que no pudo confirmar, de que se burlaban de él. Era innegable que había perdido su porte, pero le molestó que el muchacho se hubiese unido, al parecer, a sus risas. Como venganza, sacó su cuaderno.

—¿Cuándo fue la última vez que Naomi subió aquí?

El hombre respondió de forma imprecisa, como era de esperar.

—Hace unas semanas. No me acuerdo. Se marcharon juntos.

—¿El amante y ella?

—Fueron al resort. Mi primo me ha dicho que cogieron una habitación.

—¿Y ella nunca volvió?

—¿Por qué iba a volver? No venía aquí a vernos a nosotros.

—Bien, entonces iremos al resort —le dijo Rockhold al chico.

Cuando llegaron, la recepcionista quiso saber quién era él y por qué hacía preguntas. Rockhold respondió que buscaba a un joven amigo que se había alojado en el hotel con una chica inglesa.

—¿El hombre de la habitación treinta y cuatro?

—No sé cuál era el número de habitación.

Les mostró la fotografía de Naomi y se lo confirmó: habitación 34.

—¿Cuándo se marcharon?

La recepcionista consultó el registro. Hacía diez días.

Rockhold lo anotó todo en su cuaderno. Luego quiso echar un vistazo a la habitación. Preguntó a la recepcionista si el joven le había dejado su documento de identidad para que lo fotocopiasen. Pero había sido Naomi.

—¿Y sabe adónde fue el joven desde aquí? —insistió el inglés.

La recepcionista negó lentamente con la cabeza.

—Los huéspedes no nos dicen adónde van.

Cuando terminó el interrogatorio, le dio cuarenta euros al chico y le dijo que volviese a Hidra por mar con el barquero. Él quería regresar a pie. Un único camino serpenteaba hasta el puerto, por lo que era imposible perderse. Lo cierto es que le aliviaría volver a estar solo. Le gustaba andar y prefería hacerlo sin compañía.

Cuando perdió Palamidas de vista, su ánimo se volvió más contemplativo. Andaba despacio, cuidando de no quedarse sin aliento y subiendo las pendientes con cautela. Una hora después estaba en Kamini. Se sentó en la taberna Kodylenia's y contempló el mar. Algo le decía que el mar era la clave de aquel misterio, porque el amante había

salido del mar y era muy probable que ahora él tuviese que seguir sus pasos. Jimmie le había dejado un último mensaje en el móvil que no era del todo «normal». *Llámame*. Era la clase de mensaje que el irascible millonario podía dejarle, pero la hora no era habitual: de madrugada, en Grecia.

Algo más adelante pasó varias casas con persianas azules y jardines llenos de ánforas. Los burros estaban sueltos en los campos, bajo su correspondiente sombra del mediodía. Unas flores de color azul oscuro habían conquistado los márgenes del terreno. Una familia almorzaba entre carillones de viento que tintineaban a su alrededor. Alzaron la vista; él saludó cortésmente quitándose el sombrero y entendió por qué los Codrington vivían en ese lugar: pese a los nuevos ricos y su basura, justo debajo de aquella piel resplandeciente, la vieja Europa seguía allí. Había aprendido a decir «*Kalo apogevma*» sonriendo, y en el Bratsera hizo la siesta y luego nadó en la piscina del hotel con una sensación de desapego que todavía conservaba algún vestigio religioso. Era una sensación que los cielos micénicos y el aroma a limón imponían a todos los seres vivos.

Naomi había pasado varios días sola en la villa. Dormía en el salón porque no soportaba subir a los dormitorios, y vivía como una okupa comiendo únicamente pan, feta y los hermosos tomates que compraba todas las mañanas en el mercado del puerto. Desorientada, tomaba el sol en la terraza y sus pesadillas llegaban con la terrible luz del mediodía, lo que le dejaba las noches vacías y libres de preocupaciones. Comía en la misma mesa donde solía comer con Jimmie y Phaine. Se servía vino y después se preparaba un cóctel mientras escuchaba el jazz de Jimmie. Encima del equipo de música había una vieja fotografía de él en el Ronnie Scott's de Londres fumando un puro tamaño Castro, con la mirada perdida en el desagradable futuro que acabaría aniquilándolo. Se lió un porro después de comer unas pastillas de chocolate. A fin de cuentas, aquello no era lo que ella había querido ni planeado: simplemente había ocurrido, sin más.

Algunas tardes bajaba a Mandraki y se aventuraba más allá, procurando no cruzarse con los Haldane. Se tumbaba sola en la calurosa ladera y esperaba a que apareciese la chica del bote. Le alegraba poder hablar con alguien en griego y conseguir la preciada maría a cambio de unos pocos euros. Alguien que no la conocía, ni a Jimmie ni a Phaine. Dorinda no era su verdadero nombre, pero por lo demás no había en ella ninguna falsedad. Aquel día la chica amarró el bote y se sentaron juntas en las ardientes rocas.

—Ya veo que el turco se ha marchado al continente —dijo Dorinda.

—No es turco.

—Venía de allí. Me lo contó mi novio.

—Todos vienen de allí.

—Ya, por Dios.

«Por Dios» era precioso en griego: *apo ton Theo*.

—Me parece que fue un naufragio —dijo Naomi.

—Puede, *apo ton Theo*. ¿Tú qué crees?

—¿Yo? A mí ya no me importa nada.

—Es una buena actitud. ¿Pasarás aquí el verano?

—Sí. Siempre paso aquí el verano.

—Tengo unos nuevos clientes, de Atenas. Si vienes por aquí, me verás todos los días. ¡En septiembre seré millonaria!

La maría que Naomi fumaba en su terraza era potente y la sosegaba las noches que no podía dormir. Muy ocasionalmente Sam la acompañaba, y entonces jugaban a las damas y bailaban con los discos de Jimmie. La americana era más esbelta y estaba más bronceada. El sol empezaba a aclararle el cabello y Naomi sabía que Sam se veía con un chico al que nunca mencionaba.

—¿Y Carissa? —preguntó Sam—. Ya tendría que estar de vuelta, ¿no?

—Vuelve mañana por la mañana. Pero he decidido despedirla. Ya no tiene nada que hacer aquí. Aunque sé que le disgustará.

—¿No se volverá en tu contra?

Naomi también lo había estado considerando.

—Podría, pero no lo creo.

—¿Es leal a la familia?

—Algo así.

Sam soltó un bufido de desdén.

—¡Esa sí que es buena!

—Así somos por aquí, cariño.

Se emborracharon con *mastika* y su piel empezó a brillar por el calor de la noche. Sam le dijo que su padre sentía curiosidad por el paradero de los Codrington y que le había preguntado si se habían marchado definitivamente de la isla. Ella le había dicho que, por lo que sabía, sí. Su familia aún tardaría en volver a Nueva York; mantener la mentira sería una pesadilla.

—Lo sé, Sam. Pero tenemos que seguir así. Todos se marchan de Hidra en septiembre. La isla queda desierta. Y entonces ya estaremos seguras, lejos de aquí. Debes tener fe.

A las siete Naomi fue a buscar a Carissa al puerto. Vestida de negro como una joven viuda, con gafas de sol y los labios pintados de rojo, se sentó en el café más cercano al muelle donde atracaba el barco. Carissa la vio de inmediato al desembarcar. Tenía un aspecto saludable y estaba algo más rellenita; se había atracado con los platos de su madre

durante unos días. Llevaba un vestido nuevo y Naomi la vio muy cambiada; más sofisticada y menos desmoralizada. También era el efecto de no tener que soportar el maltrato de Phaine ni las insinuaciones fálicas de Jimmie. Había vuelto con los suyos y había florecido. Precisamente por eso quizá sería más difícil lidiar con ella.

Fue lo primero que se le ocurrió a Naomi y resultó ser cierto. Alquilaron un burro para subir la única bolsa de Carissa hasta la casa, y de camino pararon tranquilamente en un bar. La relación entre empleadora y empleada había desaparecido por completo. Siempre se habían caído bien y siempre habían sido cómplices, pero ahora, con los Codrington muertos, el equilibrio se había desplazado y Carissa había perdido su ya de por sí escasa actitud subordinada.

Hablaba en un griego tosco y obsceno, y soltó una burda risotada cuando el camarero bromeó con las dos jóvenes. Naomi se alteró, pero no lo dejó entrever. Pensó que era mejor sacar el peliagudo tema cuanto antes y le preguntó a Carissa si realmente quería seguir trabajando en la casa, ahora que ya no hacía falta.

—Lo he estado pensando —respondió la chica, sin siquiera parpadear—. Llevo siete años con tu familia, como sabes. Y he ahorrado algún dinero.

—Me alegro.

—Ahora que los señores se han ido, sería extraño seguir en la casa. Tú no necesitas una criada.

—No, es verdad.

—Así que no sé si debo seguir contigo. Pero me parece que tú ya has tomado una decisión.

—¿Ah, sí?

—Creo que sí, Naomi. ¿Qué quieres que haga?

—No me he planteado que fuese yo la que quería algo.

—Pero tú quieres que desaparezca. Sería mejor para ti.

—Te agradezco que hicieras lo que hiciste.

—Y yo te agradezco el dinero. Pero no me bastará. Me puedo ir mañana mismo, si quieres. Verás, quiero comprar una tienda en mi pueblo. He encontrado el local. Supongo que el señor tenía varios millones.

Se encontraban en un callejón estrecho y las mesas del café estaban apretujadas contra los muros. El aire estaba lleno de avispas aturdidas, atraídas por el alcohol de los vasos que nadie había retirado de las mesas. Naomi bajó la voz y se inclinó un poco para que no pudiera oírse absolutamente nada de lo que decía.

—¿Quizá deberíamos hablar de esto arriba, en casa?

—Como gustes. No me importa dónde lo hablemos.

—Pero Carissa, tú sabes que no lo hice por el dinero. Todo fue un accidente.

—Sí, ya. Pero te ha venido muy bien.

—No es tan sencillo, ¿no crees?

—No sé lo sencillo que es. ¿Por qué no me lo explicas? Por lo que sé, tú los querías muertos.

Guardaron silencio mientras subían hasta la casa. Una vez allí, Carissa preparó el té y se sentaron en la terraza, a la sombra.

—Si puedes pagarme mañana, me iré enseguida. Volveré con mi madre. Mi madre no hará preguntas. ¿Qué te parece?

—Depende de cuánto quieras.

—Lo he estado pensando. Sé que el tema de la herencia tardará en solucionarse, hasta que tu familia decida qué le ocurrió a tu padre. Quizá nunca heredes, pero estoy segura de que puedes acceder al dinero.

—¿Y cómo voy a poder?

—Puedes, Naomi. Te conozco.

Naomi se mordió la lengua porque las criadas siempre sabían más de lo que aparentaban. En realidad, lo sabían todo.

—Pero sería peligroso empezar a sacar grandes sumas de dinero, ¿no crees?

—Puedes pagarme a plazos, no me importa. No hay prisa. Estaba pensando..., podrías darme cincuenta mil euros. No es pedir demasiado. Sé lo que hay en las cuentas y no es pedir demasiado. No será un problema para ti.

—Lo has pensado todo muy bien, ¿verdad?

—Yo no busqué ser cómplice de un asesinato. Es injusto para mí. Fue culpa tuya que la cosa acabara así.

—Sí —dijo Naomi amargamente—, tienes razón. Es mi culpa. En cierto modo, lo es.

—Sé que no podías haberlo previsto, pero era un plan estúpido, predestinado al fracaso. Y ahora me ha destrozado la vida.

—No te ha destrozado nada.

—Si la policía se presenta, tendré que desaparecer. Y cuando desaparezca quiero esa tienda. Pero para eso necesito dinero.

—Vale, lo entiendo. No soy idiota.

—Solo eres egoísta. Siempre lo has sido, Naomi. No organizaste el plan para ayudar al migrante, sino por ti y por tu padre y Phaine. Sé que eran crueles contigo. No todo es culpa tuya.

—Pero no puedo darte cincuenta mil euros sin más. Si ahora te doy cinco mil, ¿volverás al continente? Tendrás que confiar en mí en cuanto al resto.

—No, Naomi. Tú tendrás que confiar en mí. Pero sé que me lo enviarás, porque te conviene hacerlo.

Naomi sorbió el té y decidió ser lo más cordial posible.

—Eres muy buena chantajista, nunca me lo habría imaginado de

ti. Pero lo comprendo. No es nada personal, ¿verdad?

—Todo lo contrario. Es muy personal. Desperdicié siete años de mi vida aquí, esclavizada por vosotros. No los voy a desaprovechar. Cinco mil y me voy mañana.

—¿Me lo prometes?

—Claro que te lo prometo. No seas tonta. No quiero quedarme aquí.

—¿Volverás al pueblo de tu madre?

—Es lo que quiero. Ya te he dicho que he encontrado la tienda perfecta que quiero comprar.

Naomi fue a la cocina en busca de algo de miel para el té. Encontró la miel, sacó una cuchara y vertió una pequeña cantidad en un platillo. Luego abrió el cajón de los cubiertos y vio los cuchillos de cocina de su padre ordenados en filas, algunos grandes y serrados. Eligió uno y lo apoyó en la palma de la otra mano. Carissa estaba de espaldas y contemplaba las montañas desde su silla de la terraza, pero su oído vibraba con intuición animal. Naomi dejó el cuchillo en su sitio y cerró el cajón. Cuando volvió a la mesita vertió la miel en su taza, y el temblor de su mano llamó de inmediato la atención de Carissa.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó a Naomi.

—No. Solo le doy vueltas a la situación. Y no puedo dormir de noche, tendrías que darme un poco de esa infusión tuya de cicuta.

—Pero si la dejé aquí, para ti.

Naomi pestañeó, y se sonrojó débilmente.

—No me había dado cuenta. Pero a propósito del tema, quería preguntarte algo. No comprendo que Jimmie se despertara como lo hizo. Después de que le dieras la infusión…

—Puede ocurrir.

—Es posible, pero ¿le serviste toda la dosis?

—¿Qué insinúas?

—¿Les diste toda la dosis de la infusión, Carissa?

—Ya te he dicho que sí.

—Entonces es imposible que se despertara.

Carissa clavó los dedos en los brazos de la silla y apretó la mandíbula. Intercambiaron unas palabras airadas, el enfado mutuo que sentían fue en aumento y luego Naomi cedió y dijo que a fin de cuentas qué más daba. Lo hecho, hecho estaba. Pero ahora ya no creía que Carissa les hubiera administrado una dosis completa. La joven griega había actuado con mucha astucia para salirse con la suya.

—Pudo despertarse, créeme —dijo Carissa con voz queda—. Llevaban toda la noche bebiendo. El alcohol interfirió.

Aquella tarde, Carissa durmió en su antigua habitación y Naomi bajó al puerto a hacerle la compra. Entretanto, el viejo amigo de su padre le dejaba mensajes cada hora para que cenasen juntos, y tarde o

temprano tendría que aceptar. Mejor cuanto antes y así quitárselo de encima, ya que seguir evitándolo solo levantaría sus sospechas.

De vuelta en casa, respondió al último mensaje de Rockhold y le dijo que podían verse a las ocho en el Sunset para cenar. Llevaba días preparando meticulosamente su historia y confiaba en poder realizar una actuación creíble para un hombre de setenta años todavía receptivo, creía ella, a la belleza femenina.

Capítulo 18

—En aquellos tiempos éramos muy distintos, tu padre y yo. A Jimmie le gustaba hacer escapadas a Málaga e incluso a Tánger. Tenía energía. Ya entonces era amigo de David Beaufort. Recorrió todo el Mediterráneo con su boina española y esa maravillosa corbata roja que tenía. Lo llamábamos Tally-ho. Él adoraba a Hemingway, no lo entenderías. En esa época yo admiraba muchísimo a tu padre. También era un piloto espléndido; hay que tener algo especial para ser tan buen piloto.

—Él nunca dijo que había sido piloto.

Rockhold levantó una gamba por la cola y la zarandeó suavemente, como si estuviera viva y quisiera sacarle algo.

—Es que uno se cansa de contar sus propias batallitas. Suele pasar cuando cumples los cincuenta. Ya las has oído miles de veces y empeoran cada vez que vuelves a contarlas. Acaban asqueándote.

—Quizá le avergonzara algo.

—¿Avergonzarle? Eso sería una gran emoción para Jimmie. No, creo que no. Más bien hartazgo. También era un jugador empedernido.

Naomi ni siquiera arqueó las cejas meticulosamente cuidadas.

—¿También hizo saltar la banca de Montecarlo?

—Seguro que eso forma parte de su currículum. Pero siempre me pregunté qué tal sería como padre. ¿Te llevó alguna vez de vacaciones, aparte de traerte aquí?

—Nunca. Era un padre terrible.

Ninguno de ellos hablaba muy en serio: los veranos en Hidra no eran lo que se dice despreciables como vacaciones.

—Lamento oírlo. Por lo que yo entendí…

—Los padres terribles siempre mienten sobre lo de ser padres terribles. Es la guinda en el pastel de los padres terribles.

—Querrás decir que *es* un padre terrible.

—La infancia siempre se escribe en pasado, señor Rockhold.

Rockhold ladeó la cabeza y su sonrisa también pareció descentrada. Así que la hija era susceptible. Sería mejor andarse con tiento.

—¿Cree que habrán vuelto a Italia? —preguntó Naomi.

—Eso parece, ¿verdad?

—¿Lo *sabe* o no?

—Tengo que aclararte algo, Naomi. Cuido de algunos negocios de tu padre. No todos, ni tampoco todo el tiempo. De sus asuntos financieros y de seguridad. Estamos en contacto de forma habitual. Aunque a veces se escapa a algún sitio con Funny, no es normal que se ausente más de unos días. De camino aquí, me detuve en el aparcamiento de Metochi, donde tienen el coche. No estaba.

—¿Sabía usted lo de Metochi?

—A Jimmie le parecía un sitio muy discreto.

—¿Así que se han llevado el coche?

—No lo sé. Como he dicho, eso es lo que parece.

—Muy astuto por su parte.

A Naomi le parecía que estaba controlando la situación y empezó a sentirse más segura.

—¿Puedo preguntarte si últimamente discutían mucho? —dijo Rockhold.

Naomi consideró que aquello era una buena oportunidad y fingió sorpresa.

—Pues ahora que lo dice, sí que discutían más de lo habitual. No es que eso sea asunto mío. Yo nunca sé qué se llevan entre manos.

—Se me ha ocurrido que quizá se marcharan para solucionar algún problema romántico. Es algo que suelen hacer las parejas, por lo que he oído.

—¿De veras?

—A mí me parece una exageración.

—Así que el coche no está —dijo Naomi, suspirando.

—Eso es un poco extraño. —Rockhold le sirvió vino—. Quizá estén haciendo una ruta turística por los monumentos clásicos.

—Me parece sumamente improbable.

—Siempre creí que Jimmie era un entusiasta de la Antigua Grecia. Pero quizá no lo entendí bien.

—Discutieron varias veces por las casas —siguió Naomi, que no quería entrar en el tema de la Grecia Clásica—, pero nunca escuché lo que decían. Creo que Phaine quería vender la casa de Italia, pero mi padre le tiene mucho cariño.

—Entonces ¿puede que hayan ido allí?

—No lo sé. Es posible.

Siguieron hablando mientras Rockhold pedía una botella tras otra. Fue él quien más bebió, aunque no pareció afectarle. Era de otra generación y bebía de un modo incomprensible para los jóvenes. Para esos hombres era como ducharse o sacar a pasear al perro.

—¿Y la criada? —dijo Rockhold por fin—. ¿Sigue aquí, o también

se ha ido? Quizá Jimmie le dio unos días de vacaciones, si sabía que ellos no iban a estar.

—¿Carissa?

—Así se llama, ¿verdad?

—No está aquí. Se habrá ido a su casa.

Él le preguntó qué aspecto tenía, y por primera vez Naomi balbució, mientras buscaba las palabras. Intentó ser imprecisa para despistarle.

—En cualquier caso, creo que ella puede sernos de ayuda —dijo Rockhold con afabilidad.

—Lo dudo, señor Rockhold. Es muy simplona y no sabe nada de Jimmie y Phaine. Mi padre la mantiene en su puesto por una cuestión de lealtad.

—Muy decente por su parte.

—Muy rácano por su parte, más bien.

—¿Tienes su teléfono?

—No, lo siento. Es mi madrastra quien se encarga de esos asuntos.

Él lo aceptó y cambió de tema. ¿Debían pasar al whisky? Naomi rechazó la oferta y Rockhold pidió para él. Comentó que aquel sitio, el Sunset, era muy especial y que los cañoncitos hacían que se sintiera a gusto. Preguntó a Naomi por su infancia en la isla. ¿Conservaba muchos amigos griegos de entonces? Daba la impresión de que los expatriados formaban un grupo aparte, algo habitual. Los ingleses de la isla eran instruidos, socialmente privilegiados y muy interesados por la cultura que los rodeaba. Pero últimamente parecía que los rusos los estaban desplazando. Había conocido a algunos ingleses en los pocos días que llevaba allí. Todos encantadores. Y solo decían cosas buenas de Jimmie y Phaine.

Justo entonces sonó el móvil y, tras echar un vistazo al número, le dijo a Naomi que tenía que responder. Se levantó y se dirigió al sendero que ascendía desde el restaurante. Le llamaba su ayudante de Londres, una mujer llamada Susan, a quien Jimmie también tenía en nómina, aunque apenas supiera de su existencia. Ni siquiera la esposa de Rockhold sabía de su existencia. Susan monitorizaba transacciones con tarjetas de crédito y los movimientos financieros de los empleados de Jimmie. Llamaba para informarle de que se habían producido nuevas transacciones en Italia.

—El señor Codrington ha utilizado su tarjeta hace poco, en una pequeña ciudad llamada Fasano. Está en el sur de Italia.

—¿Fasano?

—En una zapatería.

—¿Se ha comprado unos zapatos?

—Eso parece.

—¿Y dónde está Fasano?

—Le enviaré un mapa.

—¿Qué tipo de zapatos ha comprado?

—Zapatos caros.

«Vaya, vaya», pensó.

—No se compraría unos zapatos baratos —dijo.

Volvió a la mesa, y en lugar de disimular le contó a Naomi lo que acababa de oír.

—¿Italia? —exclamó Naomi.

—Eso parece. Se ha comprado unos zapatos en un lugar llamado Fasano.

Naomi se quedó pensativa. ¿Se compraría Faoud unos zapatos con la tarjeta de crédito de Jimmie? Tenía que ser eso. No tenía zapatos, pero podría haber pagado en efectivo: aquello era un error.

—Me sorprende —mintió—. Se marcharon sin decirme nada. Es muy descortés por su parte.

—Quizá les surgió algún imprevisto.

—Lo dudo.

Naomi estaba desconcertada y él tomó nota. Pero era imposible saber a qué se debía. A partir de entonces la trató con cuidado, y dejó de hablar de su padre y su madrastra para que se relajara. Rockhold le transmitió que le alegraba que estuvieran en las carreteras italianas y que pronto se marcharía de la isla para ir a Italia a buscarlos. No había motivos para seguir investigando en Hidra.

—Les he llamado a la casa de Sorano, pero no responden —dijo Naomi—. ¿Cree que puede haberles pasado algo?

—No, si Jimmie está comprando buenos zapatos.

—¿Qué hará usted en Italia, entonces?

Ni el propio Rockhold lo sabía.

—Encontrarlos, supongo. No comprendo por qué se esconden de nosotros. Me parece de lo más infantil.

—No podría estar más de acuerdo.

—Por cierto, ¿te quedarás aquí todo el verano? ¿O volverás a Londres?

Naomi le sostuvo la mirada, con el cuerpo erguido y sereno. Comprendió que aquel era un hombre al que había que eludir con ligereza. No le parecía que sospechara claramente de ella, pero había recelo, y las invisibles antenas animales de Rockhold estaban en alerta, atentas a la menor reacción muscular por parte de ella. Era un sabueso de olfato fino. Por mucho que la llamase «querida» y pagara la cuenta.

—No me voy a ningún sitio, señor Rockhold. En realidad, me estoy planteando mudarme aquí. Es mi casa de veraneo, a fin de cuentas.

—Una idea excelente.

—Claro que primero tengo que preguntárselo a Jimmie y Phaine.

Él la miró y sus ojos parecieron separarse. Naomi reconsideró lo

que había pensado antes, que uno era de cristal. Pero no podía preguntárselo.

Él volvió solo al Bratsera. En la pequeña zona del puerto había un concierto de jazz sin escenario; los músicos tocaban de espaldas al agua y a los yates iluminados. Se sentó en uno de los cafés, pidió un Pernod y después llamó a Susan para que le comprara un billete de avión Atenas-Bari. Luego se perdió en sus pensamientos. Le escocía el ojo y quería acostarse para quitárselo, pero la noche era demasiado agradable para abandonarla sin más. Pensó en Naomi. Jimmie siempre le había dicho que era una mentirosa consumada, y se preguntó si acababa de asistir a una perfecta demostración de ese talento. Había reparado en los tacones, los pendientes y el pintalabios. Demasiado para pasar un par de horas en el Sunset con un viejo. Se había esmerado en exceso. Había una grieta justo por debajo de su superficie que la hacía parecer descentrada, algo de lo que ella no era consciente. Mentía, pero él solo podía detectar la falsedad con la parte inconsciente de su conciencia.

Naomi se quedó en la mesa del restaurante y llamó a Sam para hacerle una propuesta. ¿Por qué no se iban a Atenas al día siguiente y escapaban de la claustrofobia de la isla? Ella tenía que ir igualmente a la ciudad a sacar dinero para Carissa, pero era un trayecto aburrido si lo hacía sola. Sam no solo accedió, sino que además la idea pareció entusiasmarle. Había pasado un día aburridísimo nadando sola y le preguntó si en Atenas podrían hacer algo distinto.

—¿Distinto en qué sentido?

—¿Podremos ir a un restaurante de moda? ¿Emborracharnos? ¿Desahogarnos?

—Ya era hora, y además invito yo.

Al volver a casa se encontró a Carissa despierta, disfrutando del brandy de Jimmie. Se comportaba con descaro y su expresión era claramente insolente, pero Naomi lo pasó por alto para mantener la paz. Se fue a su habitación y esperó a que la criada hiciese lo mismo.

Tardó mucho. Carissa canturreaba en el salón con la radio puesta y ya era casi medianoche cuando bajó al sótano y cerró la puerta. En cuanto volvió la calma, Naomi regresó al salón y observó que la criada no había recogido nada de la mesa donde había comido. Allí estaban la copa de vino sucia, platos con cortezas de queso, servilletas. Lo había dejado todo a propósito. Naomi registró la habitación para asegurarse de que Carissa no había robado nada; luego sacó del cajón los cubiertos de plata de Phaine y retiró de la chimenea dos candelabros de plata que acompañaban a varias fotografías de Jimmie y Phaine en diferentes lugares del mundo, posando como si no supieran que los estaban fotografiando. Lo enrolló todo en un mantel y se lo llevó arriba para guardarlo en una bolsa de deporte. Luego volvió al salón, apagó las

luces y cerró las puertas. Quizá era la última noche que compartía con otro ser humano en Belle Air. Escribió una nota a Carissa explicándole que se iba a Atenas por la mañana y que volvería la noche del día siguiente con el dinero. Quería pasar una noche en Atenas para asegurarse. Prefería no decírselo a la cara; Carissa habría desconfiado y probablemente pondría objeciones. Dejó la nota en la mesa del comedor y salió al jardín, donde una luz plateada bañaba las ramas más altas del árbol y las cigarras ancestrales cantaban en los muros circundantes. No era un cementerio, sino un silencioso santuario lleno de huesos, y esa simplicidad lo volvía más bello de lo que había sido antes.

El primer ferri del Pireo pasaba por un estrecho que separaba el continente de la isla de Poros. Al acercarse a Galatas, el agua era poco más que un canal, y, siempre que lo atravesaba, Naomi temía acabar estrujada en aquel árido desfiladero. Pero en aquella ocasión, mientras contemplaban la vista desde cubierta comiendo sándwiches de *souvlaki* y mayonesa con las narices manchadas de crema solar, no sintió ningún miedo. Pasaron Egina, cuyas casas encaladas resplandecían bajo el cielo despejado, limpias como templos. Se animaron en cuanto Hidra y Poros desaparecieron del horizonte y la luminosidad se situó delante de ellas, y no detrás.

A las dos se les ocurrió, por separado, que podían ir al aeropuerto y arriesgarse a huir. Llevaban el pasaporte. Pero aquella idea tentadora se esfumó tan rápidamente como había venido, y una vez desaparecida ya nunca volvería. En cuanto llegaron al puerto, corretearon por la calle y pararon un taxi para que las llevara al centro, al barrio de Caravel y a un café llamado Oroscopo que Naomi frecuentaba desde hacía años. Era domingo y las calles estaban tranquilas, aunque no lejos del Oroscopo un payaso con rastas hacía de tragafuegos junto a un semáforo. Bebieron la primera copa del día, dos cervezas, y pidieron unas tortillas. De pronto se sintieron exultantes. Finalmente, Naomi abrió la bolsa que llevaba consigo y le mostró a Sam los objetos de plata. Iba a llevarlos a una tienda que conocía, cerca de Plaka, para venderlos.

—Eso es una locura, ¿ya te has vuelto una delincuente de pies a cabeza?

—Podría ser. Es que no quiero esta mierda en mi casa.

—¿Y no te preguntarán de dónde lo has sacado?

—Olvidas que fui una adolescente chunga. Me conozco todos los sitios. No creerás que es la primera vez que vendo plata de Phaine a escondidas, ¿verdad? Ella nunca lo notó. Y seguro que ahora tampoco lo notará.

—Su fantasma, sí.

—Su fantasma no puede detenerme. Y además no creo en

fantasmas. Ya he decidido que voy a hacer algunos cambios en su decoración.

—¿Vas a renovar la casa?

—Esperaré a que todo se calme... y entonces, sí, lo haré. Voy a vaciarla y empezar de cero. La pintaré de azul por dentro, quedará más bonita. Será más acorde con los gustos de mi madre. Ella sí que tenía buen gusto, a diferencia de esa bruja. Jimmie también tenía gusto, solo que era mal gusto. Supongo que eso es preferible a no tenerlo en absoluto.

Al mediodía, cuando las sombras eran más breves y las calles parecían alumbradas por luces de neón, tomaron un taxi en dirección a Plaka y subieron a la acrópolis entre laderas de pinos que aliviaban el calor. En los propileos, se hicieron unos selfis en los empinados escalones que llevaban al Partenón, y, de pronto, su sociedad secreta de dos miembros volvió a florecer, sin que nadie lo impidiera.

Cuando llegaron al Partenón a pleno sol, la vista lejana de las islas envueltas en la bruma vació sus pensamientos y se sentaron en uno de los muros para contemplar el Teatro de Dioniso, que se extendía a sus pies. Aquellos muros, más antiguos que los templos, con sus hierbas y su color más oscuro, siempre le traían recuerdos de su padre y de los veranos de su infancia, cuando Jimmie la llevaba allí con su madre y comían junto a aquellos mismos muros. Fue el único acto noble de su padre: la transmisión de la idea de la Grecia Eterna. Pero de dónde había sacado esa idea era todo un misterio, pues Jimmie no actuó así en ningún otro aspecto de su vida, mucho menos en sus perniciosos negocios. Los dos elementos coexistían en su carácter sin que nadie supiera ni cómo ni por qué. Quizá las razones se remontaran a su propia infancia, pues siempre había sido un lector entusiasta. Y al proceder tales razones de la infancia de Jimmie, habían penetrado también en la de Naomi, y allí habían arraigado. Sentarse en el muro con Sam y guardar silencio fue su último adiós a su padre.

Una hora después bajaron de nuevo al Areópago y contemplaron las vistas incandescentes de la ciudad: la colina inalterada durante milenios, el lugar donde estuvieron Solón y Pericles; y la ciudad del siglo XXI, maltrecha y agonizante. Los turistas, coreanos y taiwaneses, descendían en tromba por los caminos principales mientras atardecía, y la soledad volvía a apoderarse del lugar. Se sentaron muy juntas, sin hablar, mientras se encendían mil luces, y Sam pensó que podría quedarse allí la noche entera, que no le importaría. Admiraba cada vez más a Naomi y le impresionaba su seguridad, su capacidad de adaptarse rápidamente a las circunstancias e improvisar en beneficio propio. Solo había mostrado momentos puntuales de desconcierto, aunque Sam admitía que aquellas mismas cualidades que tanto admiraba también resultaban perturbadoras. Serena y tenaz, Naomi se

había ido transformando en la delincuente nata que era, ajena a las complejidades de la conciencia.

—Dormiremos en el Grande Bretagne —dijo Naomi por fin tomándola brevemente de la mano, como si conocer esa ciudad mejor que ningún angloparlante le diese credenciales para decidir todo lo que allí harían dos chicas en una noche de liberación—. Es donde siempre se alojan los Codrington. Ahora solo habrá uno, pero me acompaña una Haldane..., y eso es mucho mejor. Creo que podré pagarlo con un candelabro. O puede que con dos.

Bajaron andando a Plaka. Las exasperantes masas turísticas habían disminuido y la zona estaba, por tanto, más tranquila y desesperada. Quedaban algunas boutiques antiguas al borde de la extinción y, en contraste, casas de empeños en pleno funcionamiento. Naomi dejó a Sam en un café y le dijo que la esperase mientras ella vendía la plata. Era absurdo involucrarla en una transacción que pudiera tener testigos. Esta vez Sam accedió a esperar con su *metrios*. Al cabo de media hora, Naomi volvió sin la bolsa y con una impresionante cantidad de dinero.

—Con esto podemos largarnos a Bali. ¿Nos vamos?

—¡Sí!

Pero lo que hicieron fue tomar otro taxi al Grande Bretagne, que estaba a un lado de la plaza Sintagma, y registrarse con el documento de identidad de Naomi. El personal la conocía muy bien y le preguntó de inmediato por el señor y la señora Codrington.

—Están en Roma —respondió Naomi con tranquilidad—. ¿Podemos alojarnos en la suite de papá? Esta es mi prima, Samantha.

—Por supuesto, señorita Codrington.

—Y suban una botella de ginebra y Canada Dry.

El empleado asintió con una inclinación de cabeza.

Naomi y Sam subieron a la suite y cerraron los ventanales para protegerse del sol. A los quince minutos la habitación se había refrescado. En la habitación había juegos de mesa y se pasaron toda la tarde jugando al Scrabble en la cama y bebiendo ginebra con Canada Dry. Ganó Sam.

—Esta noche te llevaré a un restaurante increíble —dijo Naomi—. Un habitual de los Codrington. Creo, *apo ton Theo*, que te mereces una velada allí. Y yo también.

—Por Dios, ¿eh?

Durmieron dos horas y luego se vistieron. Bajaron al elegante vestíbulo y pidieron un taxi para ir a Kolonaki, donde se apearon en una esquina tranquila, sin multitudes. Desde allí anduvieron por una callejuela hasta llegar a un restaurante llamado Spondi, protegido por unos muros discretos. Jimmie y Phaine conocían muy bien a los dueños y, al verlas, los camareros se alegraron más de lo habitual.

Estaban acostumbrados a exclamar: «¡Señor Jimmie!» y tratar con exagerada cortesía a la mujer griega, Phaine, a cuyo padre conocían de los tiempos de Costas Simitis. Porque, en realidad, era la familia ateniense de Phaine la que importaba allí.

Las condujeron a la mesa habitual del señor Jimmie.

—Tráiganos algo delicioso —les dijo Naomi en griego—. Es la primera vez que mi prima come aquí. Quiero que le hagáis una demostración de vuestra cocina.

Seguían achispadas por la ginebra de la tarde, y Sam era la que estaba más achispada de las dos.

—Mis padres nunca me llevan a sitios así. ¿Esto es real? —preguntó Sam, examinando el borde dorado de los platos.

Era evidente que los camareros conocían a Naomi desde que era pequeña. Les trajeron un Ktima Chardonnay de Pendeli, el vino preferido del señor Jimmie. La comida llegó cuando ya habían vaciado media botella: «Parmesan» con rebozuelos, hojaldre con Brillat-Savarin y un plato de aceite de oliva de Chania. El camarero que se ocupaba de su mesa les dijo que antiguamente existió un culto a Dioniso en Pendeli. Los camareros siempre contaban la misma historia cuando algún cliente pedía el Ktima. Un vino antiguo, por tanto, salvo por la uva chardonnay, claro está. Pidieron una segunda botella.

—¿De verdad venías aquí de niña? —preguntó Sam.

—Creo que mis padres me traían para civilizarme. Antes era más bonito..., me refiero a la ciudad. A todo. Podemos venir aquí todas las semanas, si quieres.

—Ojalá pudiésemos vivir en el Grande Bretagne el resto del verano. Estoy harta de la isla.

—Todo irá bien. Tengo novedades. El tipo inglés se marcha a Italia. Le llamaron de su despacho...

—¿Se marcha?

Naomi bajó la voz y se acercó a su amiga.

—Han usado la tarjeta de crédito de Jimmie allí. Lo que significa que Jimmie y Phaine siguen vivitos y coleando. ¿No es increíble?

—Así que los fantasmas existen, al fin y al cabo.

—En efecto. Y les gusta comprar cosas caras. Al parecer, unos zapatos.

—Qué locura.

—Creo que se marcha hoy.

—¿Y qué descubrirá allí?

—No tengo ni la menor idea. Supongo que perseguirá a Faoud, sin encontrarlo. Espero que Faoud tenga el sentido común de abandonar el coche y desaparecer. Seguro que el inglés pondrá una orden de búsqueda de la matrícula.

—Pero ¿y si lo atrapan?

—Entonces estamos en el chocolate, como dicen los franceses. *Dans le chocolat*.

—¿Con la mierda al cuello?

—Y más. Pero no lo encontrarán. No habría montado este plan si Faoud me hubiese parecido estúpido. No lo es.

—Puede que no sea estúpido, pero quizá es codicioso.

—No creo que sea lo bastante estúpido para ser codicioso —zanjó Naomi—. Tomamos el *parfait* de chocolate, ¿te parece? Es más importante que preocuparse por un sabueso inglés. Todo irá bien.

El *parfait* llegó con un sorbete de mango. Tomaron el café del Spondi, un Giovanni Erbisti de Verona, y luego pasaron al jardín para beber los *digestifs*, sentarse bajo los árboles y hablar. Sam comprendió que Naomi ya había encontrado un camino propio tras la muerte de su padre y su madrastra. Estaba planeando la siguiente fase de su vida con una compostura formidable. Ahora que podía observarla con detenimiento, a Sam esa actitud le pareció turbadora y antinatural. Al principio había creído que Naomi actuaba así para no caer en el desánimo o por una cuestión de pura disciplina. Pero de pronto, en el jardín del Spondi, empezó a pensar que se trataba de algo totalmente distinto. La tranquilidad con que había pasado de una vida a la otra revelaba cierto grado de premeditación. Hacía años que Naomi se imaginaba aquella liberación, y cuando había llegado —aunque fuese de forma casual e inesperada— abrió la puerta que se le ofrecía y la cruzó sin vacilar. Pero también sin aspavientos. Era como si lo hubiese planeado todo hasta el último detalle y, por tanto, no le hubiese sorprendido que las cosas no salieran según lo previsto. Imperturbable, fría y clarividente. Quizá se pareciese a su padre mucho más de lo que ninguno de los dos había sido capaz de admitir.

Cuando volvieron a la suite del Grande Bretagne, Sam abrió las ventanas y contempló la plaza Sintagma y el Parlamento. Quería pasar unos minutos a solas. Algunos anarquistas, algunas hogueras encendidas en barriles y, junto a la escalera que subía al Parlamento, una línea de soldados plantados bajo los focos, a todas luces insuficiente para contener una revuelta. Se volvió y vio que Naomi ya estaba en camiseta, bajo las sábanas. Se sonrieron; la chica de más edad sopló para apartarse un mechón de la cara y dijo:

—Mañana habrá una revolución muy tonta.

Sam se acercó a la cama y se sentó en un extremo, sin saber dónde acostarse. Las cosas entre ellas seguían sin estar claras. La conversación de antes no se había cerrado del todo y Sam sentía en su interior la desconfianza de la presa.

—Mejor.

—Sí, ¿verdad? Siempre es mejor zanjar los asuntos.

—Naomi, crees... —vaciló—, ¿es posible que Faoud matara a tu

padre y tu madrastra intencionadamente?

Naomi respondió con su calma y despreocupación habituales.

—Todo es posible.

—Ya me parecía. Todo es posible.

—¿Y qué, si fue así? ¿Qué cambia eso?

—Nada.

—Exacto. Cuando era pequeña, mi padre brindaba con una frase horrible. Levantaba la copa y al tocar la otra decía: «Muerte a la marmota». Nunca entendí qué significaba, pero ahora creo que sí.

—Pues yo no lo entiendo —dijo Sam.

—Es algo británico, supongo. Pero ya te he dicho que yo tampoco lo comprendía. Solo me hacía reír.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Sam—. ¿Lo dices porque el mundo siempre acaba siendo violento?

—Es posible.

Naomi le rozó la mejilla con el dorso de la mano y se desplazó lentamente hasta acostarse a su lado.

—Pero nosotras no somos así —añadió.

—¿Qué somos, entonces?

—Somos nobles. Deshacemos la violencia de los demás.

Sam tenía los ojos muy abiertos y miraba el techo, allí donde se fundían las sombras. Una parte de su mente se había desgajado.

—¿Qué es lo que hemos deshecho? Más bien nos estamos aprovechando.

—Eso es solo casualidad. —Ahora Naomi sopló en la cara de Sam para apartarle mechones de pelo—. Hay que aprender a improvisar. En última instancia, todo es una guerra. Es una guerra que tenemos que ganar.

—¿No la hemos ganado ya?

—Todavía no. Pero ganaremos.

«Estamos borrachas y decimos tonterías», pensó Sam.

Aunque sí podía decirse que había ganado algo. Había ganado su independencia.

—Me siento como una atracadora de bancos —dijo débilmente, mientras sus ojos se cerraban por fin—. Siempre a la fuga. Pero feliz.

—Es que huir es divertido.

—Pero tengo que volver a Nueva York. Y luego no sé.

Naomi se volvió también sobre la espalda y esbozó una sonrisa que casi se desató en carcajadas. Quien manejaba la cometa estuvo a punto de perder el control, pero en el último momento recordó que tenía que mantenerla en el aire, a toda costa.

Apenas durmió, aunque la revolución no llegó esa noche ni tampoco a la mañana siguiente. Cuando desayunaban juntas en silencio ante la ventana, la ciudad se negó a emitir el menor sonido de

insurrección. Solo las aves marinas surcaban un amplio cielo azul de vacaciones estivales y proyectaban sus gritos al suelo, donde los manifestantes de la noche anterior parecían haberse quedado dormidos en plena revuelta. Por tanto, todo seguía en calma. Un rayo de sol iluminó un bote de mermelada mientras los largos dedos de Sam manipulaban los alimentos con delicada indecisión. Naomi se protegió los ojos con una mano para mirarla, y admiró una vez más aquella exquisitez que ya había apreciado el primer momento que la vio en la playa de Mandraki. Sam se acercaba al final de una larga y provechosa inocencia. Pero ¿en realidad seguían en guerra o ya la habían ganado?

Capítulo 19

Cerca del lago de Bolsena, mientras el sol se ponía detrás de unos cipreses que le recordaban a Hafez, Faoud cruzó Valentano y luego tomó una carretera paralela al agua que pasaba ante pequeños campings y *agroturismi*, puestos cerrados donde aparecía escrita la palabra «*Fragola*». Después del lago, otra carretera ascendía por una pendiente empinada a lo largo de un acantilado colosal hasta llegar a Sorano, un lugar donde al parecer solo vivían ancianos. A las diez, la *piazza* ya estaba vacía, lo que confirmó sus sospechas. El pueblo era una suerte de colmena de cuevas y casas abandonadas que colgaban de un impresionante saliente rocoso. En cuanto se apeó unos minutos para que le diese el aire y orientarse un poco, oyó los pájaros que formaban casi toda la vida nocturna de Sorano.

Cerca de la entrada al barrio antiguo vislumbró una terraza suspendida en el barranco, semialumbrada por las farolas de la *piazza*. El agua borbotaba abajo y contempló las bocas de las cuevas donde los etruscos habían sepultado a sus muertos. Durante unos instantes, apoyado en la barandilla, recordó Alepo antes de la destrucción, la ciudad impecable donde años atrás había estudiado en la escuela de música del francés Julian Weiss, maestro de qanun. El sepulcral abandono nocturno de Sorano había propiciado la nostalgia. Casas excavadas en la roca, miles de años comprimidos en simples muros, arcos y puertas secretas. Pero él nunca volvería a ver las piedras de Siria.

En cambio, Sovana se encontraba al final de una carretera que descendía a un yacimiento arqueológico. La carretera cruzaba un río y cerca de sus aguas estaba la casa de los Codrington, a la que se accedía, no por un camino asfaltado, sino por una pista que serpenteaba entre una arboleda de membrillos. Dejó el coche en el extremo más alejado de la arboleda, lo cerró y cogió su bolsa. Un estrecho sendero lo condujo hasta una alta verja de hierro cerrada con llave. Tenía varias llaves en el llavero del coche y las fue probando una a una en la oscuridad hasta que finalmente consiguió abrirla. La casa era baja y

alargada como un establo enorme, aunque tenía dos pisos. Delante había un jardín descuidado con algunas esculturas y un pozo. Faoud se dirigió a la puerta principal, abrió las tres cerraduras y entró en un vestíbulo de adoquines, vigas y piedra vista. Tanteó hasta dar con el interruptor, encendió la lámpara de techo y vio que se hallaba en un convento restaurado de largos pasillos blancos e hileras de celdas. En las paredes había mapas de pergamino enmarcados, pinturas religiosas oscurecidas por el tiempo y extraños cucharones de madera, utensilios de las monjas olvidadas.

Cerró silenciosamente la puerta y se llevó la bolsa al salón que se encontraba a la derecha del vestíbulo. Se correspondía con la antigua capilla y tenía arcos que se elevaban sobre sofás de terciopelo y una mesa de comedor renacentista. Los Codrington no se habían marchado apresuradamente. Todos los postigos estaban bien cerrados y habían cubierto con sábanas los sillones y las mesas. Las habitaciones estaban frescas en pleno verano porque la temperatura exterior no penetraba allí desde hacía semanas.

Se aventuró arriba con su bolsa y descubrió que las antiguas celdas del convento eran ahora dormitorios individuales, decorados de forma distinta. Algunos estaban pintados de rosa y otros de verde o amarillo, pero en todos había tapices y antigüedades. Eligió el más pequeño y dejó la bolsa antes de regresar a la planta baja para examinar la inmensa cocina, un espacio donde el siglo XXI se imponía con desfachatez con todo un muestrario de artilugios alemanes. No encontró nada en la nevera. Habían vaciado y limpiado todo antes de irse, e incluso el congelador estaba vacío. Algo desanimado, buscó en la alacena y los armarios. El mismo desastre. «Imposible —pensó—. Los ricos no viven en casas vacías, aunque se ausenten durante semanas o meses.» Sin embargo, habían vaciado meticulosamente esa cocina y ni siquiera pudo encontrar una lata solitaria que compensara la calamidad. Probablemente se lo habían llevado absolutamente todo a Grecia. Porque la otra cara de los ricos era su oculta y repulsiva frugalidad.

Por tanto, decidió acostarse y lidiar con la situación a la mañana siguiente. Volvió a subir, se desplomó en la cama vestido y se dejó vencer por el cansancio acumulado. Pero no se durmió de inmediato; sus pensamientos se llenaron de imágenes de Estambul. Llevaba mucho tiempo sin pensar en ella, ni siquiera cuando estaba en la cabaña de Episkopi; pero de pronto volvió el recuerdo de esa ciudad de humillaciones.

Siempre se espera poco de una ciudad de adopción, pero, incluso así, Estambul había sido brutal. Expulsado por la artillería de una ciudad de mezquitas, había encontrado su primer consuelo en las mezquitas de los otomanos, donde podía estar solo. También había

visitado la de Mihrimah, situada al norte, junto a la muralla romana, que en aquel entonces estaban restaurando y se encontraba cubierta de andamios. Una de las obras maestras menos conocidas de Sinan, se había construido en honor a una princesa del mismo nombre, y entre sus maravillas destacaban sus muros formados íntegramente por ventanas. Incluso al atardecer, la inundaba la luz. Era un lugar para pensar en música y soñar en composiciones. Después, a unas calles de distancia, había visitado la iglesia de San Salvador de Cora, donde los mosaicos cristianos transmitían la misma inspiración. Durante aquel primer invierno, sus días de soledad transcurrieron entre ambos lugares; las composiciones musicales ocuparon su pensamiento sin que nunca encontrara tiempo para escribirlas. Y con frecuencia le pareció que nevaba a diario, aunque eso era imposible.

A través de sus relaciones musicales encontró trabajo como profesor particular de niños turcos. Varias veces a la semana subía en autobús a Ulus, Etiler o Bebek y entraba en las casas cubiertas de alfombras de las tranquilas calles con vistas al Bósforo donde vivían sus alumnos, para enseñarles a cantar o a tocar la flauta. Ninguno tenía talento, ni ninguno mejoraba. Y ante aquella ausencia de progresos los padres concluían que la culpa era del profesor y que él no era un buen maestro. De modo que uno a uno prescindieron de sus servicios, sin explicarle el motivo. Alquiló una habitación cerca de Kadirga Liman, en Sultanahmet, una calle de panaderías y vendedores de *sut sahlep*. Africanos y sirios habitaban los edificios cercanos, que se hallaban sobre las líneas ferroviarias, y eran los nombres de esos callejones los que todavía se sabía de memoria: Hemsehri, Alisan, Ismail Sefa. Allí había pasado sus momentos de ocio y de tristeza. Recordó que tiempo atrás había querido ser un maestro de qanun; un compositor, un profesor o quizá un catedrático que enseñase música árabe en París. Pero todo había quedado reducido a polvo. Algunos de sus compañeros de estudios de Alepo también habían huido a Estambul y asistían juntos a las veladas del maestro Weiss, que había sido su profesor en su ciudad destruida. Weiss también se había trasladado a Estambul para continuar su carrera, y en las noches desapacibles se le podía ver con su túnica zarandeada por el viento, un hombre de belleza imponente y distanciamiento sufí. Una vez al mes, Weiss tocaba para sus amigos en un apartamento cercano a la torre de Gálata, y allí Faoud se sentaba, al fondo, con otros estudiantes y se reencontraba con el mundo que antes había sido suyo. La magia del grupo. *Cuando estoy en silencio, entro en ese lugar donde todo es música*. Pero siempre se marchaba solo, sin haber hablado con nadie. Le bastaba con escuchar al maestro desde lejos y acercarse a los fantasmas que lo vinculaban con su casa. Pero el tiempo pasaba y se le ponía en contra.

Aunque al principio esperaba poder ahorrar lo suficiente para

conseguir una habitación decente, con el paso de los meses abandonó esa esperanza y cayó en otras más ambiciosas e infructuosas. Éxodo y fuga, huir a Europa. En primavera vagaba por los cafés de Ortakoy, bajo el puente, donde los sirios más cultos compartían café y conspiraban, tres hombres por taza. Solo un amigo turco de su padre velaba por él, le organizaba las clases a distancia y entretanto lo utilizaba despiadadamente. Se llamaba Mert y era comerciante de té, aunque también se dedicaba a negocios más turbios. Aquel hombre siempre había sido un misterio. Faoud nunca llegó a hablar bien la lengua turca y su patrón nunca lo invitó a sus círculos sociales, por lo que su ostracismo se volvió permanente. Solían ir a tomar té al hotel Ciragan Palace Kempinski, junto al Bósforo, y recordaban al padre de Faoud, que Mert había conocido en Damasco. Habían ganado dinero juntos, pero aquel hombre nunca le reveló cómo. Simplemente se sentía obligado a velar por el hijo de su amigo. De modo que charlaban y evitaban las verdades más duras mientras Faoud contemplaba los petroleros rusos que se dirigían al estrecho de Dardanelos y se preguntaba cómo podía escapar por ese mismo mar. Fue a aquel hombre enigmático y desagradable al que finalmente confió sus planes, que tan comunes eran en Estambul.

Podría haberse quedado mucho más tiempo de haber encontrado los medios, pero no había trabajo y su familia había acabado en bancarrota después de perder todos sus bienes. Ahora solo era un fantasma entre fantasmas. Los sirios que mendigaban en las calles próximas a Istiqlal se habían vuelto impopulares, la guerra había cambiado de forma y las fronteras habían adquirido significados distintos. Se empezaba a acorralar y reunir a los exiliados para llevarlos a un nuevo centro de detención, que él nunca llegó a ver. Así que un día despiertas y sabes que se te ha acabado el tiempo, que Dios ha dejado de protegerte y que los Merts de este mundo ya no pueden salvarte, como tampoco puede la música. Sin embargo, podría haberse quedado como fantasma. Pero ya no tenía mucho en común con los otros sirios ni tampoco tenía a nadie con quien hablar, aparte de unos cuantos estudiantes de música dispersos, sus ahora compañeros sin techo. A veces los veía en las mezquitas y después compartían un té, pero aquello era solo hablar por hablar. Muchos lo veían como un niño rico y mimado que se había llevado su merecido; él los veía como personas con las que compartía una lamentable coincidencia, su origen.

Pero ¿qué dijo Adonis, el poeta que todos admiraban, de su propio hermano muerto?

Fue el dios del amor durante toda mi vida.
¿Qué hará el amor si yo también muero?

En cuanto despertó, decidió darse un baño para volver a civilizarse. A

diferencia de las provisiones de la cocina, el cuarto de baño conyugal conservaba todos los artículos de aseo y se pasó una hora relajándose en la bañera, lavándose el pelo, las uñas, la maltrecha piel. Fue una purificación muy esperada. No eran los baños de Estambul ni el *hammam* de Sultanahmet, pero le pareció más que suficiente. Una vez limpio y aseado, bajó en bata a la cocina. Sacó las provisiones que había comprado el día anterior en una estación de servicio y se preparó un café y un desayuno frugal a base de pan con queso.

Por las rendijas de los postigos observó los membrillos y el jardín con sus estatuas. Había una casa cerca, pero parecía en ruinas. Era imposible saber si los Codrington tenían contratado servicio durante todo el año, y era demasiado temprano para abrir una ventana o aventurarse a salir al jardín. Esperaría al atardecer para saber si realmente estaba solo.

Mientras tanto, recorrió una a una todas las habitaciones de la casa, demorándose en las posesiones como si las hubiese heredado temporalmente. Bajó a las bodegas, compuestas de varias estancias: una con botellas de vino, otra dedicada a las armas y la tercera llena de revistas y libros. La habitación de las armas era muy pequeña y tenía una mesa en el centro con cajas de munición. En una pared había una escopeta semiautomática Benelli Montefeltro Silver, una escopeta Benelli Ethos, un rifle de cerrojo Tikka y tres pistolas semiautomáticas Beretta Storm. Al viejo parecían gustarle las armas italianas. Quizá las había adquirido en el país y tenía licencia para usarlas. Las escopetas no estaban fijas a la pared y descolgó la Montefeltro, que sopesó y deslizó entre sus manos. Tenía una brillante culata de nogal; era una buena arma, robusta y refinada. También las pistolas eran modelos contemporáneos; ligeros, fáciles de manejar y sin apenas uso, por lo que él alcanzaba a comprobar. Las dejó todas sobre la mesa, junto a las cajas de munición, y luego cargó la Montefeltro y dos de las pistolas. No había ningún motivo para hacerlo, pero tener aquellas armas en las manos había aliviado la impotencia y el miedo que lo oprimían desde hacía meses. Se trataba de algo puramente simbólico desde el punto de vista de las emociones, pero también era algo real. Una súbita seguridad animal y un impreciso deseo de venganza. No las descargó cuando volvió a soltarlas; las dejó allí, como si deseara tenerlas preparadas. Fue como ese momento en que Jimmie se le acercó en la otra casa, obligándole a actuar; porque, o bien actúas, o bien te mandan de vuelta a una jaula para enfrentarte a un destino anónimo del que nadie se preocupará.

Salió a la terraza de la primera planta y contempló la propiedad. El huerto estaba descuidado y era evidente que nadie se había acercado a la casa en todo el día. Obviamente los Codrington habían elegido un lugar sin vecinos para disfrutar del aislamiento rural. Bajó de nuevo al

jardín, cruzó la verja de hierro y se dirigió al coche entre los membrillos. Se detuvo un momento para reafirmarse. Quería cambiarle la matrícula al coche, y recordó el garaje de Sorano. Pero ellos conocerían al *signor* Codrington y su opulento Peugeot. Tendría que probar más lejos, en algún lugar pequeño por donde no pasara nadie. Y luego estaba la cuestión del dinero. Le quedaban unos ciento cuarenta euros en efectivo, pero ya había notado que la Italia rural era mucho más cara que Grecia. Le durarían dos o tres días como mucho.

Volvió a la casa, y una hora después alguien se acercó a la puerta y llamó varias veces. Al principio fueron golpecitos vacilantes e inseguros, pero luego llegó una segunda ronda algo más impaciente. Faoud bajó al sótano, cogió la escopeta Montefeltro, que seguía cargada, y se acercó sigilosamente a la puerta apuntando a la cerradura. La voz, una voz de mujer, gritó: «*Signori, siete in casa*?». Un teléfono empezó a sonar en una habitación de la planta superior.

Sonó durante cinco minutos y luego se detuvo. La mujer se apartó de la puerta y Faoud vio una sombra que intentaba mirar el interior por los postigos de la sala. Al final se alejó y él oyó el chirrido de la verja de hierro; así que aquella mujer tenía llave. Sería una empleada, alguien que cuidaba del terreno en ausencia de los señores o una amiga a quien le habían confiado una llave. Apoyó la escopeta en la pared y reflexionó sobre las posibles implicaciones. Alguien tenía que haberle dicho o insinuado que los Codrington habían vuelto de sus vacaciones en Grecia. Y alguien sabía que no era así. Había un nuevo elemento: tenía un enemigo. Pero luego, más sereno, comprendió que se le había olvidado la explicación más simple: sencillamente ella había visto el coche. El coche lo había traicionado, y eso hizo que decidiera marcharse de allí.

También decidió llevarse todas las armas. Las cargó en el maletero del auto, cerró la casa y dejó las llaves en una maceta del jardín. Después condujo hasta Sorano bajo un calor tórrido y un cielo despejado.

Capítulo 20

A las doce y veinte, el valle de Sorano se cocía en un silencio solo perturbado por el rumor del agua que fluía entre las piedras del lecho del río. Al final del pueblo había una explanada con barandillas donde convergían las callejas sin vehículos, y Rockhold contemplaba desde allí las grutas que hablaban de un pasado más antiguo que la religión del presente. Se sujetaba a la barandilla porque se había mareado un poco con el calor mientras dejaba que sus ojos y sus oídos cumplieran su función: allá abajo, en un puentecito sobre la corriente, una chica tomaba el sol en bañador, inmóvil y camuflada como un insecto palo, invisible a todas las miradas que contemplaban el paisaje desde lo alto.

No podía verla bien, ni siquiera quitándose las gafas de sol, pero creía haberla reconocido; formaba parte del personal de Europa Oriental del Hotel della Fortezza, donde se alojaba. El hotel se había construido en la antigua fortaleza que dominaba Sorano y él se había registrado allí la noche anterior. Probablemente aquella chica felina se había dormido al sol, o quizá asumiera tranquilamente la atención voyerista de los desconocidos. Rockhold volvió a ponerse las gafas de sol y escuchó el lejano canto de las cigarras. Aquella mañana temprano había divisado a un par de bohemios ingleses residentes del pueblo paseando por el laberinto, pero a menos que fuesen artistas vanguardistas cuya obra le interesara coleccionar, no parecían formar parte del mundo de Jimmie. Sin embargo, era fácil imaginarse a Jimmie y Phaine paseando del brazo por los interminables pórticos o comiendo en la bonita *piazza* del ayuntamiento. Y fue allí donde regresó, contando sus pasos y tarareando para sí fragmentos de *La Traviata*. No era una mala misión, eso de viajar de hotel en hotel por Italia. Seguía pensando que probablemente Jimmie había querido escaparse unos días de su frenética existencia, nada más. Había dos cafés en la *piazza* y eligió el más cercano a la zona peatonal porque en el hotel todos le habían dicho que era el que servía los mejores helados. Se sentó y pidió un *macchiato*. Observó los coches aparcados en la *piazza*, que también había examinado al bajar, y vio que más o menos eran los mismos que

una hora antes. En la misma terraza había ancianos, varios empleados del ayuntamiento, un turista con una bonita camisa y dos chicas que había visto antes, también en el Fortezza. Se acomodó y comprobó los mensajes del móvil.

Susan le preguntaba desde Londres si quería que cancelara las tres tarjetas de crédito; también había expedido una orden de búsqueda del coche, aunque sin éxito. «Tendré que ir a la casa ahora mismo, quizá estén allí. Sería la mejor sorpresa posible, dadas las circunstancias», pensó él. Pero entonces se acabaría su viaje con los gastos pagados, una verdadera lástima. Quizá podía atrasar las cosas un día o dos.

Se volvió hacia el turista y le preguntó en inglés si tenía fuego para el cigarrillo que había sacado de la cajetilla.

—No fumo —le respondió el hombre también en inglés, pero con un acento aterciopelado.

—Supongo que eso es mucho mejor.

—Le recomiendo que lo deje.

El turista pronunció aquellas palabras con una sonrisa encantadora.

—Ahora ya es demasiado tarde —repuso Rockhold, riendo.

Se quitó el cigarrillo de los labios y finalmente lo guardó. Era un buen consejo. Al verlo, el hombre le dijo:

—No, no me refería a eso. Fume, se lo ruego, no me molesta.

—Mi esposa también me dice que debería dejarlo, pero curiosamente el tabaco me hacer sentir más sano.

—¿De veras?

—Es difícil de explicar. Por cierto, ¿sabe por dónde se va a Sovana? Tengo que ir en coche.

—Creo que está ahí abajo, serán unos dos kilómetros.

—Muchas gracias. Debería ir andando, sería más saludable.

—Puede ir andando, no está lejos. Pero el camino de vuelta es cuesta arriba.

—¿Cuesta arriba?

—Y empinada, si hace calor.

Un inconveniente, pero aun así decidió ir andando. Al diablo con las pendientes, aunque se apiadaba de su corazón viejo y desentrenado. A las dos estaba en la casa, con la correspondiente llave que había cogido del despacho de Londres, junto con el teléfono de la mujer que cuidaba de la propiedad en ausencia de los Codrington. Cruzó la verja de hierro y llamó al timbre de la puerta. No había ningún coche aparcado fuera; era evidente que los propietarios no estaban, al menos no en aquel momento. Llamó a la mujer y esta le prometió, con un buen dominio del inglés, que inmediatamente iba hacia allí. Rockhold entró en la casa y dejó la puerta abierta. En cuanto vio las mesas y las sillas cubiertas con sábanas y el ambiente de abandono, comprendió de

inmediato que los Codrington no habían estado allí.

Mientras esperaba a la mujer, deambuló por las habitaciones abovedadas hasta entrar en el dormitorio donde había dormido Faoud. Este lo había ordenado todo, pero las migas del suelo y las almohadas aplastadas lo delataban. Las observó de cerca por si descubría algún cabello: encontró tres, que se guardó. Estaba en ello cuando llegó la mujer, y Rockhold bajó para ver qué le contaba. Hablaron fuera, en el jardín, porque ella no quiso entrar en la casa; había indignación en su voz, aunque no iba dirigida hacia él. Dijo que había visto el coche de los señores el día anterior, aparcado entre los membrillos; había aparecido de la nada, sin avisar. Los Codrington siempre la llamaban con dos días de antelación para comunicarle su llegada.

—¿Era el Peugeot? —preguntó Rockhold.

—El mismo de siempre. Mi marido dice que lo vio pasar esa tarde.

—¿Vio a una sola persona?

—En el coche solo iba el conductor. Mi marido dice que conducía de forma extraña.

—¿Su marido vio al *signor* Codrington?

—No. Vio a un hombre negro al volante.

—Es imposible que viera eso.

—Mi Roberto tiene vista de águila, señor.

—¿Y ese hombre condujo hasta aquí y dejó el coche entre los árboles?

—Supongo.

—No es probable que fuese un hombre negro, *signora* Tassi. Pero al menos su marido dice que iba solo.

—Eso es lo que vio. —Después, con actitud desafiante, añadió—: Mi marido no miente, *signor* Rewkhol.

—Yo no digo que mienta, sino que a veces es difícil ver bien.

—*E cosa vuol dire*? —espetó la mujer en italiano.

—Lo lamento, pero no hablo su preciosa lengua, *signora* Tassi. Tendrá que perdonarme.

Fue tan educado que ella se calmó enseguida.

—Es muy impertinente que ese hombre viniera aquí en su coche.

—Debió de quedarse en la casa —murmuró Rockhold.

—Pues claro que se quedó en la casa.

Rockhold empezó a atar cabos. La zapatería de Fasano dijo que un hombre joven había comprado los zapatos. En el coche que había llegado hasta la casa iba solo el conductor. El hombre del café en Sorano tenía una bonita sonrisa y la mirada perdida. Todo encajaba. Soltó una maldición, porque había dejado el vehículo en Sorano y tendría que subir andando hasta allí; le llevaría al menos una hora. Le preguntó a la *signora* si podía llevarlo en su coche, pero su marido se lo había llevado a Orvieto y pasaría allí todo el día.

—No me diga que ha venido andando desde Sorano.

—Eso he hecho, señora, con gran dolor de mi corazón.

Emprendió el camino de vuelta con una intensa sensación de irresponsabilidad y fracaso. A medio camino se quedó sin aliento y tuvo que sentarse en un muro de piedra para secarse el sudor. Llamó a Susan y le dijo que no anulara las tarjetas hasta pasadas veinticuatro horas. Necesitaba una pista más, otra ubicación, porque ahora estaba seguro de que el hombre que conducía el Peugeot cometería un error mucho más grave que los anteriores. Cuando llegó a Sorano comprobó todos los vehículos que había aparcados en la plaza y no le sorprendió que el pájaro hubiese volado de la jaula abierta. Se dirigió al Fortezza, donde estaba su coche. Pagó la cuenta en recepción y luego se quedó unos minutos en el vestíbulo, comprobando sus mapas. Tenía que adivinar cuál de las carreteras habría tomado aquel hombre y en qué dirección, pero casi enseguida, sin esfuerzo, supo que iría al norte.

Después, cuando Rockhold estaba en la *autostrada* de Florencia, Susan llamó desde Londres para decirle que alguien había usado la tarjeta de Codrington hacía una hora, en un hotel al norte de Siena. Era una propiedad vinícola llamada Badia a Coltibuono, no lejos de Gaiole in Chianti.

En plena tarde, cuando el sol caía a plomo sobre mil cipreses totémicos («plantados por los ingleses», se dijo), paró en Radda para estirar las piernas y contemplar la vista panorámica, ascender hasta una iglesia pequeña y fría, y sentarse en la escalera para volver a hablar con su ayudante. La pétrea calma de las aldeas toscanas a pleno sol: los pájaros revoloteaban a su alrededor, como atraídos por su energía interna.

—¿Cuántos cargos hay en la tarjeta?

—Tres.

—El hotel…

—Sí, ciento diez euros, que se corresponde con la habitación. Luego dos por cantidades más pequeñas, para comida y bebida, supongo.

—De modo que ahora tiene que estar allí.

—La última compra fue hace hora y media.

—Estoy llegando —dijo él, nervioso.

—Ese hombre se quedará a pasar la noche, no hay prisa.

—Mira la página web del hotel. ¿Cómo es?

Susan ya lo había comprobado.

—En realidad no es un hotel, las habitaciones están en diferentes edificios de la propiedad. Hay una torre con tres habitaciones, una casa independiente y también cuatro habitaciones en la casa principal.

—¿No podemos saber qué habitación ha reservado?

—No, solo consta el cargo. Parece que es una de las habitaciones de la torre, porque cuestan ciento diez euros.

—¿Puedes llamar y reservarme una habitación en la torre?

Aguardó en los escalones a que ella le devolviese la llamada, mientras ahuyentaba a las palomas curiosas. Aborrecía esperar y no se le daba bien. Se puso el panamá y concibió un plan para la noche. El usurpador acabaría por aparecer, pero él tendría que abordar aquel asunto con cuidado, con sutilidad. Pero ¿dónde estaban entonces su amigo y su mujer?

Cuando Susan volvió a llamarle, le dijo que la torre estaba completa y que tendría que alojarse en otro edificio de la propiedad. Era la mejor opción posible.

—Reserva habitación. Dile que llegaré dentro de media hora.

—¿Y la policía italiana?

—Aún no. Esperemos a mañana. Todavía no estoy seguro. Prefiero esperar.

Pensaba que investigando por su cuenta quizá podría sacarle más información a aquel hombre.

Volvió al coche que había aparcado ante las vistas panorámicas sintiendo una melancolía y una inquietud imprecisas. Casi seguro que estaban muertos. Los habrían atracado en una carretera del sur de Italia. Los cadáveres podían estar enterrados en cualquier parte; sería imposible encontrarlos sin una confesión detallada. Esa era la conclusión a la que había llegado en cuestión de segundos. Todo el asunto, la hipótesis de trabajo, cambió y se volvió más amplia. Y todo eso ocurrió entre laderas cubiertas de viñedos y cipreses, bajo un sol humano que parecía predisponer a la felicidad a todo aquello que tocaba. Pero era tan solo una ilusión óptica. «Todos los lugares son peligrosos, cualquier lugar donde los seres humanos existan y se multipliquen y sigan respirando», pensó.

La carretera que llevaba a Montegrosso serpenteaba hacia una bifurcación donde encontró el primer cartel de Badia a Coltibuono. La principal zona edificada de la propiedad se encontraba en lo alto de una colina, y al aparcar allí vio que en realidad se trataba de un pequeño caserío medieval ocupado por la propiedad vinícola. Deambuló por sus calles adoquinadas hasta encontrar la recepción. Comprobaron su reserva; una joven iría hasta su alojamiento en el coche y él la seguiría con el suyo.

Los dos automóviles tomaron un camino de gravilla. Su habitación estaba a kilómetro y medio de las bodegas y de la recepción, y pasaron la torre de camino. Había tres coches aparcados allí, pero tendría que volver después para comprobar si el de los Codrington era uno de ellos. Luego la pista atravesaba bosques y viñedos hasta llegar a una granja de piedra con algunos anexos. No había nadie más en aquel edificio

porque las otras habitaciones estaban libres; podía volver a la casa principal en coche y cenar en el restaurante. La mujer se marchó. Rockhold subió a su habitación y dejó el equipaje en el coche; se llevó solo el bañador, que tan lamentablemente había desperdiciado en Hidra. Regresó al borde de los viñedos, que se extendían serenamente hacia el horizonte. Se calentó bajo los últimos rayos del sol y luego fue a la piscina interior para darse un chapuzón rápido. Bajo las mamparas de cristal del invernadero el agua era cálida como en el trópico y después de nadar tres vueltas extenuantes flotó de espaldas mientras contemplaba el anochecer. Intuía que podía atrapar a aquel hombre por sorpresa, sin darle tiempo a reaccionar. Si encontraba el Peugeot, podría llamar a la policía y cerrar el asunto. Ya se había puesto en contacto con un viejo amigo de la policía italiana, aunque no le había revelado la naturaleza del caso. Todo encajaría en el último momento.

Volvió a su habitación y sacó su pequeña Glock; la examinó, se aseguró de que estaba cargada y la guardó en la pistolera que mantenía discretamente fija en el torso. Ni siguiera se notaba bajo su ligera americana de algodón. Luego volvió a su coche. Anochecía y los trabajadores albanos y serbios abandonaban los viñedos. En el restaurante, las mesas estaban puestas y algunos huéspedes se habían aventurado a cenar en una gran terraza de la azotea. Rockhold tuvo una idea. Se acercó al bar del restaurante y preguntó al camarero si esa noche el *signor* Codrington había reservado mesa para cenar.

—Está arriba, en la azotea —respondió el hombre.

Rockhold entró en el patio y subió a la terraza, espaciosa y de dos niveles. Al fondo, el panorama: la distante visión de Siena, el crepúsculo. Un hombre contemplaba la ciudad con los brazos cruzados, aislado de los demás huéspedes. Estaba de espaldas y era difícil saber si era el mismo que había visto antes en Sorano. Podía ser, podía no serlo. Tentando la suerte, salió a la terraza y se sentó en uno de los bancos mientras las golondrinas revoloteaban entre los aleros y los viñedos cercanos. El crepúsculo italiano siempre era un lugar de golondrinas sibilantes. Los extranjeros ricos entraron en el restaurante y finalmente solo quedaron ellos dos. El hombre empezó a moverse, como si tuviera intención de marcharse, pero para entonces Rockhold ya no estaba allí. Había decidido que quería observarlo. Sentía curiosidad.

Así que bajó al restaurante, eligió una mesa en un rincón oscuro y volvió la silla de espaldas a los otros comensales. Decididamente relajado, pidió un plato de *gnudi* con ricotta, pintada deshuesada y patatas al horno. Añadió, por supuesto, una botella de Badia a Coltibuono Riserva. El comedor pronto se llenó de rusos acaudalados exactamente iguales a los de los hoteles de Hidra, aunque cabía imaginar que su poder adquisitivo estaba ahora en declive. Con los chinos ocurría todo lo contrario; pedían reservas de los años ochenta

que tenían que traerles de las bodegas. Rockhold se bebió la mitad de su modesta botella antes de volverse para comprobar las otras mesas, pero el hombre que había visto en la azotea no estaba allí. Ni siquiera se había sentado a cenar, por lo que se habría marchado sin que Rockhold se percatase. Un descuido por su parte. Pagó rápidamente la cuenta para remediarlo.

El aparcamiento del restaurante se encontraba junto a los viñedos y los caminos seguían visibles en la penumbra. Vio una tenue polvareda en el sendero que descendía hacia las residencias, como si un coche acabara de pasar por allí. Estaba algo achispado por el vino —otro descuidado error—, pero en cuanto se puso al volante recuperó la lucidez. Bajó la colina y aparcó a un lado del sendero, en la espesura del bosque. Se acercó a la torre a pie.

El sendero atravesaba dos viñedos majestuosos antes de acabar en la entrada del edificio, una torre de la época medieval. Allí solo había un coche, pero no era el Peugeot. Las habitaciones de arriba estaban ocupadas. Subió sigilosamente y examinó el rellano que comunicaba las dos puertas. En una de ellas oyó la televisión italiana y un rumor de papeles; en la otra, nada en absoluto. Decepcionado, volvió al aparcamiento principal y salió a la terraza, llena de sofás y cojines, donde se sentó a reflexionar bajo la tenue luz de la luna. No tenía sentido. Se preguntó si al impostor lo habría alertado su instinto, como solía ocurrir con los impostores.

Cuando volvió al aparcamiento los viñedos estaban a oscuras y apenas se veía el sendero. Se dirigía a su coche cuando vio acercarse unos faros y corrió a ocultarse entre la maleza. El Peugeot azul pasó a toda velocidad y se detuvo bruscamente ante la torre. Rockhold sabía que el conductor lo había visto —imaginaba que había vislumbrado el resplandor de sus ojos— y que conducía de forma nerviosa y frenética. Desde la maleza observó cómo el hombre bajaba del coche, pero decidió no seguirlo: la salida a la carretera estaba justo detrás de él, por lo que, en teoría, le bastaba con limitarse a esperar.

Volvió a su vehículo y lo puso en marcha, pero mantuvo las luces apagadas, ya que podían verse desde la torre. Mientras empezaba a subir la colina en marcha atrás, vio que el hombre del Peugeot se acercaba a la cancela y lo observaba. Estaba inseguro, perplejo. Avanzó unos pasos y luego se detuvo. Se palpaba una confusión estúpida entre ambos. Rockhold había alcanzado un claro para hacer un cambio de sentido y se alejó hacia las bodegas, por donde forzosamente tenía que pasar cualquier coche de la propiedad para acceder a la carretera. Y allí esperó, preguntándose si aquel hombre subiría a su habitación y dormiría toda la noche. No lo sabía. Indeciso, llamó a Susan.

—Cancela la última tarjeta, creo que ya lo tengo.

—Sí, señor Rockhold. Ahora mismo. Pero ¿ha llamado a la policía?

—Pronto. Quiero hablar con él.

—¿Cree que eso es prudente, señor Rockhold?

—No he dicho nada de prudencia, Susan. He dicho que quiero hablar con él. Quiero saber cómo es.

Claramente sorprendida, Susan no respondió.

—No te preocupes, la llamaré pronto —dijo Rockhold—. Dentro de unas horas.

Se acomodó en el coche y esperó. Presentía que no estaría allí toda la noche, que la situación acabaría estallando. Y esta vez su intuición no lo decepcionó. Cuando las bodegas habían cerrado y los últimos clientes salían del restaurante, el Peugeot ascendió por el sendero y apareció con las luces apagadas. Se deslizó lenta y sigilosamente por el aparcamiento hasta alcanzar el inicio del descenso hacia la carretera principal. Allí, vaciló un momento antes de continuar y perderse de vista, y casi de inmediato Rockhold salió del aparcamiento, también sigilosamente y con los faros apagados, y siguió al Peugeot hacia la carretera, donde los cipreses proyectaban sus sombras horizontales sobre el asfalto.

Capítulo 21

Faoud avanzó con las luces apagadas hasta el pie de la colina, y entonces las encendió. Desorientado en un paisaje oscuro y montañoso, decidió seguir las indicaciones de la *autostrada*, que lo llevaría más rápidamente a Arezzo. Poco después, en un cruce, vio una desolada gasolinera de surtidores automáticos. Se detuvo y echó un vistazo a su alrededor, luego apagó las luces y se acercó a los surtidores. Era consciente de su aspecto desaliñado, como si de pronto hubiese experimentado un intenso declive. La camisa había perdido su elegancia y su barba de varios días no estaba cuidada ni bien rasurada. Se sentía exhausto y desbocado por dentro. Los surtidores funcionaban con tarjeta de crédito y no había ningún empleado. Sacó su última tarjeta y decidió arriesgarse, ya que la máquina no podía tragársela. Le quedaba un tercio del depósito y no tenía suficiente efectivo para llenarlo. Deslizó la tarjeta en la ranura, seleccionó el combustible y esperó. Tarjeta rechazada.

Lo intentó una segunda vez, y una tercera. Se impacientó, soltó maldiciones y arrojó los comprobantes al viento, que se alejaron revoloteando hacia la caseta, y lo único que le quedó fue un tercio del depósito y un trozo de plástico inservible. Se guardó la tarjeta en el bolsillo, se acercó a la ventana y miró el interior de la caseta cerrada. Llamó al cristal, pero era inútil. La zona estaba iluminada y la vigilaban cuatro cámaras, por lo que no era el lugar más adecuado para perder los nervios. Se serenó, subió al coche y volvió a la carretera lisa y vacía que lo llevaría a Arezzo.

Estaba bien iluminada, y observó por el retrovisor que lo seguía un coche fantasmal con los faros apagados. Al principio no le dio importancia, pero luego se preguntó por qué iba sin luces. Aminoró la marcha y el otro coche pareció imitarlo. La alternativa era acelerar; puso el coche a ochenta y entró en la periferia de la ciudad.

Utilizar el mapa era inútil dentro de Arezzo y pronto se perdió en el desesperante dédalo de callejuelas del casco antiguo. Algunos bares seguían abiertos y estaban llenos de adolescentes, por lo que tuvo que

avanzar despacio. Salió a una calle más amplia que rodeaba la estación de tren, de allí llegó a una carretera con rotondas que, sin duda, salía de la ciudad, pasó una urbanización y siguió al norte, hacia Bibbiena. Al cabo de unos minutos volvía a encontrarse en la oscuridad rural, pero avanzando a más velocidad y sin preocuparse ya por ahorrar la preciada gasolina.

Quince minutos después había pasado Bibbiena y ya veía el fantasma en el retrovisor. En lugar de seguir por la ruta principal hacia el este, tomó una carretera secundaria que seguía el curso de un río, el Arno, que recordaba haber estudiado en sus lejanos días escolares. Se detuvo un momento, salió del coche y aguzó el oído por si identificaba el motor de su perseguidor. Pero tan solo oyó el rumor de los pinos mecidos por el viento. Junto a la carretera vio el cartel de un monasterio, que supuso que estaría aislado. Se planteó qué debía hacer. Si iba hacia allí, cualquiera que lo siguiese perdería la pista; la carretera de montaña era estrecha y oscura, un sendero asfaltado que no llevaba a ninguna parte. Pero en los árboles cercanos resplandecían las luciérnagas. Decidió probar.

El ascenso era empinado y el coche pronto zigzagueó entre bosques mientras el aire se enfriaba rápidamente. En las curvas se veía la tenue luz de una luna velada que se filtraba por las copas de los árboles, laderas de helechos que ascendían de la carretera y troncos de pinos ancestrales. La carretera siguió subiendo hasta el monasterio, unos edificios sombríos construidos en un claro cerca de lo que debía de ser un río gélido.

Aparcó detrás del edificio principal y comprobó que todas las luces estaban apagadas antes de silenciar el motor para pasar allí la noche. Aguzó el oído por si se acercaba algún vehículo, y al cabo de unos minutos supo que estaba realmente solo. Echó a andar por detrás del monasterio, donde un sendero seguía el trazado de un antiguo muro con huertos.

Al final encontró el río cuyo rumor llevaba tiempo escuchando, un puente y el resplandor claro del agua al fondo, muy abajo. Un sendero ascendía la ladera de la montaña y se perdía de vista. Subió por él con una de las pistolas en el bolsillo, lentamente, sin hacer ruido. Llegó al santuario excavado en la ladera de la montaña, desde donde se veía la sinuosa carretera que acababa de pasar. Estaba a salvo aquella noche, y tras comprobarlo bajó de nuevo al río y se apoyó en el pretil para reflexionar. Le quedaba un trozo de pan y un poco de queso, por lo que al día siguiente se enfrentaría a un problema muy distinto: el hambre.

Se preguntó si los monjes daban limosna o se apiadaban de aquellos que llamaban a su puerta. Pero también se arriesgaba a que lo delatasen. En un primer momento, decidió dormir en el coche y marcharse antes del amanecer. Pero en aquella noche calurosa, sin

viento, el bosque era más fresco y cómodo que el coche. Se acostó entre los helechos, junto al río, y durmió entre cuatro y cinco horas. Su padre se le apareció en sueños. Vestía uno de sus trajes parisinos, pero también la *kufiyya*. Se estaba comiendo una naranja con un cuchillo y le preguntó a su hijo cuántas noches le quedaban en la Tierra. Una, dos..., quizá ni siquiera eso.

—Mírate, ni siquiera eres un vagabundo —le dijo—. No has llegado lejos. Eres una vergüenza, y lo sabes.

Cuando Faoud despertó las estrellas seguían brillando con su esplendor indiferente, pero había luz en el monasterio. Oyó los cánticos de los monjes mientras volvía al coche. Uno de ellos había salido a ver de quién era aquel vehículo que alguien había aparcado allí durante la noche. Tenía una expresión suave y confiada.

—¿Estás perdido? —le preguntó el monje en italiano, pero al no entenderlo Faoud se limitó a sonreír y saludarle con la mano antes de subir al coche. Eran casi las seis, y la mañana auguraba un tórrido día de verano.

Tomó lentamente una carretera distinta de aquella por la que había venido. Allí vio una sucursal del Monte dei Paschi, pero seguía cerrada. Había una cafetería abierta y tenía lo suficiente para tomarse un café. Notó que todos los miraban, algo sorprendidos por el aspecto —la ropa cara estropeada por el excesivo uso y las manos sucias— de un hombre que conducía un Peugeot 506. Tenía dinero para una última naranja sanguina *spremuta,* que se bebió con manos temblorosas y una garganta contraída por la sequedad. Presentía que las cosas estaban llegando al final y que no había forma de escapar del cerco que se iba cerrando a su alrededor. Cuando volvió a la única calle que atravesaba Tosi, el sol ya estaba en lo alto, y a los pies de la aldea apareció una alfombra verde de huertos, viñedos y montañas envueltas en la bruma. Empezó a bajar por la sinuosa carretera con vistas al valle donde hileras de cipreses proyectaban sombras alargadas en la hierba. Pasó por aldeas con posibles objetivos —farmacias, tiendas, pequeños restaurantes— que le hubiesen tentado de haber estado abiertos.

El siguiente pueblecito se llamaba Pian di Scò. Tuvo la suerte de encontrar una panadería de lujo que exponía en su escaparate lo que parecían pasteles nupciales. Había dos mujeres en el interior. Era un objetivo tan bueno como cualquier otro. Aparcó delante, sacó una de las relucientes escopetas del asiento trasero y cruzó tranquilamente la calle.

Como el sol les daba de frente, las mujeres entornaron los ojos para ver al cliente que acababa de entrar. Fue muy educado. Les pidió en inglés que le diesen el contenido de la caja registradora y luego apuntó con la escopeta a la mujer que estaba junto a la caja mientras esperaba a que la abriese y vaciara. Tardó unos segundos en los que

nadie habló. Había unos trescientos euros, un botín más que suficiente. La mujer le dio el dinero por encima del mostrador, que él aceptó con un «gracias». Luego le devolvió un billete de veinte euros y le pidió un puñado de pasteles. Se los embolsaron con la misma silenciosa eficacia; él dio las gracias a las mujeres por segunda vez y les dijo que se quedaran con el cambio. Luego bajó la escopeta, salió de la tienda y, sin apresurarse, volvió al coche y se alejó de allí.

La carretera recorría una cresta montañosa con viñedos a la derecha y también bodegas, *agriturismi* y miles de olivos que recibían los suaves rayos del sol. Todavía no eran las nueve de la mañana.

En Castelfranco el camino descendió, se curvó y ascendió de nuevo. Una carretera sin sombra ni grandes árboles, elevada sobre el mundo, que resplandecía con su oferta vinícola, esa tentación tan temida y despreciada. Faoud conducía rápido y fue comiéndose los pasteles de la bolsa hasta saciar el hambre. Era imposible no sentirse mejor, e incluso algo animado.

Después del desvío a una antigua iglesia se topó con una cola de vehículos detenidos sin ninguna razón aparente. Al principio creyó que sería un semáforo, pero cuando salió del coche para investigar vio que se trataba de un accidente. Dos coches habían chocado e invadían los carriles de la estrecha carretera. Los ocupantes no habían sufrido daños y estaban sentados en el arcén. Iban elegantemente vestidos, como si fueran a una boda. Faoud se acercó y vio cristales rotos en el asfalto y dos niñitas con vestidos de satén sentadas en sillas plegables con expresiones incrédulas y también algo traviesas, como si aquello les pareciese divertido.

Otra fila de coches se había detenido en dirección contraria. Aunque la policía no había llegado aún, su inminente e inevitable aparición hizo que Faoud comprendiese que estaba atrapado.

Corrió de vuelta al coche, sacó las armas envueltas en una sábana, se echó la bolsa al hombro y echó a andar hacia Gropina, una suerte de pueblo fantasma decorado con macetas. Justo entonces un coche se detuvo detrás del suyo, inmovilizándolo; ya subía a pie por la ladera cuando otros dos vehículos se sumaron a la cola. Desde lo alto, las riñas y los arrebatos de los conductores no resultaban desagradables. Pero pronto oyó el distante rumor de las sirenas policiales cada vez más cerca, aunque no supo de dónde venían.

Encontró la *pieve* de Gropina y siguió andando hasta llegar de nuevo al bosque. No había nadie allí, ningún habitante que pudiera seguirle la pista. Pasó una arboleda a su izquierda y de pronto el aire se volvió caluroso, como el de una cantera, y oyó el zumbido de las abejas en el lado de sombra. El sendero descendía hasta la calle mayor de Setteponti y podía haber seguido andando en esa dirección. Pero no sabía por dónde se acercaba la policía, de modo que abandonó el

sendero y se internó en los viñedos. Detrás había un bosque más espeso cuyas hojas parecían desprender un sudor oscuro. Cuando se dirigía hacia allí, las sirenas de Gropina crecieron en intensidad y luego cesaron. Faoud se apresuró a adentrarse en el bosque, sacó las dos escopetas y las dejó a su lado, en el suelo.

Esa mañana, Rockhold despertó en el hotel que dominaba Donnini, donde se había alojado aquella noche. Villa Pitiana había sido la mansión de un noble, pero ahora era un hotel decadente que apenas se tenía en pie. El tono del teléfono le devolvió la conciencia, aunque al abrir los ojos y ver el techo no supo dónde se encontraba. La noche anterior había perdido el Peugeot en las inmediaciones de Poppi y, furioso consigo mismo, había decidido quedarse en la misma carretera con la esperanza de que la mañana siguiente le brindara una segunda oportunidad. Y así fue. Se acercó vacilante a los postigos y los abrió. Apareció un paisaje soleado, una mañana fresca que auguraba el calor que seguiría. Susan le contó todo lo que había ocurrido aquella mañana, las noticias que acababan de comunicarle unos minutos antes.

—¿Un robo, aquí?

Rockhold interrumpió la conversación para pedir un café y luego se sentó junto a la ventana, al sol, donde un lagarto se calentaba.

—¿Pian di Scò? —continuó, desplegando su mapa en la mesa para buscar la diminuta población. Habían llamado a la policía, pero esta se dirigía a otro punto de la carretera, donde se había producido un accidente. Susan se había enterado por el contacto que tenían en la policía italiana—. ¿Cuándo?

Hacía una hora.

—Así que ya están en Gropina. Quizá no sea él.

Pero sospechaba que sí. Lo dejó todo allí, cogió el café que iban a subirle a la habitación, se marchó de Villa Pitiana y enfiló hacia la sinuosa carretera que dominaba el valle.

El camino a Gropina no fue fácil de encontrar, pero una vez allí llamó a Susan por si había novedades. Por fin llegó a Pian di Scò. Había un coche patrulla aparcado delante de la panadería, pero por lo demás todo estaba tranquilo. Llamó a su colega italiano de Florencia. La policía había encontrado el Peugeot abandonado, aunque sin el conductor. Los agentes también debían ocuparse de un accidente de tráfico en la zona y reinaba la confusión. Cuando él llegó, se encontró con las mismas personas que Faoud había visto congregadas alrededor de los vehículos. La policía estaba tomando declaración a los testigos mientras otros cuatro agentes caminaban despacio entre los viñedos de la derecha de la carretera. Rockhold aparcó en el arcén, detrás del embotellamiento, y se acercó al Peugeot de matrícula inglesa que finalmente había encontrado. El policía que lo custodiaba le estrechó la

mano; sabía quién era Rockhold, pero hablaba un inglés limitado. Las puertas del coche estaban abiertas y echó un vistazo al interior. Eran pruebas que no debían tocarse, por lo que solo rodeó el vehículo y examinó la carrocería manchada de barro. Le dijeron que unos inspectores estaban de camino y que llegarían dentro de dos horas. El sospechoso había escapado a pie. Los dueños de la panadería habían denunciado el robo, y no era habitual que la policía de aquella zona hubiese actuado con tan admirable eficacia.

—¿Ha huido? —dijo Rockhold.

—A pie. Estamos peinando el terreno.

Después se dirigió a la zona del accidente y saludó a los dos agentes que estaban tomando notas. A Rockhold le sorprendió que no diesen prioridad al atraco cometido en una pastelería cercana. Pero aquellos policías eran vecinos que trataban con otros vecinos; todos se conocían y estaba en juego la responsabilidad de las aseguradoras. Los ánimos de los conductores se habían calentado y se hablaban a gritos. Mientras la policía intentaba calmarlos, Rockhold decidió aventurarse carretera arriba, donde intuía que habría huido un hombre que tuviese la intención de escapar. La policía no había apostado a nadie allí, ya fuese por falta de efectivos o por la confusión reinante. El inglés ascendió a la pequeña iglesia oscura y antigua que dominaba los viñedos y luego anduvo entre las calles hasta salir casi enseguida de Gropina.

En el extremo de los olivares, una anciana con un cubo y un rastrillo le señaló los bosques que se extendían sendero abajo. Fue un gesto silencioso que él agradeció. El canto de los cucos resonaba en aquellos árboles sombríos.

Cuando empezaba a internarse en la penumbra boscosa, oyó un disparo, y algo le rozó el hombro izquierdo. Casi había olvidado que empuñaba la Glock, con la que apuntaba descuidadamente al suelo. Tendría que haberse agachado de inmediato, pero casi al instante se oyó otra detonación, esta vez de un arma de mayor calibre y propósito, y el proyectil le dio en el pecho y lo envió rodando ladera abajo entre los viñedos, mudo y estupefacto. Echado sobre la espalda, se esforzaba por respirar mientras miraba el cielo, que, sorprendentemente, parecía que de pronto lo había liberado. Al verlo caer, el hombre del bosque se puso en pie, se echó al hombro la escopeta que acababa de usar y se internó en las profundidades del bosque. Había reconocido al Rockhold de la plaza en Sorano.

Se ocultó entre los olivos que rodeaban una gran casa, desde donde veía la carretera que ahora recorrían numerosos coches patrulla. Empezaron a salir agentes con perros, que se dispersaron por los viñedos. Habían oído los dos disparos y se dirigían al bosque, precedidos por los animales.

Llegó a un sendero flanqueado por cipreses altos, rodeado de bosques. A su derecha, la policía inició el ascenso por una empinada ladera cubierta de viñas y los perros empezaron a ladrar con ferocidad. Siguieron gritos de aviso: habían encontrado el cuerpo de Rockhold. Faoud empezó a correr entre los olivos. Finalmente dejó la bolsa y siguió corriendo, conservando solo la escopeta y una pistola. Llegó a otra casa con una piscina que resplandecía al sol. Había una mujer tumbada, que al verlo levantó la cabeza, abrió la boca y soltó un breve grito. Él siguió corriendo ladera arriba, vagamente consciente de los perros que lo perseguían. Volvió a sentir miedo. Uno de los perros apareció a la derecha, justo detrás de él. Faoud se dio la vuelta, disparó, erró el tiro y siguió corriendo. Pero la manada acortó distancias cuando alcanzaba la linde de otra arboleda, y entonces se volvió para disparar tres veces con la pistola para dispersarlos, lo que le dio margen para esconderse detrás de un árbol y cargar la escopeta. Al mediodía, la policía había acordonado la zona y empezaba a hablarle con un megáfono. Pero Faoud ya había decidido que no iba a jugar con su honor.

La policía esperó a que anocheciera para iniciar el avance. Había sido una tarde apacible en el campo, con bandadas de pájaros revoloteando sobre los viñedos y los olivos plateados. Echado sobre el costado, Faoud había recordado la tumba de Ibn Taymiyya, que había visitado de niño en un aparcamiento de Damasco. Eso sí que era valor. El teólogo salió en 1301 de Damasco para enfrentarse al invasor mogol Ghazan Khan y acusarlo de no ser un buen musulmán por haber iniciado una guerra contra otros musulmanes. Se enfrentó al conquistador con palabras y objeciones. Si había convicción en nuestras palabras, era posible enfrentarse a imperios enteros. La muerte no era el peor destino. Ser esclavo era mucho más amargo, y ser un hereje resultaba más terrible aún. Faoud lo tenía muy presente, y mientras las figuras de azul se aproximaban, apuntó la escopeta con meditada frialdad. Se preguntó cuánto tardarían en matarlo esos blandos policías europeos que probablemente no habían disparado un arma en su vida. Quizá aquello se prolongara toda la noche, porque él tenía todo a su favor. A fin de cuentas, a ellos les importaban sus vidas, lo que era una desventaja tremenda, probablemente fatal.

LOS MILLONARIOS

Capítulo 22

El funeral de Rockhold se celebró en Poynings, un pueblo de Sussex oculto en un pliegue de los South Downs, a pocos kilómetros de Devil's Dyke. No estaba lejos de donde Rockhold había vivido gran parte de su vida, y hacía unos años que su esposa había reservado un sitio para ambos en el pequeño cementerio que había detrás de la iglesia.

Ella sabía, desde luego, que al principio solo la ocuparía uno de los dos, pero nunca había imaginado que sería tan pronto, ni en aquellas circunstancias. Los Codrington se habían desplazado en grupo desde Londres y se alojarían unos días en el Metropole de Brighton: Rupert, el hermano de Jimmie; sus sobrinos y Naomi, que había llegado de Grecia para atender las formalidades. Había llovido toda la semana y el funeral en la gélida iglesia no habría sido del agrado de Jimmie; eso dijo su hermano. El cura, que conocía bien al difunto, ensalzó sus virtudes; la pequeña congregación guardó silencio. El cuerpo de Rockhold se consignó a la tierra, a la sombra de los tejos victorianos y, al fondo, de la colina caliza donde abundaban las reliquias de la Edad del Hierro que él solía buscar los domingos con su detector de metales. La reunión posterior en el Plough Inn fue extraña. Rockhold había trabajado treinta años para los Codrington, pero apenas lo conocían. Era el secreto de Jimmie, pero Jimmie seguía sin aparecer, ni aparecería jamás. Los supervivientes no sabían qué decir ni pensar sobre él. No conocían a la viuda menuda y estirada, con sus perlas negras y su aire acusatorio y furioso. No conocían las virtudes de Rockhold. Solo Rupert estaba al corriente de quién era.

Se llevó a Naomi aparte y salieron a la llovizna de la calle solitaria donde estaba el pub. Le sugirió que se acercaran en coche a Devil's Dyke para charlar.

—Creo que algo de distancia nos ayudará. Te noto algo agitada.

—Que no revuelta.

Rupert casi sonrió.

—En efecto.

Llegaron al atardecer, cuando el café de la cima empezaba a abrir.

La lluvia estival había cesado y caminaron por la colina con sus fosos cubiertos de hierba. Vestidos de luto, parecían embajadores del más allá en un lugar que ella siempre había creído invadido de fantasmas.

—Jimmie solía traerme aquí cuando era pequeña. Los días despejados se puede ver el mar.

—Cierto, pero no es el caso de hoy —dijo Rupert.

El mar no era más que una capa de luz horizontal. Se detuvieron entre las tiesas flores de las aulagas y la hierba mecida por el viento. Las alondras volaban tan alto que no podían verlas. Rupert era un hombre curtido, más curtido que su hermano, pero al final la sangre mandaba y Naomi vio que los dos hermanos estaban hechos de la misma pasta. Ambos habían amasado su fortuna por méritos propios y en ambos hervía la misma amargura subyacente. Rupert, el más joven, solo había venerado a su hermano mayor hasta un determinado momento de su vida. ¿No era eso siempre una pérdida irreparable?

—Me alegra que hayas asistido al funeral —dijo él, sin mirarla. (Las vistas eran una excusa para que ambos evitaran la mirada del otro.)—. Creo que llegaste a conocer a Rockhold, ¿verdad?

—Fue a Grecia para entrevistarme.

—¿Lo llamarías entrevista y no interrogatorio?

—Fueron las dos cosas, en cierto sentido. Pero no me molestó; él tenía sus razones.

—Siento que todavía no hayan encontrado a tu padre ni a tu madrastra. He mantenido conversaciones muy largas con la policía italiana...

En Roma. Rupert se había desplazado hasta allí con su esposa, se habían alojado en el Savoy y la policía había acudido al hotel a diario para informarle de sus pesquisas. Había sido más surrealista de lo que cabía esperar y tuvo que soportar todo el proceso con pasividad. Le dijeron que probablemente el migrante los había asaltado cuando viajaban en coche por la Italia meridional, y que luego los había matado y enterrado en algún punto de la ruta de Brindisi a Roma. Al menos esa era la hipótesis más probable. Como el sospechoso estaba muerto, no había nadie a quien interrogar y la teoría había quedado en el aire. Era cierto que la pareja no había mencionado su intención de volver a Italia aquella semana, y cuando la policía preguntó a Naomi, esta les había dicho que su padre y su madrastra solían improvisar. A principios de mes, el mismo Rupert había recibido un correo electrónico en el que Jimmie le expresaba sus deseos de volver a Italia, como hacía todos los años. Pero era extraño que no se lo hubiese mencionado a Naomi.

—Sí que mencionó algo —dijo ella con calma—, pero no recuerdo cuándo. Papá era muy impulsivo, como bien sabes...

—Lo sé. Era parte de su fuerza.

—No le hacía mucho bien —repuso ella con amargura—. Las cosas le habrían ido mejor si hubiese sido un poco menos impulsivo.

—No puedo negarlo. Pero ¿estás segura de que te comentó que volvían a Italia?

—Sí. Se estaba hartando de Hidra.

—¿Discutíais mucho? ¿Crees que en parte se estaba hartando por eso?

Ella dio un respingo, pero no se volvió para mirarlo.

—¿Y cómo voy a saberlo? Él no me contaba nada. Lo único que sé es que no me sorprendió que se marcharan de Hidra sin avisar.

Naomi se preguntó qué sabía su tío de ella, si es que sabía algo; hacía muchos años que apenas se veían. En realidad, no la conocía lo suficiente para poder sospechar de ella. Pensó que casi todo lo que Rupert sabía era información procedente de Rockhold. ¿Lo alejaba eso de la verdad o lo acercaba? Rupert le explicó las complejidades del legado patrimonial debido a la presunción de muerte. En esencia, heredaría la casa de Hidra, la casa de Londres y una gran participación en las acciones de la compañía. Era una disposición estándar para una hija única, y nadie la cuestionaría. De hecho, el único en posición de cuestionarla era el propio Rupert, que no tenía la menor intención de hacerlo. Le parecía la única compensación posible por un trauma tan horrendo, y sabía que Jimmie nunca habría redactado así su testamento de no haber sido esa su intención. Lo único que quedaba por decidir era la parte de la herencia que correspondía a Phaine. Jimmie le había dejado la casa de Italia, pero como también se daba a Phaine por muerta tendrían que llegar a un acuerdo. Personalmente, a él no le interesaba. Quizá algo para las sobrinas y sobrinos, aunque ya estaban bien cubiertos. Le dijo que lo meditara.

—¿Así que los dan por muertos? —fue todo lo que alcanzó a decir Naomi.

—Mucho me temo que sí. La policía italiana dice que seguirá investigando. Están peinando todas las carreteras, pero, entre nosotros, es una misión imposible. No van a encontrarlos. Sé que es muy duro.

—Eso es lo peor.

—¿No saber dónde están?

—Sí. Es obsceno.

—Coincidiría contigo, pero siempre cabe la posibilidad de un golpe de suerte.

—¿Quién era el sospechoso?

Rupert tenía ganas de fumar, pero no le parecía que aquel fuese un buen momento. Se acarició la mejilla, preguntándose cómo responder.

—No tienen ni idea. No llevaba ningún documento de identidad. Nada. Uno de esos malditos inmigrantes. Imposible saber de dónde venía. Ni siquiera las huellas dactilares han dado alguna pista.

—Nadie, entonces.

—Sí, podría decirse así. Nadie para nosotros. Será alguien para otra persona, en otro lugar.

—¿Ni siquiera saben su nacionalidad?

—No. No hay forma de saberlo. La policía ha venido a decir que es un caso cerrado. Claro que comprobarán sus huellas dactilares en bancos de datos, pero creo que no llegarán a ninguna parte. Incluso han dicho que es probable que ni siquiera fuese un delincuente. Solo alguien desesperado.

—No tenía por qué matarlos.

—No lo sabemos... Como te he dicho, quizá la cosa se descontrolase. Si le robas el coche a alguien, puede pasar.

—Me parece increíble que en la terminal del ferri nadie los viese.

—Los vieron. Los recordaban perfectamente. Eso es lo curioso de la gente; recuerda algo a la perfección, aunque no haya ocurrido.

—La gente es estúpida —dijo ella con amargura.

—Cierto, eso es innegable —dijo Rupert, riendo.

—¿Y qué han hecho las autoridades italianas con el cuerpo?

Rupert respondió lentamente. En el tono de Naomi había algo extraño.

—Lo incineraron al cabo de una semana, creo. No podían hacer más. Creo que fue lo más adecuado.

«Así que todos han desaparecido sin dejar ni rastro», pensó ella.

Lentamente empezaba a ser consciente de que ahora era muy rica, y resultaba curioso que eso no hubiese sido una obviedad en las semanas anteriores. Era como una novedad caída del cielo gracias al tío Rupert. Ahora era millonaria. ¿Cómo se comportaban las bondadosas millonarias de izquierdas?

Seguirían desmadrándose con discreción, quizá solo mentalmente. Aunque quizá de vez en cuando cometiesen alguna tropelía. Quizá buscasen venganza.

—¿Vas a quedarte en Londres? —le preguntó su tío—. Es una casa muy bonita. Y debe de tener muchos recuerdos para ti.

—Tiene muchos recuerdos. Pero no lo sé. Quizá vuelva a Grecia. Londres me deja sin energía. No lo soporto.

—Me parece bien. ¿Qué harás en Hidra?

—Lo que he hecho siempre: todo y nada. Tal vez pinte la casa. Será terapéutico.

—Sí, puede ser.

Rockhold le había dicho a Rupert, tiempo atrás: «Esa chica es una buena pieza. Es el negativo de Jimmie». Sonrió al recordarlo. Pero ¿qué significaba?

Volvieron andando al coche.

—Esta noche hay una reunión familiar en el restaurante del hotel,

si te apetece venir. Los chicos beberán champán y demás. Si no te apetece, lo entenderé.

—Estoy un poco cansada. El funeral ha sido demasiado para mí.

—Sí, una lástima lo del pobre Rockhold. Siempre ponía demasiado empeño en su trabajo. ¿Sabes a qué me refiero?

—No del todo.

—Era un poco fanático. No es que sea algo malo en un hombre así. ¿Sobre qué te interrogó en Grecia?

—Ante todo me preguntó por mi infancia. Pero curiosamente no parecía que se entrometiera. Me cayó bien. Le preocupaba que Jimmie no respondiera a sus llamadas. Entonces su curiosidad me pareció de lo más normal, y me lo sigue pareciendo. A fin de cuentas, ese era su trabajo. Y no podía molestarme que hiciese su trabajo.

—Es cierto.

—Además, me invitó a cenar.

Rupert sonrió, y ella también.

Rupert se felicitó por haber aclarado el asunto sin líos ni tensiones. De regreso a Brighton recorrieron en su Jaguar carreteras sinuosas contenidas por los cercados, y en la primera rotonda vieron la luz plateada que caía sobre el mar. El mar de los normandos, pensó Naomi; no es mi mar. No hay azul en él.

Se quedó toda la noche en su habitación del hotel. Desde la ventana, con una ginebra en la mano, contempló las olas que rompían en la oscura playa de guijarros mientras un viento huracanado zarandeaba las bombillas de colores que colgaban de unas farolas turquesa con adornos de delfines. Incluso el verano tenía días invernales. Sus pensamientos ya estaban en Hidra. La soledad volvía después de un día largo e inquieto, lleno de falsas apariencias y parloteos absurdos, y con ella volvían también las dudas, la culpabilidad —aunque fuese efímera— y el odio que sentía hacia su familia. No se trataba de que fuesen insufribles: los odiaba por ser lo que eran, una emoción simple y natural. En el centro de aquella súbita inquietud y odio estaba la incineración de Faoud. Las cenizas tenían que estar en alguna parte, almacenadas en un sitio donde alguien pudiese ir a buscarlas. ¿Y si lo hacía, diciendo a los italianos que era por curiosidad? *Quiero conservar las cenizas del asesino de mi padre*. ¿No tenía aquello su lógica? Pero nunca lo haría. Nadie reclamaría sus cenizas y finalmente se desharían de ellas discretamente, a menos que algún familiar se enterara de lo sucedido y fuese a buscarlas. Eso no iba a ocurrir. Faoud transmitía una sensación de orfandad, de inconfundible abandono. Algunos muertos no regresan a la memoria de los vivos, pero Faoud existía en la de Naomi.

Al día siguiente, Naomi tomó el tren a la estación Victoria y luego un taxi a St. John's Wood. La lujosa casa de su padre, un antiguo

establo reconvertido, siempre había parecido deshabitada, pese a la habitual confusión de su estudio. Alguien había examinado todos los documentos de Jimmie y también —sin el consentimiento de Naomi— el disco duro. Quizá Rupert. Se preguntó si su tío habría hablado con la viuda de Rockhold de esa forma persuasiva tan propia de él. Rockhold debía de contarle a su mujer sus sospechas, sus idas y venidas. Pero era imposible que supiese algo. Quizá la viuda había insinuado a Rupert lo que su marido pensaba de la hija de Jimmie. Detalles del extranjero de Episkopi y del Four Seasons, que Rockhold habría averiguado con facilidad. Atormentada por todas esas posibilidades que nunca llegaría a verificar, se acostó en la habitación de sus días escolares que todavía conservaba sus queridos libros de texto, y recorrió mentalmente los senderos de Hidra, las escaleras, las plazas, las terrazas y las pequeñas iglesias que dominaban el puerto, sobre todo la más cercana a su casa, la capilla de Agia Paraskevi. Ya de niña sabía cuándo iba a abrir (porque solía estar cerrada) y conocía la historia de la misteriosa santa cuyo rostro habían pintado sobre la puerta: una mujer griega del siglo II romano cuyo nombre significa «viernes», a la que torturaron obligándola a llevar un casco forrado de clavos. Después fue decapitada por provocar la desintegración de los ídolos en un templo de Apolo. Aquel era su edificio preferido de Hidra, aunque los propios griegos no lo frecuentasen demasiado.

La iglesia siempre proyectaba una larga sombra desde lo alto de la puerta hasta el suelo, al estilo griego, y el terreno que la rodeaba era un amasijo de hierbajos en flor. Cerca había unos arcos de piedra en ruinas cubiertos de vegetación, senderos que no llevaban a ninguna parte y casas que los viejos habían abandonado años atrás y nadie había reclamado. Las ortigas asomaban precariamente desde los muros como si desearan conquistar más espacio y los árboles proyectaban círculos de sombras olorosas. Naomi deambuló mentalmente por cada calle como si buscase un error que hubiese podido cometer, un desvío equivocado en algún punto del pasado. No todo puede calcularse. Los deslices son inevitables.

Abrió la puerta de la iglesia y entró. Solo había una anciana solitaria en la penumbra, aguardando una respuesta del cielo. A Naomi le resultó familiar, casi recordaba su nombre, había sido una mujer joven cuando ella era niña. Así que el tiempo pasa y los destruye... La despertó la lluvia inglesa en los tejados. Y entonces oyó a su padre deambulando por su estudio, como siempre hacía. Jimmie se acercó a la puerta y la abrió. Naomi vio que se encendía la luz del otro lado del pasillo. Se incorporó, agarró la sábana por ambos lados de su cama y, por un momento, dudó de que los acontecimientos hubiesen sucedido como había imaginado. Pero el pie de Jimmie nunca pisó el primer peldaño. Pareció vacilar como si se burlara de ella, por lo que el terror

de Naomi no remitió. Siguió hasta que acabó por recobrar el aliento, y entonces recordó que, a diferencia de Faoud, el cuerpo de su padre no había sido incinerado.

Capítulo 23

A finales de agosto los diáfanos atardeceres azules del puerto se volvieron más inestables y un viento súbito empezó a soplar de la nada, trayendo una cortina de nubes. Los recargados toldos de los cafés ondeaban y se estremecían mientras los camareros, con expresiones de apacible ansiedad, batallaban con cuerdas complejas como jarcias. Las multitudes de finales del verano alzaban la vista y se preguntaban si el buen tiempo seguiría hasta septiembre, como era habitual, o si tendrían que ponerse suéteres ligeros de noche. Sam se sentaba allí a menudo con Toby y tomaban el *tsipouro*, que Naomi le había enseñado a beber, y también alzaba la vista a la calima que envolvía el sol y se preguntaba si sería arena que había cruzado el Mediterráneo procedente de África. La tenía en el cabello, en los labios. No era la primera vez que la notaba aquel verano, pero ahora era más abundante y salada. Sentía una ansiedad constante. Aunque quizá fuese cosa de su imaginación. Desde que Naomi se había marchado de la isla, sus días se habían vuelto más lánguidos y ensimismados. Y ahora tenía novio.

—Nos marchamos la semana que viene —dijo ella una noche, mientras soplaba un pequeño vendaval y los camareros del bar Porto Fino corrían de aquí para allá intentando atrapar servilletas al vuelo—. Pero me parece bien, ya era hora. O hasta puede que nos hayamos pasado un poco. ¿Vosotros ya tenéis billete de vuelta?

—Pasaremos unos días en Londres, mi padre tiene que trabajar en algo allí. Y luego volveremos a Nueva York.

—Naomi dice que en invierno este sitio es una tumba.

—Me lo imagino.

—¿Volveréis el año que viene?

—¿El año que viene? —dijo él, sinceramente sorprendido—. Ni siquiera me lo había planteado.

—Podríamos volver por nuestra cuenta.

—Eso estaría bien.

—Ya lo pensaremos.

—Sí, aunque seguramente nos cruzaríamos constantemente con

Naomi, ¿no crees?

El rostro de Sam se apagó un instante, pero luego recobró el color.

—¿Y eso importaría? —repuso rápidamente—. ¿No te cae bien?

—No es eso, pero tú cambias cuando estás con ella.

—¿Ah, sí?

—Sí, en cierto modo. Empiezas a actuar como ella.

«¿Y qué?», quiso decir Sam, porque no era la primera vez que lo hablaban.

Pero se limitó a responder:

—Naomi es interesante y mayor que yo. Quizá cambie un poco en su compañía; tampoco es tan raro.

—Nunca he dicho que lo sea. Pero imagínate pasar todo un verano aquí, los dos solos. Sería mucho mejor.

—Entonces quizá deberíamos ir a Spetses.

Toby se echó a reír.

—Sí, buena idea.

Después le preguntó si se sabía algo más de los Codrington, pero ella negó con la cabeza y cambió de tema. Naomi le había dicho que no hablara del asunto con nadie.

Caminaron de la mano por el puerto hacia Xeri Elia, la taberna de encalados árboles retorcidos y bandejas de pescado helado donde antes los famosos tocaban sus guitarras bajo los emparrados. Se sentaron entre el plumbago y pidieron berenjenas *imam* y *fasolia*. Sam había aprendido el alfabeto griego y pronunció en voz alta todos los platos de la carta, que él también sabía leer. Tomates rellenos: *do-ma-tes gem-istes*.

—Me encanta cómo usan la palabra «*partheno*» para decir «aceite de oliva virgen» —dijo Toby.

—*Partheno elaiolado* —leyó Sam, despacio.

—¿A que es bonito? En cambio, «aceite de oliva virgen» suena ridículo.

—Tomemos una copa y brindemos por nosotros —dijo Sam.

Pidieron Babatzim con anís.

—De un solo trago —ordenó Toby.

Resultaba muy agradable en la garganta.

—No quiero quedarme aquí para siempre —dijo ella cuando se le despejó la cabeza—, pero a veces quiero quedarme aquí para siempre.

—No es algo que se sienta en todas partes.

—Así es. Solo un lugar especial puede hacerte sentir así.

—A mí me pasa lo mismo, de vez en cuando. A mis padres creo que no. Están locos por volver a Estados Unidos.

—Creo que tendríamos que volver el año que viene sin decírselo a nadie.

—Trato hecho.

Se trasladaron a Manolis para tomar el postre. Estaba a la vuelta de la esquina y a Sam le encantaba la sala de la planta baja con sus cuadros de transatlánticos, goletas y antiguas fragatas —si así se llamaban— griegas. Tomaron pudin de arroz y luego bebieron ouzo en una de las mesas exteriores que daban al callejón. Fue la parte más bonita del verano. Aquellas noches apacibles con Toby sin que nadie la distrajera, sin las tensiones ni los dramas que Naomi solía crear con su simple presencia. Incluso el «suceso», como ella lo llamaba para sí, se había vuelto abstracto e irreal. También se obligaba a olvidarlo y borrarlo de su pensamiento. Pero había algo más. Se estaba haciendo a la idea de que —de pronto, inesperadamente— había conocido al chico con quien acabaría casándose. Aquel imprevisto colosal había eclipsado al otro, e incluso intuía, supersticiosamente, que uno había llevado al otro. No era casualidad. Y aquella idea la mantenía cuerda. La idea, y la presencia constante del chico de suave pelo rapado.

Sam pasaba casi todas las noches en casa de Toby, y sus padres no le ponían pegas. Finalmente le habían preguntado por él y siguió una invitación a cenar. La velada en la terraza transcurrió de forma sorprendentemente relajada. Toby se había vestido de forma impecable para la ocasión, con una camisa Oxford y unos zapatos sin cordones sutilmente elegantes. Así mostraba con discreción la posición social de su familia, aunque a Sam le avergonzara admitir que lo había notado o que le importaba. Toby habló durante toda la cena, y entabló con el padre de Sam conversaciones animadas y eruditas en la mejor tradición WASP. Tanto mejor.

Señor Haldane: Por supuesto, aunque Pinochet fue un miserable, la economía de Chile mejoró con la reforma del sistema de pensiones.

Toby: ¿Así que atribuye algún que otro éxito a la Escuela de Chicago?

Señor Haldane: Me avergüenza admitirlo, pero sí.

Y etcétera.

—¿Qué tal en Princeton? —preguntó su padre por fin—. Yo lo aborrecía.

—Bien, por ahora —fue la respuesta elegante e informal de Toby —. Aunque quizá haga el posgrado en otra universidad. En Asia, tal vez.

—¿Ah, sí?

—Estudio una asignatura de japonés. No estaría mal pasar un par de años allí.

—Es una lástima que no puedas sacarte el máster aquí, en Hidra —dijo la madre de Sam—. Los sitios bonitos son siempre los más inútiles.

Sam se mordió la lengua. Las frases involuntariamente profundas eran siempre lo peor, sobre todo si venían de su madre. Pero tomaron mucho café mientras soplaba un viento cálido y fue magnífico. Su

padre estaba animado, su madre le dirigió una mirada de aprobación que, sin duda, se refería a Toby; sonó la campana de la pequeña iglesia y se preguntaron quién demonios iría a misa a aquellas horas de la noche. La criada sacó una botella de licor dulce y otra de Metaxa. Los vasitos se llenaron y vaciaron rápidamente.

Sam se abstraía de vez en cuando y pensaba en el mar, en los vientos donde todavía existía la otra chica. Fue Toby quien la sorprendió con la mirada perdida y supo de inmediato el motivo, pero tuvo la discreción de no mencionárselo. Después de quitar la mesa, jugaron a las cartas y, como era de esperar, Toby resultó ser un buen jugador, mejor que ninguno de ellos. La madre de Sam estaba encantada. Preguntó a Toby por sus padres y por su casa en Hidra. ¿Eran los típicos bohemios? (Aunque lo expresó de otro modo.)

—No, mi padre dirige una empresa farmacéutica. No somos del tipo creativo. En cualquier caso, creo que ahora muchos artistas se han ido. Hidra se ha vuelto demasiado cara. Se habrán mudado a otra isla sin decírselo a nadie. Cuando averigüe adónde, se lo haré saber. Pero no creo que quieran ir.

—¡Claro que sí! —exclamó Amy.

Después Sam lo acompañó escalera abajo y tomaron el sendero de Kamini. Se sentaron en un muro, se besaron y pasaron revista a la extraña velada. Los dos sabían que él había actuado a la perfección, pero no le daban importancia. Ella ya imaginaba cómo sería su relación en su país, a miles de kilómetros de distancia, rodeados de una lengua común y propia. Le parecía que sería mejor, más perfecta. Y también más fácil. Cada vez tenía menos dudas.

—Vayamos mañana a nadar a Vlychos —le dijo ella antes de despedirse—. Ven a buscarme a las diez, quiero dormir un poco.

—Eso haré. Y comeré las tortitas de tu madre, como ella ha dicho.

—Le encantará.

Aquella noche, más tarde, aparecieron rayos en el horizonte. Despierta en la cama, Sam dejó que el viento entrase por las ventanas abiertas y esparciera los papeles por la habitación. Pasada la medianoche recibió un mensaje de Naomi, el primero desde hacía más de dos semanas.

Volveré pronto. Estaré en el continente, en Ermioni. ¿Cuándo te marchas a Nueva York?

No le respondió de inmediato. La vuelta de Naomi la llenó de espanto, pero al mismo tiempo también recordó la amistad y la complicidad, la fácil exclusividad de su relación. Echaba de menos esas cosas. Pero no estaba segura, y decidió consultarlo con la almohada. Por la mañana, Toby llegó a las diez con opresiva puntualidad y fueron andando a Vlychos en bañador, bajo el sofocante calor. Subieron por una playa agreste y nadaron en las aguas de color verde claro hasta el

negro extremo rocoso. A Sam le pareció que Toby no había dormido en toda la noche; ella tampoco había dormido bien. Cuando volvieron a la playa, se acurrucó junto a él y disfrutaron de lo que probablemente sería el único momento fresco del día.

—Me muero por volver a tener aire acondicionado —dijo Sam.

—No se puede estar sin él.

—Es verdad. Si volvemos el año que viene, nos alojamos en el Bratsera.

Sam se puso boca arriba y estiró los brazos hasta que los dedos se hundieron en los guijarros. Estuvo más segura que nunca de que una arena fina e invisible caía del cielo despejado sobre su cuerpo.

Cuatro días después, Naomi le envió otro mensaje de texto. Le pedía que viajase en ferri a Ermioni, un breve trayecto en el SeaCat, y que la esperaría en el muelle del centro del pueblo. Situado a veinte minutos al oeste de Metochi, Ermioni era el puerto alternativo para llegar al continente desde la isla. Sam accedió a regañadientes. No le parecía conveniente que las viesen juntas en la isla, y Naomi sabía que Sam se iba ese fin de semana. De modo que a media mañana cogió el ferri rápido y llegó a la encantadora bahía de Ermioni, un lugar que no había visitado durante su estancia en Hidra. Y allí en el muelle, entre unos pocos barcos pesqueros —pero sin odiosos yates—, vio a una Naomi delgada y febril, con una camiseta de rayas blancas y azules y alpargatas. Estaba cambiada. No para mejor, pero en cualquier caso seguía bronceada y fibrosa. Sam se dio cuenta de inmediato de que su amiga llevaba varios días en Ermioni. Naomi observaba los acontecimientos desde una distancia segura.

Se abrazaron y derramaron alguna lágrima cuando Naomi la tomó de la mano como si se hiciese cargo de ambas, y la condujo a una zona iluminada.

—¡Necesitamos café y dulces! —exclamó.

Junto al puerto había una calle llena de tabernas y cafés, en su mayoría cerrados. Encontraron una panadería llamada Drougas con taburetes en la acera y una fresca sombra donde comieron *bougatsa* rellena de crema y espolvoreada con azúcar y tazas de café Ipanema. Sus hombros desnudos se rozaron levemente; las sensaciones seguían allí. Naomi le contó las últimas novedades de Londres.

Le habló con sinceridad porque le pareció lo mejor. Era una forma de demostrar su confianza en Sam y también sabía que ella reaccionaría mal ante una mentira. La verdad la volvería leal, más leal si cabe. También le dijo que había alquilado una habitación de cuarenta euros en el puerto y que se quedaría allí hasta que los Haldane volviesen a Estados Unidos.

—¿De modo que el investigador ha muerto? —preguntó Sam.

—Parece que todos han muerto. De forma fortuita.

Naomi tenía los ojos secos, pero Sam supuso que se habría pasado toda la semana llorando.

—No parece real —murmuró Sam.

—No, pero lo es.

—Y tus parientes han aceptado tu versión.

—No les quedaba más remedio.

Sam asintió.

—Es lo que hay. No les queda otra. Pero tú no puedes volver a la casa.

—¿Por qué no? No creo en los fantasmas. Ni tampoco puedo venderla.

—¿Por qué no?

—Es demasiado arriesgado. A alguien podría darle por excavar el jardín.

—Te la quedarás, entonces.

—Claro que me la quedaré. Voy a vivir allí. La pintaré.

—Y vivirás…

—Infeliz por siempre jamás. Supongo que no vendrás de visita.

Sam se encogió de hombros.

—No creo.

—Es una pena que no volvamos a vernos.

—Sí, lo sé.

—Pero quizá sea lo mejor —dijo Naomi.

Cortó una porción de *bougatsa* y se la ofreció a Sam con el tenedor.

—Vamos, come. *Qué será, será*.

Pasearon por la calle hasta llegar al alojamiento temporal de Naomi en el Philoxenia Ganossis y a una península cubierta de pinares. Era la ubicación de la antigua ciudad de Hermione, desaparecida mucho tiempo atrás. La calle rodeaba su perímetro y el acantilado de la izquierda se hundía en el agua entre fragmentos de las antiguas murallas. Pasaron por delante de un montón de piedras. Era un templo de Poseidón reducido a su esencia. En los bosques había más piedras, losas en la tierra que nadie había marcado ni nadie visitaba. Oyeron el zureo de las tórtolas; al final de la península, las pitas se recortaban en el brillante resplandor del mar. En la distancia se apiñaban las montañas, cubiertas de bosques oscuros. Se sentaron en un banco y contemplaron el mar. Fue un momento de absoluta confusión. Sam pensaba que debía mencionarle a Toby, como si fuera relevante, pero se veía incapaz. Pero quizá lo mejor era simplemente despedirse. No lo sabía. Lo que quería saber era si ella estaba a salvo y si su futuro era seguro. Este dependía en gran medida de Naomi y de su capacidad para guardar el secreto. Un chantaje mutuo, pensó Sam, pero era una idea malsana del todo innecesaria. Las dos sabían qué tenían que hacer. Sin

embargo, lo que no habían decidido era cuánto duraría. No podían fijar un término, por lo que se prolongaría eternamente. De modo que su vínculo duraría esa misma eternidad. Era calamitoso y agradable a un tiempo. Lo comprendieron a la vez y se miraron con un horror tan vivo como el resto de sus sentimientos sepultados.

—Será espantoso no volver aquí —dijo Sam, sincera a medias—. Pero no puedo volver. Es imposible.

—Lo sé.

Pero Naomi sonreía, perdonaba.

—Encontraremos el modo de vernos, algún día. Quizá en Londres, si alguna vez te pasas por allí.

—Me gustaría. Pero nunca se sabe.

Sam ya había empezado a imaginar un futuro sin Naomi. Nunca volverían a verse y eso sería un alivio. Un verano solo era un verano, y sus cadáveres debían quedarse confinados en él.

Naomi la tomó de la mano.

—Lo comprendo. En cualquier caso, aquí estaré. Voy a retomar la pintura; es lo que siempre he querido hacer.

—Le dijiste a mi madre que no pintabas.

—Es verdad, se lo dije. Pero no mentía. Me convertiré en pintora.

—¿Es eso lo que has querido todo el tiempo? ¿Una habitación propia?

—Suena a tópico, pero ¿por qué no?

—¿O solo un lugar donde nadie pueda investigar tus mentiras?

—También son tus mentiras —repuso Naomi—. Son nuestras. Y además, ¿por qué no iba a querer tener un lugar donde nadie pudiera investigar mis mentiras? Es lo que queremos todos, en mi opinión.

—Es lo último que quiero.

—Entonces eres una persona muy especial.

—No soy especial. Solo ingenua, al parecer.

—Y, sin embargo, también eres una embustera magnífica; una virtuosa, en realidad. Creo que lo disfrutas. Así que ya somos dos.

La sutil malicia hizo que Sam se apartara un poco, pero luego se serenó. Comprendió por primera vez que no sabía nada de Naomi ni de su pasado, ni mucho menos del tortuoso camino que la había llevado hasta allí. Todo era un misterio, un relato velado que no era el suyo y que probablemente había malinterpretado. Pero dejó que Naomi la envolviera en sus brazos y permanecieron abrazadas en silencio, cociéndose al sol, cegadas por el mar. Pasó un buen rato antes de que se separaran y Sam apoyase la cabeza en el hombro de su amiga.

—¿Sabes qué decían los griegos? —pensó Naomi en voz alta—. El amor hace que pase el tiempo, y el tiempo hace que pase el amor.

Sam volvió la cabeza y vio los pinos inclinados al borde del acantilado, meciéndose lentamente al viento. Emitían un sonido

familiar, pero más profundo de lo que recordaba y también más implacable. Podría haber cambiado todos sus planes en un instante, pero el instante vino y se fue, y no los cambió.

Capítulo 24

En Nueva York, los últimos días de calor transcurrieron despacio mientras Sam se ponía al día con los estudios del siguiente semestre. Sus padres y su hermano habían ido a Maine a visitar a los abuelos mientras ella se quedaba en la ciudad, en el piso familiar de Morningside Heights. Cuando se le pasó el *jet lag* fue capaz de evaluarlo todo y reubicarse. Ya no estaban ni el cegador cielo griego ni el sol que te atravesaba el pensamiento. En Nueva York había cigarras ensordecedoras y un calor pringoso y húmedo, sin viento. Se levantaba al amanecer y corría junto al río. Los bosques bajos de la otra orilla y el movimiento mecánico de los otros corredores apaciguaban sus pensamientos.

Veía a Toby tanto como quería. Durante los exhaustos días de finales del verano, con la ciudad vacía, forjaron los cimientos de una relación que duraría mucho tiempo, al menos mucho más de lo que ella había supuesto en Hidra. En el cavernoso piso con vistas al río, juntos preparaban la cena con las cosas que habían comprado y luego veían películas o salían a bares que Toby había descubierto personalmente y que quería mostrarle. Solían ir al Sakagura de la calle Cuarenta y tres Este, que ocupaba el sótano de debajo de un garaje; se sentaban en la larga barra adornada con flores de ciruelo y Toby practicaba su japonés. La clientela no era joven ni especialmente moderna, pero a Sam le gustaba que él conociera sitios así y que supiera apañárselas en ellos. La segunda semana de septiembre, con los padres de Sam todavía ausentes, Toby le preguntó si tenía noticias de Naomi. Los padres de Toby acababan de volver a Estados Unidos y finalmente se habían enterado de los terribles acontecimientos de Italia, de lo que les había ocurrido a los Codrington. Era inexplicable.

—Yo también acabo de enterarme —dijo Sam—. Parece imposible. No puedo decir que fuesen unas personas muy agradables, pero solo he oído el punto de vista de Naomi.

—Pues a mis padres les caían bien. Con las familias nunca se sabe. Son incomprensibles desde fuera.

—Es verdad. La mía también…

—Pero ¿Naomi no estaba preocupada?

—Creía que se habían ido de viaje. No hay nada extraño en eso.

—En cualquier caso, me alegro de que ahora estemos aquí. Lejos de ella.

—Te entiendo.

Toby bajó la vista y vio que a Sam le temblaba la mano con la que intentaba levantar un *masu* de sake. Le ayudó a bajarla.

—Estás disgustada. No le des más vueltas.

—No es que esté disgustada… —El labio inferior de Sam se aflojó y supo que estaba a punto de sufrir una crisis—. No sé qué es.

—Tranquila, Sam. No le des más vueltas.

Ella volvió a coger el *masu* y esta vez no vaciló. Él la imitó y brindaron. «Así me gusta», dijeron los ojos de Toby.

Esa noche él se quedó a dormir en casa de los Haldane. Recordó la primera noche que habían pasado en Hidra y que el rostro de Sam se había contraído en sueños, antes de despertar con un grito. Toby le había estado dando vueltas. Era una pista acerca de algo que sabía que no debía investigar. Si insistía un poco, Sam se cerraría en banda. No confesaría y, además, a aquellas alturas, ya era evidente que Sam no creía en las confesiones.

Cuando se inició el semestre y sus padres volvieron, Sam empezó a pasar sus días y sus noches en la biblioteca Bobst de Washington Square. Se sentaba cerca de las paredes de cristal, en una mesa al fondo de las estanterías, y leía concentradamente durante horas. Era su último año de Literatura Comparada y leía a los románticos franceses. Los días se oscurecían y cuando Toby volvía de Princeton iban a locales del East Village y luego al piso que los padres de Toby conservaban en la calle Sesenta y tres Este, pues ahora los Carhargan vivían principalmente en Maine y solo ocasionalmente visitaban la ciudad de Nueva York. Sam los fue conociendo lentamente: tenían Hidra en común, lo que facilitaba las cosas. Aquel invierno Sam fue tres días a la semana y la hospitalidad fue correspondida. Pronto Toby empezó a asistir a las fiestas de los padres de Sam, que lo exhibían como un trofeo adorable que quizá, con la maravillosa alquimia del tiempo, acabaría convirtiéndose en un yerno antes de que la primera cana asomara a su cabeza. Y eso fue exactamente lo que pasó, y mucho antes de lo que Sam había esperado.

Toby le propuso matrimonio ese primer invierno, seis meses antes de su graduación. Aturdida y alarmada, Sam se asustó, le pidió más tiempo, y luego aceptó esa misma semana. Su madre estaba eufórica; su padre rezongó un poco y luego cedió con una jovialidad nada convincente. Los respectivos padres se conocieron en un restaurante con los tres hijos, donde se hicieron las presentaciones. Sam era

consciente de que Toby y ella, sentados con sus padres en el comedor del Ilili en el West Village, tenían toda la perfección de una joven pareja en los inicios de un matrimonio envidiable. «Nuestros futuros hijos ya son visibles, como hermosos fantasmas, para aquellos que nos rodean», pensó.

Era demasiado perfecto..., pero ¿las personas en situaciones perfectas no decían siempre «Es demasiado perfecto»?

—Me parece extraordinario que todos coincidiésemos en Hidra ese mismo verano —dijo Andrew Carhargan mientras el camarero descorchaba una botella de Musar—. Es el mejor augurio posible. Espero que de ahora en adelante os planteéis alquilar una casa todos los veranos. ¿Qué me dices, Jeffrey?

—¡Me apunto! Y me parece que Amy y Chris también.

—Creo que la próxima vez prefiero estar en la zona del puerto —dijo Amy.

—Pues os podemos ayudar con eso, ¿a que sí, Elizabeth? Me extraña que no nos viésemos en el Sunset, hace años que vamos allí.

—Nos gustaba nuestra cocinera —dijo Jeffrey—. Y también era un largo paseo de ida y vuelta. Mi pierna...

Todos sabían que de un modo u otro conocían a los Codrington, pero no podían sacar el tema sin que surgieran connotaciones desagradables y cuestiones incómodas. Por lo que no los mencionaron, aunque se palpaba su presencia. Sam notó que Toby le apretaba la mano por debajo de la mesa, como una forma de apoyarla durante toda la cena, y al final, cuando tomaban el *raki*, el padre de Toby les preguntó dónde pensaban comprar una casa.

—Brooklyn —respondieron al unísono.

Pero parecía que Carhargan seguía pensado en Hidra, y no abordó el tema del mercado inmobiliario en Brooklyn.

—Pero debisteis de ver a los Codrington a menudo, durante vuestra estancia —dijo de pronto—. Supongo que estáis al corriente de lo que ocurrió.

—Los vimos un par de veces —admitió Jeffrey—, pero no intimamos ni nada parecido. ¿A que no, Amy?

Su esposa negó con la cabeza y, sin embargo, la aguda percepción de Carhargan notó que los ojos de Amy se dirigían rápidamente a su derecha.

—Son una pareja curiosa —dijo Carhargan tranquilamente, interesado ahora en su reacción—. ¿O tendría que hablar en pasado? Se les da por muertos, como supongo que ya sabéis.

—Parece irreal —dijo Amy.

—Francamente, ya de entrada nunca creí que Codrington fuese real. Era un charlatán y un fanfarrón. Aunque me contaron que había tenido una vida difícil.

—¿En qué sentido?

—No lo sé, es lo que decía la gente. Alguien me comentó que había sido mercenario en Angola, pero ya sabemos que los isleños no paran de chismorrear. Algunos vecinos dicen..., aunque ¿qué más da? Ahora soy yo el chismoso.

—¿Qué dicen? —insistió Amy, aunque con voz sosegada.

—Nada, nada. No debería hablar de los muertos. No se merecían morir asesinados, si eso es lo que ocurrió. Supongo que nunca lo sabremos. La verdad es que me entristece. En el pasado compartimos momentos divertidos. Se decía que la familia de Phaine era amiga de los Onassis. ¿Os imagináis?

Al final del verano siguiente la joven pareja se trasladó a su casa de Brooklyn Heights e iniciaron las vidas que habían planeado. Sin embargo, en invierno ella empezó a sentirse inquieta.

Una semana de diciembre nevó casi ininterrumpidamente durante tres días seguidos. Una tarde, cuando Toby no estaba, Sam se calzó sus botas para la nieve y fue andando a Prospect Park por Flatbush Avenue, mientras escuchaba un podcast para sofocar el ruido del tráfico. El parque estaba casi vacío, silencioso entre la nieve, y Sam se adentró en él hasta que se encontró sola entre los carámbanos y los cuervos. Mientras lloraba, tuvo la impresión de que alguien la seguía. Se quitó los auriculares y al volverse vislumbró entre la nevada a dos figuras borrosas que tomaban direcciones distintas; finalmente solo quedó una. Era un hombre con un abrigo largo que se acercaba por el mismo sendero, vacilando como si avanzara tan a ciegas como ella. Sam reanudó la marcha, apresurada, hasta llegar a unos árboles negros y empapados. Se preguntó si debía llamar a Toby.

Es solo histeria, pensó, y decidió no hacerlo. Volvió a la entrada del parque en Grand Army Plaza y se sentó a esperar al hombre del abrigo.

Cuando este apareció, Sam se levantó como si pretendiera encararse, y al verlo de cerca le resultó familiar. Algo en la forma de andar, en la insolencia ágil y desenvuelta.

El hombre enfiló por Flatbush y Sam lo siguió. La nieve arreciaba y era fácil perderlo de vista. Al llegar al centro comercial Atlantic Terminal, él cruzó la calle para dirigirse a unos comercios halal escondidos detrás de una montaña de nieve negra. Entró en una carnicería y Sam se acercó al escaparate, pero la tienda estaba llena y no pudo verlo entre la multitud. Sam se abrió paso entre la cola de la caja registradora. El mostrador de la carnicería estaba al fondo, entre dos cortinas de plástico, donde se había congregado un grupo de clientes a los que atendían dos empleados con cuchillos y sierras de carnicero. Al separar las cortinas, la asaltó el olor a sangre y se llevó una mano a la nariz. Entró tambaleándose en la calurosa habitación y escrutó rápidamente todos los rostros. Observó los abrigos, pero no vio

el que buscaba. Los ojos que se volvieron hacia ella eran glaciales y viejos. Cuando retrocedía a la entrada de la carnicería, vio salir a un joven alto y corrió tras él, pero era demasiado tarde: ya se había perdido entre la multitud.

Volvió a casa y se planteó llamar a Naomi. Era impensable, pero quería preguntarle si Faoud había muerto o si había alguna posibilidad de que siguiera vivo, por pequeña que fuese. Eso era distinto de la seguridad absoluta.

No la llamó. Por un momento pensó contárselo todo a Toby, pero ya era demasiado tarde para que un gesto como aquel significara algo. Solo le causaría angustia.

—Creo que hoy me han seguido por la calle —fue todo lo que dijo esa noche, durante la cena—. Un tipo me ha seguido desde Grand Army Plaza.

—¿En serio?

Toby le preguntó si lo conocía.

—No estoy segura. Se parecía a alguien que conocí, quizá de la universidad.

Era todo lo que podía decir para desahogarse un poco. Se acostó temprano de un humor extraño y, al notarlo, Toby la dejó en paz. Sam entreabrió la ventana del dormitorio para que la habitación se refrescara mientras los radiadores seguían a pleno funcionamiento y escuchó cómo caía la nieve tumbada en la cama con dosel. Al recordarlo, aquel día le parecía vacío y, sin embargo, lleno de incógnitas. El joven con su elegante abrigo largo y su gorro de lana, la mirada fugaz que le había dirigido cuando ella aguardaba en el banco de Grand Army Plaza: un estremecimiento de atracción, miedo y la certeza que había sentido. ¿Cómo podía saber si Naomi le había dicho la verdad? Quizá al día siguiente se acercaría de nuevo a Prospect Park por si volvía a verlo. A lo mejor él también iba allí todos los días. La cuestión era si en los años venideros ella no saldría de casa sin motivo, cualquier día de la semana, para buscar ciegamente a un hombre entre la multitud. No lo sabía. No podía descartarlo.

Capítulo 25

Cuando los Haldane se marcharon y con ellos gran parte de la población estival, Naomi volvió a la isla armada con varios botes de pintura que había comprado en Porto Heli. Ya sabía perfectamente la combinación de colores que usaría en su nueva propiedad y de qué forma ejecutaría el plan. Ya había decidido el color de cada pared, que pintaría personalmente con cariño. Había repasado mentalmente la nueva decoración, cientos de veces, desde que era niña. Como le había dicho a Sam, sería como recuperar el hogar que su madre había creado, pero incorporando el espíritu y el gusto de la propia Naomi. Las verdaderas custodias de la casa serían ellas, no los impostores. Los botes de pintura eran su arma en aquel acto de restitución.

El puerto había vuelto a su supuesta normalidad. Los grandes yates habían desaparecido y los cafés recuperaban su sosiego. La estatua del león y el héroe bigotudo que había junto al Pirate Cove parecía casi solitaria, resignada a vivir otro invierno interminable, aunque todavía faltase mucho para el invierno. Naomi dejó las cajas con los botes de pintura al propietario de unos burros y fue a tomar un café rápido. Quería echar un vistazo. Vio unas pocas caras familiares, pero nadie se le acercó ni le preguntó dónde había estado. La noble discreción de los griegos. En cualquier caso, si le hubiesen preguntado sabía qué responder. Un viento arenoso soplaba entre los toldos y deseó estar de nuevo en Mandraki, entre las chumberas y los lagartos.

Naomi no sabía qué esperar de la casa. Al final le había pedido a Carissa que se quedara a vigilar hasta que ella volviese. La criada se había negado, aunque accedió a regañadientes a limpiarla por última vez antes de marcharse a su pueblo. Naomi pagó al propietario de los burros y descargaron las cajas en el fresco salón.

La casa estaba inmaculada. Los postigos cerrados la habían protegido del calor y Carissa había abrillantado el suelo. Olía a pino y a cera. Cuando el hombre de los burros se marchó, Naomi cerró la puerta y empezó a desembalar los botes de pintura, ordenándolos por habitaciones. Luego se dirigió a la cocina, se sirvió una copa de vino de

la nevera (estaba muy bien surtida) y después fue a echarse en el dormitorio de Phaine y Jimmie.

Bebió lenta e introspectivamente tendida en la cama. Planificó que primero vaciaría su habitación. No conservaría nada. La ropa, los cuadros, las alfombras, las fotografías: tendría que aniquilarlo todo.

Después de apurar la copa, se levantó y abrió los postigos. La habitación estaba polvorienta, sofocante y enrarecida, y la aireó mientras empezaba a recoger todas las cosas de la repisa de la chimenea y de las mesitas de noche. Las amontonó encima de la cama y fue a buscar bolsas de basura a la cocina.

Vació el baño y después los armarios. Entonces pensó que necesitaba música; no se puede limpiar y purificar una casa sin música. Así que volvió a la sala y puso un disco en el antiquísimo estéreo de Jimmie. Era la banda sonora de *Alta sociedad*. Subió el volumen al máximo y volvió al dormitorio para ponerse a trabajar en serio. Se pasó una hora guardando en bolsas todo lo que había en la habitación, y luego las bajó a rastras hasta la sala. Las dejó en el cobertizo del jardín antes de servirse otra copa de vino. Salió a la terraza y bebió con una feroz sensación de venganza. Nunca se habría imaginado lo fácil que sería suprimirlos de su memoria. En realidad, era tan fácil como repintar una habitación. Era la hora de las golondrinas y sonaba la campana de Agia Paraskevi.

Dejó la copa en el parapeto y contempló las secas colinas y sus cercados casi verticales que parecían la obra de una araña. Oyó pasar a alguien bajo el muro de su casa, el lento avance de un anciano, pero nadie llamó a la puerta. Volvió a la habitación de arriba con dos botes de pintura, uno de color verde claro y otro amarillo canario. Los abrió, probó las brochas nuevas, cubrió el suelo con papel de periódico y empezó a pintar la pared más grande.

Trabajó a gusto, animada por la música. Pintaba descalza y le gustó que le cayesen gotas de pintura en la piel. Terminó al anochecer. Estaba sola, pero no se sentía sola del todo. La tumba del jardín estaba muy cerca, a un paso de distancia, y allí ellos yacían en paz, bajo los árboles, sin queja alguna. Notó un leve cansancio, dejó la brocha y fue a la planta baja mientras la pintura se secaba. Había refrescado un poco, la primera brisa fría de las noches de otoño. Se sirvió el resto de la botella en la terraza y disfrutó del vino con los pies en alto sobre el murete. Calculó que le llevaría unos cuatro días pintar toda la casa y otros tres reorganizar los muebles y la decoración que tenía planeada. En una semana revertiría toda una década de desgobierno. Dedicaría el resto de la noche a pintar el dormitorio principal y empezaría el salón al día siguiente.

Colina abajo, en las casas señoriales que pasaban medio año vacías, los expatriados y los griegos adinerados que preferían la isla

fuera de temporada y que, por tanto, se quedaban más tiempo, hablaban en la sobremesa de las historias que circulaban sobre Jimmie y Phaine Codrington. La noticia se había hecho pública, pero con discreción. No era un rumor, aunque funcionaba como tal. Recordaron que Jimmie siempre les había caído un poco mal, y estos siempre se olvidan más fácilmente que quienes nos caen bien. Por tanto, sus muertes también se asimilaron con mayor indiferencia, por muy misteriosas y violentas que hubiesen podido ser. El consenso tácito era que se lo tenían merecido, como si el karma existiese incluso aquí, lejos de las tierras budistas. Lo que más les intrigaba era que no hubiesen encontrado sus cuerpos. ¿A quién podían culpar de aquello?

Nadie subió a ver a Naomi, aunque todos sabían que había heredado la propiedad y que había decidido quedarse en Hidra. Estaba en su derecho, a fin de cuentas. No era que no les gustase, sino que la consideraban una desconocida, lo que resultaba más misterioso si cabe. La conocían desde que era niña, pero nunca se habían sentido cómodos en su presencia. A veces la veían paseando por las callejuelas soleadas del puerto antiguo, pero casi nadie sabía qué hacía en la isla. La excentricidad de Naomi los mantenía a raya, y les parecía que con los años se había vuelto más excéntrica si cabe. En cualquier caso, los ingleses siempre vivían distanciados de los hidriotas, en planos algo distintos, y ambos lo sabían. Se ignoraban tranquilamente y con el tiempo también ignoraron a la chica inglesa. En la terraza del Xeni Heli, bajo el plumbago, los viejos lobos de mar que jugaban al backgammon observaban a la espléndida Naomi, luminosa, joven y distante; un animal soberbio, en efecto —*ena omorfo zoo*—, y no teorizaban sobre ella.

Caminaba sola hasta Mandraki con una sombrilla en el seco frescor de la mañana, como siempre había hecho, y nadaba sola hasta el extremo del cabo, junto al Mira Mare. Llevaba libros y leía bajo la sombrilla, como si fuera a hacer lo mismo el resto de su vida, y al atardecer regresaba despacio a Mandraki para tomarse una copa en la taberna próxima al resort. Fue allí donde una tarde, en los primeros días de frío, mientras bebía su *tsipouro* con las manos enguantadas y contemplaba la bahía, vio un bote que le resultaba familiar acercándose a la playa sucia y desolada del Mira Mare.

Era la chica que remaba de esa forma mesurada tan suya, como si supiese en todo momento quién estaba en la orilla. Probablemente volvía de la zona más remota de la isla, diligente y conocedora de los caprichos del mar, sin que la asustara la inminente oscuridad. El mar que la rodeaba tenía un aspecto enfebrecido y casi negro, como si toda su energía estuviese borbotando bajo la superficie. Dejó el bote sobre la mezcla de arena y escombros y sacó su mochila de cuero. No había nadie en el resort, el viento que soplaba ya era frío y el sol pronto se

pondría en el horizonte. Miró a su alrededor, vio el hidroavión con sus flotadores cubiertos de polvo y anduvo por la playa hasta llegar a la pequeña cancela que daba al camino. Allí descubrió a Naomi sentada en la terraza de la taberna con su vaso solitario y su cuenco de hielo picado, y la reconoció de inmediato. La chica inglesa que iba por la vida con una tara mental. La chica que algunos días estaba poseída: se veía en sus ojos blancos.

Le dirigió un tranquilo *yassou* y se sentó en su misma mesa. Parecía conocer a la pareja de ancianos que regentaba el local, pues salieron con una servilleta de papel y un vaso para ella. La chica estaba cubierta de sal y vertió un poco de agua en su piel para mostrar cuánta se había acumulado en ella.

—Todos mis clientes se han ido con la llegada del invierno. Creía que tú también. Llevaba tiempo sin verte.

—He decidido quedarme. No volveré a Londres.

—¿Te has convertido en una de nosotros?

—En cierto modo. En el fondo, siempre lo he sido.

—Pareces mucho más feliz.

—¿De veras?

—Por fin pareces una adulta.

Naomi levantó el vaso para brindar.

—¿Muerte a la muerte? —dijo la chica—. Nunca lo había oído antes.

«El mejor de todos los brindis», pensó Naomi. Era posible engañar a la muerte, en cierto modo, o se podía esquivar la muerte ajena. ¿No nos sentíamos todos inmortales en lo más profundo de nuestro ser? ¿Qué más daba si era una ilusión? La sensación seguía allí, por lo que debía de tener algo de verdad.

—¿Tienes maría? —le preguntó Naomi después de la primera ronda.

—Te invito, como regalo de bienvenida a la nueva ciudadana de Hidra.

Desenvolvió una bolsa de plástico en la mesa y dejó en la superficie un montoncito de pelusa dorada. Llevaba una pipa de metal y la llenó de hierba, luego la encendió y se la pasó. El humo se alejó rápidamente sin revelar nada a Naomi, pero el resto que alcanzó los pulmones las colocó casi de inmediato. Se reclinaron y bebieron el *tsipouro* para incrementar el efecto de placentero extravío, mientras el agua de la bahía se volvía violeta con el repliegue de la luz.

—Por cierto —dijo la joven con una mirada astuta, pero sin juzgarla—. ¿Qué le pasó al chico árabe que veía en el otro extremo de la isla, lavándose el pelo en el mar? Siempre le regalaba algo para fumar. Me gustaban sus ojos. ¿Sabes de quién hablo?

—Creo que lo vi subir a uno de los ferris —dijo Naomi.

—Me lo suponía. Al menos la policía no lo atrapó. Había en él un aire de libertad.

—¿Libertad?

—Algo así. Por eso lo compadecía y le daba la maría. Tenía encanto.

—Sí, era encantador.

«Tiene razón, libertad y encanto son lo mismo», pensó Naomi.

Encendieron un porro y los dueños les trajeron un plato de olivas, pan, sardinas, aceite y sal. «La comida sencilla y eterna de los antiguos», pensó Naomi.

Pronto arreció el viento y la chica volvió a su bote, lo empujó al mar y levantó los remos. Naomi la vio riendo en la oscuridad, colocada y despreocupada, y pronto desapareció, tan deprisa como había venido. Naomi cayó en la cuenta de que no sabía cuál era su verdadero nombre. Solo era la chica que remaba por la isla con maría, medio colocada, hechizada en el mar febril. La vida estaba llena de personas así. No se sabía nada de ellas, aunque durante un tiempo ocupasen un lugar esencial en nuestras vidas. Eran como estrellas fugaces, que resplandecen un instante e iluminan el cielo durante unos segundos antes de desaparecer para siempre.

Lawrence Osborne
Nació en Inglaterra en 1958. Estudió Lenguas Modernas en Cambridge y Harvard. Vivió en París, ciudad donde escribió su primera novela, *Ania Malina* (1986), y también el libro de viajes *Paris Dreambook* (1990). Posteriormente llevó una vida nómada; vivió en Nueva York y después en México, Estambul y Bangkok, ciudad donde reside en la actualidad.

En 2010 obtuvo el Premio Napoli. Gatopardo ediciones ha publicado de este autor *El turista desnudo* (2017), *Bangkok* (2018), *Cazadores en la noche* (2019), *Los perdonados* (2020) y *Beber o no beber* (2020). Su novela más reciente es *The Glass Kingdom* (2020).

Un sol abrasador ilumina la isla griega de Hidra, en la que se congrega la habitual colonia de artistas, intelectuales y veraneantes. La estación del ocio transcurre entre aperitivos, cócteles y salidas en yate; la crisis de refugiados que asola el Mediterráneo no es más que un ruido de fondo. Pero no lo será para Naomi y Samantha, dos veinteañeras que, durante una excursión, tienen un encuentro inesperado: un hombre yace exhausto sobre unas rocas, barrido por el oleaje. Naomi, hija de un coleccionista de arte que posee una villa en las exclusivas colinas de la isla, convence a Samantha para auxiliar al desconocido. A medida que intimen con Faoud, un refugiado sirio, la incipiente amistad de las chicas se intensificará. Sin embargo, el fracaso de su estrategia para ayudar a Faoud a inventarse una nueva identidad las obligará a afrontar las trágicas consecuencias de un crimen impremeditado. Lo que empezó como una aventura de verano, un divertimento no exento de falso altruismo e hipocresía primermundista, desembocará en un laberinto psicológico de difícil salida.

En este brillante estudio de la manipulación y la codicia, Lawrence Osborne escarba en las duplicidades que laten bajo la superficie de las mejores amistades, y muestra hasta qué punto puede llegar a ser cierto el tópico de que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones.

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno
Pietro Citati

2. En peligro
Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros
Jonas Lüscher

4. El temperamento español
V. S. Pritchett

5. Mi Londres
Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas
D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales
Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de
Frank Norris

10. La gente del Abismo
Jack London

11. Mujeres excelentes
Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield
Pietro Citati

13. Paseano con hombres
Ann Beattie

14. El legado
Sybille Bedford

15. Alejandría
E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite
Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón
Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras
Paolo Maurensig

19. Amor libre
Ali Smith

20. El turista desnudo
Lawrence Osborne

21. El cielo robado
Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido
Barbara Pym

23. Sexo y muerte
VV. AA.

24. La muerte de la mariposa
Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson
Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora
Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James
Michiel Heyns

28. Invierno

Christopher Nicholson

29. Desmembrado
Joyce Carol Oates

30. Río revuelto
Joan Didion

31. Quédate conmigo
Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok
Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas
Andrea Camilleri

34. Un alma cándida
Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad
Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía
Henry James

38. El cuidador de elefantes
Christopher Nicholson

39. El río del tiempo
Jon Swain

40. A la mesa con los reyes
Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo
Janice Galloway

42. María Estuardo
Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan
Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos
Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería
Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo
Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres
Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche
Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos
Barbara Pym

50. La escritora vive aquí
Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar
Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta
Willem Frederik Hermans

53. Morir
Cory Taylor

54. Un montón de migajas
Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario
Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo
John Updike

57. Persecución
Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío

Alexandra Kleeman

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

63. El corazón verdadero
Sylvia Townsend Warner

64. Hielo
Marco Tedesco y Alberto Flores d' Arcais

65. Beber o no beber
Lawrence Osborne

66. Estado del malestar
Nina Lykke

67. Temas de conversación
Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América
Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas
C Pam Zhang